

ÁNGELA FRANCO

 **UN CÓCTEL
CON SABOR A**
Barcelona



ÁNGELA FRANCO



UN CÓCTEL
CON SABOR A

Barcelona

COPYRIGHT

Título original: *Un cóctel con sabor a Barcelona*

Primera edición: enero 2024

Copyright © 2024 Ángela Franco

©de la cubierta: Ilustración de Adela Aragón

ASIN: B0CQD2QWQ5

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Reservados todos los derechos. Esta obra está protegida por las leyes de *copyright* y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o medio (digital, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la Propiedad Intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Un cóctel con sabor a Barcelona se publicó de la mano de Ediciones Kiwi en 2019. Pertenecía a una serie de seis libros en los que las ciudades debían tener un gran peso; ciudades del amor. Hace un tiempo me devolvieron los derechos de esta historia y decidí hacer algo con ella; era una novela relativamente corta, pero con mucho potencial. La he diseccionado y reescrito. He aumentado sus páginas, cambiando no solo parte de la trama —hay muchas escenas completamente inéditas—, también he modificado la narración. Sí, sigue teniendo el aroma de la novela que fue, pero está totalmente renovada y habrá cosas que seguro que sorprendan a l@s que lo leyeron por primera vez. La nueva cubierta es la más visible; estoy enamorada de ella. Mil gracias a Adela Aragón, la artífice de esta pedazo de cubierta.

Esta es mi segunda novela autopublicada en solitario. Detrás de este libro hay muchas dudas y mucho trabajo. Estoy segura que encontrarás errores, porque por más vueltas que le des al manuscrito, no sé cómo, pero siempre aparece algo; y además, ¿qué novela no las tiene? Solo espero que entiendas que, a pesar de que te encuentres erratas, todo se ha hecho con ilusión.

¿Qué te vas a encontrar en *Un cóctel con sabor a Barcelona*?

Un cóctel con sabor a Barcelona es una comedia romántica, pero las que mejor pueden hablar sobre lo que te vas a encontrar entre estas páginas son las lectoras 0. Con el permiso de algunas de ellas, voy a poner sus opiniones:

Cintia Santiago (su cuenta en Instagram: [@_cintiasantiago_](#)):

«Una historia de nuevos comienzos, de cumplir sueños, de dejar atrás lo que no hace bien y de apostar por el futuro. Un *enemies to lovers* que te dejará el corazón calentito. Un cóctel con sabor a Barcelona que te conquistará».

Zaraida Méndez (su cuenta en Instagram: [@libros_y_tortugas](#)):

«La cantidad exacta de cada ingrediente para hacer que pases momentos de verdadera locura, no te puedes perder este cóctel, es una creación extraordinaria. Además, tiene efectos adelgazantes (lloraras de la risa)».

María Gilberte (su cuenta en Instagram: [@mariaagilberte](#)):

«Una historia llena de risas, piques y mucho amor. Te sentirás parte del Grup con ella».

Fátima Bellido (su cuenta en Instagram: [@fatimuxiibooks](#)):

«Un cóctel con sabor a Barcelona, un cóctel con sabor a emociones, un cóctel con sabor a amistad, pero, sobre todo, ¡¡¡un cóctel con mucho amor!!! 💎💎 ».

Algunas veces, creemos que el destino es caprichoso y no para de jugártela; otras, que todo está concienzudamente planificado.

Solo tú, que tienes ***Un cóctel con sabor a Barcelona*** entre tus manos, podrás descubrirlo en breve. Espero que disfrutes de la novela y cuando la termines, me lo hagas saber dejando una opinión en las redes sociales: Amazon, Goodreads, Instagram...
Muchas gracias por elegir:



ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[El principio](#)

[Epílogo](#)

[Un cóctel con sabor a Barcelona](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

*A mi «Secta», porque al igual que en esta historia,
la amistad es un órgano vital.*

1



~ PABLO ~

Viernes, 6 de abril. En el aeropuerto de El Prat (Barcelona).

Miré de un lado a otro para ver si localizaba a mi primo Raúl.

Y tanto que lo hice; yo, y el resto de la gente que allí se congregaba. Vestía todo de rojo, en su cabeza se había puesto una gran peluca rubia Super Saiyan, y para terminar el conjunto, portaba un cartel con la bandera catalana de fondo en la que se podía leer en letras mayúsculas: «BIENVENIDO PRIMO».

Juro que pensé en dar media vuelta y coger el primer avión con regreso a Málaga antes de ser visto, pero recordé que en mi pueblo la perspectiva no era muy halagüeña; era preferible seguir adelante y aprovechar la oportunidad que me brindaba, aunque fuese abochornado por la compañía del Goku Super Saiyan barcelonés.

Me acerqué a él sigilosamente para que nadie —ni siquiera mi primo Raúl— me prestara la más mínima atención. Sin embargo, fue sagaz como el Super Saiyan que era y me interceptó tan rápido que apenas pude reaccionar.

—¡Pablo! —me gritó con una alegría desmedida.

—¡Joder, Raúl! ¿Por qué vienes vestido de Goku? —le pregunté mirando a un lado y a otro, consciente de que la gente nos observaba.

—Yo también me alegro de verte —repuso con retintín.

No veía a mi primo Raúl desde el verano de hacía cinco años. Antaño, mis tíos solían pasar los meses de calor en Vélez-Málaga, pero cuando mis primos crecieron, a ninguno le pareció divertido pasar las vacaciones en el pueblo malagueño. Eso sí, el contacto con ellos, en especial con Raúl, nunca se desvaneció, todo lo contrario, estábamos más unidos que nunca a pesar de la distancia.

—Perdona, Raúl, tienes razón. Me alegro de verte. —Lo abracé, sintiéndome un completo imbécil, después de todo lo que estaba haciendo por mí.

—El aeropuerto es muy grande y hay muchas personas. Solo quería que me vieras entre el gentío.

—Ya. Posiblemente yo habría hecho lo mismo. —Le di un golpe en el hombro que hizo que se tambaleara. Cuando Raúl se estabilizó, hizo el amago de coger mi maleta, pero se lo impedí —. No, la llevo yo.

—Vendrás cansado del viaje.

—No estoy cansado. Solo he estado volando hora y media. ¡Toma! Si quieres lleva mi mochila.

—¿Ahí lo traes todo? —Los ojos de Raúl se posaron en el discreto equipaje que traía.

—Todo lo que voy a necesitar. No espero estar mucho tiempo aquí.

—Eso no lo sabes. Igual encuentras a una barcelonesa y terminas haciéndote viejo en esta ciudad. Y si no, mira lo que le pasó a mi madre.

La madre de Raúl y la mía eran hermanas, oriundas de Vélez-Málaga; la primera conoció a un tarraconense y terminó viviendo en tierras catalanas; mi madre continuó su vida en Vélez.

Al escuchar las palabras de mi primo, no pude evitar sentir un escalofrío por todo el cuerpo. Estaría en Barcelona hasta que todo se aclarara en Vélez-Málaga; en cuanto sucediera, volvería al pueblo. Igual pasaban unos días, unas semanas o como mucho unos meses, pero estaba seguro de que la verdad terminaría saliendo a la luz. Preferí no dar más vueltas al tema y vivir ese presente, y ese presente era estar en Barcelona.

—Ya iremos viendo —le contesté con una media sonrisa sin replicar a Raúl.

—De lo que sí estoy seguro al cien por cien es de que va a ser la mejor etapa de tu vida.

Hasta el momento, mi vida había transcurrido con normalidad: trabajo, colegas, fiestas... Mi situación empezó a cambiar hacía unos tres meses; y sin buscarlo. La bomba estalló hacía dos semanas y, desde entonces, mi vida estaba siendo un auténtico infierno.

Dos días atrás, recibí la llamada de mi primo Raúl dándome una posible solución. Me contó que su compañero de piso, que de igual manera lo era de trabajo, había tenido que salir huyendo —también por asuntos de faldas— y me propuso ir a Barcelona y cubrir su puesto; ahí tendría cama y curro. Ni lo medité, no pensaba desaprovechar la oportunidad que Raúl me ofrecía. Había cometido algunos errores en la vida; el peor, por confiado. En este paréntesis, solo esperaba no volver a tropezar con más piedras.

—Raúl, te recuerdo que no vengo por diversión —le aclaré con una mueca.

—No puedes consumirte en el piso el tiempo que tengamos libre dándole vueltas a lo ocurrido. Necesitas rehacer tu vida en todos los sentidos.

—Solo quiero despertar de esta pesadilla y regresar a Vélez. Mientras, intentaré pasar desapercibido por Barcelona.

—Sigo sin entender cómo te metiste en ese fregado. —Vi a mi primo cómo ponía los ojos en blanco.

—¿Dónde tienes el coche? —pregunté para cambiar de asunto. Acababa de salir del pueblo y lo último que me apetecía era hablar del tema que me tenía en vilo desde hacía dos semanas.

Raúl tenía el vehículo en el aparcamiento del aeropuerto y desde ahí nos desplazamos hasta el barrio del Born, en donde él residía en un piso pequeño de dos habitaciones, a apenas unos pasos de la iglesia de Santa María de Mar. El domicilio no solo era reducido, también vivió mejores tiempos. Eso sí, según Raúl, su privilegiada ubicación mitigaba todas estas particularidades.

Tal y como comentó Raúl, el que sería mi dormitorio estaba vacío. Fue la única petición que me «exigió»: pintar y amueblar la habitación que me acogería en el transitorio destierro.

Dejé la maleta y la mochila a un lado y lo estudié con curiosidad. El cuarto no era muy grande, pero cabría un armario, un escritorio y una cama mediana si la pegaba a una de las paredes. Me asomé por la ventana y comprobé que daba a un patio interior bastante luminoso; eso me gustó mucho.

Tras la rápida inspección —tampoco había mucho que ver—, regresé al comedor y me dejé caer en el sofá, al lado de mi primo.

—¿Qué te parece el cuarto? —me preguntó Raúl.

—Es perfecto. Me adaptaré bien. —Le sonreí ansiando crearme mis propias palabras.

—Si quieres, esta noche podemos compartir cama. —Raúl me guiñó un ojo con gesto insinuante.

—Esta misma tarde compraré la pintura e iré a mirar los muebles. Mientras, dormiré en el

sofá, no pienso aprovecharme de ti —le contesté levantando las cejas.

—Pablo, en el sofá vas a estar muy incómodo.

—He dormido en sitios peores. Sobreviviré.

Además, sabía de antemano que no pegaría ojo, ni en el sofá, ni en la cama más confortable del mundo; daba igual dónde intentara dormir.

—Como quieras —Raúl no insistió.

—Raúl, no te he preguntado..., ¿cómo están tus padres y tus hermanas?

—Bien, pero por aquí no pasan. Si quiero verlos, tengo que ir a Reus. Dicen, que a ellos en Barcelona no se les ha perdido nada. Ni siquiera a mis hermanas les gusta la capital.

—Algún día pasaré a saludarlos. Tus hermanas tienen que haber cambiado mucho —le dije con una sonrisa recordando las peleas que tenían mis primas cuando eran adolescentes.

—Paula acaba de cumplir los veintidós y vive sumida en sus libros. —Sonrió nostálgico—. Alicia se acaba de echar novio y mis padres lo llevan fatal. Siempre fueron muy protectores con las pequeñas de la casa.

—¿Paula era la menor?

Sabía que Paula era de la edad de mi hermana Rocío, se llevaban un par de meses de diferencia. Lo que siempre olvidaba era: cuál de las dos era la mayor o la menor.

—Sí, pero vamos, parecen mellizas. Solo se llevan catorce meses y mis padres las siguen tratando como a unas adolescentes.

Fijé la vista en la estancia, esa estancia que a partir de ese momento sería mi hogar. Tenía una cocina abierta al salón. El salón-comedor solo contaba con un sofá de tres plazas, una mesa camilla rectangular —perfecta para comer desde el sofá y ver películas— y un mueble bajo con la televisión. Me percaté que en una de las paredes había varias sillas plegadas apoyadas. Parecía acogedor, aun así, echaría de menos mi tierra, Vélez-Málaga. Nunca había salido por tiempo ilimitado del pueblo, por lo que intuía que me costaría acostumbrarme a esa nueva vida.

—Estoy deseando empezar el curro, ¿cuándo empiezo? —pregunté intentando ser positivo.

—Xavi me dijo que mañana, pero si te apetece, esta misma tarde te pasas por allí y conoces a la gente.

Mi nuevo trabajo consistía en poner copas en un *pub* de nombre Còctels situado en la playa de la Barceloneta, a unos quince minutos andado desde aquella casa. Yo siempre trabajé en la hostelería y no se me daba mal. La única pega que le ponía a este curro: el catalán. No sabía nada de ese idioma y para estar frente al público, mi primo no paró de recordarme desde que hablamos de mi traslado, que por lo menos debía defenderme. No me quedó otra que retomar los estudios.

—Si me da tiempo me paso —comenté—. Aunque, ya que hoy lo tengo libre, prefiero aprovecharlo para comprar las cosas que necesitaré para el dormitorio.

—Tienes razón, tienes mucho que hacer esta tarde. Estaré contigo hasta que dé la hora de ir a Còctels. —Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina—. ¿Qué te apetece almorzar?

Mi oído se fue a otro sitio. Desde que había entrado por la puerta, llevaba escuchando un sonido constante, como una caída de agua; ya empezaba a rayarme.

—Raúl, ¿escuchas ese ruido? ¿Esto no será así siempre?

—¿Ruido? —La cara de mi primo pasó de incertidumbre a iluminación en cuestión de segundos—. ¡Ah, sí! Es la cisterna de Anna, el pulsador se le queda pillado. Iba a llamar a un fontanero, pero después de lo que le pasó con Marc... —Dio un hondo suspiro—. Desde que ocurrió lo de Marc, la pobre no levanta cabeza. Es como una zombi. A ver si pronto vuelve a ser ella.

—Lo pescó aquí, ¿no? —pregunté.

Del tema del compañero de piso de Raúl con la vecina, conocía pocos detalles. Mi primo me había contado que ella lo había pillado tirándose a una tía en ese piso.

—Sí. —Bajó la cabeza—. Si Marc me hubiera avisado, habría evitado el estropicio que se lio. —Raúl respiró con profundidad; mi primo era un poco «dramas»—. Voy a decirle a Anna lo de la cisterna. ¿Te importa si la invito a acompañarnos mientras vamos de tiendas? Todos los días a las seis y media nos vamos juntos a Còctels. Le vendrá bien distraerse antes de ir al trabajo.

—Por mí no hay problema.

Raúl desapareció y yo recordé que por eso Marc dejó su trabajo y su piso. Su novia no solo era la vecina, también era su compañera de curro. Con la pillada, se quedó sin novia, sin casa y sin trabajo; todo un *crack* ese Marc.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a mi hermana diciéndole que ya estaba en Barcelona. Con la única que podía hablar de mi familia era con ella; Rocío sería mi enlace. Me tendría informado de todo lo que sucediera en Vélez; estaba seguro que con mis padres haría lo mismo: les hablaría de mi situación en la Ciudad Condal. Esperaba que todo se aclarara pronto para poder regresar.

Raúl volvió con cara triste. Me reiteraba: mi primo era un poco «dramas».

—Dice que no le apetece venir. Se irá sola al trabajo. No me gusta verla así.

—Ya se le pasará.

—Sí. Solo ha pasado una semana desde que vio a Marc en esa encimera fornicando como un poseo con aquella tipa rubia y tetona. —Sin contemplaciones, señaló el lugar en donde habían estado «maniobrando».

—¿Para qué me cuentas esas cosas? —protesté asqueado—. Me gusta cocinar y no quiero estar ahí, amasando una base de pizza y pensar que el culo de una rubia pechugona ha estado pegado a la superficie. Es desagradable y poco higiénico.

—¡Ah! Por eso puedes estar tranquilo. Le hice limpiar todo con lejía antes de que su hermano y yo lo metiéramos en un avión con destino a Italia. Está totalmente desinfectado.

—No me fío, la volveré a limpiar.

Me hice una nota mental: en cuanto regresara de las compras, me pondría los guantes y cogería la bayeta; no solo renovaría el dormitorio, también limpiaría y adecentaría la cocina. Tantos años trabajando en la hostelería me habían hecho un poquito escrupuloso. También recordé que, aparte del mobiliario, debería comprar ropa para la nueva cama. Me alegré de no ser un derrochador y tener un buen dinero ahorrado.

—¿No pensarás estar todo el fin de semana pringado?

—No veo mejor plan —respondí con una mueca.

—Mañana, a primera hora, pintaremos tu dormitorio, pero después te quiero enseñar algo de Barcelona.

—Me apetece conocer el barrio Gótico.

—El barrio Gótico está aquí al lado y puedes ir en cualquier momento, mañana te llevaré a otro sitio.

2



~ PABLO ~

Sábado: al día siguiente. Visita al parque Güell.

Esa mañana de sábado me levanté muy temprano con la intención de pintar la que sería mi habitación.

El día anterior, tal y como tenía en mente y con la ayuda de mi primo, hice todos los deberes: fuimos a ver muebles y demás cosas necesarias para la habitación. Terminé rápido, apenas me entretuve en la tarea. El martes, a primera hora de la mañana, me traerían y me montarían los muebles. También conseguí sábanas, un edredón, un estor y un flexo. Y por último, compré pintura y los correspondientes arreos para la tarea. A simple vista y, sabiendo que mi estancia en Barcelona sería por tiempo corto, podría parecer exagerado, pero llegué a un acuerdo con Raúl y un trato era un trato. Por lo menos, los días que pasara allí, estaría tranquilo pensando en que todo aquello había salido de mi bolsillo.

Cuando llegué a la casa y solté las compras en la que era oficialmente mi habitación —no paraba de repetírmelo porque no terminaba de asimilarlo—, me entretuve limpiando la cocina. No era muy grande y apenas tenía menaje, así que no tardé mucho en adecuarla.

El tiempo en el sur de España, esos días, andaba revuelto —me refería a las condiciones atmosféricas, no a mi situación personal, que también—, y me constaba que Barcelona tampoco se libró de ello. Sin embargo, ese sábado el sol brillaba dejando una temperatura muy agradable y perfecta para que la habitación se secara sin problema en todo el día. Creí que eso podría significar «buen augurio». Horas después comprobé que me equivocaba.

Iba a dejar las paredes blancas, pero Raúl me convenció para pintarlas en un tono gris claro para darles algo de personalidad. No me negué, así me encontraba yo: «gris y apático».

Le di dos manos de color para que la pared quedara bien cubierta. Una vez que di por finalizado el trabajo, fregué bien el suelo para quitar las gotas que habían caído con la tarea y limpié los utensilios utilizados.

Después, tocó el aseo personal. Para cuando terminé de ducharme y ponerme ropa limpia, Raúl salía de su cuarto con los ojos pegados y las arrugas de las sábanas clavadas en su mejilla izquierda; me hizo gracia verlo así.

—Buenos días, Pablo. ¿Qué tal has dormido? Cuando llegué estabas como un tronco.

—He dormido bien —mentí.

Apenas pegué ojo y no por culpa del sofá.

Mi primo llegó a las dos y media de la madrugada del *pub*, se acercó hasta mí para observarme en el sueño y, con las mismas, se metió en su dormitorio sin apenas hacer ruido. En todo momento me hice el dormido.

—En cuanto desayune, te ayudo a pintar. —Sonrió, pero su gesto pronto cambió: su nariz

empezó a olfatear el ambiente—. ¿Has empezado ya?

—He terminado hace un rato.

—¿Ya?!

—Me levanté a las seis de la mañana, quería terminar pronto. He intentado no hacer ruido.

—No he escuchado nada..., ¿puedo ver cómo ha quedado?

—Por supuesto, pasa.

La habitación de Raúl estaba frente a la mía y lo único que tuve que hacer fue abrir la puerta. La dejé cerrada para mitigar, en la medida de lo posible, el fuerte olor a químico en el resto de la casa. Entramos y Raúl lo examinó todo con admiración.

—¡Ha quedado brutal!

—Le he dado dos manos y, aun así, ha sobrado medio cubo. Si quieres podemos pintar la tuya también.

—Estaría bien. —Me miró contento—. Pero hoy no. Hoy ya has cubierto el cupo de pintor de brocha gorda. ¿Te he dicho que Anna, la vecina, pinta? Ella dibuja y pinta cuadros. —Miró hacia la ventana.

—¿Vive ahí enfrente? —deduje por su gesto.

—Esa es su habitación. —Sonrió con malicia—. Igual algún día la sorprendes en bragas.

—Por mí, como si se masturba frente al cristal. —Me encogí de hombros; no estaba para tonterías de ese tipo.

—No creo que llegues a ver tanto..., aunque nunca se sabe —apuntó Raúl dubitativo.

Raúl se vistió mientras yo preparé café y tostadas. Tras desayunar, salimos a la calle pasadas las once con una mochila en los hombros rellena de víveres. En la moto de Raúl nos dirigimos al parque Güell.

Hacía años que no disfrutaba de una jornada de turismo. El tiempo era agradable y sentía que la brisa de aquella famosa ciudad me transmitía vitalidad. Daba buen rollo y me prometí saborear cada momento. Volví a creer que todo iría bien; ingenuo idiota.

La entrada al parque me dejó con la boca abierta. Las dudosas explicaciones de mi primo sobre los detalles de aquella magnífica construcción de principios del siglo XX, se perdieron en el aire. Mi vista se centró solo y exclusivamente en esas largas escalinatas que terminaban en una gran estructura llena de columnas. La firma de Gaudí estaba en todos los rincones en donde mi vista se paseaba. De la materia entendía algo, solo algo, pero tampoco había que ser un gran experto para intuir que aquella obra era apoteósica.

—¡Vaya careto que tienes! —Raúl me dio un golpe en la espalda para que despertara y lo atendiera.

—¡Esto es alucinante! En los libros no se apreciaba la magnitud de los elementos arquitectónicos.

—Tienes la misma cara que pongo yo cuando me hacen una buena felación.

—¿Sabes la cara que pones cuando te hacen una felación?

—Seguro que la que tú estás poniendo al contemplar la magnitud de los elementos arquitectónicos —dijo con sorna; volvía a hacerme reír. Raúl sería un «dramas», pero también tenía la virtud de robarte alguna que otra carcajada por sus ocurrencias.

—Bueno..., realmente ahora mismo, esta espectacular visión, me produce un placer similar —le seguí el rollo.

—¡Qué exagerado eres, Pablito! ¡Cómo se nota que eres andaluz!

Subimos las escaleras despacio y, yo no podía apartar los ojos del entorno que me rodeaba. De pronto, mi primo dejó de hablar y comenzó a vocear a alguien. Se adelantó mientras yo

seguía sus pasos de forma lenta, sin apartar la vista de lo que mis ojos iban descubriendo.

Dejé la exploración para centrarme en la escena: Raúl se plantó delante de una tía que, tirada en la escalera con las piernas cruzadas, parecía estar dibujando el enigmático lagarto del parque.

—¡¡Qué casualidad!! Con la de sitios que hay en Barcelona y encontrarte precisamente aquí —comentó Raúl.

—Ayer te dije que vendría a dibujar la salamandra del parque Güell —aseguró ella con acidez.

—¡Ah! Pues no te presté atención.

Mis pupilas volvieron a la construcción. La arquitectura siempre me llamó especialmente la atención. Si hubiera seguido estudiando, habría sido arquitecto. Aproveché la interrupción para recrearme en los elementos que tenía a mi alcance. Sentía cómo mi boca se abría mientras examinaba las formas redondeadas y el variopinto colorido de los mosaicos que caracterizaban las composiciones del genio catalán. Todo brillaba con el reflejo de los rayos del sol y daban al lugar un toque fantástico y mágico más propio de un cuento de hadas que de algo real. Mis pupilas se desplazaban de un lado a otro, sin saber dónde posarse, en busca de cualquier minúsculo detalle.

—¡Pablo! ¡Pablo! —Raúl tiró de mi brazo interrumpiendo mi inspección.

—¿Qué quieres? —contesté con una protesta.

—¡Ven! Te voy a presentar a Anna.

Anna era la vecina que pilló a su novio en plena infidelidad. Miré hacia donde Raúl señalaba y vi a una joven bastante maltrecha sentada en el suelo frente al lagarto. Su pelo castaño estaba recogido de forma despreocupada con un lápiz de color... gris —gris, apático—, dejando numerosos mechones sueltos. Su rostro era ovalado, de pómulos altos y, sus ojos marrones y almendrados estaban hinchados, quizás por un llanto excesivo. Tenía unos labios inusualmente rosados, supuse que por no parar de mordérselos o por meterse el lápiz en la boca. En su regazo portaba un bloc y lápices de colores.

—Déjame tranquila, Raúl. Ya te he dicho que no quiero ver a nadie.

—Solo quiero que conozcas a mi primo Pablo. Va a trabajar con nosotros, lo verás esta tarde.

—Ahora no me apetece. Quiero estar sola. ¡¿Cómo te lo digo?!

—¡Vámonos, Raúl! Ya la has escuchado, quiere estar sola —dije tirando de mi primo.

De pronto, vi que ella me estudiaba con unos ojos extrañados que no supe interpretar hasta que habló.

—Creía que tu primo era catalán. ¿Te has traído a un sevillano? —habló con Raúl como si yo no estuviera ahí; detalle que me molestó bastante.

—Anna...

—No soy de Sevilla —interrumpí a mi primo—, un respeto. Soy malagueño, de Vélez-Málaga.

—Es lo mismo.

—¿Perdona?! —Me acerqué a ella mirándola de cerca desde la altura—. Sabes que Sevilla es una provincia de Andalucía, ¿no? Todos los sevillanos son andaluces, pero no todos los andaluces somos sevillanos. No es lo mismo. Igual que todos los catalanes no son barceloneses.

—¿Quién está hablando de geografía? Creo que no has pillado la indirecta, pero tranquilo, te lo voy a explicar en castellano para que lo comprendas: a la gente del sur no hay quién os entienda. Todos habláis igual de mal; no vocalizáis.

—¿No puedes estar hablando en serio?! —añadí indignado.

—¿Qué has dicho? —Hizo el gesto de no comprender lo que decía—. No te entiendo. *Nen*,

vocaliza mejor.

—¿No me entiendes o no me quieres entender?! —Un calor intenso me recorrió por dentro—. Tú crees que hablo mal, que todos los andaluces hablamos mal, y yo creo que tu novio tiene justificados los cuernos que te puso. No hay quien te aguante. ¿Me has entendido ahora?

La chica se levantó del suelo y se lanzó hacia mí con la clara intención de sacarme los ojos... como mínimo. Fue Raúl el que la sujetó con su cuerpo para que no me agrediera. Me arrepentí de lo que le dije al percatarme de la burrada que le había soltado. Me sentí mal y, enfrentarme a esos ojos marrones inundados en lágrimas mirándome con odio, aumentó esta sensación.

—¡Ehhh! —le susurró Raúl en el cuello intentándola tranquilizar—. Ya, ya.

Le dio media vuelta y la abrazó con fuerza. Me quedé paralizado, sin saber qué hacer. Con la mirada, Raúl me reprochó mi actitud. No pude hacer nada con el nudo que se me agarró en el estómago al ver lo que había provocado. No me sentía orgulloso de mi impulsividad. Menos mal que me había propuesto hacer la cosas bien en mi nueva etapa, no podía haber empezado más de culo: enemistándome con mi vecina y compañera de trabajo.

Me hice una nota mental: pensar antes de hablar.

—Lo... siento... —balbuceé nervioso—. No pretendía...

—¡Toma! —Raúl, de su pantalón, sacó las llaves de la moto y me las lanzó—. Vete al apartamento. Me quedo con ella. En un rato regresaré.

—¿Sabré llegar? —murmuré con voz compungida sin apartar los ojos de ella.

—Más te vale.



~ ANNA ~

En Còctels.

Llegué una hora antes a Còctels. Tenía las llaves del establecimiento y necesitaba un poco de intimidad antes de que aparecieran los demás. Le dije a Raúl que no me esperara —siempre veníamos juntos al trabajo—, a pesar de que su frente se frunció en total negación, mi amigo se reprimió y no puso ninguna objeción.

Cogí unos limones de la cesta de la fruta, los lavé y me dispuse a cortarlos en rodajas. Con el cuchillo en la mano, miré al horizonte y me fijé en el azul intenso del mar Mediterráneo. Noté ese picor molesto previo al llanto en los ojos. No quería llorar más, Marc no se merecía ni una sola de mis lágrimas, pero ¿cómo evitarlo? No podía. Me embargaba tal tristeza que me resultaba imposible controlarla.

Xavi me sugirió que me cogiera unos días de mis vacaciones y yo me negué en rotundo. Era preferible trabajar y tener ocupada a la mente, a encontrarme a solas con ella.

Una vez más, reviví la escena de Marc con esa chica y las lágrimas aparecieron sin cohibiciones. ¿Cómo podía haberme hecho eso? Creí que entre nosotros todo estaba bien. Marc siempre fue muy cariñoso y atento conmigo. ¿Cuándo cambió todo? En algún instante tuvo que haber un antes y un después. Por más vueltas que le daba a lo ocurrido, no encontraba nada que me hubiera puesto sobre aviso; nada que me hubiera alertado de que algo había cambiado. Estaba claro que, en algún momento de los tres años de relación que mantuvimos, se produjo alguna alteración que pasé por alto. ¿Por qué no habló conmigo? ¿Por qué había optado por el engaño y

la mentira? Tenía tal dolor en el pecho...

Cuando me dispuse a cortar la primera rodaja de limón, noté el afilado cuchillo incrustarse en la carne del dedo índice de mi mano izquierda. Miré con indiferencia cómo salía la escandalosa sangre roja de la herida. Advertí que todo empezaba a darme vueltas. Cogí un paño blanco, me lo puse en el dedo y me senté en el suelo, abatida.

Mi perfecta vida se había trastocado de la noche a la mañana y sin previo aviso. Apoyé los brazos en mis rodillas, me recosté sobre ellos y lloré sin consuelo. Marc no se merecía ni una sola lágrima mía, pero necesitaba quitarme ese malestar que tenía dentro y lo único que me aliviaba algo era el llanto.

Escuché que alguien tocaba en la puerta. Miré el reloj desubicada, aún faltaba más de media hora para que llegara el personal; alguien se adelantaba. Imaginé que sería Raúl. Xavi y yo éramos los únicos que teníamos la llave del local y los demás ignoraban que estuviera ya allí.

Me enderecé, respiré hondo, me froté los ojos y me dirigí hasta la puerta.

Efectivamente era Raúl. Con lo que no conté fue con encontrarme nuevamente con su primo; había olvidado ese pequeño detalle. De mala gana los dejé pasar.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Raúl al verme el paño con sangre envuelto en el dedo.

—No es nada, solo un pequeño corte; la sangre es muy escandalosa.

—¿Has limpiado lo que has manchado? —indagó Pablo con ese marcado acento andaluz que me chirriaba los oídos mientras me miraba con recelo.

—¡No se ha ensuciado nada! —le respondí de malhumor.

—Esto... Anna, ¿has estado llorando? —Raúl volvió a la carga; como si no supiera lo que llevaba haciendo las veinticuatro horas del día desde que la semana pasada me topé con la cruda realidad.

—Raúl, no empieces otra vez. —Y, nuevamente, mis ojos comenzaron a escocer. Me aguanté como pude, no quería exponerme ante ellos.

—Vale, vale. —Raúl subió los brazos en señal de paz—. Anna, he hablado con Pablo; mi primo quiere pedirte disculpas. Esta mañana no estuvo acertado y quiere disculparse y empezar de nuevo.

—Lo siento —dijo el chico con la mirada puesta en el suelo—. No volverá a pasar.

—Pablo, ¿no? —Me acerqué a él dispuesta a ponerlo en su sitio—. A menos que Xavi diga lo contrario, aquí se hará lo que yo diga, ¿entendido?

—Claro como el agua. —Los ojos del chico se posaron en los míos con gesto desafiante; había aceptado, pero eso no significaba que fuera fácil.

—¿Sabes catalán?

—Estoy estudiándolo, entiendo algo.

—En la ciudad de Barcelona hay mucho turista y utilizamos más el castellano. Aun así, debes defenderte con el catalán.

—Eso no será un problema —respondió con firmeza.

—Tranquila —reiteró Raúl—. Ya lo advertí sobre eso y está estudiando; yo lo ayudaré.

—Dale un uniforme a tu primo. —Señalé a Pablo—. En cuanto te vistas, te pones a preparar mesas. Raúl te explicará el funcionamiento de Còctels.

Con una de las llaves, abrí el almacén. Por medidas de seguridad, esa puerta, mientras no estábamos trabajando, se encontraba cerrada. En ese cuarto no solo guardábamos las bebidas, vajillas y cubertería que usábamos en el *pub*, también estaba el frigorífico que conservaba la fruta y el baño del personal. Entré en el aseo directa al botiquín. Cogí una tirita y un guante de látex; y, tras ponérmelos, seguí con la tarea.

Salí justo cuando Xavi entraba en el local y los chicos asomaban uniformados por el privado; los cuatro nos encontramos casi de forma sincronizada.

—¿Tú eres el famoso primo de Raúl? —dijo Xavi a modo de presentación con los labios ensanchados al ver a Pablo.

—Famoso no sé, pero sí, somos primos. Me llamo Pablo.

—Yo soy Xavi, el dueño de Còctels. —Lo miró de arriba abajo—. Veo que el uniforme te queda excepcional.

El traje estaba compuesto por un pantalón de pinza negro y una chaquetilla en el mismo color con cuello *mao* y botones dorados. La ropa parecía hecha a medida para él, y Xavi no dejaba de comérselo con los ojos descaradamente. Diría que Pablo estaba algo incómodo.

—Es mi talla —comentó el chico algo turbado.

—Tu primo me dijo que eras guapo, pero no que eras tan guapo. —Xavi recibió un codazo por parte de Raúl.

Sin esperarlo, los ojos de Pablo se posaron en mí; al verme pillada, me di media vuelta, me metí en la barra y seguí con los limones.

Los que faltaban, Joan y Mireia, no tardaron en llegar. Se hicieron las presentaciones de cortesía y enseguida nos pusimos a trabajar.

El local no era muy grande, aunque tenía una terraza extensa que necesitaba de unos cuantos camareros. Los fines de semana —incluyendo el jueves—, estaba todo el personal; lunes, martes y miércoles aprovechábamos para hacer los descansos.

Estaba metiendo unas copas en el lavavajillas cuando Mireia me cogió por detrás y me susurró al oído:

—Anna, ¿qué te parece el nuevo? Es muy guapo.

—También es un cretino —añadí poniendo cara de asco.

—¿Por qué dices eso? A mí me ha parecido encantador y ese acento del sur cuando dice algo en catalán...

—Habla mal; no vocaliza. Me rechinan los dientes cuando escucho ese deje exagerado; es como si estuviera continuamente contando chistes.

—Eres muy rara. —Rio. Mireia siempre reía por todo.

—Ahí tienes lo que me has pedido antes. —Le señalé la bandeja—. ¿Algo más, o solo has venido a hablar del *Sevillano*?

—Es malagueño. Y sí, necesito que también me prepares tres cócteles con sabor a plátano.

—Tres daiquiris de plátano, marchando.

Me di la vuelta, cogí la batidora eléctrica y fui vertiendo los distintos ingredientes que llevaba ese combinado. El truco de un buen cóctel era medir bien los componentes. De los distintos preparados que había con sabor a plátano me decanté por ese por su sencillez. Muchos de nuestros clientes no solían llamar a los cócteles por su nombre, simplemente utilizaban la vista, el olfato o el gusto. No era raro escuchar pedir un cóctel de un color, un olor o un sabor concreto. Aunque a mí me fastidiaba sobremanera, no me complicaba.

Tras un buen batido, cogí tres copas clásicas, les marqué los bordes con azúcar en tono naranja y vertí el resultado en ellas. Metí unas pajitas de bambú en su interior y para darle un toque fresco y divertido, les coloqué una tira de piel de naranja ondulada que apoyé en el borde de la copa con delicadeza. Por último, las dejé sobre una bandeja redonda de metal a la espera de que Mireia la cogiera.

3



~ PABLO ~

Domingo: al día siguiente. Fiesta de bienvenida.

Los chicos decidieron hacerme una fiesta de bienvenida. El Grup, como ellos se hacían llamar, por lo visto eran algo más que simples compañeros de trabajo.

Joan vivía en Sabadell, a una media hora de Barcelona por carretera. Tenía una casa adosada que, aunque no era muy grande, poseía un hermoso espacio exterior ajardinado, perfecto para montar buenas juergas; y como pude comprobar por la organización, no era el primer evento que hacían. Según el Grup, me habían preparado una fiesta de bienvenida; aunque yo pensaba que solo se trataba de una buena excusa para juntarse y pasar un rato agradable.

El jardín estaba bien aprovechado: soleado, con césped, barbacoa y un insinuante *jacuzzi* de agua caliente que se usó nada más llegar. Metidos en el agua burbujeante y con una cerveza en la mano era fácil conversar.

No era de los que sacaba conclusiones precipitadas de un primer encuentro, pero desde que aterricé en Barcelona y me encontré en un nuevo ambiente y entre gente desconocida, era inevitable no fijarme en cada uno de los amigos de Raúl.

Mireia estaba a mi derecha y no paraba de darme manotazos en la pierna para que la atendiera mientras decía algo sobre la importancia de la crema solar. Mireia era muy rubia, con el pelo largo y ondulado, sus ojos verdes chispeaban de felicidad. Era muy simpática, siempre tenía una sonrisa para mí; para mí y para todos.

—Nos ha dicho tu primo que no solo has pintado tu dormitorio; también te has atrevido con el suyo. —Cambió de tercio enseñándome sus perfectos dientes blancos.

—Lo hemos pintado entre los dos.

Esa misma mañana, en cuanto nos levantamos, nos pusimos manos a la obra. Entre los dos tardamos muy poco. Dejamos todas las ventanas abiertas para que la habitación ventilara bien y que Raúl pudiera usarla por la noche y no morir intoxicado.

—Echarás de menos a tus amigos de Málaga —comentó la rubia de pronto.

Sentí un pinchazo en el estómago. ¿Echaría de menos a mis amigos? ¿Qué amigos? Todos me dieron la espalda con lo ocurrido en Vélez. Después de escuchar a Raúl hablar de los suyos y de comprender lo que compartían, me daba cuenta de que, realmente, yo nunca tuve amigos de verdad.

—Sí —mentí—, claro que los echaré de menos.

Raúl no me había dicho nada, pero, por varios comentarios que habían hecho, supe que el Grup sabía algo de mi historia.

—¿Conoces Barcelona? —preguntó Neus.

Al unido Grup de Còctels había que añadir a Neus. Por lo que Raúl me contó cuando apareció

en la casa de Joan, la tía de pelo corto había estado trabajando en el *pub* hasta septiembre del año pasado. Dejó el trabajo para centrarse en las oposiciones; Joan había entrado en Còctels por ella.

—No conozco Barcelona. Nunca había estado antes aquí.

—Habrá que enseñarte la ciudad —propuso Joan riendo.

Joan era el último fichaje de Còctels —sin contarme a mí, claro— y se veía un chico bastante presto a todo lo que sus amigos le pedían; solo había que ver con qué gratitud cedía su casa para montar fiestas.

—Anna fue guía turística —apuntó Xavi mirando a la morena.

Xavi era el jefe de Còctels y, vale que no lo había tratado mucho, aun así, me parecía un tío divertido fuera del trabajo, pero sensato y resolutivo dentro de *pub*.

Anna, pensando en, a saber dios qué, ni levantó la cabeza cuando su jefe la nombró. La morena estaba metida en su mundo de ogros y monstruos.

—Yo iría contigo, *nen*, pero no sé las leyendas que sabe Anna —añadió Mireia.

—De verdad que no hace falta... con el móvil puedo ir a cualquier sitio, no necesito más.

—¡Eh! A mí nunca me has propuesto ver Barcelona —le espetó Joan a Mireia con los ojos entrecerrados en tono de chanza.

—¡¡Joan!! No empieces otra vez —protestó la rubia poniendo los ojos en blanco.

Todos nos echamos a reír; todos menos Anna que seguía en su universo paralelo.

—Chicos, esto sí que es vida —añadió Raúl con la vista puesta en mí. Después, alzó su copa —. ¡Por mi primo Pablo y por su nueva vida en Barcelona!

—¡Qué palabras más bonitas! —declaró riendo Joan—. Y que sepas que vamos a hacer que esta nueva vida sea inolvidable.

Las risas se extendieron por el *jacuzzi*. Yo no le vi la gracia por ningún lado, era ajeno a sus chistes. Anna tampoco se rio, de hecho, se puso en pie.

—Me salgo —anunció la morena—. El agua caliente me está mareando.

—Yo también me salgo. —La imité.

No tenía ganas de seguir hablando de mí y sabía que Anna se mantendría en silencio ignorándome por completo; no podría tener mejor compañía que ella.

Todas las toallas estaban tiradas en el césped. Vi que Anna había colocado la suya junto a la mía. Pensé en cambiarme de sitio, pero me pareció que sería un gesto demasiado feo y no quería seguir sumando puntos negativos con la barcelonesa. Me tumbé bocabajo con la cabeza dándole la espalda y lo más retirado que pude de ella. Cerré los ojos e intenté descansar un poco.



~ GRUP ~

En el jacuzzi.

El Grup aprovechó la ausencia de Pablo y Anna para poder conspirar tranquilamente.

—Creo que podemos hablar sin que nos escuchen —indicó Raúl.

Observaron de reojo a la pareja, querían comprobar, no solo la distancia que los separaba, también si estaban distraídos. Los dos estaban recostados, con los ojos cerrados y, lo más importante, al margen de sus maquinaciones. Los cinco se acercaron para garantizar la intimidad que necesitaban.

—No veo que Anna muestre ni un mínimo interés en Pablo —comentó Neus.

—Es normal, ahora mismo está pasando, posiblemente, su peor momento —apuntó Xavi—. Quizás sería mejor dejarlos tranquilos un poco y ver cómo evolucionan. Es demasiado pronto.

—Pues yo creo lo contrario —añadió Raúl—. En los momentos bajos es cuando uno está más vulnerable y el mejor instante para atacar.

—Vamos, que tú sigues apostando por continuar con el plan A —resumió Xavi levantando las cejas.

—¿Tú cómo ves a tu primo? —preguntó Mireia—. ¿Realmente crees que puede encajar con Anna?

—Sí, encajarán —afirmó con rotundidad—. No han empezado con muy buen pie... Creí que conocerse en el parque Güell sería romántico, pero todo salió mal.

—Anna estaba muy cabreada con tu primo, *nen* —apuntó Mireia—, no me quiso decir por qué.

—Simplificando: Pablo le dijo que no le extrañaba que Marc le hubiera puesto los cuernos.

—Muy delicado tu primo —manifestó Neus frunciendo el rostro.

—Realmente fue ella la que empezó. —Lo justificó Raúl—. Anna le dijo que hablaba mal, que todos los andaluces hablaban mal.

—Muy típico de Anna cuando está de mala hostia. —Hubo unas risotadas al escuchar el comentario de Joan.

—Creo que Anna lo ve como a una amenaza. ¿Es que soy la única que se da cuenta de eso? Es como si Pablo estuviera suplantando a Marc: su casa, su trabajo... ¿Su novia? ¿Qué esperabais? ¿Que lo recibiera con los brazos abiertos? —gruñó Neus desviando el rostro hacia un lado en claro gesto de enfado.

—Por un lado, ella sabía de antemano que Pablo viviría conmigo y que trabajaría en Còctels, y no se opuso —les recordó Raúl—. Y por otro, Marc no vivía en exclusividad en mi casa, oficialmente su casa siempre fue la de sus padres; y lo del trabajo... —Se echó a reír.

—No hemos notado mucha diferencia en trabajar con o sin él. Era un milagro el día que no se escaqueaba por culpa de sus «migrañas» —añadió Joan haciendo el signo de las comillas con sus dedos.

—Pobre Anna, cómo podía estar tan ciega —dijo Xavi mirando a su amiga desde la distancia con tristeza.

—Ella estaba o se hacía la ciega. Y nosotros, callados —habló Neus—. No teníamos que haber dado lugar a que pasara tanto tiempo.

—Lo importante es que Anna ya está libre y que tiene que salir de esta. Pablo es la pieza clave —añadió Raúl con firmeza.

—Yo veo que hay química entre ellos; serán una pareja perfecta —comentó Mireia.

—Mireia, tú lo ves todo de color de rosa, eres una *flower power*. —Neus la acusó con ojos críticos.

—Mi hermano se ha estado portando fatal con Anna. Quiero verla contenta y enamorada de nuevo. —La culpabilidad se palpaba en el tono de Xavi—. Pero ¿quién nos dice que Pablo no le hará lo mismo? Su historial no es precisamente un buen ejemplo.

—Te recuerdo que Pablo no tenía novia —lo defendió Raúl.

—Solo le faltaba eso —gruñó Neus.

—¿Te ha contado algo más? —lo interrogó Joan.

—No, lo que os conté; tengo que hablar con él, pero lo veo poco receptivo.

—Igual sigue pillado por esa tía —comentó Xavi—, y lo que hagamos no sirve de nada.

—Ya os dije que en mi sueño vi a Pablo y a Anna felices y comiendo perdices —les recordó Raúl—. Primero, ocurrió lo de Anna. Y ahora estoy convencido de que también pasará esto. Terminarán juntos.

—El pitoniso Raúl habló. —Se rio Joan.

—Yo sí creo en tus sueños, *nen*. —Mireia le acarició la mano a Raúl—. Ya no solo por la ruptura de Anna y Marc. Recordad lo de Còctels, todo salió tal y como auguró Raúl. ¿Y lo de esta casa? Joan la compró gracias a ese sueño que tuvo. —Miró a sus amigos—. Cuando Raúl tiene uno de esos sueños, se cumplen siempre. Estoy convencida de que Anna comerá perdices al lado de Pablo.

—Sigo sin verlo. —Se encogió de hombros Neus oteando a la pareja.

—Bien, si estás tan seguro, pasará de igual manera sin que nosotros intervengamos; iremos viendo cómo evolucionan —declaró Xavi al recordar la historia de cómo nació su negocio.

—Miradlos. —Mireia los señaló con la barbilla—. Ninguno de los dos ha separado la toalla.

—Sí, has tenido una idea genial: ponerlos juntitos. ¡Míralos! Los dos acurrucados y sin parar de hablar. Entre ellos hay..., ¿cómo has dicho? —ironizó Neus—. ¡Química!

Más separados no podían estar. Sus cuerpos estaban casi fuera de sus toallas y con las miradas en contra. La situación no podía ser más patética.

—Yo veo bien lo que dice Xavi —declaró Mireia—. Ir viendo la evolución.

—¿Y no sería mejor crear algún estímulo para acelerar el proceso? —indicó Raúl—. Los dos están muy tocados, ¿para qué alargar el objetivo final? El martes los dos libran, podíamos prepararles algo.

Cuando Marc trabajaba en Còctels, él y Anna, descansaban el mismo día: el martes. Todo seguiría de igual manera.

—Raúl, no —lo cortó Xavi—. Te has traído a tu primo de Málaga, lo has metido en tu casa y está trabajando en Còctels, ya hemos hecho suficiente. Dejemos que el destino haga el resto.

—Estoy con Xavi —apoyó Neus con una sonrisa—. El destino pondrá cada uno en su sitio.

—Pero...

—Que no, Raúl. Vamos a dejarlos en paz.

Los cinco se quedaron en silencio con los ojos puestos en la pareja que dormitaba no muy lejos de ellos.

—No te preocupes, Raúl. —Mireia lo miró con una sonrisa amigable—. Yo sé que esos dos terminarán juntos. Confiemos en que sea más pronto que tarde.

—No me gusta ver a Anna así.

—Anna saldrá de esta con o sin Pablo; no es la primera persona que le ocurre algo así —apuntó Neus.

—Sí, Neus tiene razón. Anna saldrá de esta.



~ ANNA ~

Martes: dos días después. En plaza del Rey.

Levanté la mirada y volví a fijarla en la escalinata que daba acceso al palacio Real Mayor y a la capilla de Santa Ágata. Me quedé con el lápiz en el aire al ver sentados en aquella escalera a una pareja comiendo helado y sin parar de reír mientras se hacían arrumacos. Como un *déjà vu*, a mi mente llegó una imagen similar: Marc y yo sentados en otra escalera, que nada tenía que ver con esa, pero hacíamos lo mismo. Estábamos charlando y Marc me dio a probar de su helado de fresa, pero cuando acerqué mi boca para chuparlo, él me lo pegó a la nariz manchándome de crema de color rosa. Entre risas, corrí tras él hasta que lo atrapé. Marc me cogió de la cintura, me pegó a su cuerpo y me besó con ganas...

El dolor que tenía en mi interior se intensificó al recordar aquella escena que jamás se repetiría.

Dos semanas atrás, esos chicos comiendo helado me habrían pasado desapercibidos, pero en ese momento, después de lo ocurrido con Marc, cualquier detalle, por nimio que pareciera, me transportaba a mi pasado con él.

¿Por qué Marc jugó conmigo de esa manera? ¿Por qué tuve que pillarlo infraganti para enterarme de lo que ocurría?

Llevaba doce días preguntándome «por qué», y la única respuesta que me venía a la cabeza era que, el que creía que era el ser más maravilloso del mundo, no tenía corazón.

Mis ojos comenzaron a escocer y nuevas lágrimas bañaron mi rostro. Entendía que no podía seguir así, pero ¿cómo ignorar los recuerdos que me venían para hacerme daño? Marc no solo me había engañado, me había destrozado la vida. Con rabia bajé la cabeza para seguir trazando en el bloc. Dibujar hacía que esa presión que me ahogaba por dentro, se desvaneciera un poco.

Salir a la calle, pasear por la Barcelona medieval y pintarla era mi consuelo; aunque a veces era inevitable que ocurrieran estas cosas: que todo se desmoronara por un recuerdo.

Continué perfilando líneas procurando centrarme en el trabajo.

La plaza del Rey no era una plaza especialmente concurrida y, de vez en cuando, me gustaba ir allí para dibujar alguno de sus edificios; además, me cogía cerca de casa. Reconocía que era una gran suerte vivir cerca del barrio Gótico, mi gran inspiración.

Estaba inmersa en el dibujo cuando, en una de las ocasiones en las que levanté los ojos para mirar el entorno, me crucé con los de Pablo. Mis tripas se retorcieron *ipso facto*. ¿Qué hacía el *Sevillano* ahí?

Al verse pillado, el chico se acercó hasta mí de forma vacilante.

—¡Hey! ¿Estás dibujando?

—¿Tú qué crees? —le contesté de malos modos.

No podía con él. Para mí, tener que aguantarlo en el trabajo era todo un suplicio; tener que hacerlo fuera de él era un castigo, y no estaba dispuesta a tolerarlo.

—¿Puedo verlo?

—No. No puedes verlo. Es algo privado. ¿Sabes lo que es la privacidad?

—Venga, Anna, no seas así. Siento lo que sucedió el sábado. No fue mi intención ofenderte, pero reconoce que tú tampoco estuviste acertada.

—No dije ninguna mentira.

—Y yo tampoco. —Me retó con la mirada.

La sangre de mis venas volvió a hervir al escucharlo decir aquello y mis ojos comenzaron a escocer nuevamente. ¿Cuándo iba a acabar todo aquello?

Respiré hondo intentando reponerme del golpe bajo. No pensaba repetir la escena del sábado y mostrarle a aquel cretino el daño que sufría en mi interior cada vez que me recordaba lo que Marc me había hecho. Raúl me lo había dicho muchas veces, yo era fuerte y debía demostrar entereza ante las personas que me querían hacer pequeña. No, las palabras de ese cretino no iban a alterarme porque, simplemente, él no me conocía de nada, ni a mí, ni mi relación con Marc.

—En vez de estar perdiendo el tiempo paseando por las calles, deberías estar estudiando catalán.

Pablo se quedó callado, mirándome desde la altura, serio, pensativo.

—Anna, no sé lo que me pasa contigo, pero pierdo demasiado pronto la paciencia. Lo siento...

—¿Te vas ya? —lo invité a largarse señalando hacia el frente.

—Sí, ya me voy. Siento lo que ha pasado... otra vez. —Se dio la vuelta, bajó la cabeza y comenzó a andar en dirección *carrer* del Verguer.

Era consciente de que a mí me pasaba lo mismo con él. En otra situación habría sido más cordial con el recién llegado; incluso le habría facilitado su incorporación al *pub* como hice con Joan. Pero Pablo había llegado a Còtels, no solo en el peor momento de mi vida, sino que había entrado justo por esa circunstancia. Sin quererlo estaba pagando todo mi mal humor con él. Quizás no fuera justa, pero... no tenía fuerzas suficientes para controlarme.



~ PABLO ~

De paseo por Barcelona.

¿Cómo podía ser tan inepto? Raúl me había repetido en incontables ocasiones que Anna no era así. Que la morena solo estaba pasando por un mal momento y lo estaba pagando conmigo porque de alguna manera me veía como a una amenaza; hasta yo mismo era consciente de que, sin pretenderlo, había usurpado parte de las ocupaciones de su ex. ¿Qué esperaba de ella? ¿Que me recibiera con una sonrisa como hacía Mireia cada vez que me veía? Según Raúl solo necesitaba tiempo hasta asimilar su nueva situación.

Yo tenía mis propios fantasmas que me hacían ser un auténtico necio con ella. Cada vez que me hablaba así, me sentía atacado por sus palabras y necesitaba defenderme... qué mal estaba yendo todo.

Esa misma mañana llamé a mi hermana Rocío. No hablamos mucho rato. Intercambiamos

unas cuantas palabras y, tras confirmarme que en Vélez todo seguía igual, nos dimos el adiós.

Definitivamente, ninguno de los dos estábamos pasando por el mejor momento de nuestras vidas; de ahí que no paráramos de chocar. Al igual que ella, yo también necesitaba tiempo para asimilar mi nueva situación.

Me hice una nueva nota mental: esquivar a Anna en la medida de lo posible para evitar enfrentamientos.

Mis pies, sin rumbo, me llevaron sin darme cuenta hasta la calle donde residía en el barrio Born. Esa mañana, me trajeron y montaron el dormitorio que compré el viernes por la tarde. Me pasé gran parte de la mañana limpiando y colocando las pocas pertenencias que me había traído de Vélez. Lo que más ilusión me hizo fue vestir la cama; por fin, esa noche, dormiría en un colchón de verdad, en un dormitorio propio. De golpe, se me pasaron las ganas de pasear y decidí meterme en mi habitación; quizás Anna tenía razón y debía ponerme a estudiar; así estrenaría el escritorio.

—¡Pablo!

No me di cuenta de que había pasado delante de Neus; ni la reconocí.

—¡Hey, Neus! ¿Qué haces tú por aquí? —le pregunté forzando una sonrisa.

—¡Hola, Pablo! Estaba cerca de vuestra calle y he aprovechado para acercarme y ver a Anna, pero parece que no está. —Sus ojos miraron hacia el edificio.

—No, Anna no está. —Negué con la cabeza—. Acabo de cruzarme con ella en la plaza del Rey. Estaba dibujando.

—¡Debí imaginarlo! ¿Y tú? ¿Haciendo turismo?

—Sí... —Le sonreí—. He visto la iglesia de Santa María del Mar, y algo del barrio Gótico. La zona es preciosa.

—Tú también libras hoy, ¿no? —me preguntó mirando la hora de su reloj.

—Sí. Raúl me ha preparado una guía rápida de lugares a visitar, pero creo que voy a subir a estudiar catalán.

—¡Ah! ¿Raúl te ha mandado que vayas a la plaza del Rey...?

—Entre otros sitios, sí, ¿por?

—Por nada..., no me hagas caso. ¡Vamos a tomarnos una cerveza!

—No sé...

—¡¡Venga ya!! Xavi no te va a echar de Còctels porque no sepas catalán. Él hará lo que Raúl le mande.

—Vale, pero solo una.

Neus me cogió del brazo y me metió en el gastrobar que hacia esquina en el edificio. En la puerta había un cartel que indicaba que su cocina era gallega; se llamaba Comiendo con Noelia Silva.

—Aquí ponen unos pinchos buenísimos —comentó Neus riendo.

—Aún no había entrado en este garito —dije observando el local—, pero tiene buena pinta.

Se veía un lugar bastante agradable y decorado de forma llamativa; el color azul eléctrico y el amarillo predominaban en el exterior, pero era entrar y, la calidez de la madera en varias tonalidades, daban al lugar ese ambiente acogedor.

Nos sentamos en unos taburetes junto a un barril y pedimos un par de cervezas y unos pinchos.

—¿Qué tal en Còctels?

—Bien, bien... He trabajado mucho tiempo en la hostelería; esto no es nuevo para mí.

—Sí, es verdad, tu primo nos lo dijo.

—Tú dejaste Còctels, ¿no?

—Sí, me fui después del verano. Tenía que ponerme las pilas para centrarme en las oposiciones.

—¿A qué te quieres presentar?

—A algún puesto de administrativo para la Generalitat de Catalunya.

—¿Y no podías compaginar trabajo y estudios? —le pregunté algo descolocado; en Còctels se trabajaba de siete a dos de la madrugada. Tenía prácticamente todo el día libre.

—Eso creía yo. Pero llevo muy mal acostarme tarde. —Se encogió de hombros—. Cuando trabajaba, me levantaba por las mañanas casi a la hora de comer y, poco después, de vuelta al *pub*... no aprovechaba nada el día.

—¿Tendrás algún tipo de ingreso? ¿De qué vives?

—Bueno... Ahora mismo me apaño. Vivo con mis padres y, aunque suene mal, ellos me mantienen. Espero aprobar, tener la tranquilidad que da ocupar un puesto fijo en un trabajo diurno e independizarme por fin.

—Solo de ti depende.

Las horas pasaron volando al lado de Neus; me divertí mucho con ella. Finalmente, no nos tomamos una cerveza, fueron cuatro cada uno. Hablamos de muchas cosas y de nada, pero me vino genial para desconectar.

Salimos de Comiendo con Noelia Silva a más de las once de la noche. Cuando subí a casa, me duché y me metí en la cama. Esa noche no tuve que contar ovejas para quedarme dormido, mis ojos se cerraron rápido. Por primera vez en muchos días caí rendido en el colchón.

5



~ GRUP ~

Sábado: cuatro días después. En Còctels.

—¡¡Mi primo no para de hacerle la cobra a Anna!! —Raúl se cruzó de brazos poniendo morros.

—Pero ¿de qué hablas Raúl? —Xavi lo miró ceñudo mientras se movía de un lado a otro preparando el pedido que Raúl le había dado.

—Tenías que verlos cuando venimos a Còctels o vamos de vuelta a casa... Me hago unos monólogos que Dani Rovira pagaría por ellos. Y luego, aquí, nunca espera que le sirva Anna, Pablo siempre te busca a ti.

—¿No estarás celosón? —comentó Xavi guiñándole un ojo sin dejar de moverse.

—No seas tonto. Estoy hablando muy en serio, Xavi. Estos dos me preocupan mucho; llevan toda la semana ignorándose.

—Raúl, déjalos en paz —le pidió Xavi, nuevamente, entregándole la bandeja completa.

De mala gana, la cogió y siguió con lo suyo.

—¡Nen! Un margarita, un mojito y tres cervezas cero cero —pidió Mireia—. ¿Qué le pasa a Raúl? Tiene mala cara.

—Otra vez está con lo mismo. —Con la barbilla señaló a Anna y a Pablo.

—Soñó que terminarían juntos —comentó Mireia—. Estoy segura de que ocurrirá.

—Yo también estoy seguro, pero Raúl es un *ansias*; no tiene paciencia ninguna y quiere que suceda ya.

Xavi le entregó la bandeja y, una vez que Mireia dejó las copas en la mesa correspondiente, la rubia se acercó a Raúl.

—Nen, relájate, ¿vale? Anna y Pablo terminarán juntos. Lo has soñado —Mireia intentó tranquilizar a su amigo.

—Ya lo sé, pero... —Resopló viendo como Pablo se acercaba a Xavi para hacer un nuevo pedido—. Anna y Pablo no se hablan.

—Pues yo creo que ahí hay química —añadió Mireia sonriendo—. No te has dado cuenta de que no paran de mirarse.

—Para nada se miran —saltó Joan acercándose a ellos. Al parecer los había escuchado.

—¡¡Ves!! Hasta Joan se ha percatado —lloriqueó Raúl.

—Joan no sabe dónde tiene la cara. ¿Qué sabrá él? —protestó Mireia.

—¡Eh, rubita! ¡¡Un respeto!! Que yo estoy atento a todo...

—Chicos, sin enfadarse —Resopló Raúl—. Y no es solo que no se miren ni se hablen, creo que el martes les ocurrió algo —añadió Raúl—. Somos sus amigos, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—¡Totalmente de acuerdo! —aplaudió Joan apoyando las palabras de Raúl—. Si me dices

qué hago, me pongo a ello.

—¿Por qué crees que el martes les ocurrió algo? —preguntó Mireia a Raúl ignorando la efusividad del otro compañero.

—Sabía que Anna pasaría la tarde en la plaza del Rey dibujando; y mandé a mi primo allí. Cuando le pregunté, no me dijo que la había visto.

—Como se entere Xavi que estás metiendo la mano al margen del Grup, se va a enfadar contigo —comentó Joan riendo.

—Solo fue una tontería... No tiene que enfadarse.

—Oye, *nen*, ¿y tú cómo sabes que se vieron? —lo interrogó Mireia con cara de duda.

—Lo intuyo. Con sutileza, le pregunté que, qué tal en la plaza del Rey y solo me dijo que bien. Pero un «bien» muy escueto. Estoy totalmente convencido de que ese «bien» guarda muchas cosas. Además, después, cogí a Anna y le pregunté por su tarde en la plaza... me confirmó que estuvo allí toda la tarde pintado y también omitió que viera a Pablo. Estoy seguro que llegaron a encontrarse y que les pasó algo.

—Igual no se llegaron a ver —apuntó Mireia quitándole importancia.

—¡Imposible! En esa plaza apenas hay gente, seguro que se encontraron.

—Puede que se vieran y se ignoraran; como hacen aquí —añadió Joan levantando la ceja.

—¡Exacto! Esa sí es una buena hipótesis: se ignoran y no paran de hacerlo. No pueden seguir así, hay que hacer algo —repuso.

Raúl vio que en una mesa lo solicitaban y salió volando. Los otros dos siguieron sus pasos y continuaron con el trabajo.

Tras coger nota, Raúl se dirigió a Anna.

—Quiero un cubata, dos *gin-tonic*, uno de ellos con Tónica Pink, una caipiriña y un agua.

—¡Marchando! —dijo, esta, poniéndose a ello.

—Anna, ¿cómo vas?

—Como siempre —contestó ella preparando la bandeja.

—No quiero verte llorar más por el desgraciado ese, ¿eh? —le advirtió.

—Raúl..., no empieces. Han pasado solo dos semanas, creo que me merezco pasar el luto.

—Marc no se ha muerto, te ha estado engañando. No se merece luto. Se merece que te pongas guapa, salgas, sonrías y te abras a otros chicos. Que le den a Marc. Te aseguro que él ha perdido más que tú.

—Sé que me dices todo esto porque me quieres mucho, Raúl, pero entiéndeme, necesito tiempo para asimilar mi nueva situación. Llevábamos tres años juntos... no está siendo fácil para mí olvidarme de todo eso.

Raúl vio que los ojos de su amiga volvían a brillar; la había puesto triste y ahora tenía ganas de llorar. ¡¡Maldita sea la hora en que Marc puso los ojos en Anna!!

—Tranquila, todo se va a arreglar, te lo prometo, Anna. Me voy a encargar personalmente de que vuelvas a sonreír.

—Gracias, Raúl.

Cogió la bandeja y siguió con el trabajo. Esto no se podía quedar así. Tenían que hacer algo, y cuanto antes, mejor.

6



~ ANNA ~

Domingo: al día siguiente. En Còctels.

Vertí el combinado en las dos copas, las adorné con una brocheta de frutas de varios colores y puse las pajitas de bambú. Les di un último vistazo antes de colocarlas sobre la bandeja.

—Me llevo los dos cócteles azules —dijo Pablo mientras los cogía.

—¡Blue Hawaii! —le contesté con sequedad—. Recuérdales a los clientes el nombre de los combinados.

—Tienen la costumbre de llamarlos por los colores o los sabores. —Sonrió divertido—. En Vélez es igual. Estoy convencido de que, por más que les recuerde que su nombre es Blue Hawaii, ellos seguirán pidiendo un cóctel de color azul. —Chasqueó la lengua y siguió su camino.

No podía con él, era un tipo infumable. Esa semana, Pablo, apenas pasó por mi lado para pedirme copas, se las demandaba a Xavi. Pero ese domingo, el jefe estaba bastante solicitado y no le quedó otra que ir a buscarme. Debía recordarme que estaba trabajando y que tenía que preparar el pedido de cualquiera de mis compañeros con «amabilidad». Pero ¿por qué Pablo no se podía mantener calladito? Que tratara de hacerse el simpático conmigo me resultaba insoportable. Si pensaba que acercándose a mí y hablándome como si nos conociéramos de siempre me caería mejor, no podía ir peor encaminado.

De pronto, apareció Mireia con su sonrisa crónica en los labios.

—Ponme dos *gin-tonic* y dos cócteles con sabor a piña.

—¡¡Otra!! —gruñí con la vista puesta en el techo—. ¿Tan difícil es pedir dos piña colada?

—¿Qué pasa? —Mireia me miró descolocada.

—Es que estoy harta de que no pidáis los cócteles por sus nombres.

Debía admitir que, hasta el momento, nunca antes había protestado por esas minucias que ahora me enfadaban tanto, pero estaba rabiosa y cualquier contrariedad, por tonta que fuera, era buena excusa para estallar.

—Vale —dijo Mireia cabizbaja —, la próxima vez te lo pido por su nombre.

De forma automática, me sentí como una mierda.

—Mireia..., lo siento. No pretendía ser tan borde —intenté arreglarlo.

—No te preocupes.

Cogió la bandeja con los preparados y se marchó dejándome con ese mal sabor de boca.

Entonces volvieron esas enormes ganas de llorar; me aguanté como pude. Era consciente de que no podía estar todo el día llorando por las esquinas por mi nefasta situación, porque mi humor estaba así de oscuro por la espantosa situación. Otra vez Marc apareció en mi cabeza: su sonrisa, su pelo... Cuánto lo echaba de menos. ¿Qué estaría haciendo en Italia? Más

concretamente en Monza. Xavi confirmó mis sospechas sobre el nuevo paradero de Marc después de muchas súplicas. Tampoco era difícil suponer dónde se encontraba; sus padres tenían allí una fábrica de textil y, Marc, a diferencia de su hermano, no destacaba precisamente por su capacidad emprendedora.

—Anna, cuando puedas te acercas al almacén, Raúl está sacando fruta y me ha dicho que necesita tu ayuda —me pidió Joan.

En cuanto terminé el pedido de Joan, me fui directa al almacén. Allí estaba Raúl: con las puertas del frigorífico abiertas, la cesta en las manos y mirando en su interior.

—Me ha dicho Xavi que coja un poco de todo, pero... no sé si es suficiente con esto.

—A ver lo que has cogido. —examiné dentro de la cesta con detenimiento—. Las fresas están algo maduras, ponlas arriba, sino se van a aplastar. Las usaremos para hacer batidos.

—¿Anna?

—Dime.

—Necesito que me hagas un gran favor —me pidió Raúl con voz suave y con las cejas en gesto de súplica.

—Lo que quieras —acepté sin pensar.

Después de lo ocurrido con Mireia me sentía fatal. En vez de estar agradecida a mis amigos por lo bien que se estaban portando conmigo, no paraba de pagar mi mal humor con ellos. Me sentía en deuda con mis compañeros. Además, Raúl no era uno más, también era mi mejor amigo, el que siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Desde que sucedió lo de Marc, Raúl era como una madre pendiente de mí; se estaba portando de forma inmejorable. Y no solo eso, entre él y Xavi, en tiempo récord, hicieron desaparecer a Marc para evitar una batalla campal.

En poco más de dos semanas habían pasado tantas cosas que me costaba un mundo asimilarlo todo. Me encontraba en una situación insostenible y necesitaba encaminar mi vida; no solo por mí, sobre todo por ellos, por mis amigos que se desvivían por que estuviera bien. La teoría me la sabía, solo tenía que ponerla en práctica.

—¿Puedo pedirte lo que quiera? —me preguntó Raúl con los ojos entrecerrados.

—¡Hombre! Algo que pueda cumplir, claro está. Ya te adelanto que no pienso tirarme desde lo alto de un tajo con un parapente contigo. Aunque me lo pidas de rodillas.

—No. —Rio contento—. Lo que te voy a pedir es algo sencillísimo para ti, y además, vas a disfrutar con ello.

—No des más rodeos y habla de una vez, Raúl.

—Es mi primo... A Pablo le encanta leer y... he pensado que podrías aprovechar que el martes, que los dos tenéis libre, lo lleves a la biblioteca, le saques el carné y le cuentes la historia de ese emblemático edificio que sé que te encanta. —Los vellos de la nuca se me pusieron de punta al escuchar la petición de Raúl.

—Pero ¿por qué no lo llevas tú? —protesté sintiéndome acorralada.

—Mañana estaré todo el día en Mura con Xavi y no llegaremos hasta el martes por la tarde, para la hora de abrir, por lo que no lo veré. Además, no conoce la ciudad y como fuiste guía...

»Después de pasar por la biblioteca le puedes enseñar el barrio Gótico.

—El barrio Gótico ya lo ha visto.

—Ha visto algo, pero no con la visión que te da una guía cualificada; ya sabes a qué me refiero.

Sabía perfectamente a qué se refería con esas palabras. Yo misma se lo había repetido miles de veces: no era lo mismo ver un monumento, a verlo con la explicación de su historia. La visión cambia cien por cien.

—Raúl, no aguanto a tu primo.

—Olvídate de que es mi primo. Piensa que es uno de tus clientes viajeros. Anda, no me digas que no...

—El martes quería ir a pintar la torre Bellesguard y pasar el día por los alrededores —volví a quejarme.

—Vas el miércoles por la mañana. ¡Será por días!

—Ya no es solo que no lo soporte, es que siempre terminamos como el perro y el gato.

—No lo conoces bien. Estoy convencido de que, en cuanto os conozcáis mejor, terminareis siendo muy buenos amigos. Solo necesitáis pasar algún rato juntos.

—Es que no quiero conocerlo, Raúl. No me apetece conocer a nadie.

—Es mi primo, vive conmigo y trabaja con nosotros; no tienes opción, tienes que tratarlo sí o sí. Como pasó con Joan cuando entró en Còctels.

Un remolino de tristeza se adueñó de mi estómago. No puse ninguna pega cuando Raúl me explicó los planes que tenía para su primo. Aun así, no podía evitar creer que era Marc el que tenía que estar viviendo con Raúl. Era Marc el que tenía que estar trabajando con nosotros en Còctels. Y, era Marc el que tenía que disfrutar, conmigo, del martes de descanso. ¿Por qué me había engañado?

—Raúl... —fui a replicarle de nuevo.

—Anna, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Mucho. —Mi voz apenas sonó, pero Raúl lo entendió sin problema.

—Pues en ese «mucho» nunca te he pedido un favor. Hazlo por mí; eres una guía brutal y necesito que te lleves bien con Pablo. ¿Por qué no haces un pequeño esfuerzo por mí, lo llevas a la biblioteca y después le enseñas el barrio Gótico? No te estoy pidiendo que te lances en parapente, solo que hagas algo que te encanta: hacer de guía.



~ PABLO ~

Martes: dos días después. Por las calles de Barcelona.

Miré el reloj y vi que faltaba un minuto para que dieran las cuatro de la tarde. Cogí la mochila, salí al rellano y toqué el timbre de la casa de Anna.

Seguía sin entender cómo había llegado hasta ese punto. Habría preferido mil veces ir solo a la biblioteca a tener que aguantar a la vecina amargada. Y para colmo, esa mañana, después de una semana sin noticias, había vuelto a hablar con Rocío: todo seguía exactamente igual que el martes anterior; tenía la sensación de que aquello era como una patata caliente que se iba inflando e inflando hasta terminar estallándote en las narices en el momento menos esperado. Hasta que esto no sucediera, estaría alerta, con el pellizco cogido en el estómago. No me quedaba otra.

Y ahora tenía que ir a sacarme el carné de la biblioteca. ¿Qué se me había perdido a mí ahí? ¿En serio eran tan frikis que para entrar en el exclusivo « club » del Grup, tenía que adquirir el carné de socio de la biblioteca? En un principio me negué a hacer tal tontería; estaría en Barcelona por un tiempo limitado, era absurdo perder el tiempo en solicitar un carné que jamás utilizaría. Pero claro, hablamos de Raúl: como a mi primo se le metiera algo en la mollera, por no escucharlo, era mejor hacer lo que pedía; aunque fuese algo ilegal o tu vida corriera peligro. Terminé aceptando sacarme el carné de socio de la biblioteca para así pertenecer oficialmente al Grup. La encargada en acompañarme a tal honor: nuestra vecinita Anna.

—¡Hey! Cuando tú quieras nos vamos.

—Un segundo, cojo la mochila.

Volvió a entrar en su casa mientras yo me quedaba en la puerta. No tardé en verla salir con la mochila ya colgada en su espalda.

—Me ha dicho Raúl que me vas a llevar a la biblioteca para sacarme el carné de socio y después me enseñarás algo del barrio Gótico.

—La Biblioteca de Cataluña, no es una biblioteca más. Lo entenderás cuando la veas —especificó secamente—. ¿Llevas el DNI encima? Lo primero que te pedirá Fátima Bellido, la bibliotecaria...

—Sí, llevo el DNI —la corté.

—Bien. De camino te iré enseñando algunas edificaciones emblemáticas.

Pocos minutos después, nos encontramos frente a la basílica de Santa María de Mar. Cada vez que pasaba por esa construcción, tenía que pararme a mirarla; me llamaba poderosamente la atención. Ya no solo por lo leído en el libro de Ildefonso Falcones, que también, sino por ese estilo gótico catalán que me tenía embrujado.

—¿Has entrado? —me preguntó Anna, quizás, al ver que mis ojos miraban el monumento

con admiración.

—Sí, nos coge demasiado cerca. Dos días después de mi llegada, entré a verla.

—No es una catedral, es una basílica —apuntó con su tono áspero habitual sin que yo hubiera hecho comentario alguno al respecto.

—Lo sé. De estilo gótico catalán, construida en el siglo XIV y, para mí, una joya arquitectónica... Entre otras, claro.

—A menos de un kilómetro de aquí está la verdadera catedral de Barcelona, la catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia —añadió algo más relajada—. ¿La has visto?

—Solo el exterior.

—No entraremos, pero pasaremos por su fachada.

»Las dos edificaciones, la basílica y la catedral, fueron construidas simultáneamente... bueno, entre comillas. Además, la catedral fue financiada por la realeza, nobles y clero; y esta, construida y financiada por el pueblo.

—En el libro Falcones lo explica: fue construida por y para el pueblo.

—Tampoco se tardó el mismo tiempo. Mientras que en la catedral invirtieron unos ciento veinte años, repito, entre comillas; en la basílica emplearon solo cincuenta y cuatro.

—La basílica es mucho más austera que la catedral.

Era curioso porque advertí que Anna se iba relajando a medida que relataba hechos de la historia, los detalles y curiosidades de la basílica. La veía cada vez más tranquila y, esa calma, me la trasmitía a mí. Me gustaba esa paz que me hacía sentir.

Seguimos caminando hasta que llegamos a la catedral de Barcelona. Nos paramos frente a la fachada, en un punto en donde la panorámica era inmejorable.

—La catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia —dijo Anna a modo de presentación.

—Tiene tanto detalle que no sé adónde mirar.

—De estilo gótico —comenzó una nueva explicación—. Esta catedral tiene ocho siglos de historia. Para empezar, se construyó sobre una catedral románica, que previamente había sido paleocristiana. Y su fachada, apenas tiene un siglo de antigüedad. Lo último en construirse fue el cimborrio y las torres a principios del siglo XX. —Las señaló con el dedo.

En silencio escuchaba con detenimiento todo lo que iba contándome sobre la catedral: sobre su construcción, sobre la leyenda de las trece ocas o la del Santo Cristo de Lepanto... Anna llegó a confesarme que estaba enamorada de Barcelona y sus historias.

Continuamos el camino e hicimos otra parada en la plaza del Pino. Nuevamente, nos detuvimos frente a la fachada de su basílica.

—La basílica de Santa María del Pino. —Señaló con la mirada la gran extensión del antiguo edificio—. Esta basílica es de estilo gótico y fue construida entre los años 1319 y 1391. Aunque, tras haber vivido guerras y terremotos, ha pasado por muchas reconstrucciones. Se cuenta que su nombre se debe a que la imagen de su virgen apareció en el tronco de un pino. Ese pino se colocó en honor a la virgen. —Apuntó con su dedo el árbol que presidía la plaza—. Pero este no fue el primero. En 1568 se plantó uno que murió en 1802. Cuenta la leyenda que un soldado le clavó su bayoneta en el tronco y lo mató. Mira allí...

Había visto esas tres edificaciones en varias ocasiones, pero la visión que tenía, había cambiado por completo. Ya me lo advirtió Raúl: conocer la historia que encierran en su interior, hace este milagro.

Yo iba más lejos: era la pasión que le ponía Anna al contar esas historias, esas leyendas, las que producía el milagro.



~ ANNA ~

En la Biblioteca de Cataluña.

Finalmente, esa mañana decidí ir a la Ciudadela para plasmar la Venus en mi bloc. Esa figura la había dibujado en infinidad de ocasiones, pero desde diferentes posiciones y con distintos puntos de luz. No era igual ver la misma escultura a una determinada hora o estación del año: la luz y el color variaban notablemente. Y eso era lo que más me gustaba, ver esos cambios que *a priori* podrían pasar desapercibidos o simplemente no llamaban la atención, pero que, para mí, eran una curiosidad saciada.

Terminé cediendo a la petición de Raúl, aunque tampoco tuve otra opción: Raúl era experto en ataques emocionales y yo estaba demasiado tocada; no tardó mucho en convencerme.

De primeras, en cuanto me vi a solas con Pablo, estuve a punto de retractarme, pero la cara de Raúl mirándome con ojillos lastimeros no paraba de reproducirse en bucle en mi cabeza. En cuanto comencé a meterme en la historia de esos edificios emblemáticos, toda duda se evaporó. Me encantaba hacer de guía. Además, muchas de esas historias eran cuentos que mi padre nos contó a mi hermana Montse y a mí siendo pequeñas. Mientras hablaba, rememoraba con nostalgia aquellos paseos con mi padre cuando viajábamos a la capital y la única preocupación que tenía era sacar buenas notas en el colegio.

Más de una hora después, llegamos a la Biblioteca de Cataluña.

La Biblioteca de Cataluña era para mí un lugar muy especial. Estaba cerca de casa y no era raro encontrarme por allí distraída, con los lápices y libreta en mano. Por eso, en un principio, me fastidió tanto. No solo me molestaba tener que cargar con el *Sevillano*, también el descubrirle uno de mis rincones favoritos.

Ese antiguo edificio y sus aledaños me tenían enamorada. No había que decir que el interior de esta biblioteca era un lugar particular por su contenido histórico. Los jardines de los alrededores del recinto, en conjunto con lo que fue el antiguo hospital de la Santa Cruz, le daban tal toque espiritual y tranquilo que siempre que lo visitaba mi alma quedaba plácida de forma casi paranormal. Me sentaba en el suelo, en alguna esquina del patio, mientras pintaba una ventana, un árbol o un arco... no paraba de imaginarme historias que pudieron tener lugar en los años grandes de aquel importante edificio y sus cercanías.

Observé a Pablo con curiosidad; hasta el momento no me había fijado en él y, Mireia y Xavi, no dejaban de repetir que era muy guapo. Estaba claro que los dos exageraban, tampoco era nada del otro mundo: castaño, ojos marrones claros, una constitución algo atlética... Un chico del montón; no más.

En esa mañana, en varias ocasiones, mientras él permanecía en silencio, escuchando mi narración, Pablo fruncía el ceño... con curiosidad, claramente empatizando con la historia.

Llegué a preguntarme: ¿qué habría hecho para terminar en Barcelona? La pregunta se desvaneció rápido, en cuanto escuché ese deje meloso que tenían los andaluces y que personalmente me chirriaba tanto.

—Este sitio no solo es maravilloso, también me transmite mucha paz.

Mientras estaba callado, bien, pero era hablar y algo había en ese tono que me ponía de malhumor.

Los ojos marrones de Pablo recorrían cada rincón con una sonrisa claramente colmada de admiración. En un momento determinado incluso lo vi cerrar los párpados y respirar hondo con la intención de llenar los pulmones del aire del lugar. Yo misma había hecho eso miles de veces. Era extraño verlo imitar mis propios gestos.

—Este lugar es mágico —contesté en apenas un susurro contemplando lo que el embrujo del sitio causaba a Pablo.

—Casi puedo palpar lo especial que es.

—La biblioteca fue un antiguo hospital gótico —le dije en voz baja—. Su interior aún guarda mucho de los tesoros de antaño...

Le fui relatando la historia del edificio desde que se construyó en la época medieval hasta convertirse en lo que era en ese momento.

Mientras le hablaba en voz baja, Pablo estuvo con la vista puesta en los detalles de la construcción, escuchándome con especial atención y sin decir una palabra.

—... y así fue como se convirtió en la Biblioteca de Cataluña.

En cuanto dejé de hablar y el silencio tomó protagonismo, Pablo volvió la cabeza hacia mí y posó sus pupilas dilatadas en las mías. Varios segundos estuve inmersa en esos ojos marrones claros sin poder separarme de ellos; había algo que...

Retiré la vista con brusquedad y la respiración agitada. Me toqué el pecho asustada y aturdida por lo que había sentido. Algo había en esos ojos claros, algo que me asustó. Nunca me gustó aguantar el contacto visual porque tenía la impresión de que, de esa manera, podrían meterse en mi interior y verme el alma. Siempre lo había evitado, ni siquiera a Marc me había atrevido a aguantar su mirada. Otra vez Marc regresó a mi mente y miles de sensaciones se entremezclaron... Odiaba esto, odiaba con todo mi corazón que se colara en mi cabeza sin permiso.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—Sí... —balbuceé—. ¡Entremos! —dije con sequedad.

—¿Estás segura? Si quieres...

—No. Vamos dentro.

En cuanto me encontré en el interior de la biblioteca, mi cuerpo se estabilizó. De soslayo miré a Pablo; debía admitir que disfrutaba ver su cara de asombro. Y no era para menos, la historia de ese viejo edificio del medievo, mezclado con el mobiliario moderno y todos aquellos libros, resultaba una fusión en perfecta armonía.

Me hubiera gustado meterme en la piel de Pablo, notar la emoción que estaba sintiendo en ese instante. Nadie que pasara por ese lugar le causaba indiferencia. Incluso yo misma, después de innumerables visitas, seguía maravillándome. Los ojos deslumbrados de Pablo, tras estar un buen rato contemplando todo, se volvieron a posar en los míos; agradecí que en esta ocasión no intentara meterse en mi interior, solo me estaba agradeciendo que le descubriera aquel lugar.



~ PABLO ~

Jueves: dos días después. De camino a casa.

Ese día, para ser jueves, Còctels había estado hasta los topes; no habíamos parado un momento. Cada día que pasaba me encontraba más cómodo en Barcelona; llevaba apenas dos semanas en la Ciudad Condal, pero parecían meses. La convivencia con mi primo Raúl era muy buena. Estaba tranquilo y eso se notaba sobre todo cuando me acostaba: llegaba tan agotado del *pub* que caía en la cama y dormía de tirón.

Esa mañana la pasé estudiando catalán; casi todas las mañanas aprovechaba para avanzar en la materia. A las doce del mediodía, Raúl, casi me echó a la calle. Eso sí, antes de cerrarme la puerta en las narices, me recomendó que me diera un paseo por La Rambla. Justo cuando iba rumbo a la conocida zona, el teléfono me sonó: era Neus. La semana anterior, cuando coincidimos en la puerta del edificio y nos tomamos unas cervezas en Comiendo con Noelia Silva, también nos intercambiamos los teléfonos; desde ese día, no parábamos de mandarnos wasap. Ese jueves, Neus me llamó directamente: ella también se había pasado toda la mañana estudiando y necesitaba despejarse un rato. Neus vivía a las afueras de Barcelona capital, en Mataró, pero no le daba pereza coger el coche y plantarse en el centro; no era raro encontrarla cerca. Ese jueves no fue una excepción, pocos minutos después de la llamada telefónica, nos encontramos. Con ella dialogaba en catalán. Como decía Neus, la mejor forma de practicar el idioma era hablarlo; desde la tarde en Comiendo con Noelia Silva, me escribía o me hablaba en catalán.

Nos fuimos paseando hasta el parque de la Ciudadela y terminamos almorzando en un restaurante que encontramos por los alrededores. Como en la otra ocasión, el rato que estuve con ella se me pasó volando. Ya, por la tarde, mientras trabajaba, en más de una ocasión, al acordarme de alguna de las anécdotas con Neus, una sonrisa de lelo aparecía en mi cara.

—¿En qué estás pensando, Pablito? —me preguntó mi primo ya al final de la jornada.

—De algo que me he acordado —le quité importancia.

—Xavi se ha tenido que ir antes; le toca cerrar a Anna.

Eso significaba que nos iríamos los últimos, porque, además de que Raúl jamás dejaría a Anna cerrar sola, todos los días nos veníamos y nos íbamos los tres juntos. Solo los lunes había una pequeña excepción; Raúl libraba y no me quedaba otra que acompañarla en silencio. Raúl me podría cortar las pelotas si se enteraba de que dejaba a Anna sola.

—No hay problema.

—Pablo, ¿le has preguntado eso a Anna?

—Raúl, no empieces de nuevo. —Lo miré cabreado.

Lo había dicho antes, la convivencia con Raúl era muy buena... muy buena hasta que se le

metía algo en la cabeza y no paraba hasta lograr su fin. Un fin que en esta ocasión no tenía ningún sentido. Bueno, quizás sí lo tenía para él; aunque yo pensara que el afán de Raúl por querer animar a Anna era enfermizo. La chica solo necesitaba tiempo para recuperarse del golpe que había sufrido por lo de su novio. Era normal que Anna estuviera así.

Desde que estuve con ella en la biblioteca algo cambió; tenía la impresión de haber aprendido a empatizar con Anna —si es que eso se puede aprender—. Imaginaba que necesitaba su espacio y yo simplemente se lo daba. Estaba claro que me veía como a un impostor. Raúl me lo había insinuado en más de una ocasión: «ella no te tolera porque cree que has suplantado a Marc».

Ahora bien, en vez de aconsejarme que me mantuviera al margen y lo más retirado de ella, la pretensión de Raúl era que nos lleváramos bien; hecho harto difícil teniendo en cuenta las circunstancias. Raúl no parecía rendirse en este cometido.

—Solo tienes que pedirle que te siga haciendo de guía.

Sí, Anna era una guía excepcional. Cada vez que explicaba algo, cada vez que contaba alguna historia o una leyenda, lo hacía con el corazón. Se notaba a leguas que no solo sabía mucho del tema, también gozaba contándolo.

Pero ¿en qué momento se me ocurrió confesárselo a Raúl? Conociéndolo, debí mantenerme callado.

—Ella tiene sus días programados para dibujar. No puedo pedirle que deje sus planes para que me haga de guía por mucho que disfrutara el pasado martes.

—Es que a ella le viene bien hablar con gente, socializar... y no encerrarse en sus dibujos... eso no es sano.

—Es que además no le caigo bien. No podemos obligarla a tener que tratarme. Eso puede ser incluso contraproducente.

—¡Venga ya, Pablo! Después de hablar contigo hablé con ella y me comentó que la tarde había sido maravillosa.

—¡Raúl! —protesté—. Estoy seguro de que no te dijo nada de eso.

—Bueno... quizás no usó esa expresión, pero es que Anna ahora no está en su mejor momento y le cuesta exteriorizar sus emociones, pero estoy seguro de que la tarde le resultó maravillosa.

—¡Raúl, para ya, ¿vale?! Deja en paz a Anna, que haga lo que quiera.

—Ya te he dicho miles de veces que está mal. Tú solo has visto la versión oscura, pero Anna siempre ha sido muy alegre y está apagada... me da miedo que se encierre en sí misma y no salga.

—Seguro que saldrá de esta. Nadie se muere por una ruptura.

—No me fío de Anna..., quiero que esté bien.

—Pues busca otro método, Raúl. No la mortifiques obligándola a estar conmigo. ¿Y Mireia? Son amigas, ¿por qué no tira de ella?

—Mireia no puede —aseguró desviando la mirada.

—¿Por qué? —Me crucé de brazos frente a él—. ¿Qué es más importante que animar a su amiga a que salga?

—Mireia... está... —balbuceó—, es que...

—¡¿Raúl?! —gruñí exasperado.

—Mira, lo de Mireia es un secreto —me respondió al fin en voz baja—. Joan y ella están empezando algo y...

—¿Hablas en serio? —no pude evitar cortarlo.

Sus palabras me dejaron bastante sorprendido. En esas dos semanas trabajando con ellos en

Còctels, no había visto ninguna señal que me dijera que Mireia y Joan se atrajeran; todo lo contrario, diría incluso que se trataban con cierto pique. Aunque..., igual lo hacían para disimular.

No pudimos hablar más. Justo en ese momento, los aludidos, se despidieron dejándonos a los tres solos. Lo único que quedaba por hacer era echar un último vistazo a todo, cerrar la puerta del almacén, las luces, poner la alarma y cerrar.

Menos de cinco minutos después, por fin le dimos las buenas noches a Còctels. Desde el *pub* hasta la casa tardábamos unos veinte minutos andando a paso normal.

Ese momento de cierre, de regresar a casa, era un instante tranquilo; estaba agotado y solo deseaba llegar a casa para ducharme y acostarme.

A diferencia de Anna y yo, que nos manteníamos en silencio disfrutando del paseo, Raúl no paraba de hablar; era como uno de esos conejos de Duracell, parecía no tener fin.

—... y cuando voy, me dice que él no había pedido eso. ¿Os lo podéis creer? —Cogió aire y lo soltó—. Oye Anna, ¿por qué no buscas un hueco y...? ¿Anna?!

Raúl no terminó la frase. Anna se paró en seco y comenzó a hiperventilar tocándose el pecho con fuerza.

—¡Anna! —Me acerqué a ella asustado.

—Me cuesta respirar...

—¡¡Raúl, llama a una ambulancia!! —Mi primo se había quedado en estado de shock y no reaccionaba—. ¡¡Raúl, joder, coge el puto móvil y llama a 112!! ¡¡Date prisa!! —lo azucé.

—Me cuesta respirar... —repitió, Anna, sentándose en el suelo.

Raúl por fin reaccionó. Me senté frente a mi vecina, le cogí una de sus manos e intenté calmarla.

—Tranquila, tranquila... —solo podía decir eso.

Menos mal que la ambulancia no tardó en llegar, aunque para cuando lo hizo, Anna ya estaba totalmente reestablecida. Aun así, Raúl la acompañó en la ambulancia hasta el hospital para hacerle algunas pruebas.

Mi primo llegó sobre las cinco de la madrugada; entró por la puerta con cara cansada, pero tranquilo: Anna no tenía nada grave. Había sufrido un episodio de ansiedad; al parecer fruto del estrés psicológico por el que estaba pasando. Ni le dieron de baja en el trabajo, todo lo contrario, estar activa era la mejor medicina para que su cabecita volviera a ser la que era. Le mandaron unas pastillas que solo debería tomar en caso de que se repitiera el episodio.

9



~ GRUP ~

Sábado: dos días después. Antes de la apertura de Còctels.

Xavi metió la llave en la cerradura y entró sigilosamente a pesar de saber que a esa hora de la mañana Anna no estaría allí. Detrás del dueño de Còctels, entraron: Raúl, Mireia y Joan. Una vez que los cuatro se encontraron dentro del local, volvieron a cerrar, no sin antes echar un vistazo por si alguien los había visto.

—¿Por qué no hemos quedado en otro lugar? —preguntó Mireia—. Vamos a hablar de algo que nada tiene que ver con el trabajo.

—¿Ahora lo dices? —se quejó Xavi—. Y es que es entrar aquí y me pongo en modo currante.

—Justo lo que me pasa a mí, *nen* —apuntó Mireia—. La próxima vez, quedamos en otro sitio.

—Espero que no haya más veces —añadió Xavi.

—No seáis tiquismiquis y vamos al lío —puso orden Raúl.

—¿Neus va a venir? —quiso saber Joan.

—No, me ha dicho que no quiere saber nada del tema, que pasemos de ella para esto.

—A mí también me lo ha dicho —apuntó Mireia. Después, mostró una libreta roja con una sonrisa—. He traído una libreta para ir apuntando lo que va sucediendo y las ideas que se nos vayan ocurriendo. Anoche escribí lo de la toalla en Sabadell y también lo de los encuentros fortuitos que provocó Raúl. Iré apuntando todo y así podremos ir viendo la evolución.

—Me parece bien —aplaudió Xavi.

—Empecemos a hablar de lo importante —sugirió Joan impacientándose.

A raíz del susto que se llevó Raúl, hacía dos días, por culpa de la taquicardia de Anna, decidió ponerse en serio con el tema. Pero para ello, necesitaba el respaldo y la colaboración del resto del Grup que no dudaron en apuntarse a la causa; excepto Neus, claro.

—Tenemos que pensar cosas para animar a Anna —contestó Xavi.

—Y yo las apuntaré en la libreta roja. —Mireia volvió a mostrar el cuaderno con orgullo.

—El único que puede animar a Anna es mi primo Pablo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Xavi—. Anna no para de quejarse de él. Cada vez que lo escucha hablar, resopla ruidosamente. No puede con tu primo.

—Eso es ahora, en unos días lo adoraré. ¡¡Lo he soñado!! ¡Terminarán juntos! —Dio un hondo suspiro y se paró en los ojos verdes de Xavi—. Xavi, tú, mejor que nadie sabe que jamás le haría daño a Anna si no estuviera completamente convencido.

—Lo sé —afirmó bajando la cabeza.

—Pues hacedme caso. Lo que tenemos que provocar es sencillo: UNIRLOS. Hay que buscar cosas que los una.

—Bueno... podemos presionar un poco a la pareja —aceptó Xavi—, pero con sutileza, ¿vale?

—Sí, sí... lo hacemos con sutileza —aprobó Raúl.

—¿Y si vamos apuntando los gustos de cada uno para ver qué sacamos de ahí? —propuso Mireia levantando la libreta.

—Me parece una idea maravillosa —confirmó Raúl.

Media hora después, tras debatir los gustos que conocían de cada uno de la «futura pareja», los tres chicos pusieron los ojos en Mireia.

—¡Lee, rubita! —la animó Joan.

—Pablo, dos puntos. Es un *cocinitas*, es muy relimpio, le gusta ver pelis, le molan las pelirrojas. —Raúl sabía que le gustaban las pelirrojas porque Tesa tenía el pelo cobrizo. Mireia cogió aire—. Y, Anna, dos puntos...

—¿Por qué lees los dos puntos? —la cortó Joan—. Se sobrentiende que están ahí.

—Quiero que quede claro que voy a decir una serie de cosas de esa persona —se defendió la chica.

—Sabemos que vas a decir una serie d...

—¡Yaaa! —Xavi zanjó la absurda disputa—. El tiempo pasa, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Sigue con la lectura y dejad la gramática para otra ocasión.

—Sigo. Anna, dos puntos. —Joan se tapó las orejas para no escucharla—. Le gusta pintar, le encantan los dibujos animados, es defensora de los animales, le gusta la historia y los tatuajes.

Anna no tenía tatuajes, pero Marc sí, y sus amigos sabían que les gustaba. Raúl aseguró que Pablo no tenía ninguno.

—No veo nada en común. ¿Alguna idea? —habló Xavi—, y yo especificaría: alguna idea... INOCENTE.

—Podemos quedar todos para ir al cine o a un teatro y no ir. Por supuesto, avisamos cuando Anna y Pablo ya estén dentro, así no se pueden echar atrás —sugirió Mireia.

—Eso está muy manido —dijo Raúl.

—También podemos emborracharlos y encerrarlos en algún sitio —apuntó Joan—. Todos sabemos lo cariñosa que se pone Anna con el alcohol.

—Y eso de inocente tiene poco —protestó Xavi—. Les queremos dar pequeños estímulos, eso es pasarse tres pueblos.

—¿Y que trabajen juntos en la barra? —preguntó Raúl.

—Anna no va a querer —negó Xavi.

—Que lo pinte desnudo. —Al ver la cara de sus amigos, Joan dio otra idea distinta—. Que tengan que utilizar tu moto, Xavi. Puede que con el acercamiento haya tocamientos.

—Por ahora, no creo que sea buena idea que haya contacto físico —comentó Xavi.

—¿Y ponerlos a que cocinen juntos? —Apuntó Raúl.

—No lo veo. A Anna la cocina se le da fatal —volvió a dudar Xavi—. Acordaros aquella vez que invitó a cenar a ese amigo raro de Marc.

—Hizo una tortilla de patatas con extra de sal. —Rio Mireia divertida, al recordar la anécdota; estuvieron meses rememorándola.

—Sí, sal con un poco de tortilla, diría yo. —Xavi tuvo «el placer» de estar presente y de degustarla.

—Y para colmo, el amigo raro de Marc, no tomaba sal. —Joan dio una carcajada—. Me hubiera gustado ver los dos lagrimones que le tuvieron que salir al tipo cuando la cató.

—Lagrimones y tos, mucha tos —recordó Xavi—. Pero... no nos desviemos del tema.

Vamos a pensar.

—Nada de lo que decimos os parece bien. Xavi, tú no has dicho ni mu, propón tú algo —lo acusó Joan.

—Necesitamos algo inocente, algo que no implique mucho contacto físico entre ellos, pero que les llegue al corazoncito.

—¡Que Pablo salve a un perro delante de Anna! Seguro que se le mojan las bragas viéndolo hacerle el boca a boca a un perro moribundo.

—¡Qué bruto eres, Joan! —Raúl puso cara de asco—. Eso no nos vale; otra cosa.

—¿Obligarlos a ver una puesta de sol en la playa? Eso es muy romántico —dijo Mireia.

—Cuando quieras te llevo a ver una puesta de sol, rubita. —Le sonrió Joan.

—¡Ah! Por cierto. Se me ha olvidado comentaros que para Pablo estáis empezando una relación.

—¡¿¿Perdona??!! —preguntó indignada Mireia.

—Tenía que poner alguna excusa para que Pablo se encargara de animar a Anna... Le dije a mi primo que le pidiera a Anna que hiciera de guía y no quería.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en todo eso? —volvió a quejarse la chica.

—Es que dijo que tú, como amiga de Anna, tienes el deber de motivarla. Tuve que decirle que estabas muy ocupada con tu recién estrenada relación con Joan.

—¡Uhhh! —Aulló Joan dando una carcajada—. Nena, tenemos que fingir que somos amantes... —le dijo con coquetería poniéndole morritos.

—¡Venga ya, Joan! —Mireia, se giró hacia Raúl—. No entiendo por qué le has tenido que decir esa mentira.

—Ya te lo he explicado —bufó Raúl—. Además, tampoco hace falta que hagáis nada del otro mundo. Solo que, si Pablo os comenta algo, que le sigáis el cuento. Nada más.

—Esa es la mejor idea que se te ha ocurrido en años —añadió Joan sin parar de reír—. Tú tranquilo que Mireia y yo nos hacemos cargo de ello. ¿Verdad, *mi amol*?

—¡Qué tonto eres, *nen*! —Le dio un palmetazo en el brazo.

—Nos desviamosss —gritó Xavi.

—¿Por dónde íbamos? —pensó Raúl en voz alta.

—Por la puesta de sol —le recordó Mireia.

—No sé cómo podríamos incentivarlos a ver una puesta de sol —comentó Xavi pensativo.

—Los podemos maniatar para que se dejen —añadió Joan dando otra carcajada.

—Sí, y para que no griten, también les podemos poner cinta americana en sus bocas —añadió Xavi con sorna poniendo los ojos en blanco.

—¿No se nos va a ocurrir algo bueno? ¿Algo creativo?

—E inocente; nada de maniatar.

—¿Creativo, inocente y que les llegue a la patata? —Raúl los miró esperando una inspiración.

Los cuatro se quedaron pensado, pero fue el propio Raúl el que rompió la meditación al cabo de unos largos minutos. Sonrió a sus compañeros con la mirada llena de emoción.

—¡¡Ya lo tengo!!

10



~ PABLO ~

Domingo: al día siguiente. En Còctels.

—Pablo, tengo que hablar seriamente contigo.

Mi corazón comenzó a latir desbocado mientras miles de hipótesis tomaban el control de mi mente. Quedé paralizado, estudiando el rostro de mi primo; esperaba ver alguna señal que me indicara qué ocurría. No fue así, Raúl quedó callado con cara de póker.

—¡Habla de una vez! —lo insté desesperado al ver que no parecía tener prisa en desembuchar.

Estábamos en el trabajo y Raúl me había pedido que me pasara por el almacén. En aquel momento nada me hizo sospechar que sucedía algo. Fue al soltarme esa frase cuando se me activaron todas las alarmas. ¿Le habría llamado Rocío o a mi familia? Y, en caso de ser así, ¿por qué no me habían llamado a mí?

—Es que... no sé por dónde empezar... —Raúl fijó la vista en sus manos que no paraban de frotarse una contra la otra.

—¿Ha pasado algo en Vélez? —le pregunté sin poder aguantar más los titubeos de mi primo.

Raúl levantó la mirada de forma repentina y me observó con los ojos muy abiertos.

—No, no... —se apresuró a negar—. En Vélez todo sigue igual. No tiene nada que ver con tu familia.

Ahí solté todo el aire que llevaba retenido. Cogí oxígeno de nuevo y lo volví a liberar; esta vez con parsimonia.

—Entonces, ¿de qué se trata? —pregunté algo más calmado.

—Se trata de mí.

—¿Te ocurre algo?! —El estómago me dio un vuelco.

—No, estoy bien... Mi salud está estupenda —contestó rápido intuyendo por dónde iba mi preocupación.

—Raúl, me estás poniendo de los nervios. ¿Por qué no hablas claro de una puta vez? —le salté enarbolado.

—Pablo, soy gay y estoy saliendo con Xavi.

Me quedé paralizado como un muñeco de cera mirándolo estupefacto.

—¿En serio me has dado el susto del siglo, sin contar que has hecho que pare de trabajar, solo para decirme que eres gay y estás saliendo con Xavi?

—Es lo mínimo que podía hacer. Sincerarme contigo.

—¿Crees que soy idiota o qué? Desde siempre he sabido que eres gay. Y desde que llegué a Barcelona y te vi con Xavi imaginé que entre vosotros había algo.

—¿Sabías que era gay?

—¡¡Claro que lo sabía!! ¿Qué te has creído?

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Yo nunca he tenido que decir que soy hetero. Creo que tú ya lo sabes.

—No es lo mismo. Tú sí me has hablado de tus ligues... todas tías.

—Tienes razón, pero lo tuyo era muy evidente. Raúl, en serio, ¿a qué viene esto ahora? Estamos trabajando, ¿no había otro momento para charlar de este tema?

—Tengo mis razones... —Se miró los pies.

—Que son... —lo animé a seguir.

—Ya sabes que mañana es nuestro día libre...

Esa era otra, los dos lunes que había pasado en Barcelona —día libre de Xavi y Raúl—, los dos se habían ido por ahí, juntos. Incluso el anterior, Raúl, no llegó a dormir en casa, por lo que intuí que estuvo con Xavi. No había que ser un lince para imaginar lo que ocurría.

—Sí, y te irás con él por ahí —pronuncié con voz cansada.

—La cosa es que... desde que tú estás aquí, me he reprimido un poco... ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

—Un domingo, de antes de que tú llegaras, yo me iba con Xavi y no regresaba hasta el martes por la tarde para venir a Còctels. Desde que estás aquí, no lo hago.

—El lunes pasado te fuiste con Xavi a Mura y no llegaste hasta el día siguiente —le recordé indignado por su protesta.

Aquel día, cuando cerramos el *pub*, Anna y yo nos fuimos juntos a casa y fue mejor de lo que esperaba porque anduvimos en silencio sin la cotorra de mi primo en medio calentándonos las orejas. Al otro día fue cuando Anna me llevó a la biblioteca e hizo de guía.

—Ya, pero... yo quiero más.

—¿Y quién te lo impide? —le contesté asombrado.

—La cosa es que Xavi tiene esa casita en Mura y nos gusta ir todas las semanas; es nuestro momento de relax. Normalmente nos vamos el domingo, cuando cerramos, y no regresamos hasta el martes para abrir Còctels.

—¿Y?! —Resoplé asqueado—. No sé por qué me lo vuelves a repetir.

—Porque está Anna —fue su respuesta.

—Y, ¿qué pasa con Anna, ahora?

—El jueves le dio el soponcio y no quiero que se quede sola.

—Vamos a ver, Raúl... —Cogí aire y lo solté armándome de paciencia—. El jueves le dio el «soponcio». —Hice la señal de las comillas—. Y hasta el momento Anna ha estado sola, sin vigilancia ninguna; que yo sepa.

—Ya, ya..., pero... tú puedes estar pendiente de ella.

—¿Cómo quieres que haga yo eso?

—Es muy sencillo, solo... hablándole, preguntándole cómo está..., no sé, dándole conversación. Que sois muy sosos, Pablo. Que cuando venimos y nos vamos, parece que el único que tiene boca soy yo, Pablo. Que algunas veces llego a casa o al *pub* y me tengo que beber dos vasos de agua seguidos porque tengo la lengua como la suela de un zapato, Pablo. Que cuando...

—Ya, ya... —Lo paré con la mano—. Cuando vayamos juntos le hablaré. No sé de qué, pero le hablaré. ¿Contento?

—¡Ay, gracias, Pablo! Otra cosa. El martes es vuestro día libre.

—¡Joder, Raúl! ¿Más cosas? ¿Qué quieres?



~ ANNA ~

Lunes: al día siguiente. De camino a casa.

Cuando le di las tres vueltas a la llave y comprobé que la persiana estaba bien cerrada, me enderecé y me giré para encontrarme con el *Sevillano* a escasos centímetros de mi cara. Estuve a nada de dar un grito del susto. Me retiré de él, respiré hondo y comencé a caminar como si nada hubiese pasado.

—La noche no ha estado mal —comentó con una sonrisa tonta.

¿Otra vez?

La noche anterior, cuando salimos del trabajo, para mi gran sorpresa y horror, Pablo no paró de hablar en todo el camino. Era como si, al faltar Raúl, le hubiese tocado a él rellenar los silencios con gilipolleces. Anteriormente, las veces que habíamos coincidido de regreso a casa solos, se había mantenido callado. Por eso no entendía a qué venía tanta perorata sin sentido ahora. Me imaginaba que todo era debido a lo que me ocurrió el pasado jueves, cuando sentí que el corazón se me iba a salir por la boca. Seguía sin comprender qué me pasó. Estaba bien, pero de repente y sin avisar, el corazón comenzó a latirme con celeridad mientras notaba como mis pulmones se quedaban sin aire. Me asusté mucho, creí que me estaba dando un infarto o algo similar. Por suerte, todo quedó en eso: en un susto. El estrés me estaba alterando demasiado; debía relajarme como fuera. En esos cuatro días no se repitió ninguna taquicardia y seguí con mi vida como hasta el momento, procurando no alterarme.

Esa tarde para ir a *Còctels* me libré de Pablo. Cuando Raúl no estaba, me iba antes; por supuesto no tenía por qué avisar al vecino nuevo, bastante tenía con aguantarlo a la vuelta; porque de esa no me libraba.

—No tengo ganas de hablar —añadí con hosquedad respondiendo al comentario de Pablo.

—¿Qué haces mañana? —me preguntó ignorando mi petición.

Mañana era martes, mi día libre, y pretendía realizar lo que no pude hacer la semana anterior, porque, por no escuchar a Raúl, tuve que actuar de niñera de Pablo y acompañarlo a sacarle el carné de la biblioteca. Sí, iría a dibujar la torre Bellesguard y pasaría el día por los alrededores.

—Nada que te interese —contesté de malos modos.

Pablo, por fin pareció pillar la directa y quedó callado mientras seguíamos caminando uno al lado del otro. Había bastante gente en la calle. Realmente la ciudad siempre estaba abarrotada fuese la hora que fuera.

—¿Podría acompañarte? —Pablo volvió a la carga pasados pocos minutos.

—¿Acompañarme adónde? —quise saber sin entender a qué venía aquello.

—Mañana... Adonde quiera que vayas. Ir contigo.

—No, no vas a venir conmigo a ningún sitio ni mañana ni ningún día. Pero ¿qué coño te pasa

a ti hoy?

—Nada... mañana es nuestro día libre y pensé que podríamos...

—Es mejor que no pienses nada..., nada que tenga que ver conmigo.

—Solo pretendía ser agradable.

—Eres agradable cuando mantienes la boca cerrada, no lo fastidies abriéndola.

Pablo dio un resoplido de desagrado.

—¡¡Mira, niña!! Esto no es idea mía, ¿vale? Tus amigos están preocupados por ti. Después de lo que te pasó el jueves, no se fían de dejarte sola.

—¿Y quieren que tú me supervises? No me lo puedo creer...

—Ellos no quieren verte amargada. Me pidieron que estuviera pendiente de ti, que no te dejara sola en nuestro día libre.

—No necesito una maldita niñera que esté pendiente de mí. No estoy enferma, no me pasa nada. Ya lo dijo el médico el otro día. —Di un bufido de enfado—. Pero ¿quiénes se han creído estos imbéciles?

No quise decir eso, pero lo dije. No pensaba así, pero lo solté sin más. Sabía que no era justa con ellos; igualmente sabía que detrás de ese «ellos», estaban Xavi y Raúl. Raúl se asustó un montón cuando me vio con la mano en el pecho sin poder respirar. El propio Pablo, también se acojonó, aunque él, a pesar del miedo, reaccionó muy rápido. Si hubiese estado sola con Raúl y, en vez de una taquicardia hubiese sido un infarto, quizás habría muerto fulminada.

—Pero tranquila. —Pablo levantó los brazos hacia arriba mostrando sus palmas—. ¿No quieres que te hable? Pues no te hablo. ¿No quieres que te mire? Pues no te miro. ¿No quieres que te acompañe cuando Raúl no esté? Tan sencillo como no hacerlo. Pero no les digas nada a ellos, no quiero que hieras sus sentimientos. Todo lo que hacen es por ti.

Pablo adelantó el paso dejándome completamente sola. Las ganas de llorar volvieron.



~ PABLO ~

En casa.

Cuando cerré la puerta de casa me fui directo al baño. Me duché y, con la toalla en la cintura, fui a mi dormitorio a vestirme. El estor estaba subido y no pude reprimir mirar hacia la ventana de enfrente; el cuarto de Anna estaba completamente a oscuras. Advertí cómo la sangre me corría por las venas mientras la rabia regresaba a mí al recordar lo que me había ocurrido con la vecina.

Bajé la cortina y, en vez de ponerme el pijama y meterme en la cama para dormir como habría hecho cualquier otro lunes, me fui al sofá y me tiré en él. El agotamiento había mutado convirtiéndose en cabreo. Cabreo por no entender la actitud egoísta de Anna. Y, ese mismo cabreo, no me dejaba dormir.

Miré el reloj: las tres menos cinco. Cogí el mando a distancia y, bajando el volumen de la tele, comencé a pasar canales sin prestar atención a ellos.

La cara de Anna se manifestó de forma nítida en mi mente. Cada vez que ella me miraba, la censura se veía reflejada en sus pupilas; estaba claro que todo lo que yo decía o hacía, ella lo veía mal.

Acepté «estar pendiente» de Anna porque Raúl me lo pidió preocupado por su amiga. Pero yo

no estaba dispuesto a aguantar las malas formas de Anna. Si Raúl estaba presto a soportarlo, que lo hiciera él, pero que a mí me dejara al margen; esa no era mi guerra, yo ya tenía en Vélez la mía propia.

Tras un buen rato pasando canales, sentí que mi estómago rugía falto de alimento. Siempre cenábamos en Còctels; Xavi o Anna se encargaba de pedir algo que lo traían directamente al *pub*. Parábamos a comer por tunos, pero de aquello hacía más de cinco horas.

Me levanté del sofá dispuesto a hacerme un sándwich.

Mientras lo preparaba, escuché caer el agua de la cisterna del váter de Anna. Sin pensarlo, golpeé varias veces en la pared para avisarla, pero la chica, o no entendía la señal o simplemente no me escuchaba.

Con el sándwich en la mano y dándole mordiscos me dirigí hacia la vivienda de la vecina. Era tarde y, en vez de tocar al timbre, creí más acertado hacerlo con los nudillos. Di un par de toques y esperé; nadie abrió. Tras un buen rato sin respuesta, decidí tocar al timbre para hacerme oír. De igual manera, transcurridos unos largos segundos, la puerta siguió cerrada. Fue entonces cuando el corazón se me puso frenético mientras mi cabeza empezaba a atormentarme con malos pensamientos. Raúl ya me había advertido un millón de veces —si no más—, de que Anna no estaba bien y temía que le pasara algo o que hiciera cualquier tontería. Lo del jueves quedó en nada, pero ¿y si había vuelto a sufrir otra taquicardia? O ¿y si la tonta discusión que habíamos tenido la había «forzado» a dañarse a sí misma? Toqué con más insistencia notando a unas gotas de sudor frío resbalar por mi espalda.

Sin saber cómo, recordé que había dejado mi móvil en la entrada del piso. Entré rápido y lo cogí regresando con ligereza a la puerta de la casa de Anna. Golpeé varias veces más la puerta..., nada. Con manos temblorosas miré la pantalla de mi teléfono dudando a quién llamar: si al 112 o a Raúl; no tenía el número de Anna. Probé con Raúl, pero tras salir la conocida voz femenina informándome de que el teléfono al que había marcado estaba apagado o fuera de cobertura, recordé que en la casa de Mura la cobertura brillaba por su ausencia. Maldije por lo bajo. Tenía la boca seca. Volví a aporrear la madera con desesperación... y nada. Dejé la puerta de lado para centrarme en el móvil. Con dedos temblorosos marqué el 112, pero justo antes de dar a la tecla de llamada, la puerta cedió.

—¡¿Pero a ti qué coño te pasa, eres gilipollas o qué?!! —me gritó Anna en las narices. Tenía el cuerpo envuelto en una pequeña toalla verde y el pelo mojado goteaba sus hombros.

Me quedé mudo. Las persistentes palabras de Raúl me habían calado más de lo que yo pensaba y esa era buena prueba de ello. En esos minutos que transcurrieron sin abrir la puerta, mi cabeza no había parado de repetir en bucle las palabras de Raúl: que temía por Anna, que había que vigilarla, no dejarla sola...

—Perdona —balbuceé avergonzado mirando a la chica medio desnuda—. No me abrías y no sabía...

—Me estaba duchando —contestó enfada.

—Per... perdona. —Me di media vuelta para desaparecer de allí cuanto antes.

—¡Pablo! —me llamó. Me giré cabizbajo incapaz de mirarla a la cara—. ¿Qué querías?

—¡Ah! —Con el susto ya ni me acordaba de eso—. La cisterna..., se ha vuelto a quedar pillada.

12



~ GRUP ~

Jueves: tres días después. En Còctels.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —dijo Raúl sin parar de colocar botellas de licor en la estantería del almacén.

—Es que no estamos de brazos cruzados, Raúl —refunfuñó Xavi—. No sigas malmetiendo. Dales un poco de tiempo.

—Pero ¿por qué? Tú mismo accediste a darles empujoncitos.

—Efectivamente, y lo que estamos haciendo es perfecto.

—Alguno más, tampoco estaría mal... es por Anna —apuntó Raúl con voz triste.

Xavi terminó de colocar su caja y se giró hacia Raúl para prestarle toda su atención.

—¿Qué tienes pensado? Porque estoy seguro de que esta cháchara que te has marcado tiene un trasfondo ya dibujado en tu cabezota inquieta.

Raúl enarcó una gran sonrisa que hizo que Xavi le correspondiera con similar gesto.

—Pelirroja y tatuaje —respondió sin más.

—No te entiendo —contestó Xavi con cara dubitativa después de unos segundos pensando.

—A Pablo le gustan las pelirrojas y a Anna los tatuajes... hagamos que eso ocurra: Pablo con tatuaje y Anna pelirroja. No me digas que no es perfecto.

La expresión de Xavi cambió: de interrogante a desconfianza o puede que a miedo.

—¿Me estás diciendo que estás pensando en convencer a Anna para que cambie su maravillosa melena castaña natural por una pelirroja de bote? —manifestó Xavi anonadado.

—Algo así, sí. Y hacer lo mismo con mi primo —afirmó Raúl con cara de satisfacción.

—Raúl, que a Anna le gustaran los tatuajes de Marc, no significa que, tío que tenga un tatuaje, tío que le va a gustar.

—¡Hombre! No soy tan inocente como para creer en eso, Xavi. Pero admite que mi primo está cañón y que, que tenga algún tatuaje en su cuerpo, aumentará esta realidad. —Raúl movió sus cejas.

Xavi lo estudió en silencio intentando comprender la idea retorcida que se había creado en la mente de Raúl.

—¡Hey! —Pablo interrumpió el mutismo entre la pareja—. ¿Pasa algo?

—No, no... —se apresuró a negar Raúl.

—Fuera está todo recogido. He venido por si hace falta ayuda aquí.

—Esto está controlado —apuntó Xavi sin dejar de mirar a Raúl—. Solo quedan esas dos cajas por colocar.

—Sí, pero no tardo nada en ponerlas —dijo Raúl.

—Oye, Pablo, una cosa... —le habló Xavi—. ¿Tienes algún tatuaje?

—No. —El veleño movió la cabeza.

—Yo me quiero hacer uno —añadió Raúl con efusividad. Y al hacerlo, Xavi puso sus pupilas asustadas en él—. Podíamos ir los dos a tatuarnos.

—¿Tú y yo a tatuarnos? —Raúl afirmó con la cabeza—. ¡Yo, paso de tatuarme nada!

—¿Ni uno pequeño? —Con el dedo pulgar y el índice hizo una medida de unos siete centímetros.

—Un tatuaje es para toda la vida y, no solo hay que estar muy seguro, también tomarte tu tiempo para dar con lo que quieres plasmar en tu piel —aseguró Pablo.

—¿Ni uno muy pequeñito? —Sus dedos acortaron la distancia a la mitad—. Por mí.

—¡No! —Su primo movió la cabeza de un lado a otro—. Si alguna vez me hago un tatuaje, cosa que veo improbable, será por mí.

—Pero y si...

—Raúl, nos vamos fuera —lo cortó Xavi—. Termina eso rápido.

Una vez que Xavi y Pablo salieron del almacén, Raúl siguió dándole vueltas a la cabeza mientras colocaba las botellas de licores en su sitio. No esperaba que Pablo estuviera tan cerrado a hacerse un tatuaje y aquello lo descolocó un poco. Aun así, ese pequeño contratiempo no iba lograr disipar su idea.

Cuando Raúl salió del almacén vio que Mireia y Joan estaban cogiendo sus cosas para irse a su casa.

—¿Dónde está Anna y Pablo? —preguntó mirando de un lado a otro.

—Están fuera, ayudando a Xavi a fregar la parte de atrás.

—Oye, ¿vosotros veis a Anna de pelirroja?

El rostro de Mireia era un libro abierto, y no, no parecía gustarle la idea.

—Anna estaría buena con lo que se hiciera. ¡¡Ahh!! —gritó Joan tras recibir un codazo en las costillas de Mireia.

—No. Anna está genial con su pelo castaño. ¿Por qué dices eso?

—Quiero convencerla para que se pinte el pelo rojo.

—Anna no se va a dejar —respondió su compañera con firmeza—. Conozco a Anna y no va a querer.

—Si le digo que necesita un cambio de *look*, algo que la haga sentir diferente... puede que si...

—Ya te digo yo que no. Anna no accederá a hacerse nada en el pelo. ¿Aún no te has dado cuenta de que, en todos estos años que nos conocemos, jamás ha cambiado de *look* de pelo?

Raúl torció el gesto disgustado.

—Y Pablo tampoco quiere hacerse un tatuaje... —añadió Raúl a modo de protesta.

—¡¡Ahh!! Ya sé lo que pretendes —comentó Joan riendo—. Eso estaba apuntado en la libreta roja. A Anna le gustan los tatuajes y a Pablo las pelirrojas. Rubita, ¿has apuntado también que somos amantes?

Mireia tenía la libreta roja al día con ideas y novedades. Escribía todo, sin excepción y de forma extremadamente detallada, como si de un diario se tratara.

—No he apuntado nada de eso, idiota.

—Pues apúntalo, que parece que se te olvida. Pablo me ha preguntado en más de una ocasión por ti. —Le puso ojitos.

—Raúl solo dijo que le siguiéramos el rollo.

—Pero no vendría mal que nos regaláramos algún arrumaco. —Le pegó los morros a la cara y Mireia reculó poniendo sus manos a modo de escudo.

—Ni loca.

—Raúl, dile algo. No está dispuesta a quererme.

—¡Ya! Nos desviamos de una manera...

—Decías que Pablo tampoco quiere hacerse un tatuaje —le recordó Joan.

—Ninguno de los dos va a estar dispuesto a colaborar en esto —lloriqueó cruzándose de brazos.

—Pero ¿cómo quieres que colaboren en eso? —preguntó Mireia alucinada—. Estamos hablando de cosas muy serias. Con el pelo de una chica no se juega. Y, ¿un tatuaje? ¡¡Raúl que eso es para toda la vida!! ¿Qué pensabas?, ¿que iban a acceder sin más?

—Tienes razón. —Raúl dio un suspiro y bajó la cabeza, derrotado.

—¿Y si lo hacemos sin que ellos se den cuenta? —propuso Joan.

—¿De qué hablas? —quiso saber Mireia sin fiarse demasiado de él.

—Hacérselo mientras duermen —contestó Joan como si eso fuese lo más normal del mundo.

—¿Estás tonto? —dijo Mireia mirándolo horrorizada.

—¡Se despertarían! —fue la contestación de Raúl y, Mireia, desvió su mirada de asombro al otro—. Poner el tinte, quizás lo aguantara, pero en cuanto le laváramos la cabeza, se despertaría. Y luego lo del tatuaje: por muy profundo que Pablo tenga el sueño, la aguja pinchándole en la carne seguro que lo despierta.

—No me lo puedo creer —manifestó Mireia sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Por supuesto, no sería en un sueño normal —siguió Joan mirando a Raúl ignorando por completo a la alucinada Mireia—. Tengo un amigo anestesista que....

—¡¡¡No, no, no... no sigáis, por ahí!!! —Mireia ya no pudo aguantar más—. ¿Recordáis lo que dijo Xavi? —pronunció despacio para que su frase calara en las pérfidas molleras de sus amigos—. Empujoncitos inocentes... ¡¡Y esto de inocente no tiene nada!! A mí me hacen eso y...

—¡Vale! ¡Vale! —la tranquilizó Raúl—. Ha quedado claro. Pero ¿qué podemos hacer?

Mireia los miró dando un sonoro suspiro. Parecía que por fin les había quitado aquella dantesca idea de la cabeza. Y después, más tranquila les dijo:

—Solo tenemos que pensar en algo normal.



~ ANNA ~

Sábado: dos días después. En Còctels.

—¡¡Esto no es normal!!

Por más que miraba mi atuendo, no le vía ni pies ni cabeza a la absurda idea que tuvo Raúl. Y claro, a Xavi le pareció el mejor plan del mundo. Bueno..., y que Xavi respaldara a Raúl lo entendía porque era su debilidad, siempre lo había sido, pero que también lo hicieran Joan e incluso Mireia...

Los únicos que allí parecíamos cuerdos éramos Pablo y yo. Cuando protesté, Pablo no dudó en apoyarme, aunque todo quedara en nada: la mayoría aprobó hacer una fiesta temática en la que trabajaríamos disfrazados.

En más de una ocasión habíamos cerrado el *pub* para realizar alguna fiesta privada: cumpleaños, homenajes, despedidas...

Los clientes, los que pagaban un pastizal por ese capricho, solían pedir cosas tan extravagantes como que nos vistiéramos elegantemente o nos disfrazáramos de algo especial.

Esto sobrepasaba lo «normal». Una cosa era que los clientes, los que pagaban esas fiestas privadas extravagantes, nos hicieran vestir así, y otra muy distinta hacerlo libremente por divertir a la clientela; que por supuesto irían exentos de trajes ridículos.

Enfada, me planté el vestido ceñido de lentejuelas verde y la peluca roja: esa noche sería Ariel, la sirenita.

—¿Qué te queda? —Raúl tocó la puerta del baño del *pub* donde había entrado para vestirme.

—Ya estoy. —Con un imperdible, me cogí la tarjeta con el nombre de Ariel en la pechera; tras un rápido vistazo, abrí la puerta.

—¡Venga! Que ya solo quedas tú.

Allí estaba Raúl, vestido de... Me acerqué a su tarjeta para comprobar que lo que estaba leyendo era correcto y..., sí, era correcto.

—¿Príncipe Azul? ¿En serio? —Lo contemplé con la boca abierta.

—¿A que mola? —respondió Raúl con una gran sonrisa irguiendo su cuerpo con aire real.

—Pareces el príncipe, pero el de las galletas. ¿No había un disfraz menos edulcorado que este?

—Aunque me critiques, no vas a lograr hacerme creer que mi disfraz es inadecuado. ¡No! Es el disfraz perfecto.

—¿De qué va Xavi? ¿De bufón?

Los únicos que conocían qué disfraz nos pondríamos cada uno eran Xavi y Raúl —ellos se habían encargado de comprarlos—, los demás lo ignorábamos. No sé mis compañeros, pero yo me enteré de qué iría vestida al abrir «el paquete regalo» que Raúl me dio esa misma mañana.

—Ya lo verás. Sal, están todos fuera; solo faltas tú.

Al acercarme a la barra los vi y no pude reprimir carcajearme. Fui pasando mis ojos por cada uno de ellos con la intención de comprobar que realmente, lo que estaba viendo, era real.

El disfraz de Joan fue el que más me gustó: iba de granjero subido en lo alto de un pollo; estaba muy conseguido y, las piernas del granjero que colgaban del pollo, aunque delgadas, eran muy graciosas. El traje de Mireia era muy parecido al mío, mi compañera iba ataviada con un vestido de lentejuelas —idéntico al mío—, pero en celeste claro y su pelo estaba trenzado hacia un lado. No cabía duda de que era Elsa, de *Frozen*. Xavi no iba de bufón, más bien de... ¿Aladín? O algo parecido. Pablo de chico malote; llevaba un pantalón de cuero muy ajustado, una camiseta de tirantes blanca, un pañuelo alrededor de su frente..., pero lo que más destacaba de su atuendo era esa cantidad de tatuajes de pegatina de dibujos infantiles en los brazos; hasta Pepa Pig se veía por ahí.

—¿Soy la única que piensa que estamos ridículos? —comenté con los ojos puestos en Xavi.

—A mí me gusta el mío —dijo Mireia mirándose con orgullo.

—Tú no llevas peluca, ¿por qué ella no lleva peluca y yo sí? —protesté mirando a Raúl.

Mireia tenía una larga melena rubia, que había trenzada a un lado, dando ese aire a Elsa.

—No quisiste que te echara el tinte rojo. —Se encogió de hombros mientras yo lo intentaba fulminar con la mirada.

Esa mañana, cuando Raúl me entregó «el paquete sorpresa», también vino con un tinte rojo; llegó dispuesto a cambiarme el color del pelo. La explicación que me dio para realizar tal osadía: sería más realista si en vez de peluca llevaba mi cabello natural rojo. No dudé en echarlo de mi casa de malas maneras.

—¿Por qué no he ido de Bella? Ella es castaña. O incluso de Jasmine o Pocahontas.

—Porque vas de Ariel —fue la respuesta de Raúl.

—¡Venga, chicos! Vamos a ponernos las pilas.

En cuanto Xavi nos dio la orden —que por cierto leí en su tarjeta que se trababa de El Príncipe Árabe—, todos comenzamos a movernos hacia nuestro lugar de trabajo.

Còtels se abrió al público, los clientes entraron divertidos y, como un sábado más, trabajamos sin descanso.

—¿No me digas que Pablo no está guapo con ese disfraz de motero? —comentó Mireia cuando se acercó a mí con un nuevo pedido.

—Con ese pantalón anda raro —contesté sin levantar los ojos de la bandeja que preparaba.

—Sí. —Dio una risotada—. Dice que los tiene tan ajustados que le molestan al andar. ¿Y te has dado cuenta de sus brazos? Los tiene llenos de tatuajes. A ti te molan mucho los tatuajes.

—¿Estás hablando en serio? —La examiné alucinada—. ¿Hablas de esos tatuajes de pega de dibujos animados infantiles? Pepa Pig, Pikachu, Scooby Doo... entre otros.

—A ti te gustan mucho los dibujos animados, ¿no? Y esos tatuajes serán de pega, pero están muy conseguidos y le quedan... —Mireia se relamió con los ojos puestos en el chico.

—Pues nada, para ti el *Sevillano*.

—No sé por qué te cae tan mal —añadió mi amiga frunciendo el ceño—. Con lo guapo y simpático que es.

—Toma, ya tienes tu pedido. —Le entregué la bandeja ignorando a Mireia. Al ver que pasaba del tema, cogió el pedido sin decir palabra y se fue.

Seguí trabajando: corté fruta, lavé vasos, preparé pedidos... En un momento determinado, al levantar la cabeza vi que Neus se acercaba a mí con la risa contenida.

—¿Qué haces tú hoy por aquí? —Le pregunté sonriéndole yo también.

—Raúl me dijo que había fiesta temática de disfraces y no quería perdérmela. Me encanta el disfraz de Joan. Las piernas colgando dan risa.

—Y son peligrosas. Lo he visto tirar varias copas con ellas al darse la vuelta.

—Y tú de Ariel. —Dio una carcajada—. Menuda peluca te han plantado.

—Raúl es el autor de cada uno de los disfraces. Los ha conseguido en tiempo récord y está superorgulloso del resultado. Ni se te ocurra hacerle una crítica negativa.

Neus volvió a reír.

—Oye, ¿cómo sigues?, ¿has vuelto a notar algo raro?

En cuanto Neus se enteró de lo ocurrido, no dudó en llamarme preocupada por mi salud. Desde que dejó Còctels nos veíamos bastante menos, aun así, siempre estaba ahí.

—Bien, bien... solo fue algo puntual. El médico me comentó que lo más probable es que no se repita.

—Me alegro. Pero cuídate.

Hubo un largo silencio. Por la expresión de Neus, algo me decía que quería comentarme algo, pero por algún motivo no se atrevía.

—¿Qué quieres beber? El Príncipe Árabe invita —intenté suavizar el ambiente, se le veía tensa.

—Ponme una cerveza.

Cogí una copa, fui al grifo y la llené hasta arriba.

—¡Que aproveche! —le dije guiñándole un ojo.

—Anna..., ¿qué te parece Pablo? —El tono en el que Neus hizo la pregunta, incluso el momento en el que soltó aquella cuestión, produjo que fijara los ojos en Neus; intentaba encontrar algo que no terminaba de entender.

—¿Te refieres al disfraz de Pablo?

—No, me refiero a Pablo..., en general. ¿Cómo lo ves? Parece simpático y... muy guapo.

—¡¡Otra!! —respondí malhumorada—. ¿Pero por qué todas pensáis igual del cretino ese? Te digo como a Mireia, si te gusta, adelante, pero a mí ni os acerquéis.



~ **PABLO** ~

En Còctels.

Tenía los testículos aplastados por culpa del jodido pantalón y, aunque procuraba darles «vida» de vez en cuando moviéndolos ligeramente en su prisión, no era suficiente y, cada vez estaba más agobiado.

—Xavi, necesito quitarme este pantalón; no puedo trabajar con él —le dije desesperado al dueño del *pub*.

—Una cosa..., ¿qué te parece mi disfraz? —Xavi ignoró mi queja y, en respuesta, se giró mostrándome su atuendo. Después, siguió preparando mi pedido.

—Brutal. Pero Xavi, hablo en serio...

—¿Has visto a Anna? —me cortó nuevamente—. Está preciosa con esa melena roja.

—Está ridícula.

—¿Ridícula? —Xavi la miró con ojos críticos—. Bueno... la peluca no está muy conseguida,

pero de pelirroja estaría muy bien. ¿No crees?

—¿Anna de pelirroja? Para nada, está mejor de castaña —contesté nervioso, dándome tirones del pantalón.

—¡Ah! ¿Te gusta más de castaña?

—Anna no me gusta en general, pero reconozco que su pelo natural no le queda mal.

—¿Anna no te parece guapa? —preguntó con cara de sorpresa.

—A ver, Anna no es fea..., de hecho, es muy guapa —respondí analizándola desde donde estaba—, pero su carácter hace que no la vea guapa. No sé si me explico.

—O sea..., ¿que si fuera simpática contigo..., encajarías con ella?

—No lo sé, Xavi, y tampoco quiero saberlo. No me des más largas, necesito quitarme el puto pantalón. Esto es incómodo de cojones..., nunca mejor dicho. ¡¡Tengo que quitármelos o me quedará estéril!!

—¡Qué exagerado eres! —dijo riendo mientras me tendía la bandeja preparada.

—No estoy de broma, llevo un buen rato que no me siento la polla; creo que ha muerto.

—Habla con tu primo, él es el artífice de esto —me aconsejó dedicándome una media sonrisa.

Me di un nuevo tirón, llevé las bebidas a la mesa y después me dirigí hacia Raúl. Tras un intercambio de palabras, por fin, mi primo pareció comprender el drama que estaba viviendo por culpa de la prenda del diablo y accedió a mi petición.

Vi que una mesa me llamaba, pero la ignoré por completo, necesitaba cambiarme los pantalones cuanto antes.

—Hola, Pablo —Neus me paró en mitad de la estampida.

—Hey, Neus.

—¿Cómo vas?

—Mal. Este pantalón me está matando. Voy a cambiarme, no los aguanto más.

—Supongo que después del trabajo no tienes planes, ¿qué te parece si cuando termines salimos por ahí a dar una vuelta?

—No sé..., Neus.

—Venga, ánimo. Aún no has salido de marcha. Esto también forma parte de nuestra cultura y tienes el deber de conocerla. Además, te prometo que nos lo pasaremos muy bien.

—Venga, va, ¿por qué no?

—Una cosa más... —Neus quedó callada.

—¿Qué?

—No quiero que estos se enteren de que hemos salido.

—¿Quieres que salgamos a escondidas? —Reí divertido—. ¿Como críos?

La verdad es que no entendía el porqué de esta petición, ninguno de los dos teníamos pareja; el primer día que coincidimos, Neus me lo confirmó. No teníamos que rendir cuentas a nadie.

—Son muy cotillas... —fue su respuesta y entonces lo entendí a la perfección; apostaba a que mi primo Raúl era el cabecilla de los chismosos.

—Sin problema, ya me inventaré algo para escaquearme de mi primo cuando salgamos del curro.

—Te mando un wasap con mi ubicación.

Neus me sonrió, me guiñó un ojo y se fue; yo me quedé ahí, mirándola con cara de bobo.

Volví a retomar la marcha hasta el privado. Con la puerta cerrada, por fin pude quitarme el pantalón de cuero ajustado que me estaba matando. Una vez que me vi libre de ellos, di un gruñido de placer. Me coloqué el pantalón de deporte de algodón negro, y regresé a la faena.

Continué trabajando hasta que, sobre las dos, el *pub* se cerró. Recogimos rápido y, cuando llegó el momento de caminar de vuelta a casa, me acerqué a Raúl.

—Raúl, vete con Anna. Yo voy a dar una vuelta por ahí. No me esperes despierto —dije sin rodeos.

—¿Per-do-na? —preguntó mi primo, vocalizando cada consonante, a escasos centímetros de mi cara—. ¿Cómo que vas a dar una vuelta por ahí? ¿Con quién?

—Raúl, pareces mi madre —me quejé—. Te recuerdo que soy mayorcito para aguantar un interrogatorio de este tipo; no voy a hacer nada ilegal. ¿Vale?

—Pablo, admite que no es normal que salgas a estas horas. Tú has quedado con alguien y creo que, por ser tu compañero de piso, me he ganado conocer este dato.

—No seas chismoso, Raúl. —Le di un manotazo en la espalda que hizo que se tambaleara—. Me voy. Nos vemos.

—Pablo...

No hice el amago de girarme, me fui dejando a Raúl con la palabra en la boca; si no me iba, sabía que mi primo terminaría por sacarme algo.

Neus me estaba esperando en un *pub* no muy lejos de Còctels. Y para allá que me fui.



~ ANNA ~

Martes: tres días después. De camino a Còctels.

1 de mayo, día del trabajador, y no solo eso. Al caer en martes coincidía con mi día libre, pero claro, eso en la hostelería no era válido; los días festivos se trabajaban el doble. Fue por eso que ese martes festivo tuve que trabajar —Pablo estaba igual que yo—; libraríamos el jueves.

Como todos los días, mis vecinitos y yo caminábamos hacia el *pub*. Y, como todos los días, Raúl era el encargado de amenizar la caminata con sus insufribles charlas. Esa tarde, a diferencia de otras atrás, Pablo decidió participaba en el absurdo tema que había sacado Raúl. Y yo, de escucharlos, me estaba poniendo enferma de indignación y sentía que iba a saltar en cualquier momento.

—Pero si no hay ni un puto beso... —protestó Pablo.

—Está llena de sentimiento. De ese que te llega al corazón, que se palpa, que se siente dentro...

—Eso es muy moña, Raúl. No puedo con esas películas; de verdad.

—¿Has leído el libro?

Pablo dio una carcajada y mis tripas se revolvieron por dentro. Tenía unas tremendas ganas de poner mis manos en su cuello y estrangularlo lentamente.

—Si la película me costó verla, no quiero ni imaginar qué me puedo encontrar en cuatrocientas o quinientas páginas... Donde se pongan los libros de Stephen King o Ken Follett, que se quiten todos los libros o películas de amoríos del mundo.

—Pues que sepas que, en la gran mayoría de las películas y libros que se supone que no son de romántica, existe un romance en cubierto. Amor o desamor —salté bajo la atenta mirada de los dos chicos—. Nunca menosprecies ese sentimiento que mueve el mundo.

—Yo no estoy menospreciando nada. Solo digo que no puedo con ellos; que me parecen muy ñoños y me ponen de los nervios. Es algo personal.

—¿Todas las películas o novelas románticas? ¿No hay ninguna que te haya gustado? —volví a atacar furiosa.

—Ninguna. Todas me parecen iguales. Mismos clichés, predecibles a más no poder... Ves una y ya las has visto todas.

—Dime alguna serie que te guste, alguna peli... —comenté acercándome a él.

—Me gustan las pelis del terror, a ser posible clásicos. Tipo, *El exorcista*, *El silencio de los corderos*, *Poltergeist*...

—No he visto ninguna, pero apuesto a que en cada una de ellas existe algún romance, aunque sea secundario.

—Y yo no digo que no lo haya. Sinceramente me da igual que esté o no, yo me fijo en la

trama principal. Lo que nos trasmite esas pelis. Miedo psicológico. Ese que te deja paralizado sin poder moverte. Eso es lo que hace que la adrenalina se te active fruto del terror.

—¿Te gusta pasar miedo? —le pregunté con la boca abierta sin entenderlo; yo odiaba pasar miedo.

—Me gusta pasarlo mientras veo una peli de ficción —admitió Pablo sonriendo.

—Pues yo prefiero que la peli, aunque de ficción, me deje con una sonrisa en los labios, a que me cause temor.

—Las pelis de terror pueden causarte algo de recelo. Eso sí, una vez que aparecen los créditos, el alivio vuelve al recordarte que solo se trata de una película de ficción; nada de lo que has visto existe. Pero esas que te dejan una sonrisa en los labios al finalizar, te recuerdan que solo es ficción y que la realidad nada tiene que ver con lo que has visto.

Un nudo se me instaló en el estómago al escucharlo porque no podía rebatir eso. Desde que Marc me había traicionado, cada vez que veía una película de romance, terminaba llorando, añorando esos dulces momentos con él. Mi vida en pareja con Marc, como en esas películas románticas, terminó siendo falsa, tal y como había dicho Pablo. Y eso me cabreó. Me cabreó que, ese andaluz con ese maldito acento, tuviera razón.

Notaba cómo mis ojos ardían de rabia, de impotencia.

—No sabes nada... —fue lo único que pude decir porque los ojos terminaron traicionándome y tuve que salir corriendo para no ver sus miradas de compasión.

Llegué casi sin aliento a Còctels, Raúl me seguía los pasos asfixiado; yo estaba algo mejor en forma que él.

—¡Eh! ¿Qué te ha pasado? —quiso saber Raúl poniéndome la mano en el hombro.

—Pablo saca lo peor de mí. No sé cómo lo hace, pero cada vez que hablamos, termina haciendo lo mismo



~ GRUP ~

En Còctels.

—... Es que cualquier tontería es buena para discutir. Tenías que haberlos visto.

Tras explicar a Xavi la nueva disputa que había presenciado entre Anna y Pablo, Raúl esperó a que su pareja dijera algo.

—No te quito la razón, Raúl —dijo al fin—, pero no se me ocurre qué hacer cuando ninguno de los dos pone de su parte.

—Pues hay que pensar en algo —insistió.

—¿Sabes lo que me dijo Pablo el sábado en la fiesta?

—¿Qué? —preguntó Raúl al ver que Xavi quedaba callado.

—Pablo sabe que Anna es guapa, pero no la ve guapa porque su carácter lo repele. ¿Entiendes?

—Puede que a Anna le pase un poco igual. —Quedó unos segundos callado—. Si ellos se cayeran bien...

—Nen, ¿de qué habláis? —apareció Mireia ante ellos.

—Mireia, ¿alguna vez alguien te ha caído mal y, pasado un tiempo, ha terminado cayéndote

bien? —le preguntó Raúl aún pensativo.

—Sí, en más de una ocasión.

—Y, ¿por qué se ha producido este cambio? —siguió el interrogatorio.

—No sé. Supongo que... cuando tratas con una persona y la conoces de verdad, hay veces que te das cuentas de que te has equivocado.

—¡Exacto! Ahí está el quid de la cuestión —apuntó Raúl emocionado.

—Ahora no te sigo —admitió Xavi, expectante.

—Hay que hacer que se caigan bien.

—¿Habláis de Anna y Pablo? —quiso saber Mireia.

—Sí —afirmó Xavi que, tras contestar a la rubia, fijó sus ojos en Raúl—, decías que hay que hacer que se caigan bien, pero..., ¿cómo se hace eso?

Una sonrisa iluminó la cara de Raúl mientras los miraba con ojos enigmáticos.

—No será de un día para otro, pero, para empezar, se me está ocurriendo una idea. Mireia, saca tu libreta roja y apunta.



~ **PABLO** ~

En Còctels.

Una vez más, Anna y yo habíamos chocado; de hecho, era raro que esto no ocurriera. Parecía que todo lo que hacía o decía, ella lo veía con malos ojos.

Jamás recibí mal un buen consejo, o una crítica sana por mis pensamientos, pero ella siempre reaccionaba igual: atacando; como si fuese culpable y necesitara ser condenado por no ser como ella esperaba que fuera.

No me gustaba que me tratara así, que no respetara mis ideas, aunque no coincidieran con las suyas. No podía con Anna, era superior a mis fuerzas. Y, por más que me repetía que me mantuviera alejado de ella o no le siguiera el juego cuando rebatía algo que yo decía, siempre caía en la trampa sin poder remediarlo. Como esa tarde.

Cuando llegué al *pub*, solo, no vi ni a Anna ni a Raúl. Los que sí estaban a la vista eran Joan y a Mireia que preparaban mesas concentrados. Por más que los observaba, seguía sin verlos como pareja. Me acerqué hasta ellos y me dispuse a ayudarlos con la tarea; ese día prometí mantenerme bien lejos de Anna.

La noche empezó con movimiento. Los dos últimos días, los protagonistas habían sido la llovizna y los fuertes vientos; sin embargo, ese martes festivo se despertó especialmente iluminado. Hacía frío, pero el sol y esas tardes que se iban alargando cada día más, me recordaban que pronto llegaría el verano y eso animaba bastante. ¿A quién no le gustaba el verano?

Disfrutaba del trabajo. Llevaba casi un mes en Barcelona y me había adaptado al curro sin problemas. Me encantaba correr de un lado para otro llevando copas, ver a la gente contenta, interactuar con mis compañeros —con casi todos—, Neus...

El sábado cuando salí con ella, como las veces anteriores, volví a pasarlo bien con la compañía de Neus. La chica era abierta y muy simpática. Daba la sensación de que nos conocíamos de años y eso, en mi situación, era de agradecer.

Con la libreta anotada llegué hasta la barra en donde estaba Xavi y la leí.

—Necesito: dos cervezas, un cóctel verde y azul, otro con sabor a frutas del bosque y un Martini seco.

—Marchando, dos cañas, un Príncipe Azul, un Raspberry y un Martini seco —repitió Xavi poniéndose rápidamente a preparar el pedido.

Vi que una pareja se sentaba en una mesa en la que aún quedaban los restos de la anterior clientela, y sin esperar a que Xavi terminara, me acerqué para despejarla y limpiarla.

—Ahora mismo os atiendo —les dije en catalán con una sonrisa que ellos me devolvieron.

Llevaba casi un mes en Barcelona y no se podía decir que dominaba a la perfección el idioma, pero cada vez me sentía más cómodo con él. Se podría decir que, aprenderlo, no estaba siendo tan complicado como esperaba.

Al darme media vuelta para ir a por las bebidas que Xavi ya me tenía listas, me di de bruces contra una Mireia que me enseñaba los dientes de forma exagerada. Me dio tal susto que di un salto.

—¡Joder, Mireia! Menudo susto me has dado.

—Lo siento, *nen* —contestó con esa inquietante sonrisa—. Anna me ha dado esto para ti.

Del bolsillo de su chaquetilla negra, sacó un papel doblado que me ofreció. Lo cogí con recelo sin saber qué decir. Miré hacia la barra buscando Anna, pero no la vi; en su lugar estaba Joan.

La única manera de saber qué decía ese papel era desdoblarlo; así lo hice.

«Perdona por lo de antes».

Lo leí varias veces sin comprender a qué venía aquello; jamás habría esperado recibir una nota de disculpa por parte de Anna. Volví a mirar la barra, y Joan seguía allí. En cuanto Mireia se percató de que lo había leído, con los ojos, me señaló el folio.

—Contéstale —me animó moviendo sus largas pestañas.

En la misma hoja añadí con el boli:

«Disculpas aceptadas».

Después de aquello, Mireia desapareció y yo seguí con el trabajo como si nada. Pero... no habían pasado ni cinco minutos, cuando la rubia apareció de nuevo con el papel en la mano. En esta ocasión no dijo nada, directamente me lo puso en la mano derecha.

«¿Qué tengo que hacer para caerte bien?».

Volví a ojear la barra donde se suponía que debía estar Anna: nada; allí solo estaban Xavi y Joan.

—¿Y Anna? —le pregunté a Mireia.

—Está en el almacén —contestó escueta moviendo la mano.

Pensé en ir allí y decirle un par de cosas, pero la rubia me observaba con ojos de cordero a punto de ser degollado. Tras esa mirada lastimera, con sus pupilas, señaló la hoja que descansaba en mi mano; quería que contestara. Dando un resoplido de fastidio cedí a su silenciosa petición.

**«Como tú me dijiste no hace mucho:
con ignorarme ya es suficiente».**

Le di el estúpido papel esperando que con aquello terminara la tontería. Por supuesto, no fue así.

Nuevamente, Mireia apareció con esa sonrisa que lo iluminaba todo portando una nueva misiva. La atrapé con fastidio y la leí rápido. Tras ello, miré a Mireia alucinado, pero ella solo esperaba impaciente que le respondiera a Anna de la misma forma.

—Anna está esperando que le contestes —me recordó con cara de reproche.

Con los ojos en blanco, leí despacio lo que allí decía:

**«Si ponemos un poco de nuestra parte,
igual podemos ser amigos».**

Sin pensarlo mucho, cogí el boli y apunté con ligereza; estaba hasta los cojones de esta tontería.

**«Estoy intentando trabajar.
Esto es infantil y estúpido. Déjame en paz».**

Le entregué la nota con brusquedad y seguí con lo mío.

Creí ilusamente que, con aquel último mensaje, todo quedaría zanjado, pero volví a equivocarme.

En esta ocasión, Mireia tardó en aparecer un poco más, y cuando lo hizo, su rostro estaba triste; no pensaba caer en su trampa, su carita no me iba a ablandar.

—Es la última —dijo con aflicción.

Con un manotazo agarré el papel y leí.

«Estoy pasando por un momento complicado, perdona si me pongo borde, yo no soy así. No te molesto más :(>».

Si esperaba que seguiría con el juego, lo llevaba claro. Si Anna quería llevarse bien conmigo, lo único que tenía que hacer era portarse como una persona normal y no como una amargada. Miré hacia la barra y por fin la vi, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, en vez de encontrar pesar, su cara reflejaba..., ¿asco? ¡¡Encima!!

Me giré y seguí con lo que estaba



~ ANNA ~
En Còctels.

Preparaba un pedido cuando, sin esperarlo, Xavi se puso a mi lado, me dio un toque con el hombro y me sonrió.

—Te veo mejor, más animada.

—Si tú lo dices —murmuré sin dejar de cortar fresas.

—Oye, necesito que rellenes el cofre de pinchos, acércate al almacén, por favor.

—¿Pinchos? Había muchos. —Los había utilizado hacía un rato y recordaba que, el cofre de metal labrado en el que se guardaban los pinchos, estaba prácticamente lleno.

—Se han ido gastando y... —Se encogió de hombros—. Por favor.

—Voy —contesté resoplando.

Dejé las fresas a un lado y me dirigí al almacén con el cofre vacío debajo del brazo, lo dejé sobre una de las estanterías y me acerqué al estante en donde colocábamos la caja de pinchos. Estaba en un sitio alto, pero poniéndome de puntillas la bajaba sin problema.

Así lo hice. Con destreza la cogí de un extremo y tiré de ella con cuidado; en cuanto quedó libre de la estantería, el fondo de la caja cedió y los cientos de paquetes de palos de madera quedaron esparcidos por todo el suelo. Di un bufido de fastidio; vaya suerte. Sin pararme a recogerlos, rellené el cofre y, con él debajo del brazo, fui hasta Xavi.

—Xavi, aquí los dejo.

—Gracias.

—Cuando he ido a coger la caja, el fondo se ha abierto y se han derramado todos los paquetes por el suelo. En el cierre los recojo.

—¡Ah! Perfecto.

Seguí con los pedidos y cortando fruta, pero no había pasado ni media hora cuando, Xavi volvió acercarse a mí.

—Se están acabando las pajitas, ¿puedes ir al almacén? —Xavi me puso ojitos.

—Pero si hace un momento... —Xavi me colocó el dedo índice en la boca para callarme.

—Se han gastado. —Se encogió de hombros.

No hubo réplica y regresé al almacén y, por segunda vez, al coger la caja de las pajitas de bambú, el fondo de la caja se abrió dejando todo tirado por el suelo, otra vez. Los paquetes de pajitas se mezclaron con los de pinchos.

—¡Esto no me puede estar pasando a mí! —exclamé dando un zapatazo de frustración—. ¡Esto no me puede estar pasando a mí! —repetí sin poder quitar la vista del estropicio; no daba crédito a lo que veía.

Salí con un paquete de pajitas en la mano y, al mirar a Xavi y ver mi cara, supo que algo pasaba.

—No me digas que las has tirado —apuntó divertido.

—Todas. Por el suelo. Se han mezclado con los pinchos —respondí con voz mortificada.

—No te preocupes, Anna. Ve dentro y recógelo todo, yo me quedo aquí.

—Hay mucha gente, no puedo dejarte solo en la barra.

—¡¡Joan!! —El chico no tardó en llegar—. Te necesito conmigo unos minutos.

En cuanto Joan ocupó mi lugar, con la cabeza gacha, me metí en el almacén.

Me moví rápido. Cogí un rollo de celo transparente y pegué el fondo de una de las cajas. Una vez que comprobé que estaba fuerte, me dispuse a recoger las pajitas.

—Te estaba buscando. —Raúl entró en el almacén—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Las cajas cedieron. —Antes de que preguntara, me adelanté—. Sí, las dos. Tengo una suerte... Igual debería echar un Euromillón —comenté soltando una carcajada que poco tenía de divertida.

—Anna, esto... mi primo me ha dicho que te dé esta nota.

—¿Una nota?, ¿qué es? —pregunté mientras la sujetaba.

—No sé. Léelo.

La desdoblé y la leí en voz alta.

«Perdona por lo de antes».

—¿Qué coño significa esto? —lo interrogué con los ojos entrecerrados puestos en Raúl.

—Está claro; se está disculpando por lo de antes.
Le entregué el papel y continué preparando la segunda caja.
—¿No vas a contestarle? —me interrumpió.
—Pues mira, sí. Le voy a contestar.
Me saqué el boli del bolsillo y escribí:

«¡Cretino!».

Sin llegar a enseñarle la respuesta a Raúl porque sabía lo que me diría, plegué el papel y se lo di.

—Toma, dáselo. —Le guiñé un ojo.

Raúl se fue, pero no tardó en regresar con la hoja en la mano. No dijo nada, me la entregó y esperó paciente a que la leyera.

«¿Qué tengo que hacer para caerte bien?».

Cogí el boli y escribí sin titubear.

«Desaparecer de mi vista. ¡Cretino!».

Le devolví el papel y continué con la tarea, que no era poco, pero no habían pasado ni dos minutos cuando Raúl apareció con un nuevo mensaje. Rabiosa, cogí el trozo de folio y lo leí en falsete de forma teatral.

**«Si ponemos un poco de nuestra parte,
igual podemos ser amigos».**

Miré al mensajero y este me señaló el papel. Cabreada, volví a escribir.

«¡Vete a la mierda! ¡Cretino!».

—Pablo quiere ser tu amigo. —Sonrió con tristeza—. ¿Y tú qué dices?

—Que se vaya a la mierda —le respondí con los puños apretados.

Raúl, muy serio, atrapó la nota de un manotazo y desapareció otra vez de allí.

Esta vez tardó un poco más en aparecer por la puerta, y yo ya lo tenía todo casi recogido.

—No voy a leer más mensajitos —le dije muy cabreada.

—Te lo leo yo. —Tras carraspear, leyó—. «Estoy pasando por un momento complicado, perdona si me pongo borde, yo no soy así. No te molesto más».

Di un fuerte gruñido, le quité el papel de las manos, lo rompí en pedacitos pequeños y los lancé por el aire.

—¡Hala! Mira qué me importa a mí que esté pasando por un momento complicado.

Raúl no respondió, salió del almacén cabizbajo. Entonces fue cuando me di cuenta de que lo había vuelto a hacer; no paraba de meter la pata con mis amigos y odiaba sentir que los defraudaba. Después de cómo se estaban portando conmigo..., sobre todo Raúl.

Me sentí fatal. Me dejé caer en el suelo y miré a mi alrededor. ¿Tanto me costaba hacer un pequeño esfuerzo y llevarme... tolerar al *Sevillano*? Lo intentaría, aunque me costara un mundo pondría de mi parte. Empezaría por hablar con Raúl y le confirmaría que también podía contar

conmigo para esa excursión prevista para jueves; el Grup iba a visitar Montjuic por Pablo.

Respiré hondo y terminé de arreglar el estrago que había causado. Di un profundo suspiro cuando acomodé la segunda caja en la estantería.

Cuando salí del almacén y me fui a la barra, busqué con la mirada a Pablo. En cuanto lo localicé, él levantó sus ojos y sus pupilas negras se plantaron en las mías. Un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo, ¿cómo iba a hacer para soportarlo?



~ PABLO ~

Jueves: dos días después. En casa.

Miré el móvil con un enorme nudo en la garganta, mi familia no quería saber de mí. Más que dolido o apenado, me sentía desilusionado por cómo me estaban tratando. Llevaba un mes en Barcelona y, con la única que había tenido algo de contacto era con mi hermana Rocío; aunque últimamente, sus mensajes o llamadas eran escuetas. Al parecer, en Vélez, todo seguía inusualmente igual. Era como si, con mi desaparición, todos los problemas se hubieran desvanecido como por arte de magia. A mí no me engañaban, sabía perfectamente que eso no era así, el problema nunca fui yo, el problema seguía allí y estaba convencido de que tarde o temprano aparecería su cara real y la verdad se impondría.

Sin dejar de observar la pantalla, terminé por mandar dos wasaps a Rocío. En el primero, le pregunté por nuestra familia; y en el segundo, solo le dije que yo seguía adaptándome a mi nueva vida en Barcelona.

Cuando Raúl entró en el salón, me levanté bruscamente del sofá guardándome el móvil en el bolsillo del pantalón. Noté que su rostro palidecía.

—¿Con quién hablabas? —me interrogó alarmado.

—Con nadie.

—¿No estarás hablando con Tesa?

—No. Claro que no. Ni loco la llamaría —me defendí exaltado.

—No quiero tener a tu hermano tocando en la puerta y ver cómo te parte las piernas.

Hasta el momento, Raúl, había respetado mi silencio sobre lo ocurrido en Vélez; la tregua a aquel «tema tabú» había expirado. Me dejé caer nuevamente en el sofá.

—No vendrá. Primero: porque no sabe que estoy en Barcelona. Y segundo: que, si no lo hizo en Vélez que me tenía a tiro de piedra, no lo hará nunca.

—¿Por qué lo hiciste? —me preguntó con suavidad sentándose a mi lado.

—No quiero recordarlo, Raúl. Me he quitado de en medio como querían y ahora son ellos los que tienen que arreglar las cosas.

—Arreglar lo que tú has roto —me increpó. Aquello me dolió demasiado.

—¡No sabes nada de lo que ocurrió! —contesté con los dientes apretados.

—Sé lo suficiente —añadió serio. Nunca había visto a Raúl con el rostro tan grave, y eso me tensó aún más—. Vuestro amor fue un enamoramiento de niños. ¿Cuántos años teníais Tesa y tú? ¿Doce, trece, catorce...? —Suspiró—. Fran y Tesa, en cambio, se conocieron de adultos y, como adultos, decidieron unirse y tener una hija. Nunca debiste meterte en medio; por mucha nostalgia que tuvieras.

—No sabes nada —repetí moviendo la cabeza de un lado a otro.

Estaba harto de escuchar aquellas absurdas ideas que nada tenían que ver con la realidad. En su momento nadie me quiso escuchar y terminé por agachar la cabeza y recibir todos los palos que me daban. Jamás se me hubiera ocurrido inmiscuirme en aquella relación, ni siquiera si mis sentimientos hubiesen sido otros. Ya no por Fran, sino por Sandra, mi sobrina. Sandra, junto con mi hermana Rocío, era la persona más importante de mi familia y merecía mi respeto. A la mente me vino la vez en la que toda la familia pasamos juntos un fin de semana en la casa de campo de mis padres. Aprovechando que mi hermano estaba como una cuba, Tesa intentó meterse en mi cama. No pasó nada porque la despaché de mi cuarto descolocado. Creí que ahí terminaría el intento de liarme, pero me equivoqué. Tras esa primera prueba, procuré estar más avisado; llegué a poner un cerrojo en mi habitación por miedo a que ella entrara; apenas me acercaba a ella; no me quedaba a solas con Tesa; esquivé sus ataques como pude.

Pero como a Tesa se le metiera algo en la cabeza... no paraba hasta conseguirlo; hasta que lo logró.

Ese viernes, Fran comenzaba sus vacaciones de Semana Santa y, como muchas otras veces, quedó con sus colegas. Por casualidad nos vimos y acabé uniéndome a ellos. Hacía años que no cogía una borrachera como esa. No recuerdo cómo llegamos a casa de mi hermano Fran; menos aún cómo mi hermano terminó en su sofá mientras que yo lo hice en su cama..., con su mujer.

Fue por la mañana cuando la bomba estalló: Fran nos vio en su cama, desnudos. Tesa se defendió diciendo que había creído que yo era Fran. Llorando juró de rodillas ante su marido que todo había sido una enorme confusión, que ella jamás se habría acostado conmigo de haberlo sabido. Fran creyó la versión de su mujer y, no solo eso, me acusó de aprovecharme de la situación. Por más que intenté defenderme, mis palabras cayeron en saco roto.

—Espero que hayas aprendido la lección y no vuelvas a tropezar dos veces con la misma piedra —me aconsejó mi primo.

—He aprendido la lección —contesté con recelo.

Después de un buen rato de silencio, Raúl me miró a los ojos.

—¿Pablo? ¿La quieres... quieres a Tesa?

Me dieron ganas de reírme en su cara, pero me pareció que el tema era demasiado delicado como para carcajearme delante de Raúl.

Cuando empezamos a jugar al amor en el instituto con doce años, todo se veía distinto: novedoso e ilusionante. Tesa era inocente, como yo. Lo último que recordaba de Tesa era su pelo color caoba y que desapareció antes de terminar el curso. Tras más de una década sin saber nada de ella, apareció convertida en mi cuñada; y Tesa ya no era la dulce niña que yo recordaba.

—Raúl, nunca la quise. Nunca.

—¿Entonces...? —preguntó aturdido.

—Tesa es la peor persona con la que me he topado —le declaré con los puños apretados.

—No entiendo, entonces por qué...

—Raúl, solo me arrepiento de haber bajado la guardia —le aseguré—, pero lamentablemente no puedo cambiar nada.

Raúl quedó callado, mirándome pensativo.

—Pablo, ¿has estado enamorado alguna vez? —Ahora sí que me reí.

—No —afirmé con seguridad—. Nunca.

—Lo dices muy convencido, ¿cómo lo sabes? —quiso saber.

—Si alguna vez lo estoy, supongo que lo sabré; es lo único que te puedo decir —le respondí.

—No creas que es tan fácil descubrirlo. Se pasa por varias fases —me confesó Raúl.

—¿Lo dices por experiencia? —Le guiñé un ojo.

—Sí. —Sonrió—. He pasado por varias confirmaciones y por miles de dudas.
—Ahora, ¿por cuál vas? —lo interrogué divertido.
—Dudas, dudas y más dudas.
—No deberías tener dudas con Xavi; es un buen tío. No lo dejes escapar.
—No como su hermano. —Puso los ojos en blanco y eso me descuadró.
—¿Xavi tiene hermanos? —Con la pregunta, Raúl quedó callado, contemplándome con cara de asombro—. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?
—¿No sabías que Marc era el hermano de Xavi?
—¿Marc? ¿El Marc de Anna? —Mi boca no parecía querer cerrarse.
—El mismo.
—No lo sabía...
—Los dos hermanos son muy diferentes —repitió Raúl—. Marc tiene una visión distinta a la de Xavi: chocan mucho. Si lo aguantaba era por Anna. —Dio otro hondo suspiro—. Cambiemos de tema. No quiero acordarme de Marc, era un tipo tóxico.
—Me parece bien.
—Te habíamos prometido que hoy te llevaríamos al Museo Nacional de Arte en Montjuic y al Pueblo Español, pero...



~ PABLO ~

En el Museo Nacional de Arte de Cataluña, Montjuic.

—¿Me estás diciendo que, Mireia, te acaba de mandar un mensaje diciendo que tampoco puede venir? —alucinado, le pregunté a Anna que me miraba con cara de confusión.

El Grup llevaba unos días planeando llevarme al Museo Nacional de Arte de Cataluña y al Pueblo Español. Días en los que, «con extrema ilusión», no paraban de maquinar lo que haríamos. Hasta Neus iba a dejar de estudiar para venir.

Por eso mismo, cuando Anna y yo nos encontramos solos, en la puerta del museo con las entradas en la mano, no dejábamos de mirarnos sin entender qué había pasado.

Justo antes de salir, Raúl me dijo que lo perdonara a Xavi y a él porque al final no podrían ir: un amigo de Raúl al que llevaba años sin ver iba a pasar ese día en Barcelona y quería presentarle a Xavi. Aunque no me gustó la idea de salir del edificio solo con Anna, no protesté.

Anna, por su parte, cuando me vio sin Raúl le cambió el semblante, pero tal y como llevaba haciendo desde hacía dos días —desde los mensajitos—, hizo de tripas corazón y entró por el aro. La verdad es que llevaba dos días bastante tranquilos con ella, no discutíamos —en realidad, casi ni hablábamos—, y eso era de agradecer.

Fue llegar al museo y el teléfono de Anna sonó; era Mireia. La rubia le dijo que iba de camino y que fuésemos sacando las entradas. Diez minutos más tarde fue mi móvil el que vibró; en esta ocasión por un wasap. Era Raúl para decirme que Neus tampoco se presentaría; al parecer tenía que acompañar a su madre a una revisión médica. Pero la cosa no quedó ahí. Cinco minutos después, fue Joan el que, con otro mensaje, confirmó su baja; él, por diarrea.

Así que, cuando escuchamos el audio que la rubia le envió a Anna, explicando que se tenía que volver a casa porque su vecino la reclamaba por una humedad..., no nos lo podíamos creer.

Justo cuando acabábamos de comprar las tres entradas.

—¡Todos nos han dejado tirados! —dijo Anna en apenas un susurro.

—Si quieres nos largamos ahora mismo —añadí imaginando que a Anna no le apetecería pasar la mañana de su día libre conmigo.

—Yo ya tengo la entrada sacada; de hecho, tengo dos —comentó mostrando la suya y la de Mireia—. Tú haz lo que quieras, yo voy a entrar.

Me quedé unos segundos pensando... y, cuando vi que Anna se encaminaba hacia el museo, corrí tras ella.

—¿Te importa que te acompañe? —le pregunté ya a su lado.

Vi cómo Anna dudaba; se mordió el labio contemplándome fijamente; quizás, sopesando los pros y los contras; a saber.

—Realmente, no —añadió al fin—. Ya me estoy acostumbrando a tener un grano en el culo.

Si ese comentario aparentemente despectivo, lo hubiera dicho a los pocos días de mi llegada, la habría dejado ahí mismo; pero después de prácticamente un mes de convivencia con ella en el trabajo, lo entendí como un «halago sátiro». No dije nada y seguí caminando a su lado.

La primera sala que visitamos estaba dedicada al medieval gótico. Aquellos antiguos retablos, pergaminos y demás piezas decorativas de la época, no me decían mucho. Ella me miró y se rio, quizás leyéndome la mente; mi cara siempre fue demasiado transparente.

Anna se acercó a mí y, en voz baja para no molestar a los demás curiosos, empezó a explicarme.

Como la otra vez, cuando visitamos la biblioteca y algunas zonas del barrio Gótico, su narración me hizo abrir los ojos y ver más allá de lo físico. Donde antes advertía una pintura vieja y oscura, ahora distinguía una escena de la época o reparaba en detalles imperceptibles o simplemente veía HISTORIA —en mayúscula y con lo que implicaba esa gran palabra—. Así, fuimos pasando de sala a sala; ella sin parar de hablar y yo escuchando todo lo que decía con sincera admiración. Con lo que más disfrutaba era con las leyendas o coletillas que siempre acompañaban a una explicación.

La mañana pasó veloz. Salimos del museo, saciados de cultura cerca de las cinco de la tarde y sin haber parado a comer. Se nos había hecho demasiado tarde. Según la planificación que hizo el Grup, se suponía que saldríamos sobre las dos y media o las tres, pasaríamos por el Pueblo Español y comeríamos algo allí antes de regresar. Había que recordar que todos trabajaban, menos nosotros, que ese jueves descansábamos, de ahí la prisa.

Al estar los dos solos con toda la tarde-noche por delante la prisa ya no existía.

En cuanto el sol me dio en la cara, mi estómago protestó. No me había percatado de la falta de alimento hasta ese instante.

—Te invito a comer —le propuse a Anna.

Me sentía agradecido por volver a pasar un buen rato con una experta guía.

—No sé si es buena idea, Pablo. —Miró de un lado a otro.

—Quizás nos venga bien pasar la tarde juntos. —Me encogí de hombros—. Hoy libramos, podemos seguir con los planes que tenían los chicos e intentar limar asperezas.

—Pablo...



~ ANNA ~

En el Pueblo Español.

El Pueblo Español era otro de los puntos de interés de los turistas. No había mucha gente cuando llegamos y se podía pasear por el precioso recinto sin mayor dificultad.

Al final, acepté acompañar a Pablo por mis amigos, no quería volver a ver esas caras largas por mi culpa; esas que últimamente me martirizaban casi tanto como el engaño de Marc.

Dentro del recinto, le expliqué a Pablo que fue construido para la Exposición Internacional de 1929. En ese lugar se edificaron distintos espacios emblemáticos de la geografía española. La idea era derribarlo al término de la Expo, pero su gran éxito, la salvó de la destrucción.

Ahora era una especie de parque temático en el que no solo podías contemplar la diversidad arquitectónica del país, también había restaurantes, talleres artesanales y tiendecitas de suvenires en donde pasar una buena tarde.

Nos sentamos en uno de los restaurantes, mientras de fondo se escuchaba a Aitana y a Ana Guerra con *Lo Malo*; tema que, aun habiéndolo escuchado unas pocas veces, ya se había metido dentro de mi cabeza y no podía evitar tatarrear. Pablo tampoco era inmune a la canción y sonreí al verlo mover la cabeza al compás de la música con naturalidad.

Estaba hambrienta y agradecí que, el camarero que nos cogió nota, no tardara en traernos los bocatas y los refrescos que habíamos pedido.

—Hacía años que no venía aquí —le confesé mirando a mi alrededor; aquel sitio me traía muy buenos recuerdos.

—Me gusta el contraste de culturas. La Ciudad Condal es eso, un contraste de culturas.

Lo observé con curiosidad. Había notado que el chico, en el museo, ponía mucha atención cuando le hablaba de acontecimientos sobre las distintas civilizaciones que pasaron por allí. Y ese comentario volvía a confirmarme que había algo más.

—¿Qué has estudiado, Pablo? Me he dado cuenta de que pones mucho interés en las culturas.

—Al final, nada. —Bebió de su refresco—. Me hubiese gustado ser arquitecto, me gusta la arquitectura.

—¿Arquitecto? —dije con una mezcla de sorpresa e interés.

—Sí. Sin embargo, he terminado siendo un camarero y bastante mediocre. —Debía admitir que su comentario me hizo mucha gracia, tuve que aguantar la risa al escuchar de su boca una de las muchas expresiones negativas que yo usaba contra él.

—Eso puede cambiar. —Le sonreí—. Digo, lo de ser un camarero bastante mediocre. Solo tienes que hacerme caso. Y lo de la arquitectura..., nunca es tarde.

—No me veo con casi veintiocho años volviendo a coger los libros. —Lo estudié con curiosidad; creía que Pablo era de mi edad o mayor, era dos años menor, de la edad de mi hermana Montse—. Tenía muchas ideas... Ahora, al ver tanto edificio histórico se me ha removido algo por dentro.

—¿Dibujas?

—Dibujaba —me corrigió—. En Vélez tengo una carpeta con cientos de alzados de fachadas de iglesias con todas sus medidas... —Pablo se perdió en sus recuerdos con una sonrisa melancólica; lo entendía perfectamente.

—¿Ya no dibujas?

—Llevo sin hacerlo años; muchos años.

—¿Y no lo echas de menos?

—Mucho, y ahora más que nunca. —Sus ojos se posaron en los míos y un remolino de

sensaciones se instalaron en mi interior. Pablo tenía unos ojos sinceros y bonitos. Los vellos de mi piel se pusieron de punta.

—Yo estudié Bellas Artes —apunté intentado deshacer esa rara sensación mientras me frotaba los brazos.

—Y has terminado como *bartender* de Còctels.

—Bueno, es un trabajo creativo y da mucho tiempo libre para poder hacer lo que más me gusta. —Lo volví a estudiar con curiosidad; una curiosidad que hasta el momento no había sentido hacia él hasta ese momento—. Pablo..., ¿por qué dejaste Málaga para venir a Barcelona?

—¿Mi primo no te ha contado nada? —me preguntó sorprendido; sorprendido y... algo inquieto.

—Si dijo algo, no presté atención.

—Si no prestaste atención es porque no te interesaba, ¿por qué te interesa ahora?

—Tienes razón —señalé—. Y sigue sin interesarme. Solo intento ser cortés.

—Me peleé con mi familia —respondió desviando sus ojos marrones claros de los míos.

—¿Por una pelea familiar dejas tu vida en Málaga y te vienes a Barcelona? —comenté escéptica.

—En Vélez-Málaga, un municipio de Málaga —puntualizó—. Si hubiera vivido en Málaga capital, posiblemente me habría quedado, pero Vélez no es muy grande y no te puedes esconder —me dijo.

—Barcelona también es grande y hemos coincidido muchas veces. A menos que me vayas persiguiendo.

En muchas ocasiones, en mis «rutas de pintura», me lo encontraba con el móvil en la mano, observando, como un turista más, los lugares simbólicos. Siempre hacíamos igual: nos mirábamos y nos ignorábamos.

—Échale la culpa a Raúl, es él el que me prepara el recorrido cuando salgo —comentó con una sonrisa socarrona—. ¿Todos los días dibujas?

—Los domingos descanso.

—¡No jodas! ¿Los domingos descansas?

—Sí, los domingos descanso. —Al ver la cara de desconcierto del chico me expliqué—. Mi mente tiene que descansar, no hay más. Los lunes, cuando cojo los lápices, lo hago con energía renovada.

—¡Ah!, muy práctico.



~ PABLO ~

Viernes: al día siguiente. En casa.

Raúl y yo estábamos tirados en el sofá viendo *El Señor de los Anillos* y bebiendo un gazpacho fresquito que había preparado esa misma mañana porque mi primo me lo había casi suplicado, cuando tocaron al timbre.

—Ve y abre —me mandó Raúl sin ganas de levantarse.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté mientras me ponía en pie.

—Yo, no, ¿y tú?

—No —respondí encogiéndome de hombros.

Al abrir la puerta me encontré con Anna y, fue verla y mi corazón dio un vuelco. Ese día estaba distinta; su pelo lucía ese estilo informal que acostumbraba sujeto por un lápiz, pero sus ojos resplandecían. Como vestimenta llevaba una camiseta de andar por casa y unos pantaloncitos cortos; recordé que mi hermana Rocío los llamaba *shorts*. Sus manos no estaban vacías, en ellas llevaba varias revistas. Tras el rápido repaso, mis pupilas se posaron nuevamente en esos ojos brillantes y en su tímida sonrisa. Definitivamente, no era la Anna a la que acostumbraba a tratar; esta versión era mucho más agradable.

—Hey... —balbuceé descolocado.

—Hola, ¿estás solo? —me preguntó con cierto tono... ¿dulce?; más detalles a los que no me tenía acostumbrado.

—No, no —tartamudeé nervioso—. Raúl está dentro. Pasa.

Noté que dudaba. Algo me decía que, después de lo sucedido con Marc, no había vuelto a pisar el piso. Aunque cedió, lo hizo con paso vacilante y mirando de un lado a otro, quizás, a la espera de encontrarse con alguien. En cuanto se encontró en el salón-cocina, su mirada se quedó postrada en la encimera y su rostro palideció.

—¿¿Anna?! —Raúl se enderezó en el sofá contemplando a la chica con asombro—. ¿Hoy no has salido a dibujar?

—¡Eh! —Movié la cabeza suavemente—. Sí, salí esta mañana temprano...

—¿Qué traes ahí? —indagué al ver que seguía parada sin soltar las revistas que seguro que debían pensar.

—Como ayer me dijiste que te gustaba la arquitectura y que también dibujabas..., te he traído material para que le eches un vistazo.

—¡Ah! —Mi estómago se contrajo por la impresión.

—¿Te gusta la arquitectura? Y, ¿qué es eso de que tú también dibujas? —Raúl intervino sin esconder su asombro por lo que estaba viendo.

—Bueno..., cuando estaba en el instituto me dio por dibujar alzados... Habría estudiado

arquitectura, pero al final no lo hice.

—¿Por qué no lo estudiaste? —quiso saber.

—Cosas que pasan —le quité importancia.

—¿Estáis viendo *El Señor de los Anillos*? —preguntó Anna mirando la televisión.

—Sí, y tomando gazpacho. ¡¡Ah!! A ti te encanta el gazpacho, ¿quieres? —Raúl mostró su vaso con orgullo—. Lo ha hecho mi primo Pablo.

—¿Lo has hecho tú? —Anna me estudió con curiosidad.

—Sí, ¿no me ves capacitado? —comenté al notar cierto escepticismo en su tono de voz.

—No es eso. Solo... que me encanta el gazpacho —respondió algo turbada; me pareció que enrojecía.

—Raúl me ha obligado a hacerlo —contesté sintiéndome torpe; parecía un crío de quince años.

—¿Quieres probarlo? —le ofreció Raúl.

—Me encantaría..., si no te importa —contestó a Raúl desviando la vista para después mirarme.

Me acerqué a la cocina y llené un generoso vaso. La observé con atención y, sin tenderle el vaso aún le dije:

—Antes de dártelo quiero que me digas algo —comenté utilizando un tono enigmático y cómplice.

—¿Qué? —preguntó regalándome una sonrisa divertida.

—Todos estos días que hemos coincidido en mis rutas turísticas..., eras tú la que me perseguías, ¿verdad?

El día anterior, además de hablar de nuestras aficiones, no paramos de bromear de esos encontronazos fortuitos que teníamos. Anna me culpaba a mí de esas coincidencias y yo lo hacía a ella. Reímos mucho con esa tontería.

La tos que le dio a mi primo Raúl, hizo que los dos nos giráramos hacia él. Tenía el vaso de gazpacho en una mano mientras que con la otra se tapaba la boca sin dejar de sacudirse.

—¿Estás bien, Raúl? —lo interrogué asustado viendo que no se le pasaba.

—Sí —afirmó algo más repuesto, aunque rojo como la grana—. Se me ha ido el gazpacho por la vía respiratoria.

—Ya no sé si probarlo. —Rio Anna al ver lo ocurrido.

—Toma. —Le di el vaso.

Como quien cataba un vino: primero, lo observó; seguidamente, lo movió; después, lo olió; y por último, lo saboreó. No sé por qué, pero me pareció el gesto más sexi que había visto nunca. ¿En serio esta era la misma Anna?

—No está mal del todo —afirmó con la frente fruncida.

Preferí no indagar sobre aquella respuesta que no decía mucho; y pensé que habría sido peor que, al probarlo, lo hubiera escupido de nuevo en el vaso.

Nos sentamos con Raúl en el sofá y, mientras la peli avanzaba, Anna me enseñó las revistas de dibujo arquitectónico que me había traído. Me quedé embobado mirando y escuchando todo lo que ella me iba explicando. Me encantaba escucharla. Además, una de esas revistas descubría muchas de las obras de una de las arquitectas que yo más admiraba por su complejidad: Andrea Civera. Las horas se pasaron y, cuando nos quisimos dar cuenta, ya era hora de ir a Còctels.



~ GRUP ~

En Còctels.

Aprovechando que Xavi había mandado a Anna y a Pablo en su moto a por limas y piñas a la frutería de Dolors, el resto —menos Joan que iba atendiendo a la poca clientela—, se juntó en un corrillo.

—Creí que me pillaban —les informó Raúl—. Cuando mi primo le preguntó que si lo iba persiguiendo... —Silbó.

—Ya te advertí —le recriminó Xavi—. ¿A quién se le ocurre mandarlo, tantas veces, adonde Anna se encuentra dibujando?

—¡Bah! —Raúl le quitó importancia con la mano—. Lo de ayer en Montjuic ha salido bien. Esto va a marcar un antes y un después. Me quedo con eso.

—A ver si es verdad —comentó Xavi esperanzado.

—Esta mañana llamé a Anna y me ha echado un rapapolvo por lo de ayer —comentó Mireia—. Oye *nen*, ¿no habría que informar a Neus de esto? Contamos con ella sin avisarla, puede meter la pata si Anna le dice algo.

Para dar más credibilidad a la excursión, Raúl también metió a Neus en el saco sin decirle nada, ¿para qué? Seguro que se enfadaba y, además, estaba previsto que ella tampoco pudiese ir.

—No hace falta —denegó Raúl—, apenas la vemos. Es casi imposible que salga el tema.

—¿No os da la sensación de que Neus está rara? —preguntó Mireia.

—Tanto estudio le está friendo el cerebro —respondió Raúl.

—No creo que sea eso...

—Estoy seguro de que en cuando termine los exámenes volverá a ser ella —aseguró Xavi—. Dejemos de hablar de Neus y centrémonos.

—Eso... —lo apoyó Mireia mostrando la libreta roja donde iba apuntando todo—. ¿Qué era eso tan importante que tenías que decirnos, *nen*?

—Os he dicho que lo de Montjuic va a marcar un antes y un después, y hay un porqué.

—Cuando te pones tan enigmático con la prisa que tenemos me dan ganas de retorcerte el cuello como hacía mi abuela a los pollos antes de guisarlos —lo amenazó Xavi.

—A medio día ha llegado Anna con unas revistas para Pablo —Raúl volvió a callarse para crear expectación, pero al ver la cara de Xavi, decidió seguir—. Tanto apuntar en esa libreta los gustos de cada uno y resulta que sí tenían un nexo en común y de mucho peso.

—Un nexo en común y de mucho peso... —repitió Mireia levantando y bajando la cabeza.

—Raúl... —le regañó de nuevo Xavi.

—A mi primo le gusta dibujar. Al parecer quería ser arquitecto y en el instituto no paraba de hacer dibujo técnico de fachadas...

—¿Dibuja? Como Anna.

—Son dibujos distintos, eso me ha dicho Pablo. —Raúl se encogió de hombros—. Pero dibujos, al fin y al cabo.

En ese momento Joan apareció ante ellos.

—¡Amolmíooo! —Le gritó Joan a Mireia desde el otro lado de la barra guiñándole un ojo.

—No empieces otra vez, *nen*, que ahora no está Pablo delante.

Llevaba unos días que no paraba de pegarse a ella y llamarla así delante de Pablo. El local, aunque amplio, no había logrado evitar que Anna estuviera al margen de tanta efusividad por parte de Joan, y ya le había preguntado a Mireia que, qué ocurría entre ellos: Mireia le tuvo que decir que Joan solo bromeaba.

—Yo también te quiero, rubita —le contestó mientras iba a otra mesa.

—Oye, *nen*, ¿y estos no han protestado cuando los has mandado a por fruta?

—Anna sí y, he estado a punto de retractarme, pero Raúl me ha obligado a seguir con el plan —respondió Xavi.

—Es que eres un blando —añadió el otro—. Tienes que admitir que gracias a nosotros están así. Tanto Anna como Pablo son unos sosos y no habrían llegado hasta donde están sin una ayudita.

—No han llegado a ningún lado —apuntó Xavi.

—Pero llegarán, me apuesto lo que quieras a que lo harán.

—Raúl lo ha soñado —recordó Mireia levantando las cejas.

—¿Y ahora qué? —Xavi dio un hondo suspiro—. Sabiendo que a los dos les gusta dibujar, apuesto a que, con esta relevante información, ya habrás pensado en hacer algo.

—Han estado toda la tarde viendo revistas de dibujos de estructuras de iglesias y demás. A mi primo le flipan las construcciones antiguas, estaba atontado pendiente de todo lo que le decía Anna. Como bien insinúas vamos a aprovechar esta valiosa información. Sí.

Y una mueca maliciosa se instaló en la boca de Raúl.



~ ANNA ~

A por fruta.

—Y este es el puesto de Dolors, donde compramos la fruta, no hay más —le expliqué a Pablo—. Dolors sabe perfectamente qué fruta usamos y cómo nos gusta; con pedirle lo que necesitamos, ella nos lo da. Fácil.

—¿No hay que pagarle o firmarle un albarán? —preguntó Pablo observando el local lleno de frutas de llamativos colores.

—No, nada. Dolors nos conoce a todos. Ahora también te conoce a ti. —Me encogí de hombros—. Y sobre los pagos: están domiciliados, Dolors se encarga de cobrar a Xavi a final de mes.

—Perfecto —añadió Pablo.

—Toma, guapa. —Dolors me tendió dos bolsas: una contenía tres piñas, y la otra, limas.

—¿No es mejor venir en coche? Esto es poca cantidad, pero si compras más...

—Los pedidos grandes nos lo trae algún empleado de Dolors. Pero, hay veces que se gasta alguna fruta y tenemos que venir nosotros mismos a por ellas.

—Como hoy —señaló Pablo.

—Exacto, como hoy. ¿Nos vamos? —comenté mientras nos encaminábamos hacia la moto.

—Cuando tú quieras, tú conduces —Me guiñó un ojo.

Si el camino de ida había sido raro, el de vuelta no sería menos extraño.

Hacía unos meses, cuando Joan entró en Còctels, yo misma me encargué de llevar a mi

compañero de Sabadell a la frutería de Dolors y todo fue normal. Ahora, había algo que me ponía nerviosa; Pablo me alteraba de una manera inusitada. No sabía si, a pesar de haber encontrado un punto de inflexión entre nosotros —un punto de inflexión positivo—, esa intolerancia que había nacido en cuanto nos conocimos en el parque Güell, sería insalvable. Había algo en él que hacía que no terminara de sentirme calmada a su lado.

Metí la fruta en el hueco de la moto y cerré el sillín. Me puse el casco mientras veía como Pablo me imitaba. Me senté y esperé a que mi compañero lo hiciera detrás. Al rozarme, noté como todas mis terminaciones sensitivas se ponían en alerta. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Me quedé paralizada, sorprendida por cómo reaccionaba mi cuerpo ante Pablo... Volví la cabeza y lo miré desconcertada.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Pablo al comprobar que no me movía.

Tardé más de lo normal en contestar, pero finalmente lo hice.

—Nada.

Me enderecé y sin saber cómo, porque mi mente estaba en otro lugar, conduje hasta la playa de la Barceloneta, más concretamente hasta Còctels.



~ PABLO ~

Martes: cuatro días después. plaza de la Barceloneta.

Me había dejado caer a los pies de la farola central de cuatro brazos que había en la plaza de la Barceloneta. Frente a mí descansaba la fachada de la iglesia de San Miguel del Puerto. Una fachada simétrica, de estilo barroco y aire clasicista. Una construcción de mediados del siglo XVIII —relativamente moderna, en comparación con lo visto en el barrio Gótico—, pero sus formas eran tan bien proporcionadas que era un auténtico gustazo dibujarla. La fachada se componía de tres cuerpos delimitados por dobles columnas y una central elevada con frontón triangular.

Estaba con el lápiz en la mano trazando líneas, y no podía parar de sonreír. ¿Cuánto tiempo hacía que no dibujaba? Quizás unos diez años o así. Fui dejando a un lado este *hobby* sin apenas darme cuenta. Ahora, al retomarlo, me daba cuenta de que nunca debí abandonarlo.

Pensé en Anna; ella seguro que también estaría pintando en algún otro lugar de Barcelona; quizás no muy lejos de mí. Sonreí mirando de un lado a otro para ver si la localizaba; no estaba. No habría sido un disparate encontrarla por los alrededores, bastantes veces habíamos coincidido en nuestras salidas.

Al final Anna y yo no habíamos resultado ser tan distintos. Los dos teníamos nuestros propios fantasmas; fantasmas que debíamos ir dejando atrás; los dos lo estábamos pasándolo mal; y los dos dibujábamos... Desde que pasamos las tarde en Montjuic, la actitud de Anna había cambiado, incluso habíamos compartido intimidades —no muchas, pero sí algunas—; personalmente, empatizaba más con ella; entendía que estuviera mal. Como decía Raúl, esperaba que se le pasara pronto. De alguna manera tenía curiosidad por conocer a la Anna que fue.

Estaba pensando en Anna cuando el teléfono comenzó a sonar; pensé en que podía ser ella, pero no se trataba de Anna, era Neus.

Neus estaba en Barcelona y me propuso vernos. Ni lo pensé; en las ocasiones en las que habíamos coincidido estuve muy bien con ella.

Guardé el bloc y el lápiz en el bolso que llevaba y fui en su busca.

Quedamos en La Boquería. Para mí era toda una gozada visitar ese lugar. Desde que lo descubrí pocos días después de mi llegada a Barcelona, prácticamente lo visitaba a diario. Allí podías encontrar cualquier cosa: desde productos fresco como carnes, pescados, verduras... hasta comidas preparadas. Luego estaban los embutidos, los bombones, las gominolas y los frutos secos. Pero sin duda, de todo, me quedaba con los puestos de frutas y verduras. El colorido de los vegetales se te metía por los ojos y era imposible resistirse a ellos.

Aunque aquello era grande, no tardé en localizar a la chica del pelo corto.

—Hey, Neus, ¿qué tal?

La última vez que nos vimos fue el sábado que salimos de marcha tras el trabajo; hacía diez días de eso.

—Como siempre, sin apenas salir e hincando codos.

Nos compramos unos vasos de fruta y nos sentamos en unos taburetes en el mismo mercado.

—¿Cómo vas en Còctels? —me preguntó antes de meterse un trozo de kiwi en la boca.

—Bien, la verdad es que apenas llevo aquí un mes, pero han pasado tantas cosas que parece que llevara mucho más tiempo.

—¿No echas de menos tu pueblo?

Quedé callado, si ya cuando llegué supe que no echaría de menos lo que había dejado en Vélez, pasado un mes en donde había logrado comenzar una nueva vida, tranquilo y ajeno a la guerra que seguro se estaba librando en Vélez por culpa de Tesa, mucho menos.

—Pasado mañana es el cumpleaños de mi hermana pequeña. Cumple veintidós años. Seguro que mi madre preparará una tarta de galletas; a Rocío le encanta. Esos momentos sí los echo de menos —respondí con nostalgia.

—Sé por qué te fuiste de Málaga —añadió Neus seria—, Raúl nos lo contó.

—Yo no quise acostarme con la mujer de mi hermano... Estaba borracho y estoy convencido de que ella se encargó de que pasara lo que pasó.

—No tienes que darme ninguna explicación, Pablo —apuntó Neus—. Solo te lo he dicho para que sepas que estoy al tanto de esta información; nada más. —Nos quedamos un momento callados—. Olvídalo, ¿vale?

—Sí, mejor...

Respiré hondo.

Entonces, Neus me miró con una sonrisa atrevida que de primeras no supe interpretar. Intuyendo mi desconcierto, la chica comenzó a susurrar la canción que sonaba en ese momento por los altavoces —*Vente pa' ca* de Ricky Martin y Maluma— y ahí no hubo duda del porqué de su cambio de actitud. No pude evitar tensarme en mi asiento.

—¿Al fina qué hiciste el jueves en tu día libre? —me preguntó para romper el silencio.

—Nos dejasteis todos tirados y terminé yendo al museo y al Pueblo Español con Anna.

—¿Cómo que os dejamos tirados? —preguntó Neus desconcertada.

—La excursión que planificó el Grup para ir a Montjuic... Raúl me dijo que tú también venías —le comenté. Neus quedó callada, sin apartar los ojos de mí, estaba seria, pensativa...—. ¿Qué ocurre? ¿No te habían dicho nada?

—¡Ah! —dijo sonriendo después de un rato—. Perdona..., se me había olvidado..., es verdad..., era para este jueves —añadió, pero yo sabía que detrás de esas palabras había algo escondido—. Entonces, Anna y tú os quedasteis solos.

—Sí... —afirmé estudiando los ojos de Neus, intentando entender qué estaba ocurriendo—. ¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

—No, no... —Movié las manos quitando importancia—. La semana pasada apenas salí de casa..., los temarios me están absorbiendo tanto que se me olvida la mitad de las cosas. Es cierto que Raúl nos propuso ir de excursión a Montjuic para enseñarte la zona. Al final no pude ir. —Se encogió de hombros—. ¿Qué tal lo pasasteis?

La observé durante unos largos segundos y decidí quitarle importancia; si Neus estaba mintiendo, su razón tendría. Yo no pensaba hacerle un interrogatorio.

—Bien, lo pasamos bien —acabé por contestar—. Ya sabes que Anna y yo no terminamos de encajar... —Sonreí desviando la mirada—, pero ese día nos sirvió para conocernos un poco más. Además, es una fabulosa guía y aprendí mucho con ella.

—¡Ah! Os conocisteis un poco más —comentó Neus girando levemente la cabeza.

Podría parecer un simple comentario fruto de una vana conversación sin fondo, pero el tono empleado en esa contestación me decía que no era así; de ahí que contestara con precaución.

—Anna lo está pasando mal por lo que Marc le hizo. Solo necesita tiempo para asimilarlo y aceptar lo que le ha pasado.

—Sí —afirmó Neus—. Raúl quiere que vuelva a ser la Anna de antes, pero es cierto que necesita tiempo.

—Sí —repetí.

—¿Cómo ves a Anna?

—Ya te lo he dicho —insistí—. Lo está pasando ma...

—No me refiero a eso —me cortó—. Me refiero a cómo ves físicamente a Anna..., ¿te parece guapa? ¿Podría llegar a... gustarte como mujer?

—¿A qué viene eso ahora? —respondí contrariado; no comprendía el porqué de esa pregunta—. Yo a Anna no la veo así. Es una compañera más..., igual que Mireia.

—¿Y a mí? ¿Cómo me ves a mí? —me interrogó expectante.

Me puse nervioso al entender a qué venía esa curiosidad. No quería que Neus malinterpretara esos encuentros que teníamos; por ahí no iba mi interés. Lo último que quería era tener algún tipo de rollo con ella.

—Neus... —Su nombre sonó en mi boca con una clara advertencia; aun así, quería dejar las cosas claras entre ella y yo—. A ver... No quiero líos con tías. Con ninguna, ¿vale? Después de lo que me sucedió en Vélez, lo único que necesito es paz. Si lo que buscas en mí es otra cosa que no sea exclusivamente amistad, ya te digo que NO. Solo te veo como a una amiga y espero que tú me veas igual.

—Tranquilo..., solo necesitaba conocer tu opinión. Me has dejado las cosas muy claras y me parece bien.

Pero algo me decía que, aunque le hubiera dejado las cosas muy claras a Neus, para nada le parecía bien.



~ ANNA ~

Miércoles: al día siguiente. En plaza Real.

No era raro que Neus me llamara para quedar, lo que sí me resultó extraño fue que quedara conmigo por la mañana; normalmente ese tiempo era el que mi amiga aprovechaba para estudiar.

Quedé con Neus para tomarnos algo en la plaza Real. Puntual como casi siempre, la esperaba sentada en una mesa en el exterior. Yo no desperdiciaba el tiempo, aprovechaba cada minuto como mejor sabía: dibujando. En esta ocasión esbozaba en mi bloc una bicicleta que se apoyaba en una fachada no muy lejos de mí.

—¡Anna, hola!

El saludo de mi amiga rompió mi concentración. Levanté la cabeza del papel y le sonreí.

—Neus, qué raro verte una mañana fuera de tu dormitorio.

—No me ha quedado otra —comentó Neus con una sonrisa mientras se sentaba en una silla a mi lado—, tenía que arreglar unos papeles y, como hace tanto que no hemos quedado para hablar de nuestras cosas, he querido aprovechar este momento.

—Sí, hace tiempo que no hablamos; la última vez que nos vimos fue en Còctels, en la fiesta temática —mencioné riendo—. Oye, ¿cómo llevas los temarios?

—Unos días mejor que otros. Me lo estoy tomando en serio. Tengo que aprobar esas oposiciones con muy buena nota para garantizarme entrar.

—Seguro que lo logras.

Llegó una camarera que por la placa que llevaba cogida en su camisa pude saber que se llamaba María Gilberte, y le cogió nota a Neus. Mi amiga no se complicó, pidió lo mismo que tomaba yo: un refresco de limón.

—¿Y tú? El otro día me dijiste que todo seguía bien, no has vuelto a tener más episodios de ansiedad.

—Por suerte, todo bien.

—Me alegro. Y, ¿en lo demás?

—Bueno... voy tirando.

—¿Qué tal con Pablo el otro día en Montjuic? Me he enterado que al final os quedasteis solos.

—Ni me lo recuerdes... —gruñí—, ¿cómo es posible que todos os echarais atrás en el último momento?

—Algunas veces ocurre. —Neus se encogió de hombros y, tras verter el refresco que acaba de traerle la camarera en un vaso, bebió un generoso trago—. La última vez lo tildaste de cretino y mediocre, ¿sigues pensando igual?

Di una risotada antes de contestar.

—El *Sevillano* algunas veces me pone de los nervios; y, ese acento tan marcado me sigue pareciendo chirriante. —Bufé—. Pero... reconozco que poco a poco me voy acostumbrando a él. No se le ve mal tío y supongo que llegará un momento en el que lo veré como a Joan.

—A Joan nunca lo llamaste cretino ni mediocre.

—Cierto, pero recuerda que Joan al principio era muy torpe.

—Y tú tenías una paciencia con él digna de admirar. Más de una vez Raúl me lo dijo.

—Ahora mismo la paciencia se me ha dormido; o igual se ha ido... —Me encogí de hombros.

Neus cogió aire y lo soltó despacio sin apartar los ojos de mí.

—¿Echas de menos a Marc?

El estómago me dio un vuelco al escuchar la pregunta de Neus; me cogió desprevenida. Tuve que dejar pasar unos largos segundos para poder contestar.

—Sí... —afirmé con una sonrisa triste bajando la cabeza—, para qué vamos a engañarnos. Lo echo de menos a él y todo lo que hacíamos juntos: nuestros paseos, nuestras charlas, nuestras tardes de tele, nuestras escapadas... Ahora me veo sola y perdida.

—¿Has hablado con él?

—¿Con Marc? No, qué va. Todo lo que teníamos que decirnos está dicho. Soy consciente de que, lo que me ocurre, es normal. Llevábamos juntos tres años y de golpe todo se ha esfumado. No he visto el desgaste de la relación, para mí todo estaba bien y ha sido un palo muy grande toparme de cara con la realidad. Pero saldré de está, lo sé; todo el mundo sale, ¿no?

—Anna... —Neus bebió un sorbo de su bebida, pero sus ojos seguían pendientes de mí—, si Marc te pidiera perdón..., ¿volverías con él?

No tuve que pensar para contestar a esa nueva interrogante: ¿volvería con Marc si me pidiera perdón?

—Neus, mi corazón dice que sí, él quiere regresar con Marc; ahora todo lo que teníamos, lo quiere... Pero mi cabeza dice que no. Aunque me pidiera perdón, sé que nunca podría volver a confiar en él. Sé que si eso ocurriera mi cabeza y mi corazón emprenderían una lucha en busca de lo mejor para mí.

—Eso lo dices porque aún lo quieres mucho, sigues enamorada de él.

—Sí, para qué mentir. Lo amo y lo odio a partes iguales. Marc no se ha portado nada bien conmigo. Me engañó y, aunque alguna vez llegara a perdonarlo, lo que me ha hecho, jamás lo podré olvidar.

—Y, ¿crees que podrías amar a otro como amas a Marc?

—No lo sé... —La miré a los ojos con tristeza—. Ahora mismo lo veo prácticamente imposible porque, para empezar, Marc debería salir de mi corazón.



~ GRUP ~

Domingo: cuatro días después. En Còctels.

Raúl contempló a Anna con admiración. Anna era guapa: de pelo castaño, ojos marrones y vivos, y cuerpo bonito. Además, era una chica con carácter. Detrás de la barra se movía con una seguridad aplastante. Incluso, cuando peor estuvo de ánimo por culpa de Marc, tras la barra, no se le vio flaquear; fuera de ella, era otra cosa. Xavi la consideraba una autentica máquina en el *pub* y, Raúl estaba convencido de que Xavi no dudaría un momento en dejar su negocio en manos de ella. Como prueba: Anna era la única que tenía llaves del local.

Había pasado casi un mes y medio desde que Anna pillara a Marc revolcándose con la rubia en la encimera de la cocina de su apartamento y, los ojos de Anna seguían tristes. Eso a Raúl lo mataba por dentro.

Raúl estaba deseando verla feliz y, sabiendo que la llave a esa felicidad era su primo Pablo, la impaciencia y la frustración lo consumían.

Las pupilas de Raúl se posaron en su primo. Otro espécimen bastante guapo. Pablo no era el típico que por donde caminara levantara pasiones, pero si te fijabas en él, tenía algo que atraía. Sus ojos marrones claro y sus labios carnosos eran su mejor baza. Anna tenía ojos en la cara, debería ver el potencial del chico.

Cuando la semana pasada Anna llegó a casa con las revistas y, Raúl pudo por fin corroborar que sí tenían algo en común, en ese detalle vio la solución para acelerar la eminente unión; estaba convencido de que esa afición al dibujo los acercaría. No estaba siendo así; seguían como hasta entonces, tratándose lo justo.

La tarde, para ser domingo, estaba bastante tranquila y, fue por eso que, en cuanto Raúl vio que Anna se metía en el almacén, no dudó en seguirla.

—¡Raúl! —lo llamó Xavi—. ¿Dónde vas?

—Voy a hablar con Anna. No tardo.

—¿Qué vas a hablar con ella? No tendrá nada que ver con... —dijo con aire chismoso señalando con el mentón a Pablo.

—Sí. Hay que darles un pequeño empujoncito a estos dos. No pueden seguir así.

—No están tan mal, Raúl —señaló su chico.

Raúl pensó que, en algunos aspectos, Xavi era bastante conformista; si no fuera por él...

—Xavi, se hablan porque trabajan juntos, fuera del *pub* se ignoran; y eso que tienen una afición en común.

—Y, ¿qué vas a hacer?

—Voy a tantear a Anna. Ahora te cuento.

—No te pases, Raúl. No seas pesado, que nos conocemos.

—Sí, mamá —respondió mientras se dirigía hacia la puerta del almacén.

Al entrar, no tardó en localizar a Anna; estaba con la cabeza metida dentro del frigorífico cogiendo fruta.

—¡Anna! Me gustaría hablar contigo de una cosa.

—¿Es de algo referente al trabajo? —Lo miró con los ojos entrecerrados. Anna ya no se fiaba de él y eso para nada los beneficiaba.

—Bueno... —Movió la mano con aire desenfadado.

—¿Qué pasa ahora, Raúl?

—Es que... —titubeó—, mi primo...

—¡¡Hombre, tu primo!! Hacía días que no me lo mencionabas. Incluso estaba extrañada.

—Qué tonta eres algunas veces. Solo quiero comentarte una cosa —repitió.

—¿Qué? —preguntó cansada volviendo a su tarea.

—Desde que le trajiste las revistas esas..., Pablo ha salido todos los días a dibujar. ¿Eso es normal?

—Lo que no son normales son tus preguntas. —Lo observó perpleja—. ¿Qué es lo que tiene eso de raro? —lo interrogó de forma retórica—. Le gusta dibujar... lo verdaderamente extraño es que haya tardado tanto en coger un lápiz y un cuaderno para hacerlo.

—¡Ah! —Dio un hondo y ruidoso suspiro—. Pues me dejas más tranquilo.

—¿Te vas ya?

—Sí. —Pero no se fue—Oye, Anna, ¿y tú no podrías acompañarlo? Solo de vez en cuando para hacer de maestra. Tú sabes más que él y seguro que...

—¡No! —contestó tajante.

—No empieces, Anna. No me gusta que seas así de negativa.

—Vamos a ver, Raúl. Sabes perfectamente lo que significan y me hacen sentir mis «rutas de pintura».

—Por eso mismo te he pedido que solo sea de vez en cuando...

—Raúl —lo cortó—. Ni de vez en cuando. Ese es mi momento y no quiero que nadie me lo quite, ¿entiendes?

—¿Y un par de *clasesitas*? Pablo es inteligente y seguro que con dos clases aprende un montón.

—¿Pero por qué eres tan cansino? —Bufó.

—¡Es mi primo y quiero que esté a gusto aquí! ¡Entiéndeme! Ha encontrado algo que le motiva y quiero que esa motivación crezca. Sé que, con tu ayuda, como experta en la materia, lo entusiasmarías porque forma parte de tu vida. ¿Quién mejor que tú? —pronunció con toda la pasión que le salió de dentro.

Anna respiró hondo y se dejó caer en el suelo tapándose la cara.

Después de un buen rato, Anna, levantó la cabeza y lo miró con ojos tristes.

—Raúl —pronunció con gesto agotado—. No puedo hacer lo que me pides. No me apetece tener a tu primo pegado a mi lado mientras dibujo. No me pidas eso, por favor.

—Vale, tranquila... —respondió Raúl cabizbajo.

—También te pido que no vuelvas a enredarme en tus movidas familiares. Ese es tu problema, no el mío.



~ PABLO ~

Jueves: cuatro días después. plaza de San Felipe Neri.

Llevaba casi dos semanas saliendo a dibujar alzados; sobre todo de iglesias. Reconocía que hacía tiempo que no disfrutaba tanto con algo. Y, tanto fue así que terminé comprándome un bloc de dibujo y varios lapiceros portaminas con distintas puntas.

El lunes de esa semana, fui a dibujar la puerta de la entrada de la biblioteca. Poco después de estar allí apareció Anna que, al verme, dio media vuelta y se fue.

El martes, ocurrir lo mismo, pero en esta ocasión en la basílica de Santa María del Mar.

Ayer miércoles, visité nuevamente el parque Güell. Estaba apoyado en una de las paredes de la tienda de la entrada dibujando la hilera de columnas que en la primera visita me llamó tanto la atención, cuando Anna volvió a aparecer como si me estuviera siguiendo. Al verme, se rio. Supe claramente que lo hizo por no llorar. Parecía que el destino siempre terminaba poniéndonos en el mismo camino.

Anna acabó por rendirse a la providencia y, «derrotada», se sentó a mi lado. Yo seguí a lo mío, sin decir palabra; Anna tampoco dijo nada. Cada uno nos sumergimos en nuestro trabajo sin molestar al otro.

Al finalizar, Anna me preguntó que, qué pensaba hacer al otro día. Cuando le dije que ir a la plaza de San Felipe de Neri, movió ligeramente la cabeza con una extraña sonrisa que no supe identificar.

Ese jueves, al llegar a la plaza, la vi. Estaba sentada en un lateral con el lápiz en la mano. Sin mediar palabra imité lo que Anna hizo el día anterior: me senté a su lado dispuesto a dibujar.

Llevábamos como dos o tres horas sumergidos en nuestros trazos en ese cómodo silencio cuando, levanté los ojos y miré a mi alrededor. Mis pupilas curiosas estudiaban aquel lugar con atención; extrañamente me causaba la misma paz que la biblioteca.

—La plaza se llama Felipe Neri por su iglesia —pronunció Anna en apenas un susurro—. Lo más destacado de esta plaza son las cicatrices de sus muros. —Señaló con el dedo—. En plena Guerra Civil, el 30 de enero de 1938, una bomba cayó aquí, dejando, no solo la huella de la metralla incrustada en las paredes, sino cuarenta y dos personas muertas; la gran mayoría niños y mujeres. —Su voz sonó quebrada por las distintas emociones que debía sentir.

En todas las ocasiones en las que Anna me contó la historia del lugar visitado, quedé hipnotizado porque sus palabras me transportaban al pasado. En ese espacio había algo más.

—Anna, siento que... este lugar es especial.

—Sí, es especial —afirmó ella.

—¿Sabes? Estando aquí, me ocurre lo mismo que en la biblioteca..., siento paz. ¿No sé si me entiendes?

—Sí... —Anna me contempló con los ojos muy abiertos, como si fuese la primera vez que me veía—. A mí me pasa igual.

—¿Tienes idea de por qué es?

—No. —Negó sin apartar la vista de mí—. Y es curioso... porque en los dos lugares hubo mucho dolor.



~ ANNA ~

En la plaza de San Felipe Neri.

Miré de soslayo a mi lado izquierdo; tras un intercambio de unas pocas palabras, Pablo volvió a fundirse en su boceto, concentrado.

La faceta escondida del chico me había sorprendido hasta el punto de tolerar su compañía en mis «rutas de pintura». Dos días llevábamos dibujando juntos, dos días llenos de silencios en donde olvidaba que él estaba a mi lado. Miré de soslayo el delineado del alzado con el que estaba; debía reconocer que Pablo tenía ojo con el dibujo; nadie diría que era autodidacta. Levanté los ojos y los posé en su rostro, Pablo estaba totalmente absorto en el trabajo: su cara denotaba calma, interés, instinto... Sentí una enorme ternura hacia él. Debía admitir que no me había portado bien con Pablo. Había llegado a un lugar nuevo, no conocía más que a su primo y yo actuaba de forma estúpida con él. Recordé las innumerables veces que me había cabreado simplemente por no soportar escuchar su acento. El deje continuaba ahí y seguía sin agradarme, pero mi oído parecía estar acostumbrándose a él.

—¿Puedo ver...? —lo interrumpí.

Pablo, extrañado, levantó la vista del papel y la puso en mí. Pocos segundos después le dio la vuelta al bloc y me mostró el boceto.

—¿Cómo lo ves? —preguntó expectante.

—Pablo..., me dijiste que nadie te enseñó a hacer esos dibujos.

—Nadie me enseñó —repitió.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo haces para que te salga tan proporcionado?

Durante un buen rato, Pablo me fue contando los trucos que utilizaba para dar forma a sus borradores; artimañas que usaba por puro instinto. Pablo me lo explicó como si su técnica fuese algo simple y sencilla, pero yo sabía que ni era simple ni mucho menos sencilla.

—¿Por qué no llegaste a estudiar Arquitectura? —le pregunté.

En el Pueblo Español cuando Pablo me confesó que le hubiera gustado estudiar Arquitectura, no llegó a confesarme por qué no terminó haciéndolo. Tampoco lo confesó cuando su primo le preguntó el día que le llevé las revistas. La curiosidad me podía.

—Los estudios no se me daban mal, aunque tampoco me entusiasaban. Fueron dos, los motivos que hicieron replantearme mi elección: al informarme sobre la carrera, me pintaron el panorama laboral muy pesimista. Aparte, en cuanto terminé el bachillerato encontré trabajo. Cuando uno tiene dieciocho años, tener un buen sueldo es más tentador que estudiar una carrera con un futuro poco prometedor, aunque fuese un sueño.

—Pero si era tu sueño, podías haberlo intentado. Podías haber alternado, estudios y trabajo.

—En el momento en el que tomé la decisión, no contemplé otras posibilidades. Tampoco

hubo nadie que me alentara a seguir con los estudios. Trabajar con un buen contrato era todo un lujo a mi edad; tuve mucha suerte.

—Pero no pudiste cumplir tu sueño de ser arquitecto.

—No, no pude cumplirlo.

Observé sus ojos y una fuerte sensación, que no supe identificar, me invadió el interior. Tuve la gran necesidad de meterme en la cabeza de Pablo solo para comprobar qué había dentro.

—Pablo..., ¿te arrepientes de no haber elegido el camino correcto?

El chico se quedó callado, meditando mis palabras. Sus ojos del color de la miel se posaron en los míos y me escudriñaron con una fuerza abrumadora; un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza. Pablo tenía una mirada muy intensa y hasta ese momento no me había dado cuenta.

—Anna, me arrepiento de muchas cosas, pero... el pasado no se puede cambiar.

Supe que Pablo no hablaba solo de sus estudios truncados. Su mirada se perdió en el horizonte, quizás pensando en sus miedos e inquietudes. Recordé la conversación que mantuvimos en el Pueblo Español, hacía ahora dos semanas. En aquel momento me pregunté qué le habría pasado a Pablo con su familia; seguro que nada que no se pudiera remediar.

Pensé en mi propia situación. Mi mente volvió a clamar a Marc. Aunque intentara disimular, los días pasaban y no se me iba de la cabeza. Todo me recordaba a él y la congoja no se marchaba del estómago. Mi única debilidad era él, Marc. Lo echaba tanto de menos... Añoraba tanto estar bien, estar alegre, con ganas de vivir, con sueños que cumplir... Todo se había esfumado con la marcha de Marc. ¿Se podría arreglar mi vida? Aunque ahora lo veía lejano era consciente de que sí, mi vida se arreglaría.

El pasado no se podía modificar, había dicho Pablo.

—Pero siempre es buen momento para encaminar el presente —añadí en apenas un susurro.

21



~ PABLO ~

Viernes: ocho días después. En casa.

Estaba terminando de fregar mi dormitorio con Enrique Iglesias de fondo con su tema *Súbeme la radio* cuando el teléfono comenzó a sonar.

En la primera persona que pensé fue en Anna; mis ojos se posaron de forma instantánea en la ventana de enfrente; no había nadie, estaba a oscuras. De inmediato deseché la idea. Ese día Anna había quedado con su hermana Montse a la que hacía mil años —palabras textuales de Anna— que no veía. Después, fue Neus la dueña de mis pensamientos. Un malestar se instaló en mi estómago. Desde que hablamos hacía más de dos semanas no la había vuelto a ver. Neus no parecía cansarse y no había dejado de llamarme ni de mandarme wasap. Yo no quería nada con ella, nada que no fuera una simple y pura amistad. Tenía la impresión de que para ella no era suficiente y ya no sabía cómo capearla. Por un lado, no me importaba ser cruelmente realista con ella, pero por otro, que perteneciera al Grup me frenaba. No quería crear malos rollos con mis nuevos amigos. El tiempo que llevaba en Barcelona —casi dos meses—, había encontrado un grupo de gente afín a mí; desde el minuto uno, me trataron como a uno más. No podía fallarles siendo grosero o maleducado con Neus. Ahora que había limado asperezas con Anna, no deseaba enemistarme con Neus.

Al coger el móvil comprobé que no era ni Anna ni Neus; la que me llamaba era Rocío. El corazón comenzó a latirme desesperado. En los casi dos meses que llevaba en Barcelona, siempre fui yo el que la llamó o envió mensajes; que ahora lo hiciera mi hermana pequeña me daba muy mala espina.

Antes de coger la llamada cerré el portátil que seguía cantando.

—Hola, Rocío, ¿ocurre algo? —pregunté nervioso dejándome caer en el sofá.

—Pablo... —la noté dudar—. No sé si debo contártelo o no...

—Si me has llamado es porque pensabas hablar conmigo. Habla, ya no te puedes echar atrás. ¿Qué ha pasado?

—Las aguas ya están calmadas, pero... llegó un momento en que pensé que Fran no tendría ningún reparo en empujar a papá.

—¿Qué dices? —la interrogué nervioso—. ¿Empujar a papá? ¿Por qué?

—Fran sigue sin saber dónde estás y, anoche llegó borracho. Nos visitó solo para sonsacarnos sobre tu paradero. Quería ir a buscarte.

—¿Para qué?

—Pablo, ¿en serio tengo que contestar a esa pregunta? ¿Tú qué crees?

—Yo no me estoy escondiendo de nadie. En vez de ir a casa de sus padres, si tan interesado está en saber dónde estoy, debería haberme llamado.

—Ha borrado tu teléfono. Eso también nos lo dijo.

—¿Le dijisteis que estaba con Raúl en Barcelona?

—No, por supuesto que no. Papá estaba superenfadado, nunca lo había visto así. Fran se fue tras lanzar contra la pared el portarretratos que mamá tenía en el recibidor en la que salíamos los cinco.

—¡Qué cobarde es! Y lo peor es que estoy seguro de que Tesa lo sigue envenenando.

—No lo sé, Pablo... Mamá estuvo un buen rato llorando cuando se fue.

—¡Joder!

Sentí una gran frustración... Mi familia estaba sufriendo, en parte por mi culpa, por no haber actuado debidamente, por no haber desenmascarado a Tesa cuando tuve oportunidad, por haber caído en su trampa como un auténtico pardillo.

—Papá y mamá pensaban que, estando tú lejos de Vélez, el matrimonio se calmaría..., volverían a estar bien..., pero al parecer no está siendo así.

—¿En serio esperaban que desapareciendo yo, todo volvería a ser como antes? A ver cuándo os vais a enterar de que yo no soy el problema. Mientras Fran esté con Tesa, ella hará y deshará a su antojo hasta que termine destruyéndolo.

—Mamá de vez en cuando habla con ella, la llama por teléfono. Según mamá parecía que la relación entre ellos estaba bien... Eso era lo que Tesa le contaba.

Las tripas se me retorcieron al escuchar a mi hermana. Mi madre era capaz de llamar a Tesa sin atisbo de recelo; en cambio, a su hijo...

Además, ¿cuándo se les iba a meter en la cabeza que lo de mi hermano nunca se arreglaría mientras Tesa estuviera ahí? Al parecer eso solo lo sabía yo y, no pensaba insistir en mi verdad.

Tuve que repisar varias veces para no saltar.

—¿Y Sandra? —opté por preguntar por mi sobrina; ella y Rocío eran las personas que más me importaban en el mundo—. ¿Tenéis contacto con ella?

—Solo la hemos visto dos veces, Pablo —contestó triste—. Las dos veces porque hemos coincidido en la calle. Ya sabes cómo se pone Sandra cuando me ve, quiere que la invite a merendar. Las dos veces Tesa cedió a las súplicas de la niña por no escucharla.

»Y esos dos días la he llevado a casa para que mamá y papá la vieran. Según Tesa o el propio Fran, no les importa seguir como hacíamos antes: pasar con la niña un día a la semana. Pero... una cosa es lo que dicen, y otra la realidad.

»Cuando mamá ha hablado con Tesa y se ha ofrecido a ir a por Sandra para traerla a merendar, siempre ha buscado una excusa. Mamá no quiere más conflictos, así que ha dejado de pedírselo.

—Rocío..., me están dando ganas de hacer la maleta y volverme a Vélez.

—¡Pablo! Ni se te ocurra; y ahora menos todavía. Yo te mantendré informado si hay alguna novedad. Tú quédate tranquilo ahí. No quiero ni pensar qué pasaría si regresaras.

—Me mata estar fuera, Rocío. No saber qué pasa ahí. Algunas veces me siento fatal..., porque estoy tan bien aquí, que olvido lo que he dejado en Vélez.

—Me alegra saber que ahí estás bien. Saldremos de esta, Pablo, ya lo verás. Te voy a dejar, llevamos un buen rato hablando. Cuídate, ¿vale?

—Tú también, Rocío.

Cuando colgué el teléfono, me dieron ganas de estrellar el aparato contra la pared; la rabia me podía. Todo aquello lo había liado Tesa, y Fran no parecía querer darse cuenta.

Estaba con esas cuando la puerta de casa se abrió; era Raúl el que llegaba de hacer la compra.

—¿A que no sabes con quién me he cruzado en La Boquería? Con Cintia Santiago la... —Al

verme, Raúl se calló—. ¿Qué te pasa?

Mi primo dejó la compra en la encimera de la cocina y se sentó a mi lado.

—Rocío me ha llamado.

Le conté lo sucedido en Vélez y, si yo estaba indignado por el comportamiento de mi hermano Fran, Raúl se lo tomó peor aún.

—Pero ¿cuándo va a crecer este tío? Es el mayor de los tres y debería dar ejemplo.

—Raúl, estoy pensando en regresar a Vélez.

—De eso nada. —Negó con la cabeza.

—Es que me siento fatal. Estando allí al menos sufriría con ellos los imprevistos que surgieran.

—O puede que causes más sufrimiento. ¿Has pensado en eso? ¿Es lo que quieres?

—¡Por supuesto que no quiero eso! —exclamé ofuscado.

—Pues entonces, no digas tonterías. Lo que tienes que hacer es relajarte y aceptar que esta es tu nueva vida. Aquí estás bien, Pablo. Y tus padres y tu hermana están tranquilos porque saben que tú estás a gusto. Eres una preocupación menos para ellos.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo, siempre la tengo. Y se me está ocurriendo una idea...

—Nooo, Raúl. Tus ideas nunca son buenas.

—Llevas dos meses aquí y aún no conoces las noches barcelonesas.

—Claro que conozco las noches barcelonesas —protesté. No me apetecía trasnochar y menos después de hablar con Rocío.

—¡Ah! Ya me acuerdo... —me observó con los ojos entrecerrados—, aquella vez que saliste... sin nosotros.

—Raúl, no empieces, soy mayor de edad y no hice nada ilegal. Solo salí por ahí.

—¿Solo?

—No voy a contestar a eso. Piensa lo que quieras. Te repito que soy mayor de edad y no hice nada ilegal —reiteré vocalizando cada palabra para que lo pillara.

—Vale, no quiero que pienses que soy un cotilla. Aun así, no conoces las noches barcelonesas CON EL GRUP —resaltó. Fui a protestar, pero mi primo me tapó la boca con una de sus manos—. ¡Mañana el Grup sale de marcha!



~ ANNA ~

Sábado: al día siguiente. En la discoteca Nit de Festa.

Esa noche el Grup decidió ir de copas al cierre del local. Hacía mucho que no salíamos juntos y ya tocaba; eso fue lo que me dijo Raúl.

A pesar de que no me apetecía aquel plan, terminé aceptando la propuesta, por mis amigos.

Antes de ir a Còctels, me arreglé tal y como habría hecho en una noche de marcha normal: me planché el pelo dejándolo con unas estilogas ondas que daban volumen al cabello; me maquillé con colores naturales, pero destacando mis labios con un intenso burdeos; y por último, elegí un vestido negro ceñido y unas sandalias de tacón alto; me colocaría la ropa y los tacones una vez que termináramos de trabajar.

En Còctels, ese sábado fue como siempre; sin ningún contratiempo. A las dos y cinco, todos los empleados del *pub*, más Neus que también se había apuntado a última hora, salíamos por la puerta del local maqueados.

Nos fuimos directos a una de mis discotecas favoritas, la Nit de Festa que se encontraba en el paseo marítimo de la Barceloneta, no muy lejos de Còctels. El local era amplio, con zona interior destinada al baile y, un agradable espacio en el exterior, más tranquilo, para tomar copas y poder charlar con una sutil música de ambiente.

Nada más entrar en la discoteca, pedimos las bebidas y nos fuimos a la zona ajardinada. Nos sentamos ante una mesa y comenzamos a hablar.

—¿Qué has estado dibujando hoy? —me preguntó Mireia.

Mi mirada primero buscó a Pablo; después, se posó en mi amiga. El Grup ignoraba que Pablo y yo salíamos juntos a dibujar. No ocultábamos nada, pero surgió de esa forma y, así seguíamos. Podría parecer idiota no decirlo, a fin de cuentas, solo salíamos a dibujar y apenas intercambiamos algún que otro comentario; aun así, prefería omitir la información porque sabía que los chicos no pararían de especular.

—En el puente de la calle Obispo —respondí.

—¡Ahh! El puente de la calle Obispo —añadió a modo de aprobación Mireia.

—Mireia, ¿sabías que realmente ese puente no fue construido en la Edad Media? —le comentó Raúl, claramente haciéndose el interesante—. Lo hizo Joan Rubio en 1928.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Xavi con la boca abierta. Raúl no era muy dado a hablar de historia y aquel comentario chocaba con el Raúl que conocíamos.

—Cada vez que he pasado por allí con Anna, me lo ha repetido hasta la saciedad.

—Para que hayas terminado recordándolo, estoy convencido de ello —añadió Xavi moviendo la cabeza de arriba abajo exageradamente.

—¡¡Estos zapatos me están matando!! —saltó Neus descalzándose allí mismo.

—Pues acabamos de salir —le recordó Mireia mirándola divertida—. No sé por qué te has puesto tacones, si tú nunca has osado llevarlos.

—Hacía mucho que no salíamos juntos y... quería estar guapa. —No me pasó desapercibida esa mirada sutil que le dedicó a Pablo.

Recordé que en la fiesta temática que se hizo en Còctels, Neus hizo un comentario sobre Pablo. A Neus le gustaba el andaluz. Conocía a Neus lo suficiente para saber que estaba interesada en el chico. Mireia también hacía más de un comentario del estilo sobre él, pero su mirada era limpia, diferente... O puede que estuviera equivocada y Mireia también estuviera interesada en él. Por último, contemplé a Pablo. No tardé en sacar una conclusión de él: parecía poco interesado en ligar con ninguna. ¿Sería gay?

—Tú estás guapa con todo lo que te pongas —respondió Joan a Neus y, Mireia que estaba a su lado le dio un codazo.

Joan la miró cabreado, pero no dijo nada.

Esos dos llevaban semanas muy raros, no paraban de cuchichear entre ellos y había muchos piques... Es más, en más de una ocasión le pregunté a mi amiga, pero esta le quitaba importancia o desviaba el tema.

Seguimos charlando y bebiendo.

Hacía tiempo que no bebía y no tardé en notar cómo el alcohol me relajaba. Debía admitir que ese estado de calma me agradó demasiado; hasta pensar en Marc me importaba una mierda.

—Voy a por bebidas, ¿alguien quiere algo? —preguntó Joan.

—¡Yo! —Levanté la mano con decisión—. Un ron con cola, por favor.

—Anna, has bebido demasiado, deberías parar —me aconsejó Xavi.

—Para una vez que salimos... —dije encogiéndome de hombros.

—Anna tiene razón —apuntó Raúl mirándome con una sonrisita cómplice—, para un día que salimos que aproveche. Ya es mayorcita para decidir si quiere emborracharse o no.

—¡Raúlll!

Por suerte, la llamada de atención de Xavi no logró frenar que Joan me trajera una *copaza* de ron con cola. Y, no solo me bebí esa, detrás, vinieron unas cuantas más. Llegué a perder la cuenta de cuánto alcohol llevaba encima. Y me daba igual, estaba superfeliz y quizás algo desinhibida. Era una mujer independiente, fuerte y... estaba soltera; podía hacer lo que me diera la gana —dentro de la legalidad— y sin dar explicaciones a nadie.

—¡¡Vamos a bailar!! —grité de pronto poniéndome en pie.

—Yo no voy, con estos putos zapatos me duelen los pies —dijo Neus.

—¡Descalza! Anda, vamos todos a bailar —seguí animando. Me giré y miré al *Sevillano*—. Pablo, tú sí. —Le ofrecí mi mano.

—No, no... Yo no bailo —respondió él.

—¿Cómo que no bailas? Los andaluces tenéis mucho arte. —Lo cogí de la mano y tiré de él—. Anda, Pablo, baila conmigo.

—Eso, Pablo, ve con ella —Raúl empujó a su primo hasta hacerlo levantar.

—Que yo no sé bailar... —protestó Pablo.

—¡Vamos todos! —volví a animar a mis amigos enganchada del brazo de Pablo para que no se me escapara. También me sirvió de apoyo, mi estabilidad comenzaba a fallar; estaba mareadísima, parecía que iba en un barco.

—No, no... vosotros, vosotros —nos instó Raúl.

—¡¡Yo voy!! —Neus se puso en pie.

—Sííí. —Fui a agarrarme a Neus con el brazo libre, pero Raúl tiró de ella.

—¡No! Tú te quedas, que te duelen los pies. —Tironeó hasta dejarla sentada de nuevo en su sitio.

—¡Que venga descalza! —añadí poniendo mala cara a Raúl.

—¿Y que se corte el pie con un cristal y terminemos en urgencias? Eso ni pensarlo —fue la respuesta de Raúl.

—Ahí te doy la razón —comentó Xavi dándole un beso a Raúl en la cara—. Nada de andar descalza, es peligroso.

—Pues con zapatos..., me agunto. —Otra vez se puso en pie.

—Y mañana, ampollas como mejillones y en urgencias —Raúl la volvió a sentar; era un auténtico *cortarrollos*.

—Hay mejillones pequeños que no necesitan pasar por urgencias—apuntó Neus con cara de enfado.

—No, los tuyos van a ser grandes... de los que se crían en piscifactorías bien alimentados. ¡¡De ahí no te muevas!! —la amenazó señalándola con el dedo índice. Di una carcajada al ver sus caras.

—¿Y vosotros? —Estudié a Mireia y Joan que aún no habían dicho nada.

—*Nen*, ¿puedo? —Mireia miró a Raúl pidiendo su permiso y mi risa reapareció.

—Sí, id los dos...

Bueno, menos mal. Cogida del brazo de Pablo, los cuatro nos encaminamos hacia el interior de la discoteca. Me encontraba en un estado muy agradable; parecía que flotaba; no sentía nada, solo ese ligero mareo que me hacía reír y estar feliz y contenta. Quería pasarlo bien y, por qué no, acompañada de Pablo. Pablo estaba resultando un tío guay.

No supe cómo llegué a la pista de baile. Las luces me daban en los ojos y la música de Sebastián Yatra, *Traicionera*, amortiguaba mi voz, pero me sentía protegida por mis amigos y lo demás no importaba. Comencé a contonearme frente a Pablo con movimientos sensuales. Mi cuerpo rozaba ligeramente el del chico mientras bailaba la pegadiza canción. Pablo no tardó en relajar su expresión tratando de seguir mi ritmo. Mis balanceos, casi obscenos, intentaban calentar a un Pablo bastante aturdido por mi cambio de actitud; solté una carcajada. ¿De dónde había salido ese casto *Sevillano* que temía tocarme?, pensé entre risas. Lo vi sudar; su pelo se pegaba a la frente de forma muy sugerente. En ese momento entendí a Mireia y Neus cuando comentaban que Pablo era muy guapo; porque era cierto, el *Sevillano* estaba muy bueno. Me reí a carcajadas sabiendo que todas las copas que llevaba encima me estaban alterando más de lo normal.

—¡Anna!, Joan y Mireia han desaparecido, ¿nos vamos a la terraza? —Me preguntó mientras a través de los altavoces sonaba *Reggaetón lento*, de CNCO.

—No, quiero seguir bailando.

Lo miré a los ojos y un escalofrío me recorrió por dentro. Le eché los brazos al cuello y pegué mi cuerpo totalmente al de Pablo. Seguí con ese movimiento sensual, ahora, frotándome con él; me estaba poniendo a mil y no quería parar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Pablo en el oído.

—Me encuentro mejor que nunca. Pablo, ¿qué te has hecho? Estás muy guapo —añadí poniendo la nariz en su cuello; olía muy bien... ¡Joder! ¿Cómo no me había dado cuenta antes de su olor? La boca se me hizo agua y la pegué a ese dulce manjar...

Pablo se tensó de golpe antes de que mi lengua lo saboreara.

—Anna... —contestó nervioso. Yo volví a reír sobre su cuello—. Has bebido mucho y...

—Lo sé, aunque no lo creas, soy consciente de ello —lo corté—. Oye, ¿sabes? No solo eres

guapo, también hueles muy muy bien. Esta noche, hasta tu acento me está resultando de lo más sexi. —Di un largo suspiro en su cuello.

—Salgamos fuera con esta gente. Mañana te vas a arrepentir de todo lo que me estás diciendo por culpa del alcohol —comentó divertido.

—Oye, ¿no serás gay? —Lo miré con los ojos entrecerrados.

—No, no soy gay. Venga, vamos fuera que te dé el aire.



~ PABLO ~

En la discoteca Nit de Festa.

La noche transcurrió con relativa normalidad hasta que Anna se levantó de su asiento con ganas de bailar. Había bebido demasiado y, los efectos del alcohol eran muy visibles en ella, estaba excesivamente cariñosa. Los roces contra mi cuerpo los aguanté como pude; su risa en mi oído, también; pero cuando sus labios rozaron mi cuello... Decidí volver con el Grup porque Anna me estaba poniendo muy malo.

No podía negar que me habría encantado dejarme llevar por aquel peligroso juego, pero sabía que no era lo correcto. Estaba seguro de que, al día siguiente, Anna fresca, se arrepentiría de lo ocurrido esa noche; si es que se acordaba. Era mejor parar cuanto antes.

Al salir a la terraza, nadie del Grup estaba allí. ¿Dónde se habían metido todos? Cogí el teléfono y llamé a Raúl, nada. Después hice lo mismo con Xavi y tuve igual suerte. Así, probé uno por uno y, o todos se había puesto de acuerdo y habían apagado el móvil, o estaban en un lugar donde no tenían cobertura. A la única a la que no llamé fue a Neus..., preferí dejarla al margen.

Visto que debía decidir algo y rápido, opté por llevar a Anna a su casa; la noche había terminado para nosotros.

Dando un paseo por las calles iluminadas de Barcelona y, abrazada a mí mientras me susurraba entre risas cosas en el oído, llegamos al edificio. Anna me dio las llaves de su casa sin problema. Abrí la puerta y entramos en la vivienda. De pronto, ella se separó de mí y la risa descomedida de la muchacha se convirtió en una mirada felina.

—Pablo, quiero besarte.

—Anna, no. Has bebido mucho y es el alcohol el que habla por ti. Ven, vamos a tu cuarto. — Le tendí la mano para acompañarla.

Anna se acercó a mí, pero en vez de cogerme la mano, se lanzó a mi boca; la jugada me cogió desprevenido y en el choque terminé atrapado por su cuerpo y la pared. Los labios de Anna besaron los míos con voracidad. Un cosquilleo tonto se instaló bajo mi vientre mientras sentía como mi respiración se aceleraba mientras mis manos, de forma inconsciente, acariciaban su espalda. Aquello me estaba gustando más de lo esperado, pero mi cabeza seguía diciéndome que no estaba bien; Anna estaba borracha.

Con tremenda fuerza de voluntad y toda la delicadeza que pude, la separé de mí.

—Anna..., no —le dije con los ojos cerrados.

—¿Es que no te gusta? —contestó con voz triste—. ¿No te gusto?

—No es eso, Anna. Estás muy bebida...

—¡¡Y una mierda bebida!! —gruñó llorosa observándome con ojos atormentados—. Marc prefería follar con otras porque ya no le gustaba hacerlo conmigo. Ya no le gusto a nadie.

Sus lágrimas me conmovieron hasta tal punto que me acerqué a ella y la abracé con fuerza.

—Anna eres una persona maravillosa y seguro que encuentras a alguien que te quiera como te mereces.

—No me vengas con gilipolleces, Pablo. —Me separó de ella con un empujón—. No te pega.

—Vamos a tu cuarto, vas a dormir un rato. Ya verás cómo mañana ves las cosas de otra manera.

Anna quedó pensativa, me estudiaba con sus ojos marrones.

—Pablo, duerme conmigo, por favor. No quiero dormir sola.

—Anna... —fui a quejarme, pero ella me cortó.

—Te prometo que solo vamos a dormir, nada más... No quiero estar sola —repitió—. Necesito tener a alguien a mi lado.

—Puedo llamar a Raúl. Seguro que está...

—¡No! —me interrumpió—. Te quiero a ti.

Los vellos de mi piel se erizaron de forma inmediata. Los ojos de Anna estaban fijos en mí, me quería mí.

Era imposible no pensar en Tesa y sus intentos por meterme en su cama. Anna no era Tesa, de eso estaba seguro y, tampoco estaba en la misma situación: Anna estaba libre. Sí, se encontraba algo borracha, pero algo me decía que podía confiar en ella, y, tal y como había dicho, solo íbamos a dormir.

—Bien, dormiré contigo, pero solo dormir, ¿entendido?

Me cogió de la mano fuertemente y me guio hasta su habitación. Al entrar, mis pupilas se fueron a la ventana; mi dormitorio estaba allí, oscuro... Respiré hondo.

Anna se estaba quedando dormida por segundos. Se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás. Le quité los zapatos y la ayudé a acostarse con el vestido puesto. Aunque medio dormida, se echó a un lado y me observó esperando a que me acomodara junto a ella. Me quité los zapatos, me metí en la cama, apagué la luz y me giré para ponerme frente a ella.

—Gracias... —Me acarició la cara y cerró los ojos.

Pronto se quedó dormida; yo tampoco tardé en caer rendido; era confortable tenerla tan cerca.

Pasadas unas horas, el cuerpo tranquilo de Anna, comenzó a removerse de forma inquieta; advertí que la chica estaba sudando. A pesar de la penumbra de la noche, la luz de la luna entraba por la ventana del dormitorio y podía vislumbrarla.

—Anna, ¿te encuentras bien? —intenté despertarla.

Encendí la luz de la mesita. Anna no paraba de moverse de un lado a otro molesta por algo.

—Anna, ¿qué te pasa? —insistí asustado recordando el episodio que vivimos no hace mucho de camino a casa y que produjo que terminara en el hospital.

—Me duele el estómago y... tengo mucho calor.

Le vinieron unas enormes arcadas. La incorporé rápido con la intención de llevarla al baño. No dio tiempo a llegar, en el pasillo comenzó a vomitar.

—Lo siento, lo siento —decía mientras lloraba.

—¡Chsss! —La intenté calmar—. Relájate, ¿vale? No es la primera vez que me veo en una situación como esta.

Entramos en el baño, la ayudé a ponerse de rodillas junto al inodoro, subí la tapa y le recogí el pelo con una mano para que siguiera vomitado sin impedimentos.

—Nunca me había pasado esto por beber tanto. No quiero que pienses... —Las náuseas la

callaron. Con toda la delicadeza que pude, la sujeté para que vomitara dentro del váter—. Yo no soy así. No sé qué me ha pasado, necesitaba beber, olvidar...

—Después hablamos, Anna. Tranquilízate.

Estuvimos un buen rato en esa posición: ella, llorando y vomitando; y yo, sosteniéndola y consolándola. Cuando creí que había echado fuera todo lo que su estómago contenía, la incorporé. Al tirar de la cisterna, no tardé en comprobar cómo la manivela se quedaba pillada dejando el agua caer. Con varios toquécitos pude establecerla.

—Hay que arreglar esta cisterna —le dije poniendo algo de humor en mis palabras para quitar tensión.

—Sí.

—Anna, sé que es una situación incómoda, pero necesitas una ducha —le comenté en tono amigable—. Te sentara bien.

—Sí —afirmó lloriqueando.

—Espero que no te importe que te ayude —procuré suavizar lo que aquello implicaba.

—Pablo, yo... —Nuevos lloros de impotencia.

—¡Hey! Cálmate. Vamos a hacer una cosa. —Respiré hondo—. Lo que está pasando esta noche quedará entre nosotros. No volveremos a hablar del tema. Como si nunca hubiera pasado. ¿Te parece?

—No voy a poder olvidarlo. En cuanto te vea no podré mirarte a la cara por la vergüenza. —Más lágrimas cayeron por su demacrada cara.

—¿Quién no ha hecho más de una estupidez en su vida? —Ella me sonrió—. ¿Te encuentras mejor?

—Después de vomitar, sí.

—Menuda resaca vas a tener mañana... Bueno, hoy —Le sonreí.

—Pablo..., me siento fatal. Esta noche he hecho cosas que... —Se calló.

—¿Te acuerdas de todo lo que ha ocurrido esta noche?

—Tengo algunas lagunas. —Bajó la cabeza—. Pero me acuerdo de casi todo. Era como si... otra persona me poseyera.

—Puedo hacerme una idea de lo que hablas, alguna vez me ha ocurrido. —Le guiñó un ojo—. ¡Venga! ¡Vamos a la ducha!

—Creo que podré ducharme sola —añadió azorada mirando al suelo.

—¿Seguro? ¿Te puedes mantener en pie?

—Tengo pocas fuerzas, pero si me siento un poco, seguro que se me pasa.

—Voy a meterte en el plato de ducha y te voy a quitar el vestido; vas a estar todo el rato sentada, ¿vale? —Anna asintió—. Mientras, buscaré algo para limpiar lo que se ha ensuciado y te traeré algo de ropa.

—Pablo, gracias. Otro en tu lugar... —Me observó con gesto de agradecimiento.

—¡Chsss! —La silencié—. No tienes que darme las gracias; somos amigos. —Le sonreí acariciando su pálido rostro.

Con sumo cuidado la metí en el plato de ducha. Ella no se quejó, ni dijo nada cuando le bajé la cremallera del vestido y se lo saqué por la cabeza; quedó con tan solo un conjunto de ropa interior de encaje negro. Le di la alcachofa y abrí el agua. Se estremeció de pies a cabeza al sentir el líquido frío en su piel. Cogí el gel de baño vertí un poco en su esponja y se la tendí.

—No tardará en ponerse templada. ¿Estás bien? —le pregunté en cuanto la esponja estuvo en su mano.

—Sí. Gracias —respondió con la cabeza gacha.

—Voy a por algo de ropa, te la dejaré en el taburete. —Le acaricié el rostro—. La puerta del baño se va a quedar entornada, por si me necesitas. Aunque no esté cerrada, vas a tener la intimidad que necesitas. Si te notas cualquier cosa, aunque solo sea un simple mareo, lo que sea, no dudes en llamarme. ¿Vale?

—Sí.

—Estaré fuera limpiando.

Como prometí, le busqué algo que ponerse y se lo coloqué en el baño. Con la puerta entornada y con el oído atento a cualquier sonido que me alertara, fregué el pasillo.

Anna salió del baño vestida con lo que le había dejado. Estaba claramente decaída e intuía que, más que por los efectos del exceso de alcohol, era por la extraña situación.

—Pablo, muchas gracias, no sé cómo agradecerte todo.

—Es lo mínimo que podía hacer. —Le sonreí—. Vete a la cama, necesitas descansar un rato más.

—¿Y tú? ¿Te vas ya?

—Me quedaré un poco más..., en el sofá. —Le señalé con el dedo—. No quiero dejarte sola..., aún.

23



~ GRUP ~

Martes: tres días después. En Còctels.

—¿Y si este sábado volvemos a salir? —propuso Raúl mirando a Xavi.

—Sí, salimos todos los sábados o, mejor todos los días y que Anna se nos vuelva alcohólica —contestó su pareja con mala cara moviéndose de un lado a otro—. Ni pensarlo, Raúl. Debimos pararle los pies.

—Pero si lo intentaste. Qué culpa tenemos si Anna estaba decidida a emborracharse.

—Y mira cómo terminó...

Al día siguiente Anna llegó a Còctels con un tremendo dolor de cabeza y un humor de perros, no se le podía ni hablar. Ayer no estuvo mejor.

—Y lo de dejarla a solas con Pablo tampoco cuajó —añadió Raúl cabizbajo.

En cuanto se fueron a la pista de baile, organizaron la estampida. Xavi se acercó hasta Mireia y Joan y, con máximo sigilo para no ser descubierto por la otra pareja, los avisó de los planes. Mientras, Raúl estuvo convenciendo a Neus para que se fuera; hecho que le costó más de lo debido. Según Neus, para una vez que salía, quería disfrutar por más tiempo. Finalmente, ellos siguieron la marcha en otro local, no muy lejos de Nit de Festa. Y, ¿para qué? Neus fue la primera en desertar apuntando que los pies le dolían una barbaridad; no se había terminado ni la copa que se pidió. Cuando dieron por acabada la jornada de fiesta, Raúl no se fue a su casa, sino a la de Xavi; quería darles intimidad a Anna y Pablo. Todo para nada. Según les contó Pablo —con Anna fue imposible hablar por su malhumor—, al ver que todos se habían ido, ellos hicieron lo mismo, pero a casa, ya que Anna se encontraba mal. Ahí terminó la historia. Y tampoco estaba sirviendo sus intentos para que se encontraran de forma fortuita cada vez que salían los dos a dibujar. Parecía que, todo lo que hacían, nada valía.

—¿Y qué esperabas?

—No sé... Anna se pone muy pegajosa cuando bebe... Cogió a mi primo del brazo para llevárselo a bailar, creía que por fin pasaría algo entre ellos.

—Es cierto que Anna, cuando bebe, se pone muy cariñosa, pero sabe distinguir entre amigos y algo más —puntualizó Xabi.

—Bueno, pues me quedo con eso. Han dado un pasito más, ya por lo menos lo considera «un amigo». Es algo, ¿no? Hasta hace nada, lo quería bien lejos de ella, ahora cuenta con él para bailar.

—Borracha —le recordó Xavi levantando las cejas—. No te olvides que Anna debe estar borracha para considerarlo un amigo, fresca ni lo mira. Y no pienso dejarla beber más de la cuenta, ya le tenga que cerrar la boca con mis propias manos.

Los ojos de Raúl se desviaron hacia el lugar en donde debería estar Anna preparando

bandejas, pero que, al ser su día libre, era Joan el que lo hacía. ¿Qué estaría haciendo ese día su amiga? Seguro que, estar tirada en la cama aún con resaca.

—Hay que hacer algo más... —lloriqueó Raúl.

—Toma, ya tienes el pedido listo —fue la respuesta de Xavi dando por finalizada la conversación.

Sin poder dejar de pensar en Anna y Pablo, fue a la mesa que había hecho el pedido y dejó la bandeja en ella. Mientras iba repartiendo las copas, no pudo evitar escuchar la conversación que mantenían esos clientes: estaban recordando la vez que hicieron una paella en la casa de uno de ellos y, gracias a esto, una de las chicas, Zaraida Méndez se llamaba ella, terminó perdidamente enamorada del que cocinó el arroz.

—¡¡Me conquistó por su paella!! —exclamó Zaraida mirando con ojos de enamorada al que supuso era su pareja.

Con paso ligero y una gran sonrisa en los labios, Raúl se acercó hasta la barra en donde estaba Joan.

—Joan, ¿tienes paellera en tu casa?



~ PABLO ~

Viernes: tres días después. En Sabadell.

Por más que le aseguré a Raúl que no era buena idea que me pusieran a cocinar una paella, ahí me veía.

Aquel viernes quedamos nuevamente en casa de Joan para celebrar el primer día del mes de junio; claramente era una excusa para que el Grup se juntara y yo no era nadie para contradecirlos. A lo que sí me negué fue a que me chantajearan para hacer la paella que pensaban comer; era una responsabilidad demasiado grande que no estaba dispuesto a asumir. Vale que la cocina no se me daba mal, pero la paella no era lo mío. Una vez más, ganó la vehemencia de mi primo; Raúl encontraba argumentos tan contundentes que cualquiera terminaría cediendo a sus peticiones por absurdas que parecieran. ¿Cómo lo hacía? Yo no sabía la respuesta, pero siempre terminaba enredado por él. Llamémoslo don.

El día anterior, con la ayuda de Raúl, compramos todos los ingredientes que necesitaríamos para hacer la paella.

Esa mañana, sobre las diez, nos fuimos a Sabadell para ir preparando todo con tiempo. Hasta la casa de Joan, en coche, se tardaba una media hora. Anna, Raúl, Xavi y yo viajamos juntos en el coche de Raúl. Por supuesto, Xavi fue de copiloto delante, y yo, me tuve que sentar atrás con Anna; que en ningún momento apartó la mirada de la ventanilla.

Desde lo del sábado por la noche, Anna me evitaba; ni siquiera habíamos vuelto a quedar para dibujar juntos. Este cambio me sentó mal, me había acostumbrado a pasar las mañanas con ella y no me gustaba la nueva situación. En más de una ocasión intenté hablar con ella, pero no paró de esquivarme; Anna no quería tener ningún tipo de contacto conmigo. La expresión más utilizada por mi vecina en esa semana fue: «déjame en paz».

Y luego estaba lo del beso; me causó una sensación tan indescriptible que no se me iba de la cabeza. Yo no quería pensar en ello por la promesa que le hice a Anna en olvidar lo ocurrido, aunque en más de una ocasión mi cerebro me traicionaba.

Cuando llegamos, Joan ya tenía en el jardín todos los utensilios preparados. Había montado una mesa auxiliar amplia y sobre ella descansaba un paellero de gas; debajo del tablero estaba la botella de butano. Una hermosa paellera descansaba sobre el roscó de gas y al lado una rasera, platos, cuchillos...

Sacamos los ingredientes de las bolsas y, entre los que allí habíamos, limpiamos y cortamos las verduras y carnes.

—Quiero que quede claro que no sé qué va a salir de aquí; cocinar paella nunca se me ha dado bien.

—Buenísima, seguro. Todo lo que cocinas te sale brutal —apuntó Raúl con esa fe ciega en mí.

Una hora después, aparecieron las que faltaban: Neus y Mireia. Mireia como siempre, sonriendo; y Neus, sin quitarme los ojos de encima; me sentía cohibido por ese escrutinio cada vez más descarado. Anna aprovechó la llegada de sus amigas para alejarse de la zona de trabajo haciendo oídos sordos a las amenazas de Raúl, ahí falló su don.

Estaba haciendo la paella y no paraba de levantar la mira para observar Anna; estaba bastante taciturna y eso no me gustaba.

—Hola —me interrumpió Neus.

—Hey, Neus..., ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú? El sábado apenas pudimos hablar —dijo a modo de protesta.

—Fue una noche rara —añadí mientras movía el sofrito.

—Entre tú y Anna pasó algo, ¿verdad? —la pregunta me sonó a acusación; a novia celosa que pide explicaciones. Detalle que me cabreó.

—Neus, no me gusta nada ese tono que estás utilizando —le recriminé—. No sé a qué viene.

—Estás evitando contestar a la pregunta y eso solo puede significar que sí sucedió algo.

—Sucediera o no, no te incumbe, ¿vale? —Neus me miró en silencio con ojos arrepentidos—. Pero no, no ocurrió nada. Anna estaba muy mareada y la llevé a su casa. No hay más.

Le conté la versión oficial, esa que repetí cada vez que uno de mis compañeros me preguntó; porque todos sin excepción lo hicieron. Y no mentía, solo omitía información; le había prometido a Anna que no se volvería hablar de lo pasado esa noche y cumpliría mi promesa.

Quitó del fuego la paella una vez que casi todo el líquido se consumió. Cogí una cuchara y la probé: mi rostro se contrajo al instante.

—¡Esto está asqueroso! —sentencié sin atisbo de compasión.

El arroz no solo estaba soso, también pasado.

Aun así, todos nos servimos un generoso plato. Al único que parecía gustarle la paella era a Raúl.

—Esto está buenísimo... —reiteró metiéndose otra cucharada en la boca.

—Raúl, déjalo —le advirtió Xavi—, por mucho que lo repitas, esto no va a mejorar. No hay por dónde cogerlo, es como una pasta homogénea que se te hace bola en la boca.

—Oye, pues a mí me gusta así. ¿Anna qué te parece? ¿A que está bueno?

—He comido cosas más asquerosas —respondió Anna.

—¿Ves? —Miró a Xavi emocionado—. A Anna también le gusta.

—Ella no ha dicho eso —lo corrigió.

La paella no estaba buena, pero nos la comimos entera y dio para gastar muchas bromas. De nuevo, la tarde que pasé con el Grup fue un disfrute.



~ ANNA ~

Sábado: al día siguiente. En casa.

La primera cara con la que me topé al abrir la ventana de mi dormitorio fue con la de Pablo que descansaba su cuerpo sobre el travesaño de la suya; me cogió tan desprevenida que ni pude esquivarlo.

—¡Hey, Anna!

—Buenos días.

—¿Qué haces hoy? —me preguntó antes de que le diera la espalda—. ¿Vas a salir a dibujar?

Encontrarme con Pablo asomado a la ventana cuando yo abría la mía para ventilar el cuarto, no sucedía todos los días; por suerte. Además, las pocas veces en las que habíamos coincidido, solo intercambiamos un «buenos días». Aquel día, Pablo no parecía conformarse solo con un saludo matutino.

—No, hoy no voy a salir a dibujar, lo haré en casa.

—¡Ah! En tu misterioso cuarto de las pinturas.

Hacía poco más de una semana —cuando aún salíamos a dibujar juntos—, mientras íbamos de camino a Còctels, Raúl sacó el tema del cuarto de las pinturas. Fueron tantos los enigmas que Raúl inventó alrededor de la habitación, que Pablo quedó fascinado. Desde ese momento, cada vez que salíamos a dibujar, aunque no hablábamos mucho, el famoso cuarto solía salir a relucir. Pablo no paraba de decir que deseaba verlo.

—Te aseguro que no tiene nada de misterioso —le dije por enésima vez.

—Enséñamelo —susurró con aire suplicante.

—Pablo... —lloriqueé porque no quería tratar con él y menos aún que se pusiera pesado.

—¿Por qué estás así conmigo? —me preguntó—. Estábamos bien, deberíamos seguir donde lo dejamos.

—Pablo, tú sabes que no hay nada entre nosotros, ¿verdad? —comenté con tono irónico.

—No soy idita..., y tú tampoco. Ya sabes a qué me refiero, no esquivas mi pregunta.

»Puedo entender que los primeros días estuvieras más encerrada en ti, pero ya ha pasado más de una semana, ¿no crees que deberías comportarte como una adulta y no como una niña vergonzosa?

—Pablo, déjame en paz, por favor.

—¡No, no te dejo en paz! Desde que pasó lo del sábado, apenas me hablas, no me miras... ¡Joder, Anna! Que hemos estado casi dos semanas saliendo a dibujar y los dos estábamos muy a gust...

—¡Eh! —lo corté—. Habla por ti. Que tú estuvieras a gusto, no significa que yo también lo estuviera.

—¿Me estás diciendo que no estuviste a gusto conmigo?

Los ojos de Pablo me estaban conmoviendo de verdad, el chico se veía afectado y a mí me costaba mentirle; tampoco deseaba mentirme a mí misma.

Di un largo suspiro y lo miré a los ojos derrotada.

—Sí, claro que he estado a gusto dibujando contigo. Y nunca me había pasado. Sabes mantener el silencio cuando se debe, sabes preguntar cuando toca y eres un magnífico dibujante. Es imposible tener a un compañero de dibujo mejor que tú.

—¿Entonces...? ¿Por qué no seguimos saliendo?

—Pablo, porque no puedo. Ya te lo dije mientras vomitaba y tú me sujetabas el pelo... me cuesta mirarte a la cara y no recordar lo que pasó..., lo que hice. ¡Joder, Pablo, que te besé! Me da vergüenza cómo actué.

—Sé por qué lo hiciste y te dije que lo olvidaras.

—¡¿Tú puedes olvidarlo?! Porque a mí no se me va de la cabeza.

Aún se me ponía la piel de gallina cuando recordaba aquel beso; quizás, al estar borracha lo había idealizado. Fuera lo que fuera, ahí seguía ese recuerdo que me producía hormigueo en la barriga. Esa sensación me desagradaba mucho.

—Anna, relájate. Piensa que es un secreto de los dos. Intenta verme como a un amigo al que se le hacen confidencias.

—En la teoría se ve muy sencillo.

—Te lo digo en serio, puedes confiar en mí. Te prometí que lo ocurrido el sábado quedaría entre nosotros y así será. No sacaremos el tema y terminaremos normalizando nuestra situación.

»Anna, volvamos a estar como hace nueve días. Volvamos a llevarnos bien.



~ PABLO ~

Martes: tres días después. En casa.

Los días libres de Raúl eran los lunes, y mi primo, religiosamente, el domingo por la noche se iba con Xavi y ya no regresaba a casa hasta el martes de madrugada; cuando salía de trabajar. Ese martes, no fue así. Ese martes, Raúl llegó a casa para el almuerzo. Y, no solo eso, lo hizo cargado con una bolsa llena de hortalizas.

«Quiero darle una sorpresa a Anna», fue la explicación que me dio.

Y volví a caer en la trampa de Raúl.

De soslayo, miré a Anna y sonreí. Era la imagen surrealista del día; puede que incluso la de la semana: Anna y yo —uno al lado del otro—, apoyados en la encimera de la cocina de Anna, frente a una batidora de vaso cada uno.

Tras colocar todos los ingredientes ordenados en la parte central de gratino para facilitar el acceso a los dos, los fui señalando.

—Tomate, pimienta, pepino, cebolla, ajo, aceite, sal, pimienta, vinagre y agua.

—Vale —contestó Anna mirándolos con interés.

—Esto es como hacer un cóctel, pero en vez de licores, vamos a utilizar hortalizas.

—Lo que yo te he dicho —comentó Raúl desde el sofá con las piernas sobre la mesa baja y comiendo unas gominolas que Anna tenía en una bombonera—, el cóctel de la cocina andaluza.

—Vamos a lavar bien los ingredientes. —Ignorando a mi primo, opté por seguir con lo que estaba—. Después, las troceamos echándolas en el vaso batidor.

—Para hacer un cóctel utilizo un medidor, aquí todo es a ojo. Un pimienta. —Anna resopló—. Los pimientos son de muchos tamaños, esos dos son distintos y pasa lo mismo con las demás hortalizas, ¿cómo sabes cuánto tienes que echar de cada?

—Piensa que la base principal del gazpacho es el tomate. Los ingredientes secundarios los añades en la cantidad que creas conveniente, según tu gusto. Con la experiencia, la irás modificando hasta encontrar el punto perfecto para tu paladar.

—Entonces no es como en un cóctel —volvió a protestar—. Para hacer un buen cóctel tienes que poner siempre las medidas justas; no puedes salirte de ahí.

No pude evitar dar una carcajada por sus ocurrencias. Tras la conversación que mantuvimos en la ventana, la situación entre nosotros cambió ligeramente. Anna se relajó y, a partir de ahí hubo otro pequeño acercamiento: por lo menos me hablaba y me miraba. Ese día también había sido liada por Raúl y no parecía estar incómoda.

—Hazle caso a mi primo, que él entiende de eso.

Ahí estaba tan tranquilo Raúl, sin parar de zampar gominolas. De él había sido la idea de enseñar a Anna a elaborar el auténtico gazpacho andaluz; y todo, según Raúl, por un comentario

que hice.

—¿Hay que pelar los tomates? —preguntó Anna, mirándome de reojo.

—Sí, lo pelaremos para no encontrar nada de piel; también le quitaremos la parte dura y lo trocearemos.

Tras la explicación, procedí a manipular los tomates; ella también se puso manos a la obra.

—¡Pablo! —me llamó Raúl. Ese llamamiento me puso en alerta, había sonado a petición. Me estaba haciendo experto en distinguir cuándo mi primo me iba a liar en algo.

—Lo que sea, NO —contesté con contundencia.

—Oye, ¿por qué esta noche no aprovecháis para hacer una ruta nocturna? Anna te puede contar leyendas de...

—¡No! —lo cortó Anna con otra negativa.

—Pero si no tenéis nada mejor que hacer. Lo normal sería que aprovecharais vuestra noche libre y salierais hasta las tantas. Pablo aún no ha visto muchos sitios de Barcelona y tú se los puedes enseñar. Y..., terminar durmiendo en esta casa.

—¡¡Raúl!! —le grité sin dar crédito a lo que estaba insinuando.

—Perdón, perdón. —Levantó las manos en señal de paz—. Es que quería darle una sorpresa a Xavi. —Cogió aire y lo soltó ruidosamente—. Tenemos una fantasía sexual en nuestra casa y...

—¿Y? —dije ofendido.

—Solo será una noche. Os vais de ruta por ahí, y pasas la noche en el sofá de Anna. ¿Qué más os da? Y nos haríais felices a Xavi y a mí.

—Dormiste con Xavi el domingo y anoche —le recordé.

—Esto es distinto, te estoy hablando de una fantasía sexual.

—No vuelvas a pronunciar esa palabra. —fruncí el ceño.

—¿Cuál? Fantasía Sexual. FANTASÍA SEXUAL...

—¡Vale! —traté de calmarme—. Si te parece bien, hablo con Joan y me quedo en Sabadell, pero será mañana, que trabajo.

—¡No! Mañana Joan tiene planes con... —dejó la frase sin terminar, en el aire.

—¿Con quién? —quiso saber Anna.

—Con Mireia —le contesté, y, fue hacerlo y los ojos de Anna se abrieron como platos.

—¿Con Mireia? ¿Cómo que tiene plan con Mireia? —comentó sorprendida mirando a Raúl a la espera de una explicación.

—Bueno... Anna, esto... los dos están empezando algo... Y lo mantenían en secreto.

—¿Secreto? —Di una ruidosa carcajada—. Pero si en Còctels lo saben todos..., creía que tú también conocías «el secreto». —Hice las comillas.

—Pues no, yo no sabía nada. ¡Joder! ¿Por qué soy la última en enterarme? Cuando coja a Mireia...

—Anna, Mireia no quería decirte nada..., por lo de tu ruptura y eso —la justificó Raúl.

—Tendré que hablar con ella. —De pronto, una sonrisa apareció en su rostro—. ¡¡¿Quién lo iba a decir?! Joan y Mireia... empezando algo; jamás me lo habría imaginado.

—Sí... ¿Quién lo iba a decir? —Raúl movió la cabeza de arriba abajo—. Por eso, mañana no puedes quedarte en casa de Joan, ni hoy tampoco... Además, la fantasía sexual tiene que ser en nuestra casa y... HOY.

—Hoy precisamente —señalé con tono sarcástico.

—Sí. Es un día especial y no me vale otro. —Nos guiñó un ojo—. Oídmelos dos. Estáis haciendo el gazpacho, después, os vais por ahí a dar una vuelta y disfrutáis del maravilloso día que hace. Cenáis algo en una pizzería y, cuando llegue la noche... Anna, llévalo a Montjuic.

Pablo aún no ha visto la función de la Fuente Mágica



~ GRUP ~

En Còctels.

—No puedo creer que hayas hecho eso —comentó Xavi tapándose la cara, rojo como un tomate.

Mientras Mireia iba a anotando todo en la libreta roja, Joan y Neus —que había pasado ese día por allí y también los acompañaba—, miraban a Raúl con la boca abierta sin creer que se hubiera atrevido a ser tan directo.

—Cuando los vi tan compenetrados haciendo gazpacho, me vine arriba y ha sido algo como el Nesquik, y lo he soltado.

—¿Cómo el Nesquik? ¿Negro? —preguntó Joan reflexivo.

—Instantáneo, idiota. Además, el Nesquik es marrón.

—Espera, espera, que me estoy perdiendo —habló Mireia, parando de escribir—. ¿Estás diciéndome que los has convencido para que pasen la noche juntos en casa de Anna?

—Justo eso —manifestó Raúl satisfecho por su proeza—. Lo del sábado no salió como esperábamos, de hecho, desde entonces he notado un bajón entre ellos. Así que he tenido que tirar de imaginación. De esta noche no pasa que ocurra algo entre ellos. —Ensanchó su boca—. Xavi y yo estaremos pendientes de todo lo que suceda tras las paredes de mi casa.

—¿No los ibais a dejar en paz? —protestó Neus muy enfadada.

—En ningún momento hemos dicho tal cosa —contestó Raúl—. Además, no sé por qué te pones así. Todos queremos que Anna sea feliz y, un revolcón con un buen semental seguro que le quita la pena que le quede.

—Antes de seguir empujándola hacia tu primo el semental, podíamos hablar con ella y preguntarle qué es lo que quiere, lo que necesita —propuso.

—Anna no sabe lo que quiere y necesita ilusionarse con alguien y, ese alguien, es Pablo —aludió Raúl.

—Ayer la vi riendo por algo que le decía el semental —añadió Mireia sonriendo.

—Yo también los vi —señaló Xavi con una sonrisa bobalicona.

—¡¡Ah!! Otra cosa, antes de que se me olvide. Anna se ha enterado de lo vuestro —Raúl señaló con el dedo índice a Joan y a Mireia.

—¿Cómo que se ha enterado de lo nuestro? —preguntó Mireia asustada.

—¿Qué me he perdido? —Neus estudiaba a Mireia y a Joan sin entender nada.

—Mi *amolll* —Joan pegó sus morros a Mireia.

—¡¡Quita, *nen*!! —Mireia lo apartó de un empujón.

—Raúl le dijo a Pablo que Mireia y Joan estaban empezando una relación —le explicó Xavi a Neus.

—¿Por qué hizo eso? —quiso saber.

—No me acuerdo bien... Raúl lo inventó para justificar algo —le quitó importancia con la mano.

—Y ahora también lo cree Anna.

—Pero ¿cómo se ha enterado? —insistió Mireia.

—Pablo quería quedarse a dormir con Joan y he tenido que decirle que Joan ya tenía planes contigo.

—¡Ahh! Algo así fue la otra vez —le comentó Xavi a Neus—. Raúl no tira la toalla. Por eso me gusta tanto, es un luchador nato.

—No me gusta nada eso —Mireia miró a Joan con asco—. Mañana mismo corto contigo delante de Anna y Pablo.

—¡¡Eso ni pensarlo!! —le regañó Raúl—. ¿No te das cuenta de que es la excusa perfecta para juntarlos? Además, no tenéis que hacer mucho, solo seguirles la corriente.

—Mi *amolll*, no me partas el corazón.

—No sé por qué os empeñáis en forzar las cosas —protestó Neus cabreada—. Me voy, que tengo mucho que hacer y os recuerdo que vosotros tenéis que abrir Còctels.

Cuando Neus se fue, todos miraron la puerta por donde había desaparecido.

—¿Qué le pasa a esta? —preguntó Joan—. Últimamente está insoportable, como si estuviera continuamente enfadada con el mundo.

—Ya lo he dicho en más de una ocasión: de tanto estudiar se le están quemando las neuronas —apuntó Raúl.

—A ver qué sucede esta noche. Está visto que estos dos son imprevisibles —apuntó Xavi levantándose de la silla.

—Y si no..., preparamos otro plan. —Los miró con una sonrisa pícaro Joan—. Yo veo a Anna mucho mejor.

—¿Ves? —Raúl le devolvió la sonrisa—. Y todo gracias a nosotros. Sin esos estímulos, Anna seguiría llorando por las esquinas.

—Mireia, ¿estás apuntando las novedades en la libreta roja? —indagó Xavi.

—Todo. —Le guiñó un ojo levantando la libreta.

—Entonces, toca esperar —comentó Joan.

—Sí, pero podemos tener varias ideas preparadas para el siguiente paso —propuso Raúl con esa sonrisa malvada que empezaban a adorar.

—Raúl, en otro momento. Hay que abrir Còctels.



~ **PABLO** ~

En La Rambla.

Miré a Anna de reojo mientras estudiaba absorta a un mimo que posaba en silencio sin mover un milímetro de su cuerpo. ¿Cuántas horas de ensayo habría empleado el mimo para llegar a ese punto? Se decía que todo estaba en la mente. Yo pensaba que no solo era eso, también el esfuerzo y la pasión por una profesión poco comprendida y poco valorada.

Esa tarde, con la excusa de salir juntos por petición de Raúl, aprovechamos para retomar nuestros momentos para dibujar.

—¿Puedo verlo? —le pedí señalando su bloc con la barbilla.

Anna paró lo que estaba haciendo para enseñármelo.

Lo que esperaba que fuera un día tranquilo y descansado, se estaba convirtiendo en todo lo contrario, pero no me importaba, por fin volvía a disfrutar de la compañía de Anna.

El primer gazpacho de Anna fue todo un acontecimiento que me hizo reír por sus ocurrencias. A Anna todo le parecía muy complicado. Ella, acostumbrada a las medidas exactas de los cócteles, no concebía que esa bebida se hiciera más por instinto que por peso. Cuando lo terminó, el resultado fue perfecto y sus pupilas brillaron de emoción al probarlo. Fue gracioso ver las anotaciones en su libreta: explicó todo el proceso con especial detalle; hasta los segundos que dejó trabajando a la batidora.

Parecía que realmente necesitábamos ese tiempo juntos para estabilizarnos.

Tras la «clase magistral», hicimos caso a Raúl, pero con un ligero matiz que omitimos al «liante»: cogimos todos nuestros utensilios de dibujo y, como aún era de día, decidimos pasar por La Boquería y pillarnos algo para merendar antes de meternos en la faena.

Tras comprar unos zumos de frutas, nos sentamos en un banco en La Rambla. Entre sorbo y sorbo, y nuestros habituales silencios, nos sumergimos en los dibujos. Anna pintaba a aquel mimo disfrazado de estatua de bronce que teníamos frente a nosotros; mientras yo estaba con el alzado de un edificio.

Observé la obra de Anna con admiración. Había empleado muy poco tiempo y ya prácticamente lo tenía terminado.

—¿Te gusta? —me preguntó al verme callado.

—Me encanta. Lo tienes casi terminado —le contesté sin poder apartar los ojos del bloc.

—Aún le faltan detalles. Quiero que las luces se aprecien mejor.

—Y lo has dibujado en poco tiempo —apunté.

—La rapidez se adquiere con la práctica. Yo le dedico muchas horas.

—¿Tienes muchos bocetos como este?

—Sí. Obras de todo tipo —asintió—. Acuarelas, acrílicos, oleos, carboncillo...

—Y todo encerrado en ese cuarto misterioso.

—Sí. —Rio—. Todo encerrado en el cuarto de las pinturas y que nada tiene de misterioso.

—¿Y qué piensas hacer con todas esas obras?

—Nada... Dibujo porque me gusta.

—¿Nunca has pensado en hacer una exposición o algo similar?

—No creo que sean tan buenos como para eso. —Volvió a reír, pero su sonrisa me resultó triste.

—¿Me dejarás entrar en ese cuarto y verlos? —La expresión de Anna cambió.

—Mira que eres pesado con el tema... —Anna miró al mimo que en ese instante se movía tras recibir una moneda de un crío pequeño.

Estaba claro que no estaba dispuesta a ceder. Ya me lo dijo Raúl: Anna no dejaba husmear a nadie en esa habitación, ni siquiera a Marc. Todas sus pinturas, bocetos y materiales, estaban celosamente guardados allí. Por no enseñar, no tenía ni una obra expuesta en su vivienda. Una vez indagué acerca del porqué. Según Raúl, no había traumas, simplemente Anna no aceptaba comentarios, consejos, ni halagos. Podías ver lo que iba dibujando sin ningún problema, pero los tesoros que guardaba allí, estaban vetados al público.

No quise insistir, pero lo intentaría en otro momento.

La tarde pasó deprisa y, cuando el sol desapareció, Anna me llevó a ver la Fuente Mágica. Como era costumbre, mientras andábamos por las calles de Barcelona, me iba narrando con pasión historias sobre los lugares por los que pasábamos. Al llegar a la famosa fuente de colores se había hecho totalmente de noche. Una luna llena y grande comenzaba a despuntar por encima de los edificios de la Ciudad Condal.

Había bastante gente mirando el espectáculo. De pronto, Anna giró la cabeza y, con ojos

asustados, me cogió de la mano y tiró de mí.



~ ANNA ~
En Montjuic.

Con la mano de Pablo atrapada entre mis dedos, lo arrastré hacia una dirección sin rumbo.

Y todo por una triste confusión que igual que había venido se había ido. Y ocurrió lo que no espera, volvió ese dolor en el pecho, esa presión que, al igual que aquel día, me apretaba los pulmones impidiéndome respirar con normalidad. Cogí a Pablo de la mano y corrí con él. Mi cabeza no paraba de repetirme que necesitaba salir de allí. Mis piernas comenzaron a moverse más deprisa, deseaba desaparecer de ese lugar maldito lleno de gente que me recordaban a Marc. ¿Por qué tenía que aparecer el fantasma de Marc ahora? Siempre aparecía cuando menos lo esperaba.

Eso sí, en la huida me acordé de Pablo. Por alguna razón, mi subconsciente no lo dejó en el olvido. Él no dijo nada. Pablo solía atinar en los silencios o diálogos; sabía encontrar el momento perfecto para hablar o no hacerlo. Una vez más, estuvo acertado.

Subí las escaleras del Museo Nacional de Cataluña, donde aún se veían personas disfrutando del espectáculo desde allí. Paré unos segundos dejando libre la mano de Pablo para intentar respirar, pero cada vez me costaba más. Me di media vuelta para buscar los ojos marrones del malagueño, pero las luces de la fuente me hicieron desviar la mirada y la presión aumentó. No sabía qué hacer.

—Anna, ¿tienes las pastillas que te recetaron? —me preguntó Pablo con voz calmada. Señalé mi bolso—. Aquí no podemos estar. Ven.

Seguimos por el paseo de Jean Forestier sorteado a más gente.

En un momento determinado, mientras bajábamos una escalinata, Pablo se detuvo; ahí no había nadie. Me sentó en uno de los laterales por donde pasaba una acequia. Me quitó las deportivas y los calcetines, y me metió los pies en el agua. Después, comenzó a echarme líquido en la cara y en la nuca.

Lo vi rebuscar en el bolso y no tardó en dar con las pastillas. Cogió una y me la metió en la boca; agradecí llevar un botellín con agua.

Pasados unos minutos, comencé a sentirme mejor.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó en un susurro. Su voz ahora temblaba, señal de preocupación.

—Ha vuelto a ocurrirme. Me costaba respirar.

—Tranquila..., si quieres podemos ir al hospital y que te...

—No —lo corté—, en esta ocasión sé por qué me ha sucedido y puedo controlarlo.

—¿Por qué ha sido?

Ni pensé en mentirle, necesitaba decirlo en voz alta, desahogarme.

—Creí ver a Marc. Y..., no he podido aguantar el dolor en el pecho —expliqué con un nudo en la garganta y los ojos empezando a escocer.

—Ya ha pasado. —Me acarició el hombro—. Él no está.

—No, no está. Y aunque estuviera, tampoco va a estar —dije todo lo segura que pude.

—¿Por qué no vamos un momento al hospital que te miren? Anna, estás muy pálida.

—Estoy mejor, en serio. Ya puedo respirar con normalidad. Lo único... —lo miré a los ojos dubitativa—, que tengo unas tremendas ganas de llorar.

—No hay nada que te lo impida.

Fue escucharlo y las lágrimas comenzaron a resbalar por mi cara. No quería llorar más, no quería sentirme mal, pero sabía que esa descarga me liberaría de la presión que aún me oprimía. Llevaba varias semanas en las que no derramaba ni una sola lágrima por Marc, aunque me acordaba de él, quería creer que ya no me causaba lo mismo. Este revés me demostraba que no había sido así. ¡Maldito Marc! Él era el culpable de todo lo que me estaba pasando. Rememoré las veces que habíamos paseado bajo un cielo estrellado por Montjuic ignorando a transeúntes que se fijaban en una simple fuente musical, cuando el verdadero encanto de la montaña, estaba en la subida hasta el Anillo Olímpico; O, en pararse en algún lugar lejos del bullicio; en sentarse en el suelo frente a unas maravillosas vistas nocturnas de la ciudad y abrazarse para sentirse mientras Barcelona se rendía a tus pies.

El llanto apareció sin compasión. Necesitaba tanto que toda aquella congoja desapareciera...

Pablo, intuyendo lo que me sucedía, se acomodó a mi lado, se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Como por arte de magia, mi cuerpo se relajó al notarse arropado por esos brazos protectores. Respiré hondo sobre su cuello; Pablo olía a seguridad, a fuerza, a confianza, a equilibrio... a todo lo que yo añoraba. Los sentimientos vividos el sábado, mientras estaba bajo los efectos del alcohol, volvieron a recorrerme por las venas. Deseaba a Pablo con todas mis fuerzas. A diferencia de la otra ocasión, en ese instante, estaba sobria y era consciente de que podía controlarme. Sin querer separarme de él, aspiré su aroma —quizás lo único que podría conseguir de él—. Transcurrido un rato, me aparté.

—¿Te encuentras mejor?

—Perdona —me disculpé notando el calor en la cara. Estábamos sentados uno al lado del otro—. Últimamente no sé qué es lo que me pasa —respondí avergonzada—. Creía estar mejor, pero veo que solo se trata de un espejismo.

—Esos altibajos forman parte del proceso de recuperación. —Me sonrió acariciando mi mano con dulzura.

—Llevo semanas que no lloro —confesé—. Mis amigos no se merecen verme mal.

—Tus amigos te van a querer igualmente. Si necesitas llorar, hazlo sin miedo. De igual manera, si necesitas gritar o patear, hazlo. —Me rozó el rostro con un dedo y percibí un agradable cosquilleo.

—¿Sabes? Nunca me lo hubiera esperado de él. Después de tres años juntos...

—No pienses más en el pasado, no merece la pena. Mira hacia adelante, un futuro en el que tú seas la protagonista.

»No olvidarás, pero llegará el día en el que todo eso que pasaste no te afectará. Es más, te habrá hecho más fuerte.

—Y, ¿cuándo llegará ese día? Quiero sentirme fuerte y bien.

—Llegará —me aseguró—. Pero mientras, llora si quieres. Aunque yo preferiría ver esa preciosa sonrisa que tienes. —Con la vista puesta en mis labios, subió su mano y con el dedo pulgar los acarició. Cerré los ojos concentrándome en ese cálido contacto. Era fácil dejarse llevar por Pablo; demasiado fácil.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, desando que él me besara. Quería sentir que el chico me liberaba del peso que soportaba desde que mi vida dio ese gran giro. Quería confirmar que el beso que le di el sábado, no estaba idealizado como yo quise creer. Por más que buscaba, no

encontraba una explicación lógica a lo que me sucedía con ese malagueño. En poco tiempo, se había metido dentro de mí haciendo que mis tripas se removieran por dentro como nunca antes; ni siquiera Marc había logrado esto. Pablo estaba ahí, compartíamos muchas cosas y, no solo eso, también sentía una gran calma a su lado.

Desilusionada al no sentir ese contacto tan ansiado, abrí los párpados. Lo que vi, me dejó confusa, Pablo también quería besarme. No paraba de escrutar mi boca con una clara intención, la de darme un beso. Le acaricié el rostro y él cerró los ojos.

—Pablo...

En cuanto pronuncié su nombre, el malagueño se lanzó a mis labios cogiéndome desprevenida. Una descarga eléctrica sacudió mi interior al notar la voracidad de su boca. La lengua de Pablo exploró mi boca con intensa dulzura; le respondí sin acobardarme; casi con desesperación. Mis manos se enredaron en su cabello corto, mientras me pegaba más al cuerpo del él que aferraba con fuerza mi cintura. Un súbito calor me recorrió todo el cuerpo. Pablo besaba muy bien, con Marc nunca sentí lo que estaba experimentando con él.

Fue recordar a mi ex y me sentí mal. ¿Qué estaba haciendo? Hacía un rato estaba con ansiedad por culpa de un desequilibrio emocional al creer que había visto a Marc y ahora me liaba con Pablo. Estaba totalmente confundida. ¿Cómo había llegado a desear que Pablo me besara? Me separé de él con la respiración agitada, incómoda y sabiendo que aquello solo había sido fruto del caos que últimamente reinaba en mi cabeza.

—Es muy tarde —dije esquivando la mirada de Pablo sin saber cómo actuar; necesitaba tiempo.

—Anna, perdona. Lo último que quiero es confundirte más —contestó entendiendo lo que me ocurría.

—No. —Moví la cabeza de un lado a otro procurando quitarle importancia—. Soy yo la que tengo que agradecer tu comportamiento —le respondí con sinceridad poniéndome de pie—. Es tarde y aún no hemos cenado.

—Vamos a algún restaurante y comemos algo —me propuso Pablo.

—No me apetece estar donde haya gente. ¿Compramos unos bocatas y nos los comemos en mi casa?

—Anna... —Su frente estaba arrugada; señal de que dudaba.

—¿Sí?

—Sé que no terminas de estar cómoda a mi lado y lo de ahora...

—Pablo, no te entiendo.

—Cenaré contigo en tu casa, pero después buscaré un hotel para quedarme a dormir.



~ PABLO ~

Viernes: tres días después. En casa.

—Entonces, todo listo. —Esa frase fue la primera que escuché al entra en casa. Mi primo, al verme, me miró con una sonrisa tensa—. Bueno, te dejo, te dejo. Luego hablamos. Besos. —Colgó apresuradamente—. Hola, Pablo.

—¿Con quién hablabas que le has dejado con la palabra en la boca?

—Con nadie. —Raúl colocó su móvil sobre la mesa y me observó sonriente—. Yo quería hablar contigo.

—¿Otra vez, Raúl? ¿De qué se trata ahora? —Empezaba a temer a mi primo cuando le brillaban los ojos de esa manera tan peculiar; sus peticiones cada vez eran más temerarias.

—¿Tú sabes hacer tortilla de patatas?

—No querrás que haga tortilla para todo el Grup. Te recuerdo que la paella me salió asquerosa.

—No, no, esta es para mí. Es que tengo un antojo. —Se encogió de hombros.

—¡¿Otro antojo?! —Primero fue la lasaña; después, tortitas americanas con sirope de alce; y ahora, tortilla—. Porque sé que Xavi no te puede dejar preñado, que si no...

—¿Sabes o no sabes hacerla?

—¡¿Perdona?! —respondí con falsa indignación—. Hablas con un experto en tortillas. Mis paellas son incomibles, pero las tortillas son mi especialidad.

—Espero que seas pro cebolla. —Me guiñó un ojo.

—¿Sabías que la auténtica tortilla de patatas es sin cebolla?

—No, eso no es cierto. La tortilla de patatas es CON cebolla.

—Negativo —lo contradije—. El mismo nombre lo dice tor-ti-lla de pa-ta-tas. La otra se llama tortilla de patatas CON cebolla. Pero no te preocupes, las dos me gustan y las dos me salen de miedo.

—¿Cuándo me la vas a hacer?

—Ya te la haré. ¡Cansino!

Me fui a mi dormitorio e intuitivamente miré por la ventana hacia la habitación de Anna; en esta ocasión ella estaba allí, buscando ropa en el armario. Al darse la vuelta me encontró observándola y sonrió, le contesté con un guiño. Cada día que pasaba, la barcelonesa se metía un poco más en mi interior y ella no parecía, o no quería, darse cuenta.

Temí que lo ocurrido el martes en Montjuic —sumado a lo del sábado cuando salimos—, terminara por enfriar nuestra recién nacida amistad, pero no fue así. Hablamos, le pedí seguir acompañándola en sus «rutas de pinturas», y para mi sorpresa, Anna no se opuso.

Esa misma mañana estuvimos en el paseo de Gracia visitando la conocida Manzana de la Discordia. No había mucha gente y pudimos sentarnos en un privilegiado banco frente a la casa Amatller de Josep Puig i Cadafalch. Allí estuvimos dibujando la famosa fachada escalonada mientras admirábamos las casas colindantes a esta: La casa Bonet, de Marellano Coquillat —más sobria— y la casa Batlló, de Gaudí —elegante y señorial—. Para mí era una gozada observar y comparar las distintas obras de los grandes arquitectos del modernismo catalán. Anna, como acostumbraba, me dejó fascinado al explicarme la historia que había tras esa conocida zona del paseo de Gracia.

Como cada vez que salíamos, me lo pasé en grande en compañía de Anna. No podía negar que me encantaba ver a Anna sonreír cuando yo hacía algún comentario divertido o simplemente la observaba absorta en sus trazos en busca de la perfección.

Cogí mi ropa y me fui a la ducha; en breve estaría trabajando. A pesar de ser viernes, se esperaba un día calmado; el mes de junio estaba siendo raro: no hacía excesivo calor, más bien todo lo contrario y, a la gente le costaba sentarse en las terrazas cerca del mar. Esa misma noche había llovido, no mucho, pero sí un poco y, aunque por la mañana la lluvia había cesado por completo, el ambiente estaba cargado de humedad. Además, hacía un fresco más típico de la estación de otoño que de la primavera.

Ya dispuestos, los tres nos encaminamos hacia Còctels.

Íbamos hablando: Anna aconsejando a Raúl para que se hiciera una analítica, cuando..., al llegar a una calle estrecha ocurrió algo extrañamente extraño; valga la redundancia



~ ANNA ~

De camino a Còctels.

—¿Seguro que no te ha pasado nada con Xavi? —le volví a preguntar a Raúl que esa tarde lo encontré llamativamente silencioso y pensativo.

—¡Nooo! —contestó alargando la vocal, enfadado por mi insistencia.

No dejaba de estudiarlo. Conocía a Raúl desde hacía mucho y estaba convencida de que a mi amigo le pasaba algo.

—Ha vuelto a tener otro antojo —comentó de forma graciosa Pablo—, esta vez de tortilla de patatas CON cebolla.

—Pues los antojos son síntoma de algún déficit. —Levanté las cejas por lo evidente del comentario—. ¿Cuánto hace que no te haces una analítica?

—No es nada de eso. —Alzó una de sus manos haciendo un gracioso movimiento que dejaba claro que no tenía importancia—. Hace tiempo que la única tortilla que como es la precocinada del OpenCor, es totalmente normal que me apetezca una casera. Simple y comprensible.

—Aun así, hacerte una analítica no está de más.

De pronto, Raúl se quedó parado, sus ojos alarmados estaban puestos en la acera de enfrente. Por puro instinto, me giré y miré hacia donde observaba mi amigo: un cachorrito estaba siendo arrojado al suelo en ese lado de la acera por una persona vestida de camuflaje y un pasamontañas cubriendo su cabeza. El perrito salió corriendo hacia la carretera mientras un coche se acercaba directo a él.

Lo que pasó en esos segundos, lo percibí a cámara lenta.

Una ráfaga de adrenalina recorrió mis venas. Iba a lanzarme hacia el perrito para que no fuese atropellado, pero no tuve oportunidad; Raúl fue más rápido. En cuanto mi amigo se percató de lo que ocurría, le dio un fuerte empujón a Pablo que, ajeno a la escena, cayó de bruces contra el pavimento justo cuando el vehículo se encontraba a escasos metros de nosotros. Tanto el can, como Pablo iban a ser atropellados.

Un grito de estupor salió de mi garganta vaticinando el desenlace.

Por suerte el coche paró a tiempo. La calzada era estrecha, de un solo sentido y los vehículos pasaban a una velocidad bastante limitada. El audaz conductor frenó tocando con el paragolpes, levemente, el cuerpo de Pablo.

Inmovilizada y con la respiración agitada, al escuchar los quejidos de Pablo, ahora sí me lancé hacia el malagueño.

De rodillas, a escasos centímetros de él, con manos temblorosas le acaricié la cara. Por otro lado: un precioso cachorro de setter inglés, blanco con motas negras y una oreja y parte del ojito derecho completamente negras que llamaban poderosamente la atención, lamía el cuello de Pablo.

No tardé en percatarme de que mi vecino se había hecho daño en el pie; no paraba de quejarse.

—Pablo, ¿cómo estás? —le pregunté angustiada y sin parar de temblar por el susto.

—Me duele el tobillo —respondió aguantando el dolor—. Me lo he torcido.

—¿Solo el tobillo? ¿No tienes nada más? —Pablo asintió sin dejar de tocarse el lugar afectado. Moví la cabeza para enfrentarme a Raúl. Mi amigo tenía los ojos como platos y estaba pálido como el papel—. ¿Por qué lo has empujado? —le recriminé enfadada. Raúl no dijo nada, parecía estar en estado de *shock*.

El conductor, un muchacho de unos *veintipocos* años, se bajó del coche, temblando.

—Se me ha echado encima —se excusó tocándose nerviosamente su corto cabello—. ¿Llamo a una ambulancia?

—Sí, por favor —le pedí cuando, al levantar la pernera del pantalón de Pablo, comprobé que el tobillo ya se había hinchado.

—No, no llames a nadie, no hace falta. Con un poco de hielo se me pasa —añadió Pablo. El cachorro, con las patitas apoyadas en su brazo izquierdo, no paraba de lamerlo—. ¿De dónde coño ha salido este chucho?

—Raúl, coge al setter, por favor. —Raúl pareció reaccionar. Se acercó con paso titubeante y cogió al animalito—. Tenemos que ir al hospital, Pablo. Te tienen que mirar el tobillo.

—Si queréis os puedo llevar yo —se ofreció el muchacho.

—¿Al hospital? —contestó Raúl empalideciendo más si cabía.

—¡Sí! —exclamé—. Tiene el tobillo muy hinchado; igual lo tiene roto.

—¿Roto? ¿Por mi culpa...? —Raúl comenzó a llorar y a gritar—. ¡¡Podía haber muerto por mi culpa!!

—No seas dramático, Raúl. Solo has actuado por pura intuición, tú no querías empujar a tu primo hacia la carretera. ¿O sí?

—No, no... —negó sin dejar de sollozar como un niño pequeño—, vi que el perro se iba hacia el coche...

—No llores más, Raúl —le pidió Pablo intentando ponerse en pie—. Seguro que no es nada. En Còtels, con un poco de hielo se me pa...

Cuando fue a apoyar el pie, vi cómo apretaba los dientes para impedir soltar un quejido.

—Si ahora te duele, en cuanto se enfríe el dolor va a aumentar. —Le dije. Después, desvié la vista hacia Raúl—. Vete a Còctels y le cuentas a Xavi lo que ha ocurrido. Yo me voy con Pablo al hospital —hablé con firmeza. Me volví al conductor—. Has dicho que nos puedes acercar al hospital, ¿no?

—Sí, sí, claro.



~ GRUP ~

En Còctels.

Xavi y los demás, se quedaron con la boca abierta cuando Raúl, llorando como una magdalena, les explicó lo acontecido con Pablo mientras el perro descansaba, tan a gusto, en los brazos de Raúl.

Enseguida se echaron en cara que debieron haber previsto las fisuras que tenía el arriesgado plan; Mireia los había advertido, pero las explicaciones de Raúl fueron tan convincentes...

Tras el nuevo fiasco de la noche del martes —Pablo tampoco terminó en el piso de Anna—, decidieron cambiar de estrategia y hacer algo que le tocara la fibra sensible a la chica. La idea era sencilla: Pablo salvaría a un perrito de un «aparente» atropello. El malagueño solo tenía que agacharse, coger al perro y entregárselo a Anna con una sonrisa aduladora. Anna, mujer enamorada de los canes, quedaría prendada por su heroicidad. Pero todo salió al revés; el perro no se debería haber lanzado a ese coche.

—Pero ¿por qué soltaste al perro tan cerca de la carretera? —le espetó Raúl a Joan.

—No sé..., con el pasamontañas no se veía bien. Creí que no se movería de ahí.

—¡Pablo podía haber muerto atropellado! Mi primo muerto porque yo lo empujé... —Dio otro lamento de angustia y pesar—. Os imagináis los titulares de los periódicos o de los programas del corazón de la tele. *FamOsea* se cebaría conmigo y en consecuencia con todos vosotros. —Los señaló con el dedo con gesto acusatorio.

—¿Por qué lo empujaste? —le preguntó Xavi ignorando sus apocalípticas palabras mientras acariciaba la cabeza de su novio—. La idea era cruzar a la otra acera, y ahí, Pablo, cogería al perro para dárselo a Anna.

—¿Es que no me has escuchado? —gruñó lagrimeando; desde que había llegado al *pub*, no había parado de llorar—. Joan dejó al perro muy cerca de la carretera y el perrito se tiró a ella de forma suicida.

—¿Y por qué no lo cogiste tú? —le increpó Joan al ver que no paraba de culparlo por lo ocurrido.

—Por intuición le di un empujoncito a Pablo...

—Empujoncito dice... Antes de salir corriendo, te vi —Joan lo apuntó con el dedo—. Le diste un buen empujón. Si no lo mataba el coche, lo podrías haber matado tú con el golpe.

—Yo no quería empujarlo..., ni matarlo. Quiero mucho a mi primooo. —Raúl dio otro grito de dolor. Llorando.

—Vamos a tranquilizarnos un poco —Xavi intentó poner algo de cordura en todo aquello—. Raúl, relájate, vale. Todo ha quedado en un susto. Lo de Pablo seguro que no es nada. Ahora llamaremos a Anna para que nos cuente.

—Voy a estar días con pesadillas por las noches.

—Espero que no sean premonitorias... —añadió Joan tapándose la boca con las manos para no soltar una carcajada.

—¡Joan! —lo amonestó Mireia cuando Raúl volvió a gritar llorando—. Entonces, ¿al final Pablo no pudo salvar al perro?

—No ha servido de nada después del pastón que nos hemos gastado en él —apuntó Joan moviendo la cabeza y observando al cachorro que aún tenía Raúl cogido—. Mira que dije que compráramos uno más económico.

—A Anna siempre le gustó esta raza —comentó Mireia.

Ella fue la que tuvo la idea de adquirir un setter inglés para esta nueva misión.

—En vez de hacerle el boca a boca al setter, el setter se lo hizo a mi primo. Todo fue tan raro... —añadió Raúl hipando.

—¿Y dices que el tipo que ha atropellado a Pablo lo iba a llevar al hospital? —preguntó Mireia.

—Sí. Ya sabéis como es Anna, es eficaz en momentos de tensión en los que otros nos paralizamos.

—Bueno..., la cosa no ha salido como planeamos, pero por lo menos, Anna esta con él..., preocupada por Pablo —hizo balance Xavi, con el brazo por encima de Raúl con la intención de calmarlo.

—Sí, supongo que podemos dar por apta esta misión —apuntó Mireia.

—Oye, Raúl y, ¿Anna no dijo nada sobre el perro? —quiso saber Joan—. En el plan, ella terminaba quedándose.

—¡¿Qué iba a decir del perro?! —protestó Raúl—. Estaba pendiente de Pablo, como tiene que ser. Lo único que dijo del setter fue que lo cogiera. El pobre animal no paraba de lloriquear y de lamer al moribundo de mi primo.

—Tú primo no está moribundo. Has dicho que solo es el tobillo, nadie se muere por una torcedura de tobillo —apuntó Joan—. Y la duda es: ¿crees que Anna se lo quedara?

—Si no se lo queda... —Mireia movió la cabeza de lado a lado—. El dependiente nos dejó claro que no sería posible una devolución.

—Si no lo quiere que se lo lleve Joan. En el jardín de su casa estaría de maravilla —propuso Xavi.

—De eso, nada —negó Joan—. Cuando ese bicho crezca, sus mojones también lo harán. Yo, paso de recoger eso de mi césped.

—No crece tanto. Además, no los recojas, abono ecológico para la hierba —sugirió Mireia con una risita.

—Sí, a ver quién es el guapo o la guapa que pone su toalla allí. Os lo digo de antemano, yo no me quedo con el perro. Buscadle otro dueño.

—Anna se quedará con el setter —apuntó Raúl con firmeza—. Estoy totalmente seguro.

—Y si no, hacemos un sorteo —propuso Xavi con una sonrisita—, a quien le toque, se queda con él.

—Vuelvo a repetir: ¡que yo no quiero perro! —reiteró Joan.

—Si te toca seguro que buscarías una solución.

—Pues mira, sí, se me ocurren varias: venderlo en Wallapop o regalarlo a un mendigo o cocinarlo para el día de la Mercè...

—¡Mira que eres bestia y desagradable, *nen*! —bufó Mireia.

—Yo también te quiero, mi *amolll*.

—No sigas llamándome así —protestó la chica, dejando a un lado la libreta abierta, tras apuntar lo último acontecido.

—Tengo que meterme en el papel de tu enamorado. Ahora, no solo tenemos que actuar delante de Pablo... también está Anna.

Mireia aún sentía escalofríos cuando tuvo que reconocer a Anna que estaba enamorada de Joan y habían empezado algo.

—Pues agradecería que no lo hicieras cuando no esté ninguno de los dos presentes.

—Chicos, dejadlo, ya —les regañó Xavi.

—Mira qué carita tiene. —Mireia acarició la cabecita del cachorro—. Es muy mono, hay que buscarle un nombre.

—Yo le pondría Lametones —señaló Xavi viendo cómo el cachorro no paraba de dar lengüetazos a las manos de Raúl mientras lo sujetaba.

—Ese no es un nombre para un perro. Mejor Valentín por eso de que intentó unir a Pablo y a Anna, como el santo —dijo Mireia moviendo las pestañas.

—Ese santo terminó decapitado —añadió Joan.

—Joder, *nen*, eres la alegría de la huerta —señaló enfadada Mireia por la actitud pesimista de su amigo.

—Tiene más cara de Roky —apuntó Joan ignorando a Mireia.

—¡No se pone nombre! —dejó claro Raúl algo más calmado—. Por ahora será Sinnombre. Cuando tenga dueño, si quiere, que se lo ponga.



~ PABLO ~

En el hospital.

Tardé un buen rato en entrar en la consulta para que me examinaran el tobillo. Me hicieron una ecografía articular y no tardaron en comprobar que se trataba de un esguince de primer grado. El médico me informó que estaría a punto entre diez o quince días; sinceramente, esperaba que fuera el mínimo tiempo posible.

Sentado en una silla en la sala de espera, observaba a Anna. La chica estaba con el móvil pegado en la oreja intentando hablar con Xavi para explicarle cómo iba todo.

—Hola, Xavi. Ya puedo hablar. —Xavi había llamado nada más enterarse de lo ocurrido, pero poco pudo decir Anna, así que quedó en que lo llamaría en cuanto hubiera algún diagnóstico—. Lo tengo aquí. Sí, ya hemos salido. Tiene un esguince en el tobillo. El médico le ha dicho que tiene para dos semanas, quizás algo menos si hace todo lo que le han mandado. —Anna se calló un momento para escuchar lo que Xavi le decía—. No te preocupes, todo está controlado. Ahora mismo nos vamos para su casa, las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales para su recuperación. —Volvió a silenciar—. Me dejas más tranquila, no quería dejarlo solo. Tiene que ponerse hielo cada hora o así y, además, tengo que pasar por la farmacia. —Otro mutismo—. Yo se lo digo. Muchas gracias, Xavi. Adiós.

Cuando colgó dio un largo suspiro.

—Xavi dice que no te preocupes por nada y que te recuperes sin prisa. Todos te mandan abrazos. —Asomó la cabeza un poco y miró hacia el exterior—. El taxi tiene que estar al llegar.

—Anna, no deberías molestarte tanto, solo tengo un pequeño esguince, me dejas en mi casa y después te vas a Còctels.

—No pienso dejarte solo. Ya has escuchado lo que ha dicho el médico: es importante que te pongas hielo en las primeras horas de la lesión. Además, Xavi me ha dicho que ha llamado a Neus para que eche una mano en Còctels; me da permiso para quedarme contigo el tiempo que necesite.

—Anna... —fui a protestar, pero no me dejó.

—Ya ha llegado el taxi. ¡Levanta!

Me elevé gracias a la ayuda de Anna. No podía negar que me gustaba que se preocupara por mí, pero de igual manera me sentía fatal por haberle trastocado sus planes. Y no solo eso, también tenía la impresión de que lo hacía obligada, por lo que yo había hecho por ella.

Una vez en casa, Anna salió a comprar los medicamentos que necesitaría para los próximos días; volvió al piso y se sentó a mi lado.

—¿Cómo vas? —me consultó con una mueca amable.

—Ahora mismo no me duele, pero me siento fatal por tenerte aquí retenida.

—Te repito que no estoy retenida. Eres tú el que lo va a estar durante dos semanas.

—De eso nada. Me tomaré el fin de semana con tranquilidad, pero si el lunes me encuentro mejor, iré a trabajar.

—Eso ni pensarlo. El médico ha dicho...

—Me da igual lo que haya dicho el médico. No puedo estar aquí encerrado sin hacer nada, me agobia nada más pensarlo. Prefiero que me duela el tobillo, a terminar loco de remate.

—¡Qué exagerado eres! —Se rio—. Te traeré revistas para que dibujes. Me encargaré personalmente de que no te aburras.

—Desde que me descubriste la calle, he perdido el interés en copiar imágenes de revistas.

—Pablo... —protestó—. Solo será mientras estés convaleciente, te prometo que después, te llevaré donde quieras.



~ ANNA ~

Domingo: dos días después. En casa de Pablo.

—¿Qué quieres con el café? ¿Bizcocho o tarta de manzana? —le pregunté a Pablo.

—Anna, llevo dos días tirado en el sofá y empiezo a sentirme foca. Parece que entre tú y mi primo me queréis cebar.

No pude evitar dar una carcajada. Pablo tenía unas caídas muy graciosas.

—Te pondré un poco de cada —sentencié sin hacer caso a su comentario—. La comida no se tira; hay que gastarlos.

—Es que no sé la manía de traer comida cuando estás convaleciente. Creía que en las grandes ciudades no se hacía eso.

—Y no se hace, pero tu primo obligó a Xavi a prepararte la tarta de manzana. —Le sonreí mientras colocaba la bandeja con dos cafés y un plato con un trozo de bizcocho y otro de manzana.

—Y la tarta de manzana le pareció poco... —se quejó mirando el trozo de bizcocho envuelto en chocolate.

Raúl tenía un don de mando digno de un rey de la época medieval. Yo intuía que, todo lo que hacía, era fruto de la culpa. Raúl se sentía responsable del daño producido a Pablo y no paraba de adularlo colmándolo con todo tipo de ricos manjares y mimos. Comenzó por obligar a Xavi a hacer la tarta favorita de su primo: tarta de manzana. ¿Por qué no la hizo el propio Raúl? Porque era Raúl; él mandaba y los demás hacíamos. Raúl tenía gran poder de convicción; cuando nos queríamos dar cuenta, ya estábamos liados en sus enredos. Xavi, especialista en hacer bizcocho cubierto de chocolate, tuvo que mirar un tutorial para realizar la tarta de manzana, pero no contento con el resultado, también preparó su especialidad.

—Quiso asegurar —le respondí sin más; Pablo sabía perfectamente lo ocurrido.

—¿Y tú? ¿No pensarás dejarme comiendo solo? —comentó observando el único plato que había en la bandeja.

—Yo no como. —Negué con la cabeza.

—De eso nada... No pienso ser el único que engorde aquí. Trae otra cuchara y come conmigo de este.

No discutí. Me levanté, cogí otra cuchara y la apoyé en el plato.

Mientras tomábamos el café, veíamos tranquilos una película que Pablo había puesto de una plataforma. Llevábamos dos días igual, pero resultaba tan natural que era extraño, como si lleváramos toda la vida haciendo eso: tomar café juntos en ese cómodo silencio, viendo la tele. Desde lo del accidente, Raúl se estaba yendo pronto a Còctels y nos dejaba solos; ponía de excusa que tenía mucho que hacer en el *pub*. Aunque yo sabía mejor que nadie que eso no era del

todo cierto; para picar fruta y preparar mesas no hacía falta irse tras almorzar; nunca había hecho falta. Tenía mi propia teoría: Raúl se sentía tan mal por lo que le había producido a Pablo — aunque fuese en un tonto impulso sin mala intención—, que no podía estar viendo a su primo, ahí, postrado; era demasiado para una persona tan sensible como él. Yo no protestaba, dejaba a Raúl irse, a mí no me importaba ocuparme de las «necesidades» mínimas de Pablo. Y el malagueño no paraba de protestar porque quería levantarse para no sentirse dependiente de nadie. Entonces le recordaba que solo sería por unos días. El médico había sido muy claro: si se movía lo mínimo posible, se recuperaría mucho antes.

Con la cucharilla en la mano fui a coger un trozo de tarta de manzana justo cuando Pablo «atacaba» esa misma parte del pastel. Levanté los ojos y miré a Pablo. Al encontrarme con esa mirada intensa, nuevamente, aparecieron las ya familiares mariposas que descansaban en mi interior y que aleteaban en los momentos menos inesperados por culpa del malagueño. Contemplé a Pablo intentando ver más allá de él, ¿qué me pasaba con ese chico? Un calor recorrió mi cuerpo de arriba abajo, como una clara contestación a la pregunta: deseaba a Pablo. Deseaba besarlo de nuevo, sentir la boca hambrienta del chico sobre la mía. Notar sus manos acariciando mi piel mientras esta se estremece con su contacto. Mis bragas se humedecieron *ipso facto* y el calor se elevó unos cuantos grados más.

Me sobresalté de forma exagerada cuando el timbre interrumpió mis pensamientos calenturientos. Tragué saliva procurando reestablecerme; después, me levanté aparentando entereza.

—¿Esperamos a alguien? —me preguntó Pablo con voz trémula en apenas un susurro; detalle que me indicó que Pablo había sufrido «una crisis», si no igual, algo parecida a la mía.

—No —le contesté—. No sé quién puede ser.

—No han llamado al telefonillo —apuntó él.

Era cierto. Ese comentario me alarmó. Los únicos que tenían llaves del portal, aunque también tenían la de la casa, eran: Raúl, Xavi y... Marc. Las mariposas que había advertido hacía unos segundos se convirtieron en un nudo de preocupación. El corazón comenzó a latir con fuerza. Escuché los ladridos de Oria al otro lado de la pared y, aun así, no logré borrar de mi mente la imagen de Marc. Empecé a inhalar y exhalar despacio centrándome en esa respiración para no entrar en pánico mientras caminaba hacia la puerta.

No quise comprobar de quién se trataba por la mirilla, fui directa a la manivela. Con manos temblorosas, bajé despacio la manilla hasta que el pestillo cedió. Volví a respirar profundamente antes de atreverme a dejar la entrada al descubierto. Cuando me sentí con fuerzas, preparada, tiré de la puerta hasta abrirla de par en par.

Al ver a Neus con una sonrisa tímida, toda la presión que había acumulado en apenas unos míseros segundos, se fue.

—Hola, Anna. He venido a ver a Pablo. ¿Puedo pasar?

—Sí, sí..., claro.

No me pasó desapercibido el cambio que vi en Pablo al encontrarse con Neus; una ligera transformación que no supe cómo interpretar.

—No has tocado el telefonillo —fue el saludo de Pablo.

En otra circunstancia me habría reído, parecía más preocupado porque el interfono no funcionara, que en saludar a una amiga; pero no me reí, seguía con el corazón a mil.

—He entrado justo cuando salía un vecino —explicó Neus.

—¡Ah! —contestó Pablo aturdido y con las pupilas puesta en mí.

—Neus... Ahí hay café y dulces..., sítete tú misma. Voy a mi casa; tengo que sacar a Oria

antes de ir a Còctels.

Salí de la casa casi corriendo. Necesitaba salir a la calle y que me diera el aire para ver si mi cabeza volvía en sí.



~ PABLO ~

Martes: dos días después. En casa.

Miré el móvil con una enorme impotencia.

En cuanto Raúl terminó de recoger la cocina, se fue al trabajo tal y como hacía desde el pasado sábado; ni siquiera se había tomado su día de descanso. Una vez que mi primo me dejó solo, aproveché para llamar a mi hermana Rocío para informarla de mi tonto percance. Me dio un bajonazo oír a mi hermana decir que, en Vélez, nada había cambiado después de más de dos meses. Fran no había vuelto a aparecer por la casa de mis padres y ellos estaban hechos polvo por no poder ver a su nieta.

Cuando colgué el teléfono sentí tal frustración que me dieron ganas de levantarme e ir a Vélez para poner orden; pero no podía hacer eso. Ya no solo por mi lamentable estado, también por Fran; mi hermano era muy impulsivo y enfrentarme a él podría acabar en drama. Nunca debí bajar la guardia con Tesa, tenía que haber estado más atento.

Desilusionado por no poder hacer nada, cogí mi bloc y me puse a copiar una imagen de una de las revistas que Anna me había llevado.

Escuché unos ladridos en el rellano que me hicieron sonreír. Anna llegaba con Oria. Tanto Anna como Raúl —en su día—, se intercambiaron un juego de llaves de sus casas para utilizar en caso de emergencia. Desde lo del accidente, Anna, que sabía que Raúl se iba al *pub* tras comer, se pasaba por casa para hacerme compañía hasta que se iba a Còctels. Ese día era martes y libraba, por lo que supuse que estaría más tiempo a mi lado.

—Hola. Ya estoy aquí —saludó como siempre—. ¿Cómo sigue el *Sevillano* cascarrabias?

Di una carcajada. Anna había cambiado mucho en esos cuatro días; no sabría decir si fue a raíz del accidente o simplemente desde que tenía a Oria con ella. Me atrevería a apostar que más bien por lo segundo. Era indudable que Oria la hacía feliz y ella transmitía esa felicidad a los demás. Anna estaba realmente preciosa.

—Con ganas de salir de aquí —respondí mirándola embobado.

El tobillo aún me dolía al apoyar el pie en el suelo, así que procuraba moverme lo mínimo posible.

—He conseguido unas muletas. Me las traen mañana. Así que podremos bajar y dar un paseo corto.

La perrita no paraba de tirar de ella mirándome con alegría, quería saludarme, pero Anna no la soltaba.

—Déjala que venga. No ves las ganas que tiene de besarme. Creo que le gusto. —Le guiñé un ojo.

—Sí, reconozco que el accidente os unió. Oria se vuelve loca cada vez que te ve. Con los

demás no hace lo mismo.

Soltó a la perrita y salió corriendo hacia mí. En cuanto se subió en mis piernas, empezó a lamerme toda la cara mientras le acariciaba su oreja negra.

—Yo también te quiero, Oria, pero deja algún lengüetazo para otro, no los gastes todos en mí —le dije sin poder parar de reír.

—¡Oria, ven!

Como era de esperar, Oria no hizo el menor caso a su dueña. Anna tuvo que acercarse hasta nosotros y cogerla en brazos para despegarla de mí.

—Ahora mismo tengo toda la boca con sabor a perro. —Anna dio una carcajada.

Anna se sentó a mi lado dejando a la perrita bastante apartada.

—¿Estabas dibujando?

—Sí. —Le mostré lo que estaba haciendo—. Me gusta más dibujar en la calle, y no paro de acordarme del patio de la biblioteca.

—Pronto podrás...

—Podremos —la rectifiqué—. Iremos juntos, ¿no?

—Sí... —titubeó—. Además, hay un sitio que te quiero enseñar.

—¿Cuál?

—No te lo voy a decir, será una sorpresa.

Mis ojos se fijaron en los labios rosados de Anna. Desde el beso en Montjuic, deseaba volver a probarlos. Anna me gustaba mucho, cada vez más, y, de igual manera me costaba reprimir las ganas de lanzarme a su boca. Anna pareció leerme el pensamiento y se levantó del sofá sobresaltada; últimamente usaba esa técnica para romper esos momentos de desvarío.

—¿Te vas? —le pregunté con voz afligida.

—No, solo... voy a por un vaso de agua. ¿Quieres algo?

—Dame una cerveza; a ver si el alcohol me hace olvidar que estoy postrado en este sofá.

—Estás tomando medicamento, mejor una cero cero.

—Pasa mucho tiempo entre una pastilla y otra, ¿no puedo tomar algo entre medias?

—No. —Me tendió la cerveza cero de alcohol con una sonrisa amigable.

—Vale —la acepté cogiéndola—. ¿Anna?

—¿Sí?

—Quiero ver tu cuarto de las pinturas.

Ese cuarto se estaba convirtiendo en una obsesión para mí. Quizás, al verme encerrado sin nada mejor que hacer que dibujar y ver la tele, aquella habitación llena de obras prohibidas para la gente, resultaba un majar. En cada conversación que manteníamos sobre la famosa habitación, ella desviaba el tema descaradamente; hecho que aumentaba mi fijación en él.

—Pablo... —Mi nombre sonó a protesta.

—Quiero ver tus obras —le dije bajando el volumen de voz mirándola fijamente.

—Pero es que... —Ella desvió sus ojos y los puso sobre Oria sin saber qué más excusas poner.

—¿Por qué no dejas que nadie lo vea? Raúl me dijo que ni a Marc lo dejabas.

—¡Eso no es cierto! —gruñó con los puños cerrados—. La puerta del dormitorio siempre ha estado abierta.

—Entonces, déjame ver tus bocetos.

—Pablo..., no son buenos.

—No te creo. —Había visto algunos de sus dibujos y me parecieron realmente buenos—. Déjame entrar allí. Aunque solo sea una vez. Después, te dejo en paz.

La vi pensativa, sopesando mi propuesta.
Tras unos largos minutos, Anna habló.
—Levanta antes de que me arrepienta.



~ ANNA ~

En el cuarto de las pinturas.

Debía admitir que estaba nerviosa. Dentro de mí, un cosquilleo fastidioso no me dejaba estar tranquila; y todo por culpa de Pablo, por empeñarse en «colarse» en mi espacio. Ya hablaría con Raúl. ¿En qué momento se le ocurrió decirle que ni Marc tenía permiso para entrar allí? Como si el acceso a ese dormitorio estuviera prohibido para él; la puerta del cuarto de las pinturas siempre estuvo abierta, no solo para Marc, sino para todos mis amigos. ¿Por qué Raúl no le contó que realmente nadie mostró mayor empeño en descubrir qué guardaba en su interior? Todos habían pasado por la puerta de aquel cuarto y ninguno mostró mayor interés por entrar y ver mi trabajo. Por supuesto, no pensaba insistir en que miraran y opinaran sobre mis obras. Prefería que mis amigos y familiares estuvieran al margen. No negaba que las críticas no las llevaba bien; ni me gustaba escuchar falsas alabanzas sobre mis trazos, ni opiniones negativas de ellos; solían ser injustificados debido a la diferencia de perspectiva o por la ignorancia. Además, aquel cuarto era mi vía de escape a un mundo donde el estrés y los malos rollos se quedaban fuera; era MI espacio.

—Espera un momento. —Metí a Oria en mi dormitorio—. Ahora vengo a por ti, bonita. —Le cerré la puerta para que no nos molestara.

Cuando puse la mano en la manivela del cuarto de las pinturas, el revoloteo de las incómodas mariposas se intensificó. Pablo era la primera persona que entraría allí interesado en mi trabajo. La cosa entre nosotros no comenzó nada bien, pero ahora no solo tenía muy buena impresión del malagueño, también había nacido un sentimiento dentro de mí complicado de definir. Me caía mejor que bien e intuía que, en cuanto se entrometiera de forma directa en mis pinturas y dibujos, este sentimiento podría cambiar; yo no quería que eso ocurriera; temía que la bonita amistad que había nacido entre nosotros se rompiera.

Entramos en la habitación y, a pesar de que la ventana siempre estaba de par en par, el olor a óleos y disolventes era inconfundible.

No tenía ni un cuadro colgado, todos estaban minuciosamente apoyados contra las paredes y cubiertos con sábanas blancas. Solo se podía admirar el que estaba en el caballete y apenas empezado.

—¿Los tienes todos ocultos? —preguntó.

—No están ocultos. Los tapo para que no cojan polvo, ni les dé el sol. Siéntate. —Señalé una silla de playa con respaldo que había tras la puerta—. Te saco unos cuantos blocs, les echas un vistazo y te largas.

Pablo no dijo nada. Cogió la silla y se sentó.

Sentí los ojos del chico en mi espalda y mis nervios aumentaron unos cuantos grados más. Desde el accidente o quizás desde Montjuic o desde el fatídico sábado en el que me emborraché —no podía precisarlo bien—, me parecía que Pablo me miraba de forma distinta; yo misma

estaba sufriendo esa metamorfosis en mis propias carnes. En los últimos días, las miradas se habían incrementado peligrosamente y temía que terminaran por estallarnos en las narices.

Con decisión, abrí la puerta del armario donde conservaba todos mis cuadernos y blocs de dibujo. Miré algunos y, de entre ellos, elegí cinco; para mi parecer reflejaban lo que significaba mi trabajo. Cerré el armario y me acerqué a él. Me di cuenta de que llevaba los cuadernos demasiado pegados a mi pecho, sujetos de forma posesiva.

—¿Puedo? —preguntó él con una sonrisa tranquilizadora.

—Pablo... —Vacilé en el último instante antes de acercarme a él—. No sé si...

—No sé por qué te pones así. Ya he visto algunos de tus dibujos.

—No es lo mismo... —titubeé—, Lo que has visto estaba sin terminar, solo trazos. —Di un hondo suspiro—. Tú también dibujas y los vas a estudiar con ojo crítico.

—Te prometo que no te diré nada. Solo quiero verlos.

Me aproximé a él con paso indeciso y con manos temblorosas. Presentía que todo cambiaría a partir de ahí. Aun así, terminé cediéndoselos.

Pablo cogió uno y dejó el resto sobre la mesa que utilizaba para colocar materiales. Cinco cuadernos con distintos dibujos, pero todos de Barcelona: calles, detalles de Gaudí, monumentos, fuentes, parques, estatuas... En el cuaderno escogido por el chico, la gran mayoría de las hojas, estaban dedicadas a elementos religiosos. En él se podían ver: fachadas, techos abovedados, imágenes de santos, Vírgenes, angelitos, vidrieras...

Pablo miró los dibujos en silencio y con detenimiento, mientras mi corazón no paraba de trotar como si de ese examen dependiera el curso de mi vida.

Los fue viendo uno por uno sin prisa y sin pronunciar palabra, como me había prometido. Su mutismo me intranquilizaba más si cabía; casi hubiera preferido algún que otro inocente comentario. Lo único que yo podía hacer era mirarlo; estudiaba su cara en busca de alguna pista, pero de su rostro no saqué nada en claro.

Cuando terminó el último, levantó la vista y la posó en mí. Llegaba el momento que más temía y Pablo seguía callado, contemplándome.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decir? —dije con arrogancia.

—Quiero ver los oleos —fue su respuesta.

—¿Los oleos también? —Puse mala cara.

—¿Qué más te da? —Se levantó de la silla cojeando mientras yo cogía nuevamente los cuadernos y los guardaba en el armario—. ¿Me dejas? —preguntó delante de uno de los montones.

—Sírvete —respondí vencida; ya todo me daba igual.

Con sumo cuidado destapó los lienzos que reposaban en ese lado de la pared. Fue pasando uno por uno de forma pausada los cuadros de esa pila. Sin mediar palabra los volvió a tapar poniendo especial delicadeza en el acto. No se atrevió a mirar más. Quizás, percibió mi desnudez, porque así era como yo me sentía en ese momento: desnuda y expuesta ante él. La sensación era rara; no sabía si aquella intromisión me agradaba o, por el contrario, me parecía irritante. Mi pulso y mi respiración estaban acelerados. Solo podía asegurar que no me era indiferente y él seguía sin pronunciar sonido alguno.

—¿No vas a decir nada? —exploté jadeante.

—¿Quieres que te diga algo? —Me miró a los ojos. En otra situación habría apartado la vista de ese intenso ataque, pero esta vez no lo hice; no aparté mis pupilas de él.

—Sí, ¿por qué no? —respondí con chulería.

—Viendo todos esos dibujos y lienzos... —Se paró sopesando qué decir—. Viéndolos... he

recordado los cócteles que preparas.

—¿Los cócteles? —pronuncié desconcertada; no entendía a qué se refería.

—Sí. —Respiró hondo sin apartar sus ojos de mí—. Lo que acabo de ver me ha recordado a uno de tus sabrosos cócteles, pero este, con sabor a Barcelona. Un cóctel con sabor a Barcelona, eso es lo que he visto.



~ PABLO ~

En casa.

Sentados en el sofá de mi casa, Anna y yo, veíamos un capítulo de *Friends*. Desde que regresamos del apartamento de Anna, la encontraba muy callada. No era ninguna novedad que a Anna no le gustaba que metieran las narices en sus cosas, pero incluso conociendo esto, sabiendo que para ella aquel lugar era como un santuario, no me importó profanarlo. En ese instante me arrepentía por haber llegado tan lejos en mi empeño por conocer su refugio sagrado; prácticamente la obligué a que me llevara allí y me enseñara sus obras.

—Anna, perdóname —le dije en un susurro lleno de remordimiento.

Ella pareció despertar de su ensueño particular y me miró turbada.

—¿De qué hablas, Pablo? —quiso saber contemplándome expectante.

—Necesito que me perdones por haberte obligado a que me enseñaras tu cuarto de las pinturas.

—Tú no me has obligado a nada. Si te he llevado allí es porque he querido.

—No. Tú no querías, pero fui un pesado... llevo días muy pesado con eso... Y ahora me arrepiento. No me gusta verte así, apesadumbrada.

—Pablo, te estás equivocando. —Me observó sería—. ¿Qué te hace pensar que estoy apesadumbrada?

—Llevas desde que cerramos la puerta de tu piso muy callada y pensativa..., apesadumbrada —repetí.

—No es nada de lo que imaginas. —Resopló—. Son tus palabras las que me tienen reflexiva: un cóctel con sabor a Barcelona. Me gusta esa definición. Si alguna vez tuviera la oportunidad de exponer mis obras... la llamaría así.

—Entonces, ¿todo bien entre nosotros? —Le sonreí aliviado.

—Sí, todo bien.

Anna me devolvió la sonrisa dulcemente. Esa expresión me desarmó. La barcelonesa me atraía, me atraía por muchas cosas, y últimamente ejercía un poder sobre mí que me inquietaba. Me miraba y me sonreía, y mi cuerpo reaccionaba de forma automática. Estudié sus labios rosados... otra vez. ¡Qué ganas de probarlos de nuevo! La tenía tan cerca que podía oler su suave perfume floral. Cerré los ojos y aspiré profundamente aquella esencia que me estaba volviendo loco poco a poco. ¿Cómo podía resistirme a eso? Cuando levanté los párpados, la encontré analizándome. Anna intuía lo que me pasaba, no era tonta y solía huir de mí como alma que lleva el diablo. En esta ocasión, lejos de salir corriendo, no se asustó y sus pupilas se dilataron de forma desafiante; o, al menos, eso quise pensar yo. Extendí mi mano y rocé su mejilla: suave, delicada, cálida... El cosquilleo de mi estómago se desplazó hasta mi entrepierna; sentía una

dolorosa erección. ¿Podría correrme con tan solo tocarla? Anna bajó los párpados centrándose en la caricia mientras advertía cómo los vellos de sus brazos se erizaban. Anna también se estaba excitando, como yo. ¡Joder, joder, joder! Y esta vez, Anna estaba en plenas facultades. No pude esperar más y me acerqué hasta ella posando mis labios sobre los suyos: suaves, delicados, cálidos... Anna no se opuso al beso. Abrió la boca y me correspondió sin miedo, dejándose llevar. Mi sexo volvió a protestar. El beso no tardó en subir de intensidad entre caricia y caricia. Nos fuimos recostado en el sofá, quedando ella sobre mí. Anna se acomodó en mi entrepierna a horcajadas para facilitar el contacto, sin reservas. Me besó revolviéndome el pelo; yo me dejaba llevar sin parar de tocar su cuello y su cabello. Después de unos segundos, una de mis manos se deslizó debajo de su camiseta, tocando su piel caliente y sedosa. Creía que iba a estallar de un momento a otro.

No estallé, pero me faltó poco cuando escuché sonar el inoportuno teléfono. Ese sonido estridente deshizo el arrebato que habíamos sufrido.

Anna, aún sobre mí y con la respiración agitada, me miraba como un animal asustado, sin saber muy bien qué había pasado. Las dudas volvían a ella. Mi móvil seguía sonando; era una música repetitiva y molesta que ponía cada cosa en su lugar.

Anna se levantó, cogió el móvil y lo miró.

—Tu primo Raúl —dijo entregándome el dispositivo.

—Anna... —murmuré al ver que se iba sin decir nada.

—Pablo, lo siento. No deberíamos... esto se nos está yendo de las manos. Necesito recuperarme de mi anterior relación y esto no me ayuda nada... Dime que lo entiendes.

—Sí. Lo entiendo.

No hubo despedidas. Anna se fue y el teléfono dejó de sonar mientras me quedaba vacío sin ella. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?



~ ANNA ~

Sábado: once días después. En Còctels.

Para esa noche esperábamos un gran bullicio de gente y quedamos en ir a Còctels un par de horas antes de lo habitual para adelantar trabajo. Por supuesto, la noche de Sant Joan también implicaba salir más tarde; otro par de horas más de lo habitual. Incluso haciendo el cierre de madrugada, después saldríamos por ahí a disfrutar de lo que quedara de noche. Todos habían hecho planes; yo, en cambio, solo me propuse una cosa: me aseguraría de beber de forma controlada. No quería volver a pasar un episodio similar al sábado en el que me emborraché. Para ello, de casa cogí un termo —que usaba para mantener caliente el café— y, antes de salir, lo llené de cava fresquito. Era de un litro, con eso tendría para toda la noche.

—Veo a Pablo muy bien —apuntó Mireia mientras preparábamos la fruta.

—Sí. Lo ha pasado mal, pero ha merecido la pena.

El pasado martes por fin le dieron el alta a Pablo. Lo miré: guapo, seguro, protector; perfecto. Trabajaba alegre, ayudando a unos y a otros, sonriendo, disfrutando del trabajo. El chico había trastornado, más si cabía, mi vida. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo sintiera ese tonto enamoramiento de adolescente por él? No había que ser una lince para saber que todo lo que sentía por el malagueño era, en parte, producto de mi inestable situación emocional; o puede que no. Lo que sí tenía claro era que lo deseaba y quería estar con él. Aunque no podíamos olvidarnos de los miles de miedos que no me dejaban dar el paso. El que más temía: que mi maltrecho corazón se terminara de destrozar. ¿Cómo se protegía un corazón perjudicado? Desde el revolcón que nos dimos en el sofá, me pregunté si la próxima vez me dejaría llevar o cortaría por lo sano. Todo dependería de cómo me encontrara en la siguiente ocasión, claro. Porque, por alguna extraña razón, intuía que habría más momentos como ese.

Había pasado muchas horas con él, en su casa haciéndole compañía y dibujando con él. En cada uno de esos encuentros y, a pesar de haber puesto un muro, la química que había entre nosotros casi se podía palpar con las manos. Aumentaron los flirteos, las miradas, las risas, los roces accidentales...

Por otro lado, ninguno de los dos nos atrevíamos a dar el paso: yo, por miedo; y Pablo..., pensaba que por mis «rechazos».

—¿Te gusta? —me preguntó Mireia sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo. Una pregunta sencilla, sin aparente maldad. ¿Se me notaría tanto?

—¿Y a ti? —la contraataqué utilizando la misma pregunta con igual tono indiferente.

—Es muy muy guapo y, muy simpático. Me cae superbién.

—Pero a ti te gusta Joan. —La vi ponerse algo roja y no se trataba de timidez.

—Sí, a mí me gusta Joan —contestó, pero esa contestación me sonó forzada. Había algo en

ella que...

—¿Os pasa algo? ¿Va todo bien entre vosotros?

—Fuss, no sé, Anna. No sabría decirte. Es raro... Joan..., y yo..., juntos —Ese «juntos» sonó a desagrado.

—A mí no me engañas, Mireia, ¿por qué estás con él si no te gusta?

—Sí me gusta —respondió con firmeza.

—¿Entonces?

—No sé... ya te he dicho que tengo que descubrirlo.

—Tú verás Mireia, pero yo no te veo bien.

—Anna, no te había comentado nada, pero... me dijo Raúl que le has enseñado tu cuarto de las pinturas a Pablo.

El corazón me dio un vuelco por aquel cambio de tercio.

—Quería ver mis dibujos y pinturas —me justifiqué sintiéndome atacada.

—A nosotros nunca nos los has enseñado —dijo en un susurro claramente para no hacerme enfadar; pero sí, me enojé.

—¡Otra! Eso no es cierto. ¿De dónde habéis sacado tal estupidez?

—Anna —me miró a los ojos—, que nos conocemos...

Mireia y yo éramos amigas desde el instituto y, de todos mis amigos, ella era la más observadora y la más intuitiva. Muchas veces sentía cierto pavor al escucharla hablar, parecía leerme la mente.

—¿Alguna vez te lo he negado? ¿Alguna vez te he dicho que ni se te ocurra entrar en ese cuarto? —manifesté retóricamente.

—Es verdad que nunca has dicho nada al respecto, pero cuando conoces tanto a una persona, no es necesario utilizar las palabras. Anna, sé perfectamente que no te gustaría que entrara en ese cuarto y me pusiera a ver tus pinturas y dibujos. Es algo como... —Se dio unos golpecitos en su pecho—. Como de dentro, como muy íntimo. Algo tuyo. —Mireia no podía estar mejor encaminada, mi amiga me conocía muy bien—. Cuando Raúl me dijo que Pablo había estado viendo tus pinturas pensé que tenía que ser muy importante para ti para habérselas enseñado.

—No fue para tanto —mentí procurando parecer indiferente.

—Nos conocemos desde hace muchos años, conmigo no tienes que disimular. Ver esos cuadros es equivalente a verte DESNUDA; no en el sentido literal de la palabra, sino con mayúsculas, DESNUDA DE VERDAD.

Cerré los ojos al escuchar aquellas palabras. Era justo la definición que yo misma utilicé: me sentí desnuda y expuesta. Advertí el calor ascender hasta mi rostro. Mireia daba miedo.

—Fue raro —respondí imaginando que mi amiga esperaba una explicación.

—¿Qué dijo él? ¿Le gustaron?

Un remolino de mariposas revoloteó en mi estómago. Sabía que nunca escucharía una frase que plasmara tan a la perfección lo que eran mis obras: «Un cóctel con sabor a Barcelona». Aquella definición me le grabé a fuego en el alma y cada vez que hacía un cóctel o dibujaba, mi cabeza me la recordaba.

—Sí, creo que sí le gustaron —añadí al cabo de unos segundos.



~ PABLO ~

En Còctels.

Muchas veces se me iba la vista hacia la barra y observaba a Anna preparar la fruta con Mireia.

—Al principio me quería —comentó Raúl lloriqueando—, pero ahora me odia. Y, sobre todo, odia mis zapatos.

—Eso es porque no la llamas por su nombre —le contesté riendo—. Esa perrita es muy lista.

—Cuando Anna la adoptó, yo ya le había puesto un nombre.

—Te vuelvo a repetir: la perrita es muy lista —volví a reír—. Todos le pusisteis un nombre diferente: Tú, Sinnombre; Joan, Roky; Xavi, Lametones; y Mireia, Valentín. Pero el único nombre que le gustó fue el que le puso su dueña: Oria.

—Eso es imposible. —Se cruzó de brazos—. Y ¿por qué a ti te adora?

—Porque yo la adoro a ella y la llamo por su nombre: Oria.

—Te adora... —repitió dándome un leve empujón—. Dicen que los perros se parecen a sus amos. —Me guiñó un ojo.

—Anna no me adora —apunté poniendo los ojos en ella.

—A ti te gusta Anna —comentó mi primo con gesto cómplice—. ¿Por qué no te lanzas?

—Eso —apuntó Joan desde el otro lado. Había aparecido de la nada—. Esta noche es perfecta para lanzarse. Te la llevas a la playa y te enrollas con ella en la arena.

No quise decir que no pretendía tener un simple rollo de San Juan con Anna. Un sucio revolcón en la arena delante de miles de personas que hacían lo mismo que tú para aliviar un calentón: eso era muy poco para mí. Yo aspiraba a tener algo más con ella. Preferí desviar ligeramente la conversación.

—¿Qué soléis hacer la noche de San Juan en Barcelona?

—Los barrios hacen verbenas, se tiran petardos y no paramos de beber, sobre todo, cava. Bebemos cava y comemos cocas. A mí la que más me gusta es la de piñones. Mientras, se tiran unos petardos. Al final, terminamos en la playa, sin dejar de beber, comer y de tirar más petardos. ¿En Málaga también celebráis Sant Joan? —quiso saber Joan.

—Sí, es una fiesta muy extendida —afirmé—. Nosotros no tiramos petardos, no bebemos cava, ni comemos cocas. Nosotros hacemos moragas de sardinas en la playa con los amigos, acompañados de mojitos bien aliñados. A media noche nos bañamos y, cuando salimos del agua aprovechamos las hogueras para calentarnos. La noche más corta del año, se convierte en la más larga con tanto desmadre.

—Eso es lo que más me gusta a mí, el desmadre... y los petardos —apuntó Joan riendo—. Con eso de que es mi día me aprovecho y termino enrollándome con cualquier chica que me deje.

—Sí, y estás tan borracho que ni te acuerdas de con quién —repuso Raúl—. ¿De qué te sirve echar más de un polvo rápido para luego no acordarte de nada? Cualquier día aparecerá por Còctels un *minutú* diciendo «Por fin te encontré, papito lindo».

—Pero este año solo te enrollarás con Mireia —le recordé al ver su cara traviesa.

—Sí —afirmó desviando los ojos hacia la rubia. No parecía muy feliz—. Solo con mi *amolcito*.

Trabajamos entre diálogos divertidos y risas hasta que se abrieron las puertas del *pub*. A partir de ahí, no tuve tiempo ni de deleitarme mirando a Anna; pasamos de currar en un ambiente tranquilo y sosegado, a correr de un lado a otro sin poder parar ni para ir al baño. La noche transcurrió rápida y sin incidentes hasta que llegó la hora de cerrar; al final echamos las puertas

una hora antes de lo esperado.

Aunque cansados, teníamos ganas de marcha. Decidí hacer caso a Raúl y «lanzarme». No me daría un revolcón en la playa con Anna entre petardos, cava y cocas —como había sugerido Joan—, pero podría hacer algún importante avance; a fin de cuentas, era San Juan, la noche mágica, y Anna estaba guapísima. No se había arreglado especialmente, pero tenía un brillo especial que la hacía deslumbrar. Además, las miradas que nos cruzamos cuando el ambiente en Còctels decayó, prometían. Todo iba perfecto, estaba decidido a dar un paso más y ella parecía estar receptiva. Todo iba perfecto hasta que apareció él.



~ ANNA ~

Noche de San Juan.

Reía por algo que había dicho Mireia cuando, al girar la cara, me di de bruces con la mirada de Marc. Un súbito escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Mis piernas comenzaron a temblar mientras notaba una fuerte presión en el pecho. ¿Era él o volvía a ser alguien que se le parecía? No, era Marc, Marc en carne y hueso. El corazón me latía fuerte y mi cuerpo no dejaba de sacudirse ligeramente. En esta ocasión, aun notando esa tensión en el pecho, la respiración no se me cortó; aunque el temblor no parecía querer remitir. Noté que alguien me ponía el termo de cava en la boca; era Mireia. Bebí despacio sin quitar los ojos de la persona que había trastocado mi mundo. Con el trago fresquito del burbujeante líquido, comencé a sentirme mejor. Volví a dar otro generoso sorbo, ahora dispuesta a dar la espalda al que hace unos meses fue la persona más importante de mi vida. Su imagen se me había quedado grabada en la retina a fuego y no podía ignorarlo. No quería sentirme una cobarde, no quería sentir más daño por su culpa, yo nunca había sido una pusilánime. Envalentonada, giré la cabeza dispuesta a enfrentarme a mi peor pesadilla. Marc me miraba sonriente y no pude evitar recordar nuestro primer encuentro: Mireia, Xavi y yo éramos inseparables en el instituto. La primera vez que vi al hermano de Xavi me quedé prendada de él por esa sonrisa que me dedicó cuando nos presentaron. Pasaron algunos años hasta que el Grup se formó. Uno de los colegas de Marc, Raúl, fue el artífice y, todo gracias a la química que siempre hubo entre Raúl y Xavi. Estuvimos años con ese juego de tira y afloja que parecía que nunca se terminaría de sentenciar.

Durante mucho tiempo a Marc y a mí nos unió la amistad, hasta que nos decidimos a dar el gran paso y hacer oficial nuestra relación. Los tres años de noviazgo fueron maravillosos..., pero nuestra historia tuvo ese final tan brusco y devastador para mí que echaba por tierra los momentos buenos que pasé con él; momentos que ya formaban parte de mi pasado.

Marc se me acercó despacio, como el gato que se aproxima a su presa sigilosamente para no espantarla. Se paró a un metro de mí.

—Hola, princesa, te veo muy guapa —me dijo Marc estudiándome de arriba abajo.

—¿Por qué has venido, Marc? —preguntó con aspereza Xavi poniéndose a mi lado en un claro acto protector—. Creo que te dejé bien claro que no te acercaras a ella.

—No seas así, Xavi. Es Sant Joan y todo el mundo sabe que se trata de la noche de reconciliaciones por excelencia. —Volvió a mirarme de forma insinuante. En cambio, yo seguía muda, procesando lo que estaba ocurriendo en ese momento, procurando no entrar en pánico—.

He venido a hablar con Anna, lo necesitamos —añadió serio.

—No hables en plural, Anna ni quiere ni necesita hablar contigo —aseguró Raúl poniéndose a mi otro lado en la misma pose de guardián.

—Tenemos que aclarar las cosas, nos lo debemos.

—¿Aclarar? Marc, no me hagas hablar —comentó Raúl que echaba fuego por los ojos.

—Raúl, no te metas donde no te llaman —gruñó Marc.

—¿Que no me meta donde no me llaman? —Sus pupilas se clavaron como cuchillos en él—. Anna es mi amiga y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sea feliz. No quiero que sufra más por tu culpa.

—Somos humanos. Reconozco que he cometido muchos errores. —Dio un fuerte suspiro—. He aprendido la lección y me he dado cuenta de que no puedo estar sin ti, Anna.

—No lo escuches —me dijo Xavi agarrándome del brazo.

—Anna, por favor. Tenemos que hablar —insistió.

—Está bien, hablaremos —declaré decidida.

—Anna. —Raúl me giró y me miró a los ojos—. No tienes por qué hacerlo.

—Sí, Raúl, tengo que hacerlo.

—¿Estás segura? ¿Cómo te encuentras? ¿Tu ansiedad?

—Estoy bien, Raúl. —Cogí mi termo con el cava y le di otro sorbo—. Marc tiene razón, tenemos que hablar.

—Aquí no —contestó Marc mirando a Xavi y a Raúl despectivamente con una sonrisa victoriosa—. Princesa, demos un paseo.

—Anna, no vayas. Recuerda lo que te hizo. No vayas, te hará más daño —me intentó convencer Xavi, pero yo ya estaba decidida.

—Gracias, chicos. —Observé a todos dejando mi mirada unos segundos más clavada en Pablo que me estudiaba serio—. Pero Marc tiene razón, tenemos que aclarar cosas. Entended que esto solo es entre nosotros dos.

El Grup no rebatió mi determinación.

Los dejé atrás y caminé junto a Marc. Era la noche de Sant Joan y más de las tres de la madrugada, la gente ya estaba fuera de sí por culpa del exceso de consumo de alcohol y drogas; incluso percibí que Marc apestaba también a alguna bebida; yo misma me había tomado más de la mitad del cava que llevaba en el termo.

—Princesa, te he echado mucho de menos.

—Marc, lo he pasado fatal —dije con sinceridad.

—Entonces, ¿qué hacemos separados? Yo también lo estoy pasando mal.

—Marc. —Me paré en seco y me enfrenté a sus ojos—. Me engañaste. Me tuviste tres años engañada. —Unas lágrimas surcaron mi rostro—. Creía que me querías.

—¡Y te quiero! —exclamó con efusividad.

—No. Si me hubieras querido, jamás habrías estado con otras.

—Solo fue un desliz —protestó.

—¿Un desliz? —Una carcajada amarga salió de mi garganta—. Por lo que sé, en los tres años que hemos estado juntos, has vivido dos vidas paralelas; sino más.

—Raúl y Xavi te han emponzoñado la mente, ¿verdad?

—¿Cuántas veces has follado con otras mientras estabas conmigo? —pregunté con brusquedad; no me reconocía y eso me gustó.

—Anna... —gruñó.

—¿Con cuántas? ¿O es que no eres capaz ni de recordar la cantidad? —le escupí con frialdad

—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido, Marc?

—He venido por ti, princesa.

—No me vuelvas a llamar así. Me repugna... No vuelvas a hacerlo.

—Vale, vale. —Me mostró sus manos—. Neus me ha dicho...

—¿Neus? —le corté sin entender por qué el nombre de mi amiga aparecía en esa conversación.

—He hablado con ella y...

—Marc, me trae sin cuidado lo que hayas hablado con Neus.

—Vale, vale —repitió—. Pero lo importante es que estoy aquí. Y que he venido a luchar por ti.

—¿Luchar? —Solté una sonora carcajada—. Marc, no me fío de ti, contra eso no se puede luchar.

—Fui débil, pero he cambiado.

—La gente no cambia de la noche a la mañana —apunté en un susurro, agotada de escuchar tanta estupidez.

—Sí, cuando el golpe es violento y te deja tan tocado. Estoy destrozado desde entonces: no duermo, apenas como, no quiero estar con nadie que no seas tú. Anna, ¿no lo entiendes? Estoy destrozado.

—Creo que eres tú el que no lo entiende. —Cogí aire para soltar el nudo que me tenía agarrotada por dentro—. Ahora soy yo la que no quiero estar contigo. Marc, ya no quiero estar contigo. Es sencillo: NO QUIERO ESTAR CONTIGO.

—Pero, has dicho que lo estabas pasando fatal.

—No olvidaré, pero pronto todo esto no me afectará —recordé las palabras de Pablo y sentí un cosquilleo en mi interior al recordarlo. Sonreí al darme cuenta de que realmente ya nada me importaba de Marc—. Acabo de pasar la última página que me quedaba para finalizar esta historia.

El miedo a Marc había desaparecido.



~ PABLO ~

En la playa de la Barceloneta.

Me atrevería a decir que la aparición de Marc en escena, no solo fue una sorpresa para Anna o para mí; los demás también estaban estupefactos. Esperaba que la noche de San Juan fuera especial, pero jamás habría imaginado eso.

Temí que Anna sufriera una nueva crisis de ansiedad, pero no, en apariencia supo controlar sus nervios sin problema.

Quizás no era muy objetivo al pronunciar estas palabras, pero Marc no me cayó bien. Había visto fotos del ex de Anna, aunque hasta que no lo tuve delante, no pude comprobar que poseía otras cualidades que en una simple imagen no se podían apreciar. Y no se trataba de su atuendo —polo azul marino de Ralph Lauren con el cuello hacia arriba. Acompañado de una bermuda verde, seguro que de la misma marca—, sino de la prepotencia con la que llegó. Era un tipo aparentoso e intentaba simular seguridad en sí mismo. Aunque a mí no me engañaba, ese tipo de

personas eran las más inseguras. Marc quería fingir arrepentimiento; otro engaño que tampoco coló. Solo era un arma para conseguir su objetivo; y ese objetivo no era otro que Anna.

De buena gana me habría metido en aquella tensa conversación —como hicieron Xavi y Raúl—, pero no lo vi conveniente. Además, era Anna la que tenía que decir la última palabra; y la dijo.

Cuando Anna accedió a hablar con Marc fue como si me hubieran arrojado un cubo de agua fría por la cabeza. Sabía que Marc procuraría, por todos los medios, llevársela a su terreno. Anna aún estaba muy vulnerable y podría reaccionar de cualquier manera. Yo mismo había comprobado que era imprevisible.

Anduve junto al resto del Grup por la playa de la Barceloneta observando las hogueras y la diversión entre petardo y petardo. No tardamos en juntarnos con más gente.

—Toma, primo. —Raúl me ofreció un vaso con cava.

—¿Crees que Anna estará bien? —pregunté preocupado bebiendo un gran sorbo del líquido dorado.

—Anna es lista y sabrá capear a Marc. —Su voz no sonó tan segura como sus palabras pretendían, y eso me intranquilizó más.

El desasosiego hizo que perdiera la cuenta de las veces que me había rellenado el vaso de cava. Y, aunque Anna seguía en mi cabeza, mi cuerpo se relajó. Reímos, cantamos, bailamos, tiramos petardos y, sobre todo, seguimos bebiendo mucho.

Estábamos sentados alrededor del calor de una hoguera cantando, y Anna, como una obsesión, seguía clavada en mi mente. ¿Dónde estaría? Miré a una pareja que había frente a mí: ella sonreía esperando un beso del chico que tenía al lado; beso que no tardó en llegar. El muchacho saboreó sus labios despacio, con ternura, con pasión... No pude evitar ver en aquella pareja a Anna y a Marc. Noté algo parecido a una puñalada en las entrañas. La chica se apretó contra él en busca de más contacto. Sabía que no debía mirar ni pensar en ellos, aquello era algo parecido al masoquismo, pero no podía apartar la vista de allí; era como si mi cabeza quisiera abrirme los ojos y recordarme que ella, en ese instante, podría haber decidido perdonar a Marc.

La frustración me puso los pies en el suelo; me encontré con las manos atadas, sabiendo que nada podría hacer ante esa posibilidad.

No sabría decir en qué momento estallé. Me levanté de donde estaba y salí corriendo por la playa, sin rumbo, sorteando gente que no conocía de nada. Era consciente de que toda aquella exageración era, en parte, fruto del alcohol de más que había ingerido, y que, en cuanto estuviera fresco, me avergonzaría por esa reacción infantil. Estaba borracho y necesitaba soltar adrenalina de alguna manera. Podría parecer de locos, pero correr tampoco era un delito.

No sé ni cómo me localizó, pero fue precisamente Neus la que me paró en mi carrera al cogerme del brazo. La miré enfadado.

—¿Dónde te crees que vas? —me preguntó con tono autoritario; otra que estaba pasada de vueltas.

Neus también había estado trabajando en Còctels; toda mano era poca para atender a tanta gente en esa noche loca. Creí que, después de mis múltiples negativas, la chica no se me acercaría; realmente no lo hizo, no lo hizo hasta ese momento.

—Necesito que me dé el aire.

—Ven, vamos. Te voy a presentar a unos amigos. Y vas a probar la mejor coca de *llardons* que hayas comido nunca. La hacen los padres de mi amiga Pilar Gómez.

Cogido de su mano me llevó a otra hoguera.

No fue difícil relajarme nuevamente. El ambiente allí era cómodo y distendido. Seguí la fiesta

bebiendo más cava y disfrutando de la noche sin cohibiciones. No quería cohibiciones.

Ya, bien entrada la madrugada y tirados en la arena de la playa, observé exhausto el cielo estrellado. Estaba muy muy bebido. Lo notaba porque tenía los sentidos adormecidos; todo me daba igual.

—¿En qué piensas? —me preguntó Neus tumbada a mi lado con la cabeza pegada a la mía.

—En nada en particular. Estoy muy bebido y solo me apetece mirar el cielo y olvidarme de todo.

—Dijiste que todos los años te bañabas en la noche de Sant Joan —me recordó la chica del pelo corto.

—Sí, pero hay que hacerlo a media noche; si no lo haces a las doce en punto, pierde la gracia.

—¿Qué más da la hora? La gracia es hacerlo de madrugada y sin ropa.

La muchacha se puso de pie delante de mí con pose claramente provocativa. En cuanto Neus se aseguró de que mis ojos estaban puestos en ella, con una sonrisa en la boca, y, acompañada de unos movimientos atrevidos, empezó a quitarse la ropa suavemente. Inició el espectáculo lanzándome las chanclas. Después, se quitó la camiseta y, un sujetador de encaje negro y muy sugerente apareció ante mí. Intuí que, tras esa fina tela, había unas tetas enormes, aunque puede que el exceso de alcohol hubiera trastocado también mi vista. Fuese real o no, la exhibición de la chica me estaba poniendo muy cachondo. Me reí a carcajadas al sentir la notable erección.

Neus siguió con el pantalón: se desabrochó el botón, bajó la cremallera y los fue deslizando suavemente por sus piernas. Cuando los tuvo en el suelo, me los lanzó a la cara. Como no podía ser de otra manera, las bragas iban a juego con el sujetador. Otra risa salió de mi garganta inundando la noche. La chica puso las manos tras su espalda con la intención de soltar el sujetador. Una vez suelto, con picardía, sacó uno de los tirantes por el brazo y después hizo lo mismo con el otro. La prenda aún cubría sus tetas gracias a sus brazos que la sujetaban con destreza. Se puso de rodillas y se aproximó a mí con la clara intención de provocarme con aquella imagen tan sexi. Cuando se encontró sentada sobre mi erección, fue dejando caer el encaje con delicadeza. No podía quitar la vista de esos perfectos senos.

Neus no se quedó quieta, se acercó un poco más hasta mí para quitarme la camiseta que no tardó en ser arrojada a un lado. Después, se lanzó a mi boca. Me besó con ansia mientras sus pezones rozaban mi torso desnudo.

La muchacha se apartó ligeramente de mí y, con ojos brillantes me dijo:

—Vámonos al agua.

Antes de arrastrarme hacia el mar, se quitó las bragas. Neus tenía un cuerpo increíble. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso antes?

No sabía decir en qué momento me deshice de las chanclas. De pronto me vi sumergido en las agradables aguas del Mediterráneo. Las de Málaga solían estar algo más fresquitas; allí estaba demasiado cálida y apenas daba impresión al meterse. Las manos de la chica no paraban de tocarme y yo no podía dejar de reír; Neus estaba intentando quitarme el bañador, pero parecía ser misión imposible para ella. Cansada, dejó la tarea aparcada para besarme de nuevo. Sus piernas se enredaron en mi cintura mientras nuestras lenguas no paraban de explorarse.

El alcohol volvió a hacer su trabajo aturdiéndome la mente: ahora quien me besaba y me abrazaba con esa desesperación era Anna, y yo me dejaba hacer como una marioneta en sus manos. Deseaba a Anna como nunca había deseado a nadie antes. La abracé con fuerza; no quería que terminara esa sensación de placidez que estaba teniendo. El cuerpo de Anna se pegaba a mí buscando calor.

—Pablo, quítate el bañador.

Al escuchar el susurro de Neus en mi oído, abrí los ojos asustado; de repente mi cabeza quedó lúcida. ¿Qué estaba haciendo con Neus? Yo no quería estar con ella; yo quería estar con Anna.

—No..., esto no está bien. No quiero hacer esto.

—¿Pero de qué hablas?

—No quiero, no quiero estar contigo... Eres una amiga... Nada más... una amiga...

—No me vengas con tonterías, Pablo.

No podía seguir por ese camino con Neus y ella no parecía aceptar mi negativa. Me separé de ella y salí del agua corriendo mientras escuchaba las protestas de la chica que perseguía mis pasos. Cogí las chanclas y la camiseta y, aunque seguía oyendo los bramidos de Neus, no paré.

Sin pretenderlo, todo aquello me rememoró lo sucedido con Tesa; no podía sentir más asco.



~ PABLO ~

En casa de Anna.

Llegué a casa chorreando, con la respiración agitada y una congoja en el pecho que no me dejaba en paz. Cogí las llaves mojadas del bolsillo y abrí la puerta del piso. Por un lado, me alegraba que, Xavi, en el último momento, hubiese sugerido que esa noche nada de móviles —los dispositivos podían salir bastante perjudicados—, pero por otro, me arrepentía de haber dejado el mío junto con los de mis compañeros en Còctels.

Nada más llegar me duché, me puse un pantalón de algodón gris y me tiré en el sofá mirando la pantalla de la televisión apagada; el caos que tenía en la cabeza no me dejaba dormir. ¿Qué habría pasado con Anna? ¿Dónde estaría ella ahora?

Como si de una señal divina se tratara, percibí el sonido del agua caer: la cisterna de Anna se había vuelto a quedar pillada. Miré el reloj: las seis y media de la mañana.

Ni lo pensé. Me levanté del sofá, me dirigí hacia la vivienda de mi vecina y toqué con los nudillos la madera de la puerta; tenía la excusa perfecta para irrumpir la vivienda sin importar la hora.

No sabía qué me encontraría, pero mi corazón bombeaba a gran velocidad. Puede que apareciera un Marc enfadado por la interrupción o algo similar. Los ladridos alegres de Oria resonaron tras la puerta y, segundos después, pude oír a alguien trastear en la manivela.

Cuando Anna apareció ante mis ojos, sus pupilas me revelaron que, lo que tuvo con Marc, había acabado. Un súbito alivio inundó mi ser.

—Pablo...

Anna se lanzó a mi cuello deshecha en lágrimas.

Como pude me adentré en su casa con ella enganchada a mí; tuve que cerrar la puerta con la pierna. Oria nos siguió como en una procesión. Eso sí, se mantuvo al margen en todo momento; era una perrita muy inteligente e intuía que no debía molestar.

Nos sentamos en el sofá, Anna llorando y yo acariciando su cabeza. Oria se tumbó a los pies de su dueña. Sus sollozos cesaron pasados unos largos minutos y, aunque no llegó a dormirse, sí se sumió en un estado de letargo pegada a mi pecho.

Miré hacia el ventanal del pequeño salón; el día empezaba a despuntar. Pasó un buen rato

antes de romper aquella paz.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté en apenas un murmullo.

Anna levantó la cabeza y me miró.

—Sí. Pero tengo una sensación muy rara.

—No le des más vueltas. Hoy comienza una nueva etapa para ti.

—Necesito hablar de ello, Pablo. Necesito decir cómo me siento en voz alta. He estado mucho tiempo callada y tengo la necesidad de liberarme con palabras.

—No me gusta verte sufrir, ni mucho menos por él —le dije jugando con un mechón de su pelo.

—Lo de Marc se ha acabado para siempre. Realmente hace días que se acabó todo. —Suspiró como si así se deshiciera de ese lastre que la oprimía—. ¿Sabes? Me alegro de que haya aparecido esta noche sin avisar. Esto me ha hecho abrir los ojos y por fin he cerrado esa historia.

»Y es curioso porque, algunos de los episodios de ansiedad que he sufrido en este tiempo, fueron debido a confundir a gente con Marc. En cambio, ha sido tenerlo frente a mí, poder tocarlo, y, todo ese miedo se ha esfumado.

—Me alegra que estés tan segura.

—He podido decirle todo lo que pensaba de él y no le dije en su día. Me he quitado un gran peso de encima; ahora me noto más ligera. Me he dado cuenta de que eso era lo que necesitaba para poder avanzar.

»Pienso saborear bien lo que tengo: me gusta mi trabajo, disfruto con mi *hobby*, y mis amigos son excepcionales. Me voy a centrar en lo que tengo y en valorarlo como se merece.

Y pensé: ¿Cómo encajaría yo en su vida? Ni se me ocurrió formular esa pregunta en voz alta por miedo a la respuesta. Estaba claro que ahora no era el mejor momento para saber en qué lugar me ponía a mí. Miré sus labios rosados, me encantaba observarlos; tan sensuales, tan tiernos, tan dulces... Mi pene, como un zombi dormido, empezaba a resurgir de las profundidades. Recordé que, con el pantalón de algodón fino que me había puesto y sin ropa interior, aquello podría dejarme en muy mal lugar.

Cerré los ojos intentando alejar de mi mente esos pensamientos pecaminosos que me venían cuando miraba su boca. Una nueva punzada. ¡Mierda! Con gesto brusco, cogí un cojín y me lo coloqué sobre mi miembro.

—¿Pablo...? —Abrí los ojos y la vi observando el cojín.

No quise dar explicaciones, ¿para qué?, ¿no era obvio? De pronto, la vergüenza se esfumó. ¿Por qué tenía que ocultar lo que provocaba en mí cuando estaba a mi lado? Llegué a pensar que el efecto del alcohol que consumí hacía horas, aún me infundía cierta osadía.

Quitó el cojín y me lanzó a su boca. El ataque la cogió desprevenida y, aunque al principio se quedó inmovilizada, de pronto, comenzó a responder al asalto con avidez. Me acarició la espalda desnuda mientras yo la abrazaba con fuerza. Besándonos y tocándonos, me di cuenta de que aquello no era un simple calentó, sentía algo mucho más fuerte y profundo por esa barcelonesa. Anna se había convertido en alguien muy importante para mí. No quería separarme de ella, ni ahora, ni nunca. Le quité la camiseta y sus pechos desnudos aparecieron ante mí. Mi boca se deslizó por el cuello de la chica en busca de aquellos deliciosos majares. La escuché gemir mientras me dedicaba a saborearla. Necesitaba más, llevaba semanas que me moría por comérmela entera. Le bajé el pantalón del pijama y descubrí unas pequeñas braguitas de encaje blanco que apenas cubrían su sexo; se me hizo la boca agua. Pero justo antes de bajarle aquella delicada prenda, vinieron a mí las dudas.

—Anna —dije con la respiración alterada—. ¿Quieres seguir adelante? No quiero que...

—Pablo, por favor, no pares ahora; ahora no, te deseo demasiado...

No necesité más, me arrojé a sus labios de nuevo para acallarla. Mientras mi boca exploraba la de Anna, mi mano jugaba con la goma de la única prenda que llevaba encima. Sentía su pelvis subir ligeramente pidiendo más; y yo quería que me volviera a gritar que me deseaba.

—Pablo... —El aliento de Anna en mi boca era como una suave caricia.

Introduje la mano entre sus bragas buscando su humedad; no me defraudó, Anna estaba más que preparada. Comencé con un ligero masaje en el clítoris notando cómo la chica se retorció de placer entre mis dedos. Me estaba matando, aquello me superaba. Los gemidos que salían de sus labios eran música celestial para mis oídos; la mejor banda sonora que podrían tener.

La mano de Anna buscó mi dureza y la sacó del interior del pantalón con brusquedad, dirigiéndola hacia su sexo.

—Espera, espera... —pronuncié entre jadeos—. ¿Tienes un preservativo?

—Sííí, mierda. Hay una caja en el baño.

—Lo siento... No te muevas de aquí. —Le di un beso en la punta de la nariz y me levanté del sofá volviéndome a colocar el pantalón en su lugar de origen.

Con celeridad, me dirigí hacia el baño. Lo primero que hice fue parar la cisterna que seguía soltando agua. Después, me giré hacia el único armario que había allí. Miré de arriba abajo, puertas y cajones, hasta que di con la dichosa caja. ¡Mierda! Estaba precintada. Con manos temblorosas la abrí rompiendo el plástico y el cartón. Regresé al salón y, tras coger uno de los preservativos, tiré el resto en la mesa. Mirando a Anna que observaba con deseo, me quité el pantalón y me puse el condón bajo su inspección. Me recosté nuevamente a su lado y la besé. No tardamos en volver al ritmo de hacía unos minutos, la temperatura parecía subir con mucha facilidad entre nosotros. Las manos de Anna comenzaron a acariciar mis glúteos pegándome más a ella. Casi perdí la cabeza al sentir la humedad de su sexo al frotarse en mi muslo. Ahí, no pude aguantar más. Con un movimiento rápido la cogí de la cintura y la subí sobre mi abdomen. Se agachó para besarme los labios mientras se colocaba sobre mi desesperado miembro y fue introduciéndose poco a poco en una dulce tortura. Pronto mi pene se amoldó en su interior; apretado, húmedo, caliente... La tuve que detener. Si seguía así me iba a vaciar muy pronto.

—Despacio, Anna, despacio... —dije entre jadeo y jadeo.

—Pablo, quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Tú también, Anna. Dios, no puedo aguantar más...

Anna se movía con tal erotismo que me estaba volviendo loco. Sus pechos se agitaban al compás de ese baile lascivo que me estaba trastocando las entendederas. ¿Pero cómo era posible sentir tantas emociones por ella?

—Anna... —pronuncié cuando noté las contracciones de su vagina abrigando mi miembro.

Ahí, no pude resistir más; la presión, la humedad, ese calor que me abrasaba... dejé de luchar. Moviéndonos al mismo ritmo y jadeando en cada investida, me vacié. Y cuando lo hice, creí que moriría, nunca había sentido nada igual. Nunca había vivido un orgasmo con tanta intensidad.

Sudorosa y agotada, Anna, se dejó caer sobre mi pecho aún encajada en mí. Fue entonces cuando percibí una inmensa paz en mi interior.

—¡¡Joder, Anna!! Ha sido brutal.



~ ANNA ~

Martes: tres días después. En casa.

Apoyada sobre mi brazo no podía dejar de mirar los ojos marrones claros de Pablo que me contemplaban con una sonrisa de medio lado.

El domingo, Raúl no apareció por el piso, la noche de Sant Joan la terminó en casa de Xavi; como era de esperar. Pablo y yo no desaprovechamos el momento. En Còctels, aunque tuve que dar explicaciones de todo lo ocurrido con Marc, pronto continuó la normalidad. Ese domingo, tras el trabajo, Raúl volvió a irse con Xavi; el lunes era su día libre y acostumbraban a pasarlo juntos en Mura. Una vez más, Pablo y yo aprovechamos para no separarnos hasta que, el lunes por la tarde tuvimos que ir al trabajo. El lunes por la noche volvimos a dormir juntos sabiendo que Raúl no aparecería por casa hasta el martes de madrugada, cuando cerraran las puertas de Còctels.

Ese martes estaba siendo muy intenso, acabábamos de terminar de hacer el amor y me sentía relajada y de buen humor. Mi día libre estaba siendo perfecto al lado del malagueño. Me notaba feliz. Después de muchos días de tristeza, volvía a reír con ganas y todo gracias a él.

Pablo me acarició el cuello con su mano y no pude aguantar dar un sonoro suspiro.

—Te invito a cenar si me cuentas lo que estás pensando —me propuso el chico.

—Estoy contenta, solo pensaba en eso. Me gusta estar contigo. —Con el dedo, Pablo me dibujó algo en la piel. El cosquilleo que noté me produjo un estremecimiento de placer que me hizo sonreír.

—¿Dónde quieres que vayamos a cenar? —me preguntó en un susurro dándome un beso en la mejilla.

—En el barrio Gótico hay un pequeño restaurante en el que ponen comida mexicana. ¿Te gusta la comida mexicana?

Ese restaurante me encantaba, pero solo podía ir sin Marc, él jamás probaba comidas exóticas: ni comida india ni china ni mexicana...

—Sí, me encanta probar sabores nuevos. —Me dio otro beso, pero esta vez en la nariz y yo me reí. Pablo era muy cariñoso y eso me encantaba.

Nos levantamos, nos duchamos y nos fuimos al restaurante. Entre tacos y guacamole pasamos un buen rato conversando; a Pablo le encantaba escuchar las historias sobre Barcelona que le contaba.

Cuando salimos del restaurante hacía fresco y un escalofrío recorrió mi cuerpo; el verano no parecía querer llegar. Pablo, atento, se pegó a mí y me echó el brazo por encima. Lo apremié con una mirada agradecida; era reconfortante tenerlo tan cerca.

—¿Prefieres que pasemos por tu casa para que cojas algo antes de dar el paseo?

—No, así estoy bien —le contesté con una sonrisa.

Decidimos pasear por las calles de Barcelona sin rumbo fijo, dejándonos llevar por el encanto de la ciudad. Estábamos en el barrio Gótico y anduvimos por sus calles estrechas, estudiando la estructura de aquel espacio. Pablo no parecía cansarse de andar por allí.

Sin darnos cuenta nos encontramos en La Rambla avanzando dirección al puerto. Abrazados, tranquilos y hablando un poco de todo, como si nos conociéramos de toda la vida, caminamos perdidos entre tanta gente. Llegamos al mirador de Colón y seguimos dirección a la Barceloneta. Terminamos sentándonos en la playa, bien retirados de Còctels, entrelazados y mirando el extenso mar Mediterráneo. La suave brisa marina me estaba dejando helada y me pegué un poco más al calor del chico. Pablo era un estupendo calefactor natural y no quería retirarme de ahí. En el cielo, una enorme luna brillante nos observaba con descaro.

—Mañana hay un eclipse de luna —apuntó Pablo mirando al satélite terrestre.

—Mañana estaremos trabajando. —Lo observé con el ceño fruncido—. Pablo... —titubeé—, por ahora, preferiría dejar al Grup al margen de lo nuestro.

Hasta el momento no habíamos comentado nada al respecto, y yo pensaba que por ahora era mejor así.

—¿No quieres decirles nada? ¿Por qué? —me interrogó con la frente arrugada.

—Ahora mismo no estoy preparada para aguantar sus preguntas y sus bromas... Necesito algo de tiempo para asimilar esto.

—Como tú quieras. —Me dio un beso en la punta de la nariz—, pero no sé si voy a poder disimular, ellos saben que me gustas.

—¿Habéis estado hablando de mí?

—Me han estado preguntado prácticamente desde que pisé Barcelona; es como si supieran lo que iba a pasar desde mucho antes de que ocurriera. —Se rio—. Y, bueno... los últimos días hemos pasado mucho tiempo juntos..., no son tontos.

—Tú estabas convaleciente y yo solo te hacía compañía por si necesitabas algo. En ese tiempo no pasó na...

—Sí pasó. —Me cortó dándome un ligero empujoncito evocando el momento de pasión frustrado en el sofá.

—Ellos no lo saben. Es imposible que saquen conclusiones solo de lo que ven.

—Vuelvo a repetirte que no son tontos. —Se rio y me apretó contra él—. Saben que el roce hace el cariño; y, a los hechos me remito.

—Esa teoría no siempre es cierta. De hecho, puede ocurrir todo lo contrario, al conocer a la persona termines odiándola. Nosotros empezamos muy mal, desde punto y hora que nos conocimos nos hemos llevado fatal —reiteré—, delante de ellos siempre hemos actuado con indiferencia. No sé por qué tendrían que pensar que entre nosotros hay algo.

—Yo te veía como a una chica amargada y malhumorada. ¿Por qué te metías tanto conmigo?

—Porque eras insufrible. —Lo miré socarrona—. Además..., el principal motivo fue que llegaste en el peor momento. Te vi como a un enemigo.

—Yo no lo busqué, ocurrió así —me dijo besándome la mejilla—. Todo habría sido más fácil si hubiese ocurrido de otra manera, pero...

—Me dijiste que llegaste porque te peleaste con tu familia.

—Sí, Fran, mi hermano... —Se quedó callado, sin poder hablar, mirando la enorme luna brillante—. Sé que todo se va a arreglar. Espero que todo se arregle.

—¿Pablo? —De pronto, sentí un gran miedo—. ¿Y cuando eso suceda? Cuando se arregle lo tuyo con tu familia. ¿Te irás a Málaga?

—Si me llegas a hacer esta misma pregunta hace unas semanas te habría dicho que sí sin dudarle un momento. Pero ahora... —Me volvió a besar, esta vez en el cuello. Me encantaba que Pablo fuese tan atento—. Ahora estás tú; no me podría ir a Vélez sin ti.

—No sé si yo podría dejar Barcelona —comenté algo más aliviada.

—A mí me gusta esto. —Con un ligero movimiento de cabeza, señaló las luces de la ciudad con sus ojos—. Barcelona me ha acogido demasiado bien.

—¿Sabes? —Sonreí—. Otra cosa que no soportaba de ti era tu acento.

—¡¿No me digas?! —dijo con aire sarcástico. Después, se puso serio—. He intentado suavizarlo, pero me cuesta mucho; es como si estuviera imitando a alguien, me suena antinatural.

—No lo hagas, sé tú mismo. —Le acaricié la mejilla—. Es tu identidad. Nunca la pierdas, estés donde estés. Nunca pierdas tu identidad, aunque le moleste a gente tan imbécil como yo.

Pablo se acercó a mis labios y me besó con ternura. Se echó sobre mí dejándome tumbada en la arena de la playa. Recostada en aquel improvisado colchón y, con el chico encima de mi cuerpo a modo de manta, el frío que sentí unos minutos antes, desapareció por completo; en su lugar, un calor abrasador me invadió.

—Me estás volviendo loco —me susurró Pablo en el oído.

—Y tú a mí —le confesé apretándolo contra mí.

Enlazada a él, Pablo hizo un movimiento rápido y me vi sentada sobre su dureza. Mientras nos besábamos y nos acariciábamos, la temperatura de nuestros cuerpos iba subiendo de forma acelerada.

—¿Por qué no nos vamos a tu casa? —me propuso Pablo jadeando.



~ PABLO ~

Jueves: dos días después. En casa.

Sentado en mi cama con la espalda apoyada en el cabecero, procuraba dibujar un alzado. Giré la cabeza y posé los ojos en la ventana de enfrente. Sabía que Anna no estaba allí y sonreí por mi estúpida manía de no parar de escudriñar su habitación aun advirtiendo que estaba vacía.

Llevaba en Barcelona casi tres meses y mi vida había cambiado de forma notable desde que me topé con Anna. Primero, cuando abrió la caja de Pandora al recordarme esa pasión dormida por la arquitectura. Y después, al conocerla a ella. Entrar en su vida me mantenía más vivo que nunca. Jamás imaginé que pudiera sentir algo tan fuerte por una persona; ni mucho menos en tan poco tiempo, ni tres meses habían pasado.

Volví a posar la vista en los escasos trazos que llevaba dibujados dando un hondo suspiro; me sentía feliz y agradecido por cómo iba encaminándose mi vida y todo gracias a ella y al Grup.

Llevábamos desde la semana anterior sin apenas vernos delante de nuestros amigos, teníamos que aparentar que ese distanciamiento que nos caracterizaba seguía vigente.

Yo seguía sin compartir la insistencia de Anna en ocultar lo que había entre nosotros, aunque debía reconocer que la entendía. Había terminado una relación de forma dramática y, justo después, se tropezaba conmigo. Anna no quería agobios, necesitaba algo de espacio, necesitaba estar segura. Si para ello me pedía que «omitiera información» al Grup, yo lo hacía con los ojos cerrados. Además, reconocía que ese secreto me provocaba cierto morbo.

Ese día, pretendía dibujar en casa: copiar imágenes de las revistas que ella me trajo, pero mi cabeza me pedía a gritos salir e ir a buscarla. Me levanté de la cama, cogí el bloc y los lápices, los metí en una mochila y salí de mi habitación dispuesto a visitar la biblioteca; donde Anna me dijo que estaría con Oria. A fin de cuentas, podríamos vernos sin que ellos lo supieran, ¿no?

En cuanto me encontré en el salón, Raúl terminaba una conversación telefónica; se veía preocupado.

—¿Pasa algo, Raúl? —indagué.

—Acabo de hablar con tu hermana.

—¿Con Rocío? ¿Ha ocurrido algo en Vélez? —pregunté con el alma en vilo.

En los últimos días me había olvidado totalmente de mi familia. Sentí un pinchazo en el estómago por mi «nada apropiada» despreocupación.

—No, tranquilo. Solo he llamado para ver cómo iban las cosas por allí. Fran sigue sin asomar por la casa de tus padres. El otro día tu padre fue a buscarlo para hablar con él, pero el cabezón de tu hermano les da largas. Rocío está muy preocupada... por tus padres. No están bien.

—¡Joder! La que ha liado... —di un gruñido con los dientes apretados.

—Supongo que hablas de Tesa —señaló Raúl con tono desdeñoso—. Pablo, tú también

tuviste algo de culpa, ¿no?

—Sí. Mi culpa fue beber hasta perder la razón.

—Siempre evitas hablar del tema y me cabrea escuchar comentarios como este, insinuando que fuiste una víctima. ¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que ocurrió aquella noche, Pablo? Necesito entenderte.

—Raúl... No lo sé. —Me encogí de hombros derrotado—. No me acuerdo de nada. Esa noche salí con Fran y sus colegas, y bebimos demasiado. Después, me despertaron las voces de Fran. Fue cuando me di cuenta de que estaba desnudo junto a Tesa.

—¿No te acuerdas de nada?

—No sé qué cojones pasó esa noche —repetí—Pero de lo que estoy totalmente seguro es que Tesa no es trigo limpio.

—¿Por qué dices eso?

—Tesa intentó liarme en más de una ocasión; por supuesto, yo la rechacé. A partir de ahí, la esquivaba cada vez que se acercaba a mí; no quería ningún lío con ella.

—Y, ¿crees que esa noche Tesa lo volvió a intentar?

—Sí. Además, lo que más fuerza le da a esa hipótesis es que la excusa que Tesa puso cuando nos encontraron juntos en la cama fue que estaba medio dormida y me había confundido con Fran. —Levanté los ojos evidenciando la afirmación—. ¿Crees realmente que, por muy dormida que estuviera, me podría confundir con mi hermano?

Los ojos de Raúl se abrieron como platos.

—¿Confundirte con tu hermano Fran?

—Muy dormida para no distinguirme de Fran, pero lo suficientemente despierta como para asegurar que mantuvo sexo conmigo —añadí para que entendieran el dilema.

Ya desde pequeños la constitución de mi hermano Fran y la mía era bien distinta. Fran siempre fue mucho más fuerte y alto que yo. Y luego estaba lo del pelo: mi hermano tenía el cabello bastante más largo que yo y su cuerpo estaba cubierto de vello. Lo del olor también era otra distinción: los dos usábamos fragancias totalmente distintas. Desde hace años siempre nos echábamos la misma; hasta Rocío nos reconocía sin vernos nada más entrar por la puerta del salón de la casa de mis padres. Estaba totalmente convencido de que Tesa mintió al asegurar que estaba dormida y nos confundió.

—¿¿Cómo no se han dado cuenta de eso?! ¿¿Por qué no te creen?! —gritó indignado.

—No me escucharon. Intenté defenderme y no me quisieron escuchar.

—Pero... aun así —movió la cabeza de un lado a otro—, no lo entiendo... Tu hermano debe saber que miente, ¿no?

—Mi hermano prefiere creerla a ella a ver la realidad —respondí. Conocía demasiado bien a Fran—. Eligió seguir con su «perfecta vida conyugal». Pero esto le pasará factura, en cualquier momento Tesa volverá a hacer una de las suyas.

—¿Y tus padres? —Raúl seguía balbuceando palabras sueltas.

—¿Mis padres? —Di una amarga carcajada—. Mis padres son mayores y conservadores. Para ellos, un divorcio, es peor que los cuernos que pueda lucir Fran. Lo único que deseaban era quitarme de en medio para que el matrimonio pudiera seguir como si nada.

—No digas eso...

—Es lo que siento. Quiero a mis padres y les deseo lo mejor, pero... estoy dolido por cómo me están tratando; dolido y defraudado.

—¡Joder, Pablo! ¿Por qué has tardado tanto en contarme esto?

—No es plato de buen gusto ver cómo tu familia te da la espalda con este tema. No es fácil para mí.

—A mí me tienes de tu parte. —Me tocó el brazo cariñosamente.

—Muchas gracias, Raúl.

—Estoy seguro de que todo se arreglará. —Respiró profundamente, pensativo. Al cabo de unos segundos me preguntó—. ¿Ibas a algún lado?

—Voy a salir a dibujar un rato antes de ir a Còctels.

—Anna también ha salido a dibujar. Iba a la biblioteca, ¿por qué no vas a buscarla?

—Ni pensarlo. No, no... no quiero que me tire con el bloc a la cabeza. Iré a otro sitio.

—Después de lo del accidente parecíais unidos. Alguna vez salisteis a dibujar juntos, ¿no? Creía que os gustaba compartir ese *hobby*. Tú ibas a lanzarte...

—Ya no hay lanzamiento ni nada. Creo que Anna se ha cansado de mí. —Me encogí de hombros.

—Pero si estabais muy unidos —repitió—. ¿Qué hicisteis el martes en vuestro día libre? —quiso saber.

—Yo, ver una peli mala tirado en el sofá.

—¿No estuviste con ella? —me interrogó con demasiado interés.

—No —le mentí descaradamente.

Esa mentira infantil me hacía gracia, ya habría tiempo de dar explicaciones cuando llegara el día en el que Anna se sintiera preparada.

—¿Crees que lo de Marc le habrá afectado? —apuntó Raúl con tristeza, y yo sentí una punzada de remordimiento. Sabía lo mal que lo había pasado Raúl por este motivo.

—No..., Anna es una mujer muy fuerte. Lo tiene superado. —puse énfasis en mis palabras—. No empieces a agobiarla, necesita espacio.

—Pero a ti te gusta. El sábado me lo dijiste —protestó indignado al ver mi pasividad.

—¿Y? No es la primera vez que una mujer me ignora.

—Eres muy guapo, eres simpático y habéis conectado muy bien. No entiendo qué le pasa a esta niña, ¿cómo no lo ve?

Me reí por su comentario. De buena gana le habría dicho la verdad, pero una promesa era una promesa y por nada le fallaría a Anna.

—Me tomaré tus palabras como un cumplido. Pero, Raúl, es mejor que lo dejes estar. Te repito que Anna necesita espacio y tiempo.

—¿Qué tiempo ni que mierda? Tú no estarás ahí eternamente esperándola. Anna tiene que espabilar de una vez por todas y ser feliz.

—Raúl, déjalo estar. —Le palmeé el hombro al ver la cara de disgusto de mi primo—. Venga, te dejo. Me apetece dar un paseo y dibujar algo.



~ GRUP ~

En La Tacita de Oro.

El mensaje que recibieron de Raúl no era muy explícito, pero por la urgencia, estaba claro que algo gordo pasaba.

Los convocados —Xavi, Joan y Mireia—, confirmaron su asistencia. A las cinco de la tarde se verían en La Tacita de Oro, una cafetería muy chic en la concurrida Rambla, no muy lejos de Còctels.

Poco después de la citación de Raúl, Mireia recibió otra invitación; en esta ocasión de Neus. Con ella quedó a las cuatro y media, tras informarla de la quedada grupal a la que también se acoplaría sin haber sido incluida; a fin de cuentas, Neus también pertenecía al Grup, aunque desde casi el primer momento había dejado clara su postura ante este tema.

A las cuatro y media en punto, casi de forma sincronizada, Neus y Mireia, entraron por la puerta de la encantadora cafetería de La Rambla.

—¿Qué crees que querrá anunciar Raúl? —preguntó Neus.

—Lleva un par de días diciendo que Anna y Pablo se han vuelto a distanciar. Seguro que está tramando algo para juntarlos nuevamente. —Se encogió de hombros—. Está así desde que Anna pilló a Marc con otra y Pablo llegó a Barcelona.

—Lo de Raúl no me parece ni medio normal. ¿A qué juega ese tío? —gruñó Neus muy enfadada. Mireia nunca la había visto así.

—No sé de qué te extrañas. Ya conoces a Raúl. Tuvo uno de sus sueños premonitorios y...

—¡Venga ya! No creerás tú también en sus estúpidos sueños.

—Hasta el momento, siempre se han cumplido —contestó Mireia ofuscada por la actitud tan negativa de Neus.

—Porque Raúl se ha empeñado en que se cumplan. Pero esto es distinto... estamos hablando de manipular los sentimientos de las personas. ¿Y si Pablo no está interesado en ella? ¿No puede fijarse en otras?

—Neus..., estás rara, ¿qué te ocurre?

—Mireia... —titubeó desviando la mirada—. El sábado pasó algo...

—¿Por qué te callas? ¿Qué pasó el sábado?

—Pablo y yo nos liamos —soltó a bocajarro.

—¿Que qué? —Los ojos de Mireia se abrieron de estupor.

—Estábamos bebidos. Él estaba allí, tan guapo. Pablo me gusta mucho y yo...

—Joder, Neus, yo también estaba bebida y no se me ocurrió enrollarme con nadie.

—Te recuerdo que tú tienes novio... solo te podrías enrollar con él —contestó con tono sarcástico.

—No desvíes el tema, Neus. Además, a ti Pablo no te gustaba.

—Lo que realmente no me gusta es que se lo metáis a Anna hasta en la sopa.

—O sea, que es eso. —Su boca quedó ligeramente abierta por la sorpresa—. Por eso no parabas de poner pegas a lo de unirlos. Tú lo querías para ti.

—Eso ha sido un golpe bajo —protestó Neus.

Neus nunca estuvo de acuerdo, pero los días que estuvo de apoyo en Còctels mientras Pablo estaba de baja, cada vez que tenía una oportunidad, soltaba alguna pullita en contra de provocar situaciones para juntar a Anna con Pablo.

—Raúl nos contó los planes que tenía para su primo antes de que llegara, sabías perfectamente que era fruto prohibido —le recordó Mireia indignada con su amiga.

—¡¿Me estás hablando en serio?! —bramó Neus acercándose a ella para no gritar—. Raúl no es ningún dios que pueda hacer y deshacer a su antojo. Ni Anna ni Pablo son marionetas que podamos mover como queramos. ¡Una relación no se puede forzar!

—Solo estamos ayudando a que se conozcan —contestó Mireia con un hilo de voz—. No creo que estemos haciendo nada malo.

—Esto se os fue de las manos cuando casi atropellan a Pablo. —Bufó—. Pablo me gusta, Anna no quiere nada con él y espero que dejéis este absurdo juego.

—Neus... —fue a protestar.

—No, Mireia, no tienes razón. Razónalo, piensa en lo que te he dicho. —Neus miró el móvil y vio que faltaban pocos minutos para las cinco; momento en el que llegaría el resto del Grup. Se levantó de la silla con decisión—. Me voy, no quiero estar cuando los chicos lleguen.

—Espera...

Mireia siguió los pasos de Neus sabiendo que estaba afligida. ¿Podría tener Neus algo de razón?



Cinco minutos después, aparecían por la puerta de la cafetería, Joan, Xavi y Raúl.

—Raúl, ¿qué ocurre? —quiso saber Xavi inquieto, en cuanto se sentaron.

—¿No esperamos a las chicas? —preguntó Joan.

—Mireia me acaba de enviar un mensaje diciendo que Neus y ella, al final, no van a venir —apuntó Raúl y después los miró con preocupación pensando en lo que los había llevado hasta allí—. ¡Está decayendo! —anunció con voz solemne.

—¿El qué está decayendo? —lo interrogó Joan.

—Lo de Anna y Pablo —contestó Raúl—. Todo lo que hemos hecho no ha servido de nada.

—Con lo bien que iban... —se quejó Xavi—. Apuesto a que la culpa la tiene Marc; mi hermano no tendría que haber salido de Monza.

—Está claro que Marc le sigue afectando. Otra vez se ha encerrado en sí misma —comentó Raúl con tristeza—. No me gusta verla mal; y mi primo piensa quedarse quieto. ¡Que necesita tiempo!, me ha dicho.

—Así Anna nunca levantará cabeza —añadió Joan chasqueando la lengua—. Igual Pablo tiene razón y solo necesita algo de tiempo, pasar su luto.

—¡¡Y otra vez el luto!! —gruñó Raúl—. ¡Que Marc no se ha muerto! ¡Que Marc le fue infiel infinidad de veces! Anna por fin es consciente de que cada migraña que tuvo su novio, fue un engaño... Han pasado más de tres meses y es hora de que espabile.

—Joder, con lo bien que estaban antes de que apareciera el estúpido de mi hermano —recordó Xavi.

—Exacto —afirmó Raúl—. Pero de nada vale que nos lamentemos; hay que actuar. Gracias a nosotros, a esos estímulos, los dos iban muy bien y por ahí hay que seguir.

—Quieres que los estimulemos más —repitió Joan con una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Así es —contestó Raúl alegre.

—¿Tienes algún plan? —indagó Xavi.

—Para eso estamos aquí; hay que buscar ideas.

—Yo tengo un montón. —Los ojos de Joan brillaban de pura perversión.

—Joan, tu eres un bestia. —Xavi lo señaló con el dedo índice de forma acusadora. Después, respiró hondo intentando ordenar sus ideas—. Debemos utilizar la sutileza. Vamos a pensar en algo sencillo, nada estrambótico, que haga que se le remuevan las tripas por dentro y que se sientan tan atraídos el uno por el otro que solo piensen en estar juntos.



~ ANNA ~

En Còctels.

Al ver que quedaba poca fruta para la decoración, cogí diferentes tipos de la cesta y comencé a cortar: unas en láminas; otras, en dados para hacer brochetas; y de otras, saqué largas tiras utilizando el pelador.

La noche estaba inusualmente tranquila y se trabajaba en un ambiente agradable, sin prisa; el Grup lo llamábamos «noches *light*».

Vi que Pablo se me acercaba.

—Anna, necesito dos colas *light*, tres cervezas, un tinto de verano y un cóctel con sabor a fresa. —Me guiñó un ojo con una sonrisa pícara.

—Pabló...

Aunque intentaba aparentar normalidad conmigo, sabía que Pablo no estaba bien; lo encontré raro en cuanto lo vi aparecer en el patio de la biblioteca.

Estaba sumergida en uno de mis dibujos, tirada en el suelo cuando, al levantar la vista me encontré con él. Al verlo, mi corazón dio un inesperado vuelco. Hacía tiempo que mi cuerpo no reaccionaba de esa manera. Lo percibí al conocer a Marc; también ocurrió cuando empezamos a salir. Con los años, esa agradable sensación fue desapareciendo casi sin darme cuenta. Ahora, ese malagueño, me volvía a recordar esos años de atolondramiento, el inconfundible cosquilleo tonto al ver al chico que te gusta, esa sonrisa bobalicona perenne que te sale en los labios... Todo aquello que creía olvidado para siempre, resurgía. Y con ello, también apareció un insólito y extraño miedo difícil de explicar. Quizás, miedo a volver a revivir un desengaño o miedo a que, a pesar de su negativa, decidiera irse a Málaga. Luchaba por apartar esta pésima sensación de mi mente.

Cuando Pablo se acercó hasta mí en el patio de la biblioteca, vi que sus ojos estaban llenos de preocupación. Sabía que algo le pasaba. Y no era difícil imaginar que ese «algo» era referente a su familia. Para mí ese tema estaba vetado, Pablo lo guardaba herméticamente en su interior y yo no me atrevía a romperlo; esperaría hasta que él se sintiera preparado para contármelo.

—Pasión de fresa —rectificó Pablo al ver mi cara. Yo siempre le regañaba si no utilizaba el nombre de los cócteles.

—Cómo te gusta hacerme rabiar —le dije con una sonrisa coqueta mientras me ponía manos a la obra.

—En realidad me gusta más hacerte otra cosa. —Me guiñó un ojo.

—Pablo, nos están mirando —apunté frunciendo el rostro.

Pablo se encogió de hombros y fue a limpiar una mesa que se había quedado libre mientras yo preparaba la bandeja. No tardó en regresar a por las bebidas; tras regalarme un seductor gesto, se fue.

Aunque seguía trabajando sin parar, mi cabecita loca no dejaba de hacerse la misma pregunta, ¿qué le habría pasado a Pablo con su familia? Estaba en esas cuando a la barra llegó Mireia.

—Ponme: dos cervezas, un refresco de limón y un mojito —me pidió mi amiga.

—Marchando. —Contemplé de reojo a Mireia, la vi inusualmente seria y pensativa—. ¿Mireia?

—¿Sí?

—Estás muy callada, ¿te pasa algo con Joan?

—¡Ah! No, no... Me duele la cabeza. Y tú, ¿cómo vas? —Intentó claramente desviar la conversación.

—Bien —contesté.

—¿Y con Pablo? —Mireia me examinó con atención.

—¿Por qué me preguntas por Pablo? —la interrogué con la alarma a nivel diez—. Pablo solo es otro compañero más, no sé por qué me preguntas por él.

—No es otro compañero más —apuntó Mireia sin apartar sus ojos escrutadores de mí—. Con él, también compartes un *hobby*, habéis salido por ahí alguna vez a dibujar, ¿no?

—Sí, alguna vez —repetí—, pero eso no significa nada.

—Sí, tienes razón, eso no significa nada. —Las pupilas de Mireia no paraban de taladrarme.

Entonces recordé un episodio ocurrido con el Grup: el día antes de que llegara Pablo a Barcelona, Raúl no paró de contar cosas de su primo y de su familia. Yo no le presté la menor atención. Estaba totalmente convencida de que todos, menos yo, sabían el motivo del enfado con su familia.

—¿Mireia?

—¿Sí?

—Hablando de Pablo..., hoy lo veo especialmente apagado, ¿tú crees que la situación con su familia habrá empeorado? ¿Ha dicho algo?

—No sé nada —contestó Mireia encogiéndose de hombros.

Recordé algo que dijo Pablo. Solo fue una palabra, pero no me pasó desapercibida.

—¡¡Y todo por su hermano!! —exclamé moviendo la cabeza de lado a lado con semblante serio.

—Bueno, fue Pablo el que empezó todo.

Con aquel comentario confirmé mis sospechas: Mireia sabía el motivo. Y no solo eso, mi amiga creía que yo también lo conocía. Sentí mi corazón latir pensando cómo sonsacar aquella información que tanto anhelaba saber. Lo que dijera sería crucial para hacerla confesar, por eso pensé muy bien antes de hablar.

—Sí..., pero... yo me habría quedado en Málaga a solucionar «el problema». —Hice las comillas de forma cómplice dándole mayor importancia.

—Decidió poner tierra de por medio cuando todo estaba aún caliente —comentó pensativa mi amiga.

—¡Son hermanos! —resalté el vínculo que los unía para restar importancia al «problema» que hubieran tenido—. Terminarán haciendo las paces —añadí con convicción.

—Eres muy optimista. —Me sonrió—. Creo que a menos que su hermano se separe de su mujer y, pasado mucho tiempo... —Volvió a quedar pensativa. Después, negó con la cabeza—. Aun separándose y pasando mucho tiempo, dudo que llegue a confiar nuevamente en Pablo.

Ya sabía una cosa más. La cuñada de Pablo también estaba implicada en la disputa y, por lo que Mireia decía, era parte muy importante. Pensé rápidamente una pregunta; el corazón seguía latiendo fuertemente.

—Igual... —titubeé—, después de provocar el enfrentamiento, el hermano de Pablo escoge a Pablo y no a su mujer.

Mireia me miró con cara de extrañeza, como si no entendiera lo que le decía; contuve el aliento pendiente de su respuesta.

—No se trata de escoger, Anna. —Frunció el ceño—. Y, en todo caso, Pablo siempre saldrá

perdiendo, no hay que olvidar que el matrimonio tiene una hija en común y eso tiene peso.

Nada, no soltaba prenda. Lo volví a intentar.

—Pero si el hermano de Pablo ve que su mujer es una lianta...

—¿Lianta? Perdona, pero dos no se acuestan si uno no quiere. Pablo debería haber mantenido su cosita guardada y no haberse entrometido en un matrimonio con una hija —dijo a bocajarro con enojo mientras cogía la bandeja ya preparada dejándome sola.

¿Pablo se había acostado con su cuñada? ¿Por eso se fue de Málaga? Ahora me cuadraban muchas cosas, por eso no quería hablar conmigo del enfado con su familia. El estómago se me contrajo de forma dolorosa. A la cabeza me vino Marc y su engaño. Era inevitable no hacer comparaciones con mi ex. Pablo era igual que Marc. Noté un inmenso dolor en el pecho, quizás mayor del que me provocó Marc. Mi cabeza empezó a dar vueltas; cogí una cerveza, la abrí y me la bebí con avidez intentando paliar ese mareo que me estaba causando el golpe.

Después de la revelación, seguí trabajando como un robot, y, aunque la noche siguió *light*, mi tranquilidad se había desvanecido. Me movía como un zombi y todo porque mi cabeza no dejaba de devanarse los sesos.

Mientras mis compañeros trabajaban con vehemencia, yo no podía estar más atormentada y con la mente lejos de allí; solo pensaba en Pablo, en Pablo y su engaño.

Fue justo antes del cierre cuando Joan me irrumpió.

—Anna, me ha dicho Xavi que te diga que le enseñes a Pablo la ubicación de las bebidas en la barra y que le des un listado de los cócteles para que lo memorice. —me explicó con evidente nerviosismo.

—¿Dónde está Xavi? —pregunté sin entender nada.

—¡¿No te has enterado?! ¡Vaya nohecita que llevas! —Al ver mi cara de asombro, Joan me explicó—. Raúl ha tenido que llevarlo al hospital con el hombro fuera de su sitio.

—¿Otra vez? —No era raro que a Xavi se le saliera el hombro. Ahora tendría que estar varios días con el brazo inmovilizado.

—Sí —afirmó—. El tiempo que esté convaleciente tendrás a Pablo en la barra.

—¿A Pablo? —Un súbito escalofrío me recorrió la espina dorsal—. ¿Y por qué no te quedas tú o Mireia o Raúl? No tendría que explicar nada. Podría hablar con Neus...

—Órdenes del jefazo.

—¡Joder! —protesté. Justo ahora, cuando necesitaba espacio para pensar.

—Xavi me ha dejado las llaves para que cierre; así, tú y Pablo os podéis ir antes.

—¿Pero por qué? Menuda tontería, siempre cierro yo. Me acompaña alguien y punto.

—Órdenes del jefazo —repitió—. Ha dicho que en cuanto termines con Pablo os larguéis. Yo me encargo del resto.

—¡Joder! —Examiné de un lado a otro buscando una salida imaginaria—. Y, ¿dónde está Pablo? —pregunté viéndome atrapada.

—Está en el almacén. Ve a buscarlo.

Con la mano en la manivela de acceso al almacén, intenté organizar mi mente antes de enfrentarme a Pablo. Respiré hondo procurando tranquilizarme. Sabía que actuar en caliente nunca llevaba a buen puerto y yo estaba bastante caldeada. Lo mejor era digerir la información, y después, hablarlo con él como una persona razonable. Lo que yo ignoraba era cuánto tiempo necesitaría para asimilar aquel golpe. Intentaría esquivarlo en la medida de lo posible hasta poder hablar de ello con la mayor frialdad posible.

En cuanto me vi preparada, empujé la puerta de metal con una seguridad que no tenía; la estancia se quedó expuesta a mis ojos. Cuando entré, escuché el golpe seco del metal al chocar

contra el marco tras de mí. Me quedé con la boca abierta cuando vi a Pablo.



~ PABLO ~

En Còctels.

En una noche más movida todo habría sido más fácil —el trabajo me habría mantenido a raya—, pero verla allí y sin poder tocarla, me estaba resultado toda una tortura.

Ya casi al final de la jornada la tranquilidad del día se esfumó. Estaba en la terraza limpiando las mesas cuando escuché a Xavi gritar de dolor. Miré hacia él y vi que Raúl, más pálido que un muerto, a su lado, le agarraba el brazo con delicadeza. La cara del dueño de Còctels daba miedo: sus ojos estaban desencajados y sudaba de forma exagerada.

—¿Qué ocurre? —les pregunté asustado.

—A Xavi se le ha salido el hombro —respondió mi primo.

—Ven, te lo pongo en su sitio. A mi hermana le pasa mucho —me ofrecí servicial.

—No, no. —Xavi negó con la cabeza—. Raúl me va a llevar al hospital. También me pasa mucho y prefiero que lo hagan allí.

—Como quieras.

—Pablo —me llamó mi primo—. Se me han derramado unas cuantas cajas en el almacén, ¿puedes ir a arreglar el desastre que hay allí?

—Sí, claro. ¿Necesitas que haga algo más? —le pregunté.

—No. Ve al almacén, Mireia se encargará de las mesas. —Desvió la mirada al brazo de Xavi—. ¡Ah!, y no me esperes, no sé cuándo llegaré.

—Tranquilos, me hago cargo.

En cuanto Raúl y Xavi desaparecieron de allí, me dirigí al almacén. Abrí la puerta y entré. El portón se cerró tras de mí gracias al automatizado hidráulico, haciendo un ruido sordo. Mis ojos se abrieron como platos ante aquella visión caótica. Parecía que allí se había librado una batalla campal. Había bolsas de pajitas por todo el suelo mezcladas con las de servilletas de papel y los palos de madera. Ya me lo había dicho Raúl: «un desastre». Quizás mi primo se había quedado corto.

—¿Pero cómo...? —pronuncié con incredulidad.

Vi las cajas a un lado tiradas y todas ellas con el culo abierto. ¿Cómo era posible que hubieran cedido el fondo de tres cajas a la vez? Respiré hondo dispuesto a no darle más vueltas y ponerme a recoger. Busqué algo con lo que volver a armar el cartón; no tardé en localizar un rollo de adhesivo transparente. Lo cogí y me dispuse a montar las cajas... otra vez. Estaba en ello cuando escuché que alguien entraba.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Anna con la boca abierta.

—Raúl me ha dicho que se le habían derramado algunas cajas... —Levanté las cejas con una enorme sonrisa—. No creí que fuera para tanto, la verdad.

—¡Joder! ¿Pero cómo...?

—Los culos de las cajas cedieron al cogerlas —le expliqué.

—¿En serio? —añadió escéptica.

—¿Me vas a ayudar o te vas a quedar ahí como un pasmarote?

Aquello pareció hacerla reaccionar y no tardó en ponerse a trabajar a mi lado.

Tardamos un buen rato en recoger todo, pero lo más llamativo fue hacerlo en un silencio casi sepulcral. Aunque intenté provocar alguna conversación, Anna estaba inusualmente callada... pensativa. Algo había ocurrido y, mi instinto me decía que no se trataba de lo sucedido a Xavi.

En cuanto terminamos de situar la última caja en su sitio, Anna comentó:

—Me ha dicho Xavi que te explique cómo funciona la barra. Mientras él esté de baja, me acompañarás —dijo muy secamente, detalle que no me pasó desapercibido—. Te daré una copia con todos los cócteles que preparamos para que te los estudies.

—Bien. Aunque no hará falta, sé cómo se preparan los cócteles, he trabajado antes en un sitio parecido a Còctels puede haber algún cambio, pero nada que no sepa solventar con tu ayuda. — Me acerqué a ella dispuesto a besarla, pero ella me esquivó.

—Pablo, no. —Desvió la mirada—. Me lo prometiste.

Me tranquilicé. En un principio creí que Anna tenía algún problema conmigo. Esa respuesta me confirmó que no, solo estaba guardando las distancias en el trabajo. Era cierto que en cualquier momento podría aparecer Mireia o Joan.

—Luego hablamos —le dije con una sonrisa seductora; ella no me contestó y siguió andando hasta la salida.

Miré a Anna descolocado cuando al abrir la puerta, esta no cedió.

—¿Hay algún truco para abrir la puerta?

—No. Déjame a mí. —Me aparté para que ella pasara. Tiró de la manivela con fuerza sin ningún resultado; la puerta parecía cerrada a cal y canto.

Se giró y me contempló con ojos asustados.

—No puede ser... —tras decir esas palabras casi en un susurro, comenzó a dar puñetazos y patadas contra la puerta como si la vida le fuera en ello—. ¡¡Abrid!! ¡¡Estamos aquí!! ¡¡Joan!! ¡¡Esto no tiene gracia!! ¡¡Abrid, por favor!!

Al entender lo que ocurría, me sumé a ella para hacernos oír con gritos y golpes.

Todo fue inútil. Después de un largo tiempo —no había manera de saber cuánto—, desistimos. Sin teléfonos para llamar, con tan solo nuestras voces y los puños, terminamos agotados. Nos tiramos al suelo el uno al lado del otro con la cabeza gacha.

—¿Crees que lo han hecho aposta? —pregunté por romper el silencio. Anna no estaba de humor.

—No lo creo. No tendría ninguna gracia.

—Si ha sido un accidente... —pensé en voz alta—, nos dejarán aquí hasta que mañana abran de nuevo el *pub*.

Anna volvió la cabeza despacio y me miró con ojos aterrados. Movié la cabeza de lado a lado negando que aquello fuera a ocurrir realmente.

—Se darán cuenta antes. Cuando Raúl vea que no has llegado a casa, irá a la mía y comprobará que yo tampoco estoy, vendrán aquí y... —No quise que siguiera especulando y la corté.

—Raúl no va a pasar por casa, se quedará con Xavi; ya me advirtió antes de irse al hospital.

—No puede ser... —Las lágrimas de desconsuelo comenzaron a manar de sus ojos asustados.

—¡Hey! No estás sola, estamos juntos.

Me acerqué para abrazarla, pero no me dejó. Se separó de mí con ojos coléricos, como si mi presencia le quemara. Se colocó bastante retirada de mí marcando claramente la distancia y mirándome como si fuera un monstruo. Aquello me dolió en lo más profundo de mi corazón, y eso que desconocía el motivo de ese repentino cambio.

—¡No me toques! Ni se te ocurra volver a tocarme. ¿Cuándo pensabas contármelo?

Me quedé quieto, sin saber qué decir, ni cómo actuar. Era cuestión de tiempo que Anna se enterara de lo sucedido con Neus. Tenía que haber hablado con ella antes, pero con el importante avance de nuestra relación se me había pasado por completo. Tampoco había hablado con Neus sobre lo ocurrido; estaba tan feliz con Anna que todo quedó en el olvido, como si nunca hubiese pasado.

—Tenía que habértelo contado —me disculpé avergonzado—, pero se me pasó.

—¿Que se te pasó? ¿Cómo es posible? —Sus ojos denotaban incredulidad.

—De verdad que no le di mayor importancia. Los dos estábamos muy bebidos, tú te habías ido con Marc; y Neus...

—Espera, espera. ¿De qué coño estás hablando, Pablo? ¿Qué tiene que ver Neus con esto?

Me quedé mudo. Si Anna no sabía de lo que hablaba, ¿qué era lo que tenía que contar? No tuve que pensar mucho. Agaché la cabeza y la encerré entre mis manos esperando a que Anna hablara.

—Pablo, me estás volviendo loca —pronunció con tono agotado.

—En San Juan, cuando te fuiste con Marc, me quedé muy rayado y comencé a beber —expliqué, era lo menos que podía hacer—. Neus estaba ahí, también muy bebida y... Solo nos dimos unos cuantos besos, no llegamos a más. No te podía sacar de mi cabeza. —Suspiré—. Y de lo otro, ¿qué es lo que sabes?

Levanté el rostro y la miré.

—Que te acostaste con tu cuñada. —Me retó con los ojos. Era fría como el témpano. Sentí una enorme punzada en mi interior—. Pablo, tú sabías lo que Marc me hizo; sabías que cuando me enterara, no lo iba a tolerar.

—Anna, no sabes nada. —Negué con la cabeza.

—¿Qué tipo de personas son las que dañan a los que más quieren? Si causan dolor a seres importantes, ¿qué harían con los que no lo son?

Advertí que la rabia me subía del estómago a la boca al escuchar aquella reflexión barata. Anna estaba claramente pensando en Marc. Era como si aprovechara «mi historia», una historia que ella ignoraba, para reprocharme todo lo que sintió cuando se enteró del engaño de su ex.

—¿Me estás comparando con Marc? —respondí alucinado.

—¡¡No lo nombres!! —gritó fuera de sí—. Ni se te ocurra nombrarlo. Los dos sois de la peor calaña.

—¿No te ves? Asegurabas que habías cerrado esa historia. Tú me lo dijiste. Pero sigues enfada con él —le espeté.

—¡¡Eso no es verdad!! —Se tapó los oídos con las manos.

—No sabes lo que me ha pasado. ¿Por qué no me preguntas qué sucedió? Es más fácil hacerte tu propia película.

—Y tú, ¿por qué no me lo has contado? Más de una vez pudiste hacerlo, ¿por qué me lo ocultaste?

—Porque esperaba que todo se arreglara.

—¿Que se arreglara? ¿Cómo? ¿Te acostaste o no con ella?

—No lo sé. No sé qué pasó. No me acuerdo de nada.

—¿Te acostaste o no con ella? —insistió en la cuestión.

—Anna, no lo recuerdo. Solo puedo asegurar que aparecí en su cama. Creo que ella me llevó hasta allí con esa intención. —Resoplé de impotencia—. Pero a ti eso te da igual, ¿no? Ya me has juzgado y condenado igual que hizo mi familia.

Con los ojos inundados en lágrimas, Anna se levantó y se sentó en la esquina más apartada de mí.

Apoyando los brazos en mis rodillas flexionadas, metí la cabeza entre las manos y comencé a llorar. Era la primera vez que explotaba después de lo ocurrido. No lloré cuando tuve que aguantar la reprimenda de mi padre ni cuando vi la cara de desprecio de mi hermano o la de decepción de mi madre. Nadie quería escucharme, nadie quería creerme. Solo confiaban en las palabras de Tesa; ahora, incluso Anna.



~ ANNA ~

Martes: cinco días después. En casa.

No dejaba de preguntarme cómo había llegado hasta ese punto. ¿Cómo? La noche que pasé con Pablo en el almacén no fue tan reveladora como los días que le siguieron. El tenerlo cerca, el mirarlo, el olerlo, el no poder tocarlo... Ni con Marc había experimentado tantas emociones juntas como con aquel malagueño. Ese martes tendría un respiro; Xavi por fin estaba recuperado y yo podría disponer de mi día libre. Desconectar totalmente sería algo complicado sabiendo que solo una fina pared me separaba de Pablo.

Oria ladró en cuanto escuchó una notificación de WhatsApp. Miré el móvil y vi que se trataba de Neus. Mi amiga llevaba desde el pasado viernes intentando hablar conmigo, pero yo le daba largas; no me apetecía escuchar de su boca que se había enrollado con Pablo poco antes de que lo hiciera conmigo.

A diferencia de las otras veces, en esta ocasión, Neus parecía decidida a verme, el mensaje que leí lo dejaba claro: «En quince minutos estoy en tu casa y más te vale que estés ahí».

Tal y como había amenazado Neus, el portero sonó pasado un cuarto de hora. Le abrí la puerta del portal sin preguntar; después, fue el timbre de mi casa el que anunciaba su llegada.

—Estás hecha una mierda —me saludó Neus cuando se encontró cara a cara conmigo.

—Me da igual. —Le di la espalda y caminé hasta el sofá—. ¿Qué quieres?

—Nada, solo he venido a hablar contigo.

—¿De qué? Si es para contarme tu aventura con Pablo en Sant Joan, llegas tarde; ya me enteré.

—No es de eso de lo que quería hablar. —Me observó con la cabeza ligeramente ladeada—. ¿Por qué noto cierto tono de inquina en tu voz? —me preguntó Neus con los ojos clavados en mí—. Pablo y tú no tenéis nada. Ni siquiera te gusta.

Miré a Oria y la acaricié, no quería enfrentarme a ella. Era mi amiga, ¿no?

—Neus, di lo que hayas venido a decir y vete. Hoy no estoy de humor.

—Siento venir a empeorarlo. —Suspiró—. Realmente, esta conversación debía haberse producido bastante antes, pero sinceramente, nunca creí que llegarían tan lejos y no puedo dejarlo pasar ni un día más.

—¿Vas a hablar de una puta vez? Me estás poniendo nerviosa con tanto misterio.

—Como quieras. —Respiró profundamente y después soltó la bomba—. Raúl embaucó al Grup para intentar unirse a Pablo.

De primeras no entendí nada de lo que había escuchado y mi cara se frunció en una clara señal de confusión total.

—¿De qué hablas, Neus?

—Lo que has escuchado... Raúl, —pronunció más despacio—, con la ayuda del Grup, ha creado situaciones para que vosotros dos estuvierais juntos.

—No lo comprendo —repetí.

—Vamos a ver Anna. —Resopló—. Me consta que más de una vez te has encontrado con Pablo por las calles de Barcelona mientras dibujabas... ¿no? No fue un encuentro fortuito. ¿Te acuerdas cuando el Grup quedó para ir al museo y nadie acudió a la cita? Todo estaba planeado para que vosotros estuvierais solos. ¿Cuando salimos de marcha? No estaba planeado que te emborracharas como lo hiciste, pero les vino genial para dejarte sola con Pablo. El accidente con el perro..., planeado por ellos. —Movié la cabeza—. ¡Ahh! Y Joan y Mireia no están juntos, su relación forma parte del teatro. —Dio un hondo suspiro—. Hay más cosas. El caso es que todo eso que te ha pasado con Pablo... TODO estaba orquestado por la mente retorcida de Raúl y la ayuda del Grup. Aquí tienes la prueba.

Neus me entregó una libreta roja. De pronto advertí que mi cabeza comenzaba a dar vueltas; sin pretenderlo di un rápido repaso por todas esas extrañas situaciones de las que hablaba Neus..., pero eran tantas que mi mente saltaba de unas a otras sin pararse en ellas.

—¿Por qué? —pude decir contemplando la libreta.

—Raúl había tenido uno de sus sueños premonitorios: vosotros dos seríais pareja tarde o temprano. Él propuso acelerar el proceso. Ahí lo explica todo.

—¿Pablo estaba al corriente de todo esto?

—No, Pablo no sabe nada. Los dos fuisteis víctimas de Raúl y compañía.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunté al borde de la desesperación.

—Quería decirte que Pablo me gusta mucho. Y, como tú no estás interesada en él, pienso dar el paso.

La observé con los ojos como platos y la boca abierta. Pasaron unos largos segundos hasta que asimilé lo que Neus me había dicho.

—¿Cómo que yo no estoy interesada en él? —añadí enfadada al comprender por qué estaba actuando de esa manera. Neus solo buscaba una cosa: su propio beneficio, yo le daba igual.

—Tú misma me lo dijiste en más de una ocasión: Pablo no te gustaba; no estabas interesada en él.

A la mente me vino esos últimos días junto a Pablo, anterior al maldito jueves, y las emociones volvieron más vivas que nunca.

—Neus, ni te puedes imaginar lo que Pablo me hace sentir. Me impulsa a seguir viviendo con ilusión. Hacía tiempo que nadie me producía algo así. A su lado podría ser feliz. —La miré a los ojos para que quedara bien claro—. Y sí, para tu información, sí estoy interesada en Pablo; y él me corresponde.

El rostro de mi amiga palideció al escuchar esas palabras. Realmente hablé de forma mecánica sin pensar en lo que decía. Yo misma me sorprendí por esa impulsiva declaración, obviando que en ese momento no sabía con certeza en qué punto estábamos, ni qué pensaba Pablo de mí, ni siquiera yo misma de él.

—Pero... ¿y Marc? Tú estás colada por Marc. Siempre has estado colada por él.

¿A qué venía eso ahora? ¿Por qué nombraba a Marc? Yo no era ninguna niña ingenua. Había algo que me martilleaba en el cerebro, algo que me dijo Marc... Solo tuve que sumar uno más uno para dar con la solución.

Me acerqué a ella y, a escasos centímetros de su cara, le pregunté:

—¿Por qué hablaste con Marc? En Sant Joan me dijo que hablaste con él.

—¿Marc? Bueno, yo... —titubeó—, pensé que lo arreglaríais, solo quería que os arreglarais.

—¡¡Neus!! Me fue infiel en infinidad de ocasiones —dije indignada.

—A ti no parecía importarte. Con él eras feliz.

—¡¡No sabía que me engañaba!! —le grité—. Viví en un engaño. Raúl y Xavi me abrieron los ojos. —Quedé pensativa unos segundos con la boca abierta—. Tú lo que querías era quitarme de en medio para tener a Pablo libre para ti. Sabías que el Grup no permitiría que te entrometieras en su plan. Y ahora vuelves a hacerlo: estás aquí solo pensando en ti.

—Vosotros no ibais a llegar a nada —se defendió.

—¿En eso te excusas? El Grup no ha jugado limpio, pero tú menos aún. ¡Eres lo peor, Neus!

—Pablo me gusta mucho, solo quería que se fijara en mí —lloriqueó.

—¡Fuera de aquí! —Señalé el camino de salida con el dedo índice—. Amigas como tú mejor tenerlas lejos.

Cuando Neus se fue, noté que la cabeza me iba a estallar. Me dirigí al cuarto de baño, abrí el grifo de la bañera y la llené hasta arriba de agua caliente. El calor no parecía llegar a culminar ese verano y, al introducirme en el líquido cálido, sentí un gran alivio. Eché la cabeza hacia atrás y con los ojos cerrados y la mente en blanco, me dejé acariciar por la grata sensación. Ya tendría tiempo de pensar; ya tendría oportunidad de poner en orden mi vida; ya tendría tiempo...



~ PABLO ~

En casa.

Cuando advertí las voces de Anna en su apartamento, estuve tentado de ir, pero duraron poco. Lo último que se escuchó fue un gran portazo y después, todo quedó en silencio.

Como un viejo chismoso me acerqué a la mirilla para ver con quién había estado discutiendo y, al ver a Neus, solté el aire que tenía contenido. Por suerte no había irrumpido en su casa, la cosa se podría haber complicado bastante más.

Anna se metió en el baño y abrió el grifo de la ducha. Me la imaginé desnudándose para meterse en el agua cuando el teléfono interrumpió mi calenturienta mente.

Al contemplar la pantalla vi que se trataba de mi hermana Rocío. Desde que estaba en Barcelona, mi hermana solo me había llamado una sola vez y fue para contarte que Fran había llegado borracho y se había encarado con mi padre. Fue por eso que tuve un mal presentimiento y el corazón comenzó a latirme desbocado mientras pensaba en cosas nefastas.

—Rocío. —La voz se me atragantó al escuchar a mi hermana llorar—. ¿Qué pasa?

—Pablo, es Fran, ha venido hace un momento —dijo entre sollozos— y sin dar explicaciones ha dejado a Sandra con nosotros y se ha largado.

—¿Se ha ido sin más? ¿Sabes dónde? ¿Ha hecho algún comentario? —pregunté alterado.

—No ha dicho nada..., no sé hacia dónde se ha dirigido —añadió angustiada—. Pablo, tenías que haber visto sus ojos, echaban chispas. Estoy segura de que algo gordo ha pasado con Tesa. ¿Qué va a ser sino?

—¿Y mamá y papá? —pregunté.

—Están intentando animar a Sandra. La pobre está muy asustada y no para de llorar.

—¿Habéis hablado con ella? Igual la niña sabe...

—Claro que hemos hablado —me cortó—. Pero no sabe nada. Fran la cogió de la casa de su

tata y la trajo directamente aquí. La pequeña no ha pasado por su casa, pero entiende que algo malo pasa y no deja de llorar.

—¡Joder, joder! —me lamenté por no haberse inventado ya la *teletransportación*—. Rocío, escúchame. Dile a papá que se acerque a la casa de Fran para comprobar que todo está en orden, que no dude en llamar a la policía si ve cualquier cosa extraña. Yo intentaré llegar lo antes posible a Vélez.

—Pablo..., tengo mucho miedo. Nunca había visto así a Fran, ni cuando se peleó contigo.

—Tranquila —intenté calmarla, aunque yo no lo estaría hasta saber qué ocurría—. Llamaré a Fran a ver si me coge el teléfono.

—Pablo, si estuvieras aquí...

—Voy a buscar vuelo.

—No tardes en venir, por favor.

Los lloros de mi hermana pequeña me partían el alma y lo más frustrante era no poder abrazarla para transmitirle consuelo.

—Rocío, haz lo que te he dicho. Pronto nos veremos.

Cuando colgué el teléfono mis manos temblaban. Me fui a mi dormitorio y con determinación cogí el portátil y me dediqué a buscar vuelos a Málaga. Mientras indagaba en el ordenador, intentaba hablar con Fran, pero su teléfono aparecía como apagado. Maldije a mi hermano por su actitud.

Tuve la enorme suerte de encontrar un vuelo que salía en dos horas de El Prat y no dudé en comprar un billete. Dando media vuelta, comencé a preparar una mochila con lo básico. Volví a coger el móvil, pero esta vez con la intención de avisar a Raúl.

En media hora creí tener todo organizado. El taxi al que había llamado para que me llevara al aeropuerto llegaría en quince minutos. A la espera de este, miré la pared que daba al piso de Anna. No sabía si decirle algo o no. Respiré hondo y me dirigí hacia la salida.

Una vez me encontré frente a la puerta de la barcelonesa que me había trastocado la vida, toqué sin pensarlo. No advertí movimiento, ni siquiera el ladrido de Oria. Supuse que habían salido de casa. Cogí el teléfono y la llamé, pero fue inútil. Tras la puerta escuché el estridente sonido del aparato; lo había dejado allí. Me hice una nota mental: intentarlo al llegar al aeropuerto.

El taxi llegó poco después de que bajara hasta la entrada de la puerta del edificio. Antes de subirme al vehículo di un último vistazo a lo que me rodeaba. Ignoraba cuándo volvería a estar en aquella hermosa ciudad que se había colado dentro de mí en apenas tres meses.



~ PABLO ~

En Vélez-Málaga.

Nada más entrar por la puerta de casa, Rocío se abalanzó hacia mí llorando desconsolada. No pude preguntar nada ya que, no muy lejos, escondida tras una cortina y acechándolos como un animal atemorizado y lloroso, vi a mi sobrinita; un enorme dolor inundó mi corazón.

—¡Sandra! —Tras soltar a mi hermana me dirigí a ella—. ¿Qué haces todavía despierta? Es muy tarde.

—*Mamita* está en el hospital malita y *papita* está con ella —dijo llorando.

Me levanté del suelo para observar a Rocío y que me explicara lo que la niña acababa de soltar.

—*Mamita* se va a poner bien, Sandra. Ya te lo he dicho antes —comentó con voz temblorosa limpiándose las lágrimas—. Ve a ver la tele, *La Sirenita* aún no ha terminado. Mientras, el tito y yo nos tomamos un café.

En cuanto la niña nos dejó solos, nos dirigimos a la cocina. Tras cerrar la puerta, no pude aguantar más.

—¿Qué le ha pasado a mamá?

—Ha empezado a dolerle el pecho. Papá está con ella en el hospital... todo es un desastre, Pablo. Menos mal que ya estás aquí.

—Pero ¿cómo está? ¿Qué le han dicho?

—Tranquilo, el dolor parece que es debido a los mismos nervios. Mamá está bien, pero la quieren tener en observación.

—Y de Fran, ¿se sabe algo?

—No. Cuando papá iba a ir a buscarlo mamá empezó con el dolor y prefirió irse al hospital con ella.

—Vale... —Quedé pensativo—. ¿Has intentado hablar con Fran? En el aeropuerto me quedé sin batería y no he podido hacer nada.

Esa era otra. Sentado en las incómodas sillas de plástico del aeropuerto a la espera de que anunciaran el embarque de mi vuelo, me dispuse a llamar a Anna para después insistir con el teléfono de mi hermano, pero el móvil decidió apagarse justo en ese preciso momento.

—Sigue con el teléfono apagado —confirmó lo que yo ya imaginaba.

—¡¡Este tío es gilipollas!! —Bufé asqueado—. Oye, ¿has llamado a su amigo Jorge? Igual él sabe algo, ¿o a Tesa?

—Tesa tampoco tiene el teléfono disponible, y Jorge, aunque me ha cogido, no sabe nada, está de viaje.

—¡Joder! Parece que todo está en nuestra contra. —Miré a mi hermana—. Voy a ir a casa de Fran. Espero que tu moto esté a punto.

—Sí. Puedes cogerla. Pablo, en cuanto llegues llámame, por favor. Estoy atacada y atada de pies y manos sin saber qué hacer.

—Mi móvil está sin batería.

—Llama desde donde sea. Ve a un bar, para a alguien, roba un móvil..., pero no me tengas aquí mucho rato con esta angustia —suplicó.

—Está bien. Apúntame tu número.

Salí de casa, cogí la moto de mi hermana y me dirigí a casa de Fran. No sabía qué me encontraría cuando llegara y estaba con los nervios a flor de piel. Cautó, me llevé la copia de las llaves del piso de mi hermano que mis padres guardaban en casa.

Cuando llegué, mi respiración estaba desbocada; casi podía sentir cómo la adrenalina corría agitada por mi cuerpo. Toqué al portero y, nada. Abrí el portal con manos temblorosas. No esperé al ascensor. A pesar de que vivían en un quinto me encaminé hasta la escalera. Subí los escalones de tres en tres, a todo lo que daban mis piernas.

Llegué arriba agachado por el agotamiento del repentino impulso; apenas podía respirar por el esfuerzo y el miedo. Aun así, no paré hasta tocar el timbre. Esperé un tiempo prudencial mientras aprovechaba para recomponerme. Viendo que la puerta no se abriría desde el interior, decidí irrumpir en ella. Tardé más de lo normal en introducir la llave en la puerta; mis manos

parecían no responder a mi cabeza. Cuando por fin introduje la llave, abrí la puerta sin problema.

Al entrar todo estaba oscuro y, aun así, presentía que no me encontraba solo allí; tenía los vellos de la nuca de punta. Estar en esa casa no me hacía ninguna gracia por muchos motivos.

—¡Fran! —llamé a mi hermano, pero nadie contestó. Y yo seguía con esa sensación de estar acompañado.

En el camino fui encendiendo luces y comprobando el estado de la casa: en el salón, nada; en la cocina, nada... Según me iba acercando al dormitorio principal, mi inquietud aumentaba; quizás porque sabía que allí empezó todo. Cuando encendí la luz del cuarto matrimonial vi a Fran tirado en el suelo. Ese dormitorio, a diferencia del resto de la casa, estaba destrozado.

—¡¡Fran!! —Corrí hacia él — ¡¡Fran!! —Lo zarandeeé.

Apestaba a alcohol, pero no parecía herido, solo borracho.

—¿Dónde está Tesa? —preguntó Fran con la voz cargada y algo aturdido.

—Fran, levanta. Vamos a darte una ducha fría.

Casi arrastrándolo lo llevé hasta el baño del dormitorio. Aquel espacio no estaba mucho mejor que el cuarto principal. Había vómito por el suelo y era imposible llegar hasta la ducha sin tocarlo. Además, olía fatal. Ignorando estos detalles, eché a Fran en la bañera y, sin quitarle la ropa, comencé a echarle agua fría por encima. Le vinieron nuevas arcadas que terminaron en nuevos vómitos. «Solo es líquido, solo alcohol», me decía para no unirme también a la «fiesta».

Una hora después, Fran reposaba en el dormitorio de Sandra. En ese tiempo, me dediqué a limpiar —como pude—, el desastre. Fue al sentarme en el sofá para descansar un rato cuando me encontré con una nota que, aunque concisa, explicaba el comportamiento de mi hermano.

En ese instante me acordé de Rocío, aún no la había llamado y era casi la una de la madrugada. Aunque localicé el teléfono de Fran, estaba apagado y no sabía la contraseña para poder usarlo.

Me fui hacia el dormitorio de Sandra dispuesto a despertar a mi hermano.

—Fran —lo llamé en un susurro—. Despierta, tenemos que hablar.

—No, no quiero. —Su voz sonó más clara, pero resaca.

—Necesito utilizar tu teléfono, el mío no está. Sandra está esperando que la llame.

Al escuchar el nombre de su hija, abrió los ojos de golpe.

—Está con papá y mamá —dijo a modo de justificación.

—Está con Rocío, pero están preocupadas y he quedado en llamarlas.

—Tesa me ha dejado —sollozó como un niño pequeño.

—He leído la nota —respondí con los ojos puestos en Fran.

—Pablo, lo siento tanto... Todo lo que ha pasado. Todo lo que he hecho...

—Chsss. Ya...

—No te quise escuchar —lloró—. Y lo peor es que sabía que decías la verdad... Y te fuiste por mi culpa.

—Déjalo, Fran.

—¿Dónde has estado en todo este tiempo? Dime que por lo menos estuviste bien.

—He estado en Barcelona, con Raúl. Y he estado muy bien, pero ya te contaré con más detalle. ¿Qué ha ocurrido con Tesa?

—Desde que fuiste la cosa empeoró. Este fin de semana, Tesa, me confesó que no llegó a tener sexo contigo por más empeño que puso. —Se rio con amargura—. Me aseguró que estabas tan borracho que no se te levantó. ¿Sabes qué excusa puso para hacer lo que hizo? Me aseguró que yo le aburría, que necesitaba otros alicientes. ¿Te puedes creer?

—Fran..., lo siento.

—Más lo siento yo, hermano. —Se acercó a mí y me abrazó—. ¡Joder, Pablo! Te quería muerto... Cuando te vi...

—¡Chsss! —lo acallé—. Todo ha pasado ya. No miremos atrás. No nos hagamos más daño.

—Pablo, aunque no lo creas, te he echado mucho de menos.



~ GRUP ~

Jueves: dos días después. En Còctels.

En el fondo, Raúl sabía que sus amigos le echaban la culpa a él y, muy a su pesar, no podía rebatirlo. Lo había liado todo. Ciertamente era que lo hizo por una buena causa y que nunca contempló la idea de ser descubierto. Y en ese momento, tras la traición de Mireia entregando la libreta roja a Neus y el chivatazo de esta última, Anna había dejado de hablar al Grup y para colmo, Pablo se había marchado a Málaga con un nuevo *movidón*. ¿Podía ocurrir algo peor? Era mejor no tentar a la suerte y creer que no podrían caer más abajo.

—Nunca creí que nos traicionarías. De Neus, no me sorprende, pero de ti... —manifestó una vez más Raúl mirando a una Mireia cabizbaja—. Anna no nos hablará en lo que nos queda de vida.

—Ya te dicho, *nen*, que creí a Neus cuando me dijo que debíamos dejar actuar al destino, sin forzarlo. Si hubiera sabido cómo iba a acabar todo... —repuso Mireia.

—Aquí todos somos culpables —añadió Joan observando a Mireia—. Lo hicimos porque creímos que era lo mejor para esos dos.

—Creo que nos pasamos con los estímulos —aseguró Raúl arrepentido.

—Sí, la sutileza brilló por su ausencia —comentó Xavi.

Todos comenzaron a reír recordando los acontecimientos que habían provocado con aquellos estímulos. Las risas se apagaron pronto y, nuevamente, apareció la desazón al recordar que Anna no les hablaba.

—¡Esto no lo podemos dejar así! —señaló Xavi dando palmadas al aire haciendo que los tres amigos lo miraran con expectación y sorprendidos por el cambio de tono—. ¡Toca arreglar el destrozo! —Dio un gran suspiro—. Pensemos cosas para arreglar todo lo que hemos formado. ¿Ideas?

Los cuatro se estudiaron sin saber qué decir; aquello recordaba demasiado a las reuniones clandestinas que habían estado manteniendo para intentar unir a Anna y a Pablo. Ninguno protestó; todo lo contrario, comenzaron a aplaudir la propuesta de Xavi. Los ojos de Raúl brillaron de emoción al comprobar que el Grup seguía más unido que nunca.

—Pero ahora lo vamos a hacer bien porque no tenemos malas hierbas y sabemos por dónde nos movemos.



~ ANNA ~

Camino a casa.

Sabiendo lo enfadada que estaba con él, no entendía la insistencia de Raúl por acompañarme hasta casa.

Tras el trabajo, en cuanto los dos nos quedamos solos, en ese paseo hasta el edificio y con la intención de ignorarlo por completo, Raúl empezó a disculparse... otra vez. Yo apretaba los puños por no gritarle en pleno paseo Juan de Borbón.

—Anna, perdónanos —dijo en plural. Yo no hice ningún gesto y seguí andando como si nada—. Bueno, si no quieres perdonarme lo entiendo, yo fui el cerebro de todo, ellos no tienen la culpa de nada.

—¿Que no tienen la culpa de nada? —No pude reprimir contestar—. Llevaron a cabo tus maquiavélicos planes. En esa especie de diario que fabricasteis queda bien claro.

Debía admitir que exageré un poco al llamarlos planes maquiavélicos. Todas esas «misiones» de las que hablaban en el diario fueron tonterías sin mal intención y que, en algunos casos, se torcieron sin esperarlo; como lo del accidente con el perro. Lo que el Grup ignoraba era que, más de la mitad de los encuentros que habían provocado, obtuvieron su fruto.

—Pero todo lo hicimos de buena fe —apuntó con cara lastimera—. Queríamos que los dos fuerais felices.

—La felicidad surge, no se fuerza.

—Yo lo único que vi, después del engaño de Marc, fue tu autodestrucción; necesitabas urgentemente un antídoto.

—¿Y por qué tu primo? Sabías que Pablo había engañado a su hermano con su mujer.

—Eso no es así. —Meneó su cabeza de un lado a otro—. Necesito explicarte todo, Anna. Vente a mi casa y hablamos.

—No. A tu casa, no.

—Si no quieres en mi casa, en la tuya —propuso.

No contesté. Sabía que tarde o temprano tendría que escuchar al que fue mi mejor amigo; era mejor terminar cuanto antes con aquello.

No hablamos nada más hasta que llegamos a mi piso.

Sentados en el sofá, agotados por el trabajo, los dos nos miramos cansados.

—Si no hablas ya, te echo de mi casa. Tengo que sacar a Oria. Además, el sueño me está venciendo —añadí bostezando.

—Ahora no sé por dónde empezar. —Se encogió de hombros con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué no me acompañas a pasear a Oria y me cuentas lo que sea?

Así hicimos. Ya en la calle, un Raúl algo más relajado, comenzó a relatarme lo ocurrido con Pablo desde que su hermano lo cogió con su mujer en la cama, su sueño revelador, pasando por la confesión de Pablo sobre lo ocurrido y, finalmente, el desenlace de la historia en Málaga. Sabía que Raúl no mentaba con todo lo que me había narrado acerca de Pablo. Él mismo intentó defenderse cuando estábamos en el almacén, pero yo no quise escucharlo; no quería volver a revivir lo que me pasó con Marc. Al oír la versión completa sentí un gran malestar. Supe que fui muy dura e injusta con Pablo.

—¿Crees que regresará ahora que todo se ha arreglado en Málaga? —pregunté mirando hacia el horizonte, pensativa.

—Vélez-Málaga —me corrigió Raúl—. Que Pablo no te escuche. —Rio recordando las veces que había especificado el veleño su origen—. Y, sobre si se quedará allí..., sinceramente,

no lo sé. Le gustas, pero si tú no estás interesada en él... —comentó Raúl dejando la frase en el aire. Mis músculos se tensaron.

—¿Interesada en Pablo? ¿Yo? —Mi voz sonó chillona y alarmada. Enseguida me di cuenta de que, por el tono empleado, Raúl, que me conocía muy muy bien, imaginaría parte de la verdad.

—Tú, sí, tú. —Una sonrisa traviesa apareció en el rostro de mi amigo—. Y, ¿por qué te pones colorada? —Se acercó hasta mí y me observó las mejillas; cosa que hizo que enrojeciera más—. ¿No será que al final nuestro plan sí dio resultado? —comentó emocionado.

—Raúl...

—A ti te gusta, por eso actúas así. Por eso eres incapaz de negarlo. ¡¡Confiesa!! ¿Mi primo te pone?

¿Qué ganaba con negar lo evidente? Ya sabía lo que había ocurrido con Pablo, con Neus, con el Grup... No podía haber sido más exagerada en mi reacción. Necesitaba a mis amigos y necesitaba sentirme bien de una vez por todas. Por eso creí conveniente comenzar por sincerarme con ellos; empezando por Raúl.

—Raúl, Pablo y yo estábamos saliendo.

Raúl quedó parado, se giró hacia mí y, mirándome mientras el labio superior comenzaba a temblar, balbuceó:

—¿Perdona? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Ehhh?

—¡Yaaa! —lo corté antes de que siguiera haciendo preguntas incoherentes—. Aunque hubo varios momentos, fue la noche de Sant Joan cuando sucedió.

—Pero...

—Le pedí que lo mantuviéramos en secreto. Han pasado unos tres meses desde que Marc y yo rompimos y, no quería que me presionara. Queríamos estar tranquilos y vivir lo nuestro poco a poco hasta que se consolidara.

—Lo sabía, lo sabía. —Raúl se puso a dar palmadas en el aire, contento y con gesto victorioso.

—Raúl, he metido la pata con Pablo. Ahora, si todo se ha arreglado en Má... Vélez, se quedará allí.

—¿Por qué?

Le conté a mi vecino todo lo que sucedió en el almacén y cómo terminó aquello.

—... y creo que no me va a perdonar que no confiara en él.

—Pablo nunca ha sido rencoroso, seguro que te perdona.

—Ahora no sé qué hacer —añadí con tristeza.

—¿Confías en mí?

La expresión de mi rostro seguro que cambió; ahora mis ojos lo miraban de forma divertida.

—¿La verdad? No mucho.



~ PABLO ~

Lunes: cuatro días después. En Vélez-Málaga.

Estudié mi alrededor contemplando las casas blancas colmadas de luz y vida que siempre me habían enamorado de mi pueblo. En ese momento, algo había cambiado en mí. Sí, mi tierra me seguía llenando, pero no lo suficiente. En ese instante, después de lo vivido en Barcelona, sabía que me faltaba ella, Anna.

Con el lápiz entre mis dedos, sin dejar de mirar el entorno, reviví la visita al parque Güell: el colorido, el brillo, el volumen, las escaleras y... Anna dibujando el lagarto. Me reí recordando la tirantez que hubo entre nosotros en ese primer instante. Cómo había cambiado todo a partir del revés producido cuando fuimos al museo en Montjuic. Fue cuando Anna me trajo a la memoria mi pasión por la arquitectura. Ahora, incluso me planteaba retomar los estudios. Sonreí recordando mis paseos por las calles de la Ciudad Condal: las callejuelas estrechas del barrio Gótico, La Rambla, la Manzana de la Discordia, la Ciudadela, La Boquería, la biblioteca... Me reí al evocar el momento en que enseñé a Anna a hacer gazpacho andaluz.

Sí, echaba de menos Barcelona, pero lo que más notaba en falta era a esa barcelonesa de pelo largo y castaño que me había robado el corazón. ¿Qué estaría haciendo en Cataluña? Siete días llevaba en Vélez y, en esa semana, había hablado con mi primo Raúl varias veces, pero en ninguna de las conversaciones apareció el nombre de ella. Raúl me preguntó en varias ocasiones por mi futuro inminente. No le pude contestar, ni yo mismo sabía qué iba a hacer. Lo único que tenía claro era que, mientras mi madre estuviera delicada, no me movería del pueblo. Rocío daba por hecho que me quedaría ahí. Fran, igual; incluso se atrevía a hacer planes futuros conmigo. Yo no decía nada, sonreía, incapaz de tomar una decisión. Y la elección era difícil porque por un lado estaba mi familia, ahora más unida que nunca; y por otro, un futuro incierto en Barcelona en donde una barcelonesa no quería ni verme, pero que a mí me costaba imaginar tenerla lejos de mí.

Con la cabeza llena de dudas e intentando dibujar un alzado de una casa de dos plantas, mi boca se abrió de golpe cuando a lo lejos me pareció ver a dos personas muy conocidas que no esperaba ver allí.

Me levanté despacio con el bloc en una mano y el lápiz en la otra esperando que mis ojos no me estuvieran gastando una broma pesada.

Cuando los tuve realmente cerca y comprobé que no se trataba de ningún espejismo, les sonreí.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?! —les pregunté abrazándolos con ganas.

—Hemos venido a llevarte a Barcelona —contestó Xavi—. Còctels te necesita.

—Còctels hace tres meses funcionaba perfectamente sin mí. —Levanté las cejas.

—Te echamos de menos —afirmó mi primo con los ojos brillosos por la emoción—. Pablo, ¿tu madre sigue bien?

—Sí, está tranquila, pero ninguno nos fiamos. Se queja porque dice que estamos muy encima de ella.

—El pueblo sigue igual —comentó Raúl mirando a nuestro alrededor.

—Sí, no ha cambiado mucho. Oye, ¿por qué no habéis avisado?

—Hablé con Rocío —respondió Raúl sonriendo con picardía—. Le dije que queríamos darte una sorpresa.

—Y me la habéis dado —confirmé moviendo la cabeza, aún alucinado, por tenerlos ahí. Era raro estar con Xavi y Raúl en Vélez, en mi entorno.

Los llevé hasta una cafetería para ponernos al día; aunque solo había transcurrido una semana, habían sucedido demasiadas cosas.

En toda la conversación que mantuvimos, el nombre de Anna, no salió ni una sola vez, y yo empezaba a ponerme algo nervioso; se notaba a leguas que estaban evitando nombrarla. No sabía cómo sonsacarles. La última vez que la vi, sus ojos marrones me miraban con tal odio... Aquello me dejó hecho polvo y temía escuchar de boca de mi primo o de la de Xavi que era mejor que no me acercara a ella.

—¿No vas a preguntar por Anna? —Aquella pregunta no me la esperaba; me cogió desprevenido.

—Supongo que no querrá saber nada de mí —dije desviando la mirada.

—Pablo..., no solo Còctels te necesita.

—Anna me odia —añadí dolido. No estaba para dar explicaciones; ellos conocían nuestros altibajos como compañeros, pero ignoraban lo ocurrido entre nosotros como... pareja.

—No te odia. —Raúl me cogió las manos y mirándome a los ojos me sonrió—. Solo se ha enamorado de ti.

—Raúl, no empecemos. Han pasado cosas entre ella y yo que no sabéis.

—Estás equivocado. Ella me lo ha contado todo. Y... —Quedó callado unos segundos sin saber cómo seguir—. Y, ahora somos nosotros los que tenemos que confesar algo.

Las dos siguientes horas transcurrieron en un suspiro. Según me iban relatando, mi nivel de alucinación iba subiendo grados de forma considerable. Comencé a entender muchas cosas... muchas. En ningún momento los interrumpí, escuché atento a todo lo que me explicaban observando a uno y a otro sin dar crédito a lo que oía; aquello parecía sacado de una comedia romántica americana.

Supuse que habían acabado cuando los dos me estudiaron atentos, a la espera de una reacción por mi parte.

Una carcajada contagiosa hizo que los tres termináramos riendo.

—No me lo puedo creer. ¿Y todo por un estúpido sueño?

—De estúpido, nada. Gracias a uno de esos sueños, soy dueño de Còctels y no dependo del negocio de mis padres —explicó Xavi con solemnidad acariciando el brazo de Raúl.

—Pues me parece que en este caso no ha funcionado.

—¿Me dejas hacerte una pregunta? —Raúl me escrudiñó con los ojos entrecerrados.

—Venga —lo reté sin parar de reír.

—¿Estás enamorado de Anna?

La risa se me cortó de golpe. Miré a mi primo sin verlo y, un molesto nerviosismo se instaló de golpe en mi estómago.

¿Podría llegar a enamorarme en tan solo tres meses?

Pensé en sus ojos, sus labios, su pelo sedoso, su voz, su mirada... No solo fueron tres meses, el sentimiento que había albergado hacia Anna no se podía medir con el tiempo terrenal; fue mucho más que eso. Instantes, situaciones, miradas, roces... Cerré los ojos. ¿Amaba a Anna? No podía afirmar tal sentimiento tan a la ligera. Para ello tendría que vivir con ella más instantes, situaciones, miradas y roces..., pero, de lo que sí estaba totalmente seguro era de que la quería a mi lado; si ella me aceptaba, claro.

—Pablo —me llamó la atención Xavi en un susurro—, Raúl te ha preguntado si estás enamorado de Anna.

—Siento algo muy fuerte por ella. La quiero mucho, pero ¿enamorado de verdad...? —Moví la cabeza de lado a lado mostrando mis dudas ante esa cuestión.

—La quieres. ¿Dejarías Vélez por ella?

Mis ojos se abrieron al escuchar la siguiente consulta. Me incomodaba hablar tan abiertamente de mis sentimientos cuando yo mismo me hacía miles de preguntas.

¿Me iría a vivir para siempre a Barcelona por Anna? La respuesta era muy fácil: Sí. Un Sí rotundo. No solo por Anna, el Grup de Còctels me había hecho sentir uno más y la Ciudad Condal me tenía embrujado.

—Sí, claro que dejaría Vélez por Anna.

—Entonces, déjame a mí. Tú das muchos rodeos. —Xavi le dio un codazo a Raúl para que se mantuviera callado—. ¿Te gustaría tener una relación con Anna? Por supuesto esto implicaría serle completamente fiel.

—Sí, claro que sí —afirmé de nuevo sin titubear.

—Con eso me basta —añadió Raúl emocionado.

—Espera, espera. ¿De qué habláis? —Los estudié alarmado. Después de lo que había escuchado, no me fiaba de ellos.

—Hay que preparar tu llegada a Barcelona y tu declaración —anunció Xavi acariciándome la mano.



~ ANNA ~

Viernes: once días después. En Còctels.

Mientras me colocaba el vestido corto de lentejuelas plateadas y un escote trasero de vértigo, no paraba de quejarme.

La extravagancia de los clientes no tenía límites. Una vez más, como tantas otras, había una fiesta privada en la que el cliente pedía que los empleados de Còctels nos vistiéramos de *bartender deluxe*. Odiaba ese tipo de fiestas, pero como decía Xavi: el cliente siempre tiene la razón, aunque yo no estuviera del todo de acuerdo.

Volví a mirarme en el espejo; más que una *bartender* parecía la anfitriona. Pensé que Xavi se había pasado con la elección de aquel precioso vestido de fiesta tan sexi.

Cuando me encontré con Raúl en el descansillo, se me escapó una carcajada.

—Parece que vamos de boda —comenté a mi amigo—. Cuando Xavi te vea no te va a quitar los ojos de encima.

Raúl llevaba un traje gris oscuro muy brillante con una pajarita en color rojo pasión. El traje le quedaba perfecto, estaba realmente guapo.

—Es un evento de postín. —Se encogió de hombros con resignación—. Fueron los propios clientes los que eligieron el atuendo para cada uno.

—Me siento incómoda. ¿No hubiera bastado con colocarme una blusa chula y los pantalones de pinzas de siempre? Tras la barra solo se me ve la parte superior.

—Pues sí, pero... —Elevó las cejas—. ¿Nos vamos? —preguntó brindándome su brazo de forma cortés como un caballero sacado de la regencia. Sonreí aceptando el ofrecimiento con un ligero movimiento de cabeza.

Agarrados del brazo y entre risas y chanzas, llegamos a la puerta de Còctels. Se suponía que Xavi ya habría abierto el local y que el resto del Grup iríamos llegando poco a poco, pero no fue así: la puerta estaba cerrada a cal y canto.

—¡Qué raro que Xavi no haya llegado aún! —comenté buscando las llaves del *pub* en mi bolso—. ¿No te ha dicho nada?

—No. Seguro que está al llegar —apuntó Raúl mientras se mecía con las manos en los bolsillos a la espera de que abriera.

Cuando por fin la puerta del *pub* quedó abierta, me quedé paralizada sin entender lo que mis ojos veían. Allí dentro había como unas veinte personas y todas eran conocidas para mí. ¿Qué pasaba? No entendía nada. Que pudiera recordar, no había ningún evento en esos días para celebrar con los míos. El más cercano era el 20 de noviembre, aniversario de mis padres. En la primera persona en la que me fijé fue en mi hermana Montse. No hacía mucho que nos habíamos visto, aun así, echaba de menos no tenerla a diario.

—Montse, ¿qué haces tú aquí? —balbuceé ojeando a unos a otros descolocada.

—No podía faltar. —Fruncí el ceño.

—Mamá, papá... ¿Vosotros también? No entiendo nada —dije sin dejar de observar a mis conocidos, a la espera de que alguien me sacara de aquella interrogante—. ¿He olvidado alguna fecha importante?

Mis familiares y amigos empezaron a besarme y a abrazarme. Incluso había venido mi compañera de universidad, Sonia Soriano. Todos me felicitaban por algo que yo ignoraba por completo. Mi cumpleaños hacía meses que pasó, ¿por qué estaban todos allí? Por más que preguntaba, nadie me decía nada. Lo único que saqué en claro fue que, por alguna extraña razón, yo era la protagonista de todo aquello.

Después de los saludos noté que la mano de Raúl atrapaba la mía. Me giré hacia él y vi unos ojos brillantes y emocionados; mi amigo se estaba aguantando las ganas de llorar. A su lado se encontraban Joan, Mireia y Xavi con el mismo semblante afectado.

—Chicos, ¿qué pasa? —los interrogué desubicada.

—Ven. —A Raúl le costó decir esa simple palabra, estaba realmente conmovido, pero... ¿por qué?

Me guio hasta una de las amplias paredes negras de Cóctels y nos paramos frente a ella. Me quedé totalmente paralizada, con los ojos fijos en aquella transformación sin poder pronunciar palabra. En donde antes lucía un enorme cuadro abstracto, ahora había grandes letras doradas pegadas. La frase que leí hizo que mi corazón se agitara como nunca antes se había sacudido.

—«Un cóctel con sabor a Barcelona» —leí en voz baja.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, lágrimas que no tardaron en resbalar por mi rostro.

Al girarme fue cuando me percaté de que todas las paredes del establecimiento estaban decoradas con mis dibujos y pinturas. Los habían enmarcado con robustas molduras, dando a esos sencillos trazos una importancia que yo sabía que no tenían.

Oteé con desesperación la estancia buscándolo a él. Esa frase, esas obras... todo aquello tenía su huella. Mi corazón seguía latiendo fuertemente, parecía que en cualquier momento se me iba a salir del pecho. ¿Dónde estaba?

Tras la conversación que mantuve con Raúl días atrás, mi amigo me pidió que lo dejara todo en sus manos, que confiara en él. Dudé —como para no hacerlo—, aunque terminé dándole un voto de confianza. Día sí, día no, le sonsacaba información a Raúl acerca de la situación de Pablo, pero mi amigo siempre me decía lo mismo: que su madre estaba delicada de salud. Me pedía paciencia hasta que ordenara su vida en Vélez; Raúl me aseguraba que en cualquier momento regresaría a Barcelona.

—Raúl, ¿y Pablo? —le pregunté otra vez entre sollozos.

—Su madre sigue mal... —volvió a decir Raúl, pero yo no lo dejé seguir hablando.

—¿No piensa venir ni a despedirse, ni a recoger sus cosas? —Las lágrimas se derramaban por mi rostro sin cohibiciones. Sentía las miradas de todos clavadas en mí, pero sinceramente me daba igual, Pablo no estaba allí, aunque sabía que parte de aquello había venido de él.

—¡Anna! —Escuché su voz y el corazón me dio un vuelco. Lo busqué entre el gentío con desesperación.

—¡¡Pablo!! —grité.

No tardé en encontrarlo al fondo del *pub*, apoyado en la puerta del almacén y vestido de forma tan elegante como el resto. Pablo me miraba con los ojos enrojecidos y con esa sonrisa que me parecía tan atractiva.

Me quedé paralizada. Tímidamente, Pablo se acercó hasta nosotros bajo la mirada atenta de los míos.

—Raúl, lo siento, no he podido aguantar más —declaró Pablo a su primo dándole un manotazo en la espalda.

—Mucho has aguantado, Pablito. ¡¡Venga, llévatela de aquí!! Que os dé el fresco a los dos. Xavi y yo nos encargamos de todo lo demás.



~ PABLO ~

En la playa de la Barceloneta.

Sonreí al ver a Anna quitarse los zapatos para poder andar mejor por la arena de la playa. Estábamos a finales de julio y el calor comenzaba a apretar por fin; el verano había empezado inusualmente tarde.

Los tres últimos días habían sido trepidantes con tanta preparación. Raúl quería que mi reaparición en Barcelona ante Anna fuera de película. Hablando con Xavi y Raúl, se me ocurrió la idea de exponer algunos de sus trabajos en Còctels. No fue difícil llevarlo a cabo con la ayuda del Grup. Se organizó todo sin problemas y en tiempo record. Xavi propuso cerrar el local y hacer una fiesta privada de presentación; Mireia se ofreció a encargarse de los invitados; Raúl vigilaría a Anna en todo el proceso. Lo peor para mí fue estar en Barcelona durante tres días y no poder verla.

Mientras Anna estaba en Còctels, me colé en su casa —gracias a la llave que mi primo guardaba de su vivienda—, e hice una recopilación de los dibujos y pinturas que me transmitieron algo. Aunque intenté ser parcial y elegir aquellos que ella habría escogido, más de la mitad de las veinte obras seleccionadas, eran lugares especiales para los dos, sitios que, por una cosa u otra, nos habían marcado.

Joan se encargó de enmarcarlos y colocarlos en la pared recién pintada esa misma mañana.

Le quité los zapatos a Anna de su mano, los pasé a la otra y atrapé sus dedos libres. Agarrados, anduvimos por la playa de la Barceloneta. A pesar de que esquivábamos a turistas pasados de vueltas y vendedores ambulantes, en ese momento sentía que solo estábamos nosotros dos. Tenía ganas de besarla, pero no quería correr; eso me había advertido Raúl para no asustarla. Estaba realmente nervioso; ella también parecía estarlo, lo notaba.

—Anna, espero que no te moleste que hayamos expuesto tus obras. Sé que para ti son especiales...

—No. —Negó con la cabeza—. La verdad es que ni he pensado en eso. —Rio—. Estaba más pendiente de encontrarte a ti. Sabía que habías sido tú y...

—Anna, siento mucho todo lo que ha pasado.

—¡No! —negó ella—. No sientas nada. Yo tampoco estuve bien..., me enfadé mucho cuando me enteré de lo de tu hermano...

—Debí contártelo antes...

—Pablo —me cortó—. No quiero mirar atrás.

—Sí. —Me sonrió apretando mi mano—. Tienes razón, es mejor mirar adelante.

Me quedé frente a Anna observando ese rostro que había añorado tanto aquellos días. Incliné

la cabeza y posé mis labios sobre los suyos. El contacto fue revelador. Mi pulso se agitó y un cosquilleo se adueñó de mi estómago. La abracé de forma posesiva, no quería volver a perderla, codiciaba estar siempre con ella, no alejarme de su lado nunca.

De mala gana, me retiré un poco y la estudié boquiabierto sin dar crédito a lo que había sucedido.

—Anna, te amo.

—Pablo... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo también te amo. No sé cómo ha sucedido, pero ha pasado. —Rio entre lágrimas de felicidad—. No quiero que te alejes de mí. Ya no.

Mi pensamiento viajó atrás en el tiempo e hizo un leve repaso de esos casi cuatro meses que habían puesto mi mundo patas arriba. Siempre me pregunté cómo sería amar y ser amado. Casi cuatro meses, y ahí estaba, frente a una barcelonesa guapa que me tenía enamorado y que, por increíble que pareciera, me correspondía. Sentí la sangre correr por mis venas. Era eso, amar y sentirse amado era sentirse vivo... feliz... ilusionado...

—Estaré a tu lado mientras me dejes.

El principio



~ PAULA ~

Abril: dos semanas antes de que Pablo llegara a Barcelona.

El móvil de Paula sonó. Se extrañó al ver en la pantalla de su teléfono el nombre de Rocío. Su prima Rocío, su hermana Alicia y ella, tenían un grupo de WhatsApp por el que hablaban diariamente. Paula pensó que, algo importante habría ocurrido en Vélez cuando su prima lo hacía por esa vía. Pulsó el botón verde sin más dilación.

—Hola, Ro, ¿cómo es que me llamas? —preguntó Paula con el cuerpo tenso esperando la respuesta de su prima de Vélez.

—Paula, ha pasado algo muy gordo y no sabía a quién llamar. Ali seguro que está con su novio y tú... Necesito desahogarme. —La voz de su prima no solo sonó alterada, también asustada.

—¿Estáis todos bien? —Sentía su pulso trotar desbocado.

—Sí, no... es que...

—Por Dios, Rocío, suéltalo de una vez, me va a dar un ataque al corazón.

—Se trata de Pablo y Fran. —Se escucharon unos sollozos a través del teléfono—. Y no me lo explico, conociendo a Pablo... todo es muy raro.

—¡Habla ya!

—Esta mañana, Fran ha encontrado a Pablo metido en su cama, con Tesa.

—¡No fastidies! —Su mano libre se tapó la boca de forma automática.

—Lo que estás escuchando. Fran llegó a nuestra casa hecho un energúmeno.

—Tranquilízate, Ro. —Intentó calmarla; calmarla y calmarse. También Paula necesitaba relajarse—. Tiene que haber alguna explicación. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Fran nos ha contado que anoche, Pablo y él, quedaron con sus amigos para ir de copas; después, se fueron a su casa. —Lloriqueó—. Llegaron muy bebidos y Fran cayó dormido en el sofá del salón. Pablo aprovechó esta circunstancia para meterse en la cama con Tesa.

—Pero no lo entiendo. ¿Estamos hablando del mismo Pablo?

—Yo tampoco lo entiendo, Paula. Según Fran, Tesa estaba muy alterada y no paraba de decir que, cuando Pablo se metió en su cama, con el sueño y la oscuridad, lo confundió con Fran y... pasó.

—Sigo sin comprender nada...

—Esta mañana, cuando Fran entró en su dormitorio, se encontró con el pastel. Todo es tan loco...

—¿Y Tesa no se dio cuenta de nada?

—Dice que no.

—¿Y Pablo? ¿Habéis podido hablar con él?

—Pablo se presentó en la casa bastante más tarde de que pasara por aquí Fran. Él dice que no recuerda nada de esa noche. —Dio un fuerte suspiro.

—¡Dios! ¿Y tus padres? —le preguntó a su prima.

—Están fatal, imagínate, Paula. Han echado a Pablo de la casa; no quieren saber nada de él. Piensan que Pablo sigue encaprichado de Tesa. Recuerda que Pablo salió con Tesa en el instituto.

—¿Y tú crees que eso es así?

—Yo ya no sé qué pensar.

—Tiene que haber una explicación —insistió Paula, sin terminar de creerse todo ese lío que se había formado.

—¿Y qué explicación? —gruñó Rocío tras el teléfono—. Estoy muy asustada. No sé cómo va a terminar todo esto, Paula, pero no me gusta nada. Temo que Fran le haga cualquier cosa a Pablo.

—Tranquila, Ro, tiene que haber alguna solución, hablaré con mi hermano y seguro que él piensa algo.



~ RAÚL ~

Al día siguiente.

La noche anterior, cuando llegó a casa después del trabajo, a Raúl le costó conciliar el sueño. Los culpables: por un lado, Marc; una vez más, se lo encontró retozando en el salón con una tipa sin importarle que su novia estuviera al lado o que el mismo Raúl los encontrara en plena pasión. Y por otro, los acontecimientos que le había contado su hermana Paula de los primos de Vélez.

Raúl dio mil vueltas en la cama antes de que Morfeo lo visitara reviviendo esos dos sucesos que lo tenían con el alma en vilo.

Aquella mañana de domingo, cuando se levantó, lo hizo con una sonrisa en los labios, Raúl había tenido uno de esos sueños premonitorios.

La visión no había sido muy detallada, no solían serlo, pero dejaba claro que sucederían «tres hechos claves» en este orden: primero, Anna y Marc romperían su relación de tres años; segundo, todo se arreglaría en Vélez cuando Pablo saliera de su pueblo; y, por último, Pablo y Anna se harían pareja y serían felices para siempre.

En cuanto se despertó, desayunó tranquilamente sin prestar atención a Marc que, como solía hacer tras una de sus aventuras, le contaba sin remordimientos cómo había esquivado a Anna para poder pasar un buen rato con la chica de turno. Raúl, por el contrario, no paraba de darle vueltas a lo soñado. Siempre que había tenido una de estas extrañas ensoñaciones se habían cumplido tal cual; y se centró en este hecho. Todo se arreglaría. Además, apreciaba especialmente a su primo Pablo y deseaba que la vida le fuera bien, aunque hubiera cometido un error.

Cuando Marc salió de la casa para practicar sus dos horas de deporte rutinario —a diferencia de Anna que, los domingos descansaba, Marc no perdonaba ningún día—, Raúl aprovechó para llamar a su prima Rocío y calmarla un poco.

—Roció, ayer me contó Paula lo que ha pasado con tus hermanos, ¿alguna novedad?

—Raúl. —Lloró—. Hay muchos nervios. Mis padres no paran de discutir. Mi hermano Fran no quiere ver a nadie, está enloquecido. Pablo está en un hotel en La Torre sin saber qué hacer. No sé cómo vamos a salir de esta.

—Rocío, anoche tuve un sueño. —No sabía cómo explicar a su prima lo de sus visiones.

—¿Un sueño? —preguntó ignorando a lo que se refería.

—Alguna vez he tenido sueños premonitorios..., que se cumplen —le explicó.

—Yo no creo en eso —respondió con incredulidad.

—Créeme, va a suceder. Estoy totalmente convencido.

—Pero ¿qué has soñado?

—Pablo se vendrá a Barcelona y, mientras esté aquí, todo se arreglará en tu casa. Además, la vida de Pablo va a cambiar mucho... para bien.

—Me encantaría creerte, pero...

Raúl creía en el destino. Ese destino que algunas veces era un poco hijo de puta y que te ponía mil y una trampas hasta llegar a su fin. Lo bueno es que Raúl tenía una gran ventaja, ya sabía ese fin. Solo tendría que acelerar el proceso con estímulos. Pensó en Marc y Anna, tendría que empezar por el «primer hecho». Se puso serio imaginando lo mal que lo pasaría Anna cuando se topara con la realidad. Raúl la quería demasiado y le costaría verla sufrir en el proceso. Intentó inyectarse entereza pensando que al final todo quedaría en un: «...y comieron perdices».

—Rocío, hazme caso. Estoy totalmente seguro de que más pronto que tarde, Pablo alcanzará lo que su destino le tiene reservado.

¿Si el destino utilizaba «malas artes» para lograr sus objetivos, por qué él no podría hacer algo parecido?

Epílogo



~ RAÚL ~

Noviembre: más de tres meses después.

Una vez más Raúl sonrió por haber presagiado el futuro de aquellos dos. Los miró con deleite cuando observó que Anna le sonreía por alguna tontería que su primo le había dicho al oído. ¡¡Con lo mal que empezaron!! Raúl recordó aquel primer encuentro en la escalera del parque Güell y dio un hondo suspiro.

—¿Qué te ha dicho mi primo? —le preguntó con una sonrisa cuando se acercó hasta su mejor amiga.

—Nada que tú debas saber —le contestó guiñándole un ojo—. ¿Qué necesitas?

—Prepárame dos cañas, un daiquiri de plátano y dos cócteles con sabor a Barcelona.

—Marchando —contestó ella con una sonrisa emocionada.

Aquella fue otra de las sorpresas de Pablo. Inventó un exótico combinado de color naranja y le puso ese nombre. Era el cóctel más nombrado en el local; de ser un auténtico desconocido, había pasado a la especialidad de la casa. Se había hecho famoso, no solo en Barcelona, hasta en Vélez-Málaga hablaban de aquella explosiva especialidad del *pub* barcelonés.

Miró a su primo. Sin parar de correr de un lado a otro, limpiaba y preparaba mesas. Por una parte, se alegraba mucho por él, pero por otra... Todo se arregló en Vélez, pero Raúl intuía que ya nunca sería el mismo de antes. Pablo le llegó a comentar en una ocasión que sus padres le fallaron en un momento difícil y siempre tendría una espinita clavada en su corazón. En cambio, justificaba la actitud de Fran, sabía que Tesa lo cegó. Tesa dio señales de vida. Al mes, apareció en la casa del matrimonio arrepentida por lo que había hecho. Fran no dio su brazo a torcer y, tras divorciarse, solicitó la custodia de su hija Sandra. Lo de Rocío era otra cosa. La pequeña de los hermanos García, claramente el ojito derecho de Pablo, cada vez que se acercaba un día especial, su hermano la animaba a visitarlo y ella no dudaba en viajar hasta allí.

Pablo había retomado los estudios. Anna lo empujó a matricularse en la universidad y estaba ilusionado con aquella nueva etapa. ¡Cuánto había cambiado la vida de su primo! Llegó a Barcelona con la clara intención de marcharse en cuanto todo se arreglara en Vélez y, al final, gracias a su sueño premonitorio, se quedaría allí con Anna. Eran felices y lo serían para siempre.

Raúl suspiró con una gran sonrisa porque ese día era especial para él.

—Raúl, ¿y en L'arbre blanc? —le preguntó Joan que seguía buscando un sitio romántico para llevar a Julia; una chica que había conocido hacía dos semanas en Sabadell.

—L'arbre blanc, sí. Llévala allí. —Le dio una palmadita en el hombro.

—Sí, ¿verdad? Cuando entre en el local se le van a mojar las bragas.

—Pero mira que eres bruto. Que no te escuche Julia...

Joan desapareció de allí dando carcajadas. El Grup estaba evolucionando, como los Pokémon

—quizás, Mireia y Joan eran los únicos que seguían igual—: Marc ya no pertenecía a él. Neus llevaba desde lo ocurrido con Anna y Pablo, sin aparecer por allí; Raúl creía que la chica sentía vergüenza por su conducta, pero solo era una intuición, tenía una conversación pendiente con ella. Y, Xavi y él...

En el rostro de Raúl volvió a aparecer una enorme sonrisa. Si todo salía como en su nuevo sueño premonitorio...

Dos noches atrás había vuelto a tener otro de sus anunciadores sueños. Esta vez le tocaba a él de lleno y estaba emocionado esperando a que sucediera. En su visión, Xavi le entregaba un llavero de cristal rojo en forma de corazón con sus nombres tallados y las llaves de su vivienda engarzadas en él; después, Xavi le preguntaba si quería irse a vivir con él.

Por la experiencia que Raúl tenía, el destino no siempre actuaba con la rapidez que uno deseaba, y él tenía bastante prisa, la verdad. Así que no se lo pensó y decidió ayudar un poco en el proceso.

Por más que Raúl buscó, no encontró el llavero que vio en su sueño. Pero este pequeño pormenor, no lo iba a frenar en su empeño. Al final, se decantó por comprar un llavero de corazón rojo de peluche que encontró en una tienda de souvenirs. Lo envolvió, escribió una nota con unas claras instrucciones para Xavi y se lo envió por mensajería urgente —realmente, lo único que Raúl hizo fue dejarlo en el bolso de Xavi que guardaba en la taquilla del *pub*—. Eso ocurrió la noche anterior y, Raúl estaba convencido de que esa noche, cuando cerraran el local, sería la petición.

En cuanto los dos se quedaron solos, Xavi lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tengo una cosa para ti.

—¿Sí? ¿Qué? —contestó haciéndose el sorprendido.

—Toma. —Le entregó un paquete mediano envuelto en un papel con gominolas de muchos colores. Lo del envoltorio fue detalle de Xavi que sabía que Raúl era muy goloso.

—¿Qué es? —preguntó contemplándolo con los ojos brillantes y el corazón a mil.

—Ábrelo y sales de dudas. —Le guiñó un ojo.

Sin más dilación, Raúl rompió el llamativo papel. Entre sus manos quedó expuesto un cofre pequeño de madera. Raúl frunció la frente; en la tienda de souvenirs le pareció que el llavero de peluche era algo grande, apenas cabría en ese pequeño envase. Sin dar muchas vueltas a su conjetura, destapó la parte superior de la caja que guardaba su destino. Un escalofrío lo recorrió la espina dorsal al descubrir el contenido. Con manos temblorosas, del interior del cofre, sacó un llavero de cristal rojo en forma de corazón con sus nombres tallados y unas llaves colgadas de él. Levantó sus ojos y, conmocionado, observó a Xavi sin dar crédito a lo que veía.

—Como verás, me gusta desafiar al destino. —Rio. Xavi era consciente de que cambiar las claras órdenes de su novio podría enfadarlo bastante e intentó justificarse—. Espero que no te cabrees mucho por el cambio, pero este llavero me gustó más que el que me dejaste. —Respiró hondo y lo miró con intensidad—. Raúl, ¿quieres venirte a vivir conmigo?

—Sí —contestó entre lágrimas de felicidad lanzándose a los brazos de su amado besándolo apasionadamente.

«Está claro que, sabiendo la finalidad del destino, podemos acelerar el proceso con estímulos, pero sin ninguna duda, al final, es él, el destino, el que enseña la última carta», by Raúl.

Un cóctel con sabor a Barcelona

Al final de la historia, Pablo elabora un cóctel muy especial que le da nombre no solo a esa visión que él tiene de las pinturas de Anna, también es el título de esta novela. No podía dejar ese cóctel en el aire. Muchas gracias a mi hermano (Jose Franco), por ofrecerse muy gustosamente a hacer de Pablo y crear esta mezcla exótica; añadir que el proceso de creación fue harto difícil después de la quinta prueba.

Os dejo los ingredientes y la preparación en dos versiones, con y sin alcohol.
Las medidas vienen en fl. Oz. 1 fl. Oz que es equivalente a unos 30ml. Aprox.

Ingredientes CON alcohol:

- Hielo (3 cubitos mejor machacados).
- 3 fl. Oz de zumo de mango.
- 1 y ½ fl. Oz de Red Vodka.
- 1 y ½ fl. Oz de Cava Brut.
- Un chorreón de granadina.

Preparación:

Añadiremos a la coctelera, en este orden: el hielo, el zumo de mango, el vodka y el cava. Agitar con energía y con mucho amor. Una vez que todo esté bien mezclado, verter en una copa de cóctel. Y, por último, lo rociaremos con un sutil chorreón de granadina para darle un toque de color y algo de su sabor. Lo ideal es decorarlo con un detalle verde.

Ingredientes SIN alcohol:

- Hielo (3 cubitos mejor machacados).
- 3 fl. Oz de zumo de mango.
- 3 fl. Oz de zumo de piña. 2
- Refresco de limón (tipo Fanta de limón).
- Un chorreón de granadina.

Preparación:

Añadiremos a la coctelera, en este orden: el hielo, el zumo de mango y el zumo de piña. Agitar con energía y con mucho amor. Una vez que todo esté bien mezclado, verteremos, la mitad, en una copa de cóctel; llenaremos con el refresco de limón y removeremos con una pajita. Y, por último, lo rociaremos con un sutil chorreón de granadina para darle un toque de color y algo de su sabor. Lo ideal es decorarlo con un detalle verde.

Espero que disfrutéis de «Un Cóctel con sabor a Barcelona» y compartáis vuestras fotos conmigo. Un besazo.

AGRADECIMIENTOS

Esta es mi segunda novela autopublicada en solitario y mi octava novela larga que ve la luz.

Mi primer agradecimiento a mis tres chicos: Ferni, Iker y Sandro; os quiero mucho a los tres.

No puedo dejar olvidados a Teresa y Borja de Ediciones Kiwi porque fuisteis los primeros en confiar en «mi talento».

Agradecer a mis loritas por seguir ahí: Cris Carrasco, Cris Carpintero, Noemí García, Bárbara Vallespir y Vanesa Cantero. La literatura me ha regalado muchas cosas buenas y vosotras sois la mejor. Un beso a Lorena M. Carranza.

A Adela Aragón por la creación de la cubierta. Me tiene enamoradita. Mil gracias por hacerlo tan fácil.

A mi familia directa. Os quiero mucho: a mis padres, Conchi y Gregorio; mis suegros, Celi y Fernando; mi hermano Jose y Bea; a Alber, Cande y Olivia (mi sobrinita preciosa); y, como no, a Encarna y Carmelo a los que admiro.

Un beso muy grande al resto de mi GRAN familia biológica y política por estar ahí.

A Moni Quirós, te quiero un montón.

A las lectoras cero que tras el «Se busca lectora cero» se ofrecieron desinteresadamente para leer la novela y dar su opinión: Andrea Civera, Fátima Bellido, Cintia Santiago, María Gilberte, Zaraida Méndez, Noelia Silva, Pilar Gómez y Sonia Soriano. Vuestras opiniones han sido cruciales en los cambios que ha sufrido la historia tras terminarla. Un millón de gracias por haber invertido parte de vuestro tiempo para leerla y enviarme vuestras opiniones. Espero que os guste el guiño que os he dejado entre las páginas de la historia ;).

Agradecer a mi Secta, por muchos momentos juntos. «sois la música de mi vida». Os quiero un montón.

Mi más sincero agradecimiento a mi pueblo, Almuñécar, y en especial al Ayuntamiento, la biblioteca y demás organismos por acordaros de mí y tratarme con tanto cariño. Susana muchas gracias por estar ahí. A las librerías de Almuñécar por seguir poniendo mis novelas en los escaparates y hacer que sea especial. Me siento muy afortunada por vivir en Almuñécar y que la gente de mi pueblo me quiera tanto. Un beso muy grande para mi barrio, Torrecuevas, y a la gente de La Herradura.

Por varios motivos quiero dar las gracias a: Ali Joyas, Paula Alonso, Anaví Fernández, María Fernández, Tere Castillo, Juani Fernández, Espe Rivas, Graci Rodríguez, Inma Quirós, Ali Quirós, María Eugenia Blanca, Patricia Sánchez, Marga, Christi Castillo, David Alonso, Carmen Morcillo, Almu Martín, María José Quesada, Mariló Márquez, Sarai Alaminos, María Ruiz, Sonia Vaca, Arantxa Chacón, Isa Rodríguez, a mis compis Melody, Ángela, Davilillo, Vero y Tere... Sé que me dejo gente fuera, pero es imposible poner a tod@s; lo siento.

A l@s bloggers que me ayudan a dar a conocer mis historias con sus reseñas: Fransy Guerrero, Nieves González, Noelia Silva, Cris Pons, @dreaming_entrelibros (Marta), Maribel Palomo...

Autoras que les tengo un especial cariño: Vanesa Cantero, Luz Barreras, Adriana Criado, Nesa Costas, Andrea López, Estefanía Jiménez...

De igual manera, a lectoras que me animan a seguir escribiendo sin conocernos de nada, mil gracias chicas: Rocío Fadón, Paula Permy, Moni Montes, Mari Carmen Poyato, Araceli Cabrera...

Y, mi último GRACIAS es para ti; sin ti esto no sería posible. Espero de corazón que hayas disfrutado de la lectura; porque mi objetivo es ese, que pases un buen rato, no busco más.

Un besote muy grande de: Ángela Franco; nos leemos.

PD. Me vuelvo a repetir, pero si lo hago es porque es importante para las autoras. Agradecería que dejaras una opinión de la historia; bien en Amazon, en Goodreads, Instagram... (o todas tus redes sociales). ¿Qué te ha parecido ***Un cóctel con sabor a Barcelona?*** **TU OPINIÓN IMPORTA.**

SOBRE LA AUTORA

Si te has quedado con ganas de más, puedes leer otras de mis novelas publicadas:

- [¿Un futbolista? No, gracias](#)
- [¿Un futbolista? Que sean dos](#)
- [¿Un futbolista? Mejor tres cervezas](#)
- [La ManiaMaca.](#)
- [Buscando tu estilo hygge](#)
- [Maldita Navidad](#)
- [El beso de Mora](#)

También, podrás descubrir más sobre ellas en mi Instagram – [@angelafranco.autora](#)



Ángela Franco nace en la localidad granadina de Almuñécar y desde muy niña crea historias con las que soñar y dejar volar su desbordante imaginación. Apasionada de la lectura, se adentra poco a poco en el arte del escribir, publicando su primera novela, *¿Un futbolista? No, gracias* (2017), de la mano de Ediciones Kiwi, gracias al IV Premio de Novela Romántica Kiwi RA. Desde entonces no ha parado de escribir; resultado de ello, sus ocho novelas largas publicadas.